





# EL REY NYMPH

## Atlantis Libro 3

*Entra en un mítico mundo de dragones, demonios y Nymphs... entra en un mundo de oscura seducción y poderosa magia... entra en Atlantis.*

Él es Valerian, el más oscuro seductor hombre jamás creado. Él abraza cada aspecto de su sensualidad, revelándolo en sus eróticos poderes. Ninguna mujer puede resistir su potente encanto...hasta que se topa con la cínica Shaye Holling de la época moderna de la tierra. El hambre de Valerian por Shaye es profunda como el alma... ella es para ser ofrecida a sus hombres...

Mientras Shaye clama no querer nada que ver con el poderoso señor de la guerra cuyo toque es igual que el fuego, se siente inexplicablemente atraída por él. Bajo el arrogante guerrero tiende un complejo y poderos hombre. Un hombre al que está encontrando difícil resistir...

## CAPÍTULO 1

### *Atlántida*

**A**l amanecer, Valerian, el Rey de los Nymphs, se desenmarañó de la mujer desnuda que dormía a su lado... sólo para descubrir que sus piernas estaban entrelazadas con otras dos mujeres desnudas, que dormían.

Con una somnolienta sonrisa, volvió a recostarse en la suavidad de la cama, las oscuras hebras de cabello femenino cayéndole encima de su hombro. Los sedosos zarcillos rojos flotaban sobre su estómago, entrelazándose con gracia con los mechones rubios de otra mujer. La satisfacción ronroneaba dentro de él.

Sólo había cuatro mujeres en la residencia, y las cuatro eran deliciosamente humanas. Completamente sexuales. Cautivadoras. Hacía algunas semanas, justo después de que su ejército hubiese tomado el control de esa fortaleza, las mujeres habían entrado accidentalmente a través de un portal que las condujo desde el mundo de la superficie. Los dioses le debían haber sonreído una vez la víspera porque tres de ellas habían encontrado la manera de meterse en su cama.

Él sonrió lentamente, y su mirada fija viajó sobre las saciadas bellezas que dormían tan pacíficamente alrededor de él. Eran altas, voluptuosas y bronceadas, con rostros que rozaban los límites que iban de audazmente valiente a claramente encantadoras.

Como fuera que se vieran, a él no le preocupaba. Amaba a las mujeres. Amaba su poder sobre ellas y no se avergonzaba de ello. Ni se arrepentía. Oh, no. Él disfrutaba. Paladeándolas. Saboreándolas.

Devorándolas.

Aunque ninguna en particular hubiera sido más que un delicioso pasatiempo, él adoraba cada deliciosa pulgada de ellas. Su dulce blandura, sus entrecortados gemidos. Sus decadentes sabores. Adoraba la manera en que sus piernas se apretaban alrededor de su cintura, o cabeza, y le daban la bienvenida al paraíso, permitiéndole

un gentil deslizamiento o una dura penetración, cualquiera que fuera a preferir en ese momento.

Mientras estaba allí tendido, la luz se descolgó como delgados dedos desde el techo de cristal, acariciando todo lo que tocaba y bañando a sus compañeras en una neblina de brillantes sombras y brillante luminosidad. El deseo perfumó el aire, casi palpable en su embriagador aroma. El calor irradió de cada uno de los cuerpos femeninos, tejiendo un capullo peligrosamente seductor alrededor de ellos.

Sí, se conducía en una dulce, dulce vida.

Las mujeres sólo tenían que mirar a Valerian para desearle. Oler su eróticamente seductora fragancia para prepararse a sí mismas para su placer. Oír su ronca voz, tan rica como el vino para desnudarlo. Sentir una sola caricia de las yemas de sus dedos para hacer erupción culminando una y otra vez y rogar por más. Él no se jactaba sobre eso; simplemente era un hecho.

En ese momento la mujer con el pelo de cuervo se movió y descansó su pequeña y delicada mano, en su pecho. ¿Janet? ¿Gail? No estaba seguro de su nombre. En realidad, no podía recordar ninguno de sus nombres. Ellas eran cuerpos, en una larga fila de muy placenteros cuerpos en los cuales encontraba solaz; hembras que habían elegido con impaciencia dejarle entrar.

—Valerian —jadeó la de pelo oscuro, un exquisito ruego.

Su expresión permanecía suave por el sueño, pero su mano comenzó un lento deslizar y rodeó su polla, acariciándola de arriba abajo, despertándolo de la somnolencia.

Sin echarle siquiera un vistazo, él se extendió hacia abajo y enlazó su palma a la suya, calmando su movimiento y llevándose sus dedos a los labios para un casto beso. Ella tembló y él sintió como sus pezones se endurecían contra su costado.

—Ésta mañana no, dulzura —dijo él, hablando la lengua nativa de ella. Le había costado las dos últimas semanas completas, pero finalmente había dominado con fluidez su extraño idioma. Una vez que él lo hubo entendido, era como si alguna parte de él siempre lo hubiera sabido—. En unos momentos, debo ponerme en marcha. Se me necesita en otra parte.

Tanto como le gustaría quedarse y perderse en otra hora, o dos, de tal delicioso libertinaje, sus hombres le esperaban en la arena de entrenamiento. Allí, les ayudaría a afilar sus habilidades con la espada y a vencer la frustración que se cernía sobre ellos tan ferozmente todos aquellos días. Esperando que sus siempre

presentes necesidades carnales quedaran olvidadas mientras se preparaban para la guerra que él sabía pendía en el horizonte.

Guerra. Suspiró. Ya que su ejército había conquistado ese palacio y se lo había robado a los dragones, dragones ya débiles por su anterior batalla con los humanos, la guerra había sido inevitable. Él lo aceptó. Pero ahora sus hombres estaban debilitados. Sin embargo, no por la batalla. Ellos estaban débiles a causa del sexo. Y eso era inaceptable.

El contacto sexual ayudaba a sus mentes y cuerpos a conservar la fuerza. Así era en el caso de los Nymphs. Quizás debería haber traído a las mujeres nymph con ellos a ese palacio. Pero para mantenerlas a salvo, él las había obligado a permanecer detrás. No había esperado estar separados de ellas tanto tiempo.

Ya que la batalla inicial había terminado, él había convocado a sus mujeres allí. Lamentablemente, no habían llegado y no había ningún rastro de ellas en las Ciudades Interior o Exterior. La preocupación crecía diariamente dentro de él. Había enviado un batallón de hombres a buscarlas, con una orden de matar a cualquiera que les pudiera haber hecho daño. Para infortunio de aquel enemigo, la ira de un nymph era algo terrible.

A pesar de su preocupación, no dudaba que si las mujeres, quién necesitaban el sexo tan desesperadamente como los varones, hubieran tropezado con un grupo de hombres, habrían terminado en una orgía. Sin embargo, eso no ayudaba a sus hombres.

—Hmm, te sientes tan bien —susurró la mujer morena a su lado—. Estar cerca de ti es mejor que hacer el amor con cualquier otro hombre.

—Lo sé, dulzura —respondió Valerian distraídamente.

Sin el final de la abstinencia de su ejército a la vista, debería haberse sentido culpable de sus excesos de anoche. Y se habría sentido culpable, si hubiera sido él el que convocase a las mujeres allí. Pero ellas le habían seguido, rasgándose la ropa y remontando sus lenguas sobre cada pulgada de su carne antes de que él pusiera un solo pie en la habitación.

Realmente, había intentado echarlas y enviárselas a sus hombres, pero las mujeres le habían atacado con fiereza. ¿Qué más podía haber hecho si no aceptar el ofrecimiento? Cualquier otro hombre, con una polla completamente funcional, lo que era el caso, habría hecho lo mismo.

Quizás, después de la sesión de entrenamiento, sugeriría otra vez a esos deliciosos bocados que encontrarán otros amantes.

—Sé que tienes que irte, pero... me estoy muriendo por tocarte, Valerian. —Las negras pestañas revolotearon tímidamente, y la mujer con el pelo color cuervo hundió sus labios en un puchero. Ella se apoyó en el codo, colocando sus exuberantes pechos en su línea directa de visión—. No me digas no —suplicó ella, trazando con la yema del dedo alrededor de su pezón—. Tú cuidaste exquisitamente de mí anoche. Déjame que cuide ahora yo de ti.

Al otro lado de él, sus compañeras se estiraron.

—Mmm —suspiró la de los encendidos rizos—. Buenos días.

La otra se estiró como un contento gatito, pronunciando bajo y ronco ronroneo. Cuando se incorporó poco a poco hasta sentarse, sus despeinados mechones dorados cayeron sobre sus hombros. Cuando le echó un vistazo, sonrió lenta, seductoramente.

—Buenos días —arrastró las palabras, el sueño tiñendo su voz.

—Eres asombroso —dijo la pelirroja, sus ojos azul claro se abrieron ampliamente al recordar la satisfacción.

—¿Cómo estás... dulzura? —Otra vez él intentó recordar su nombre, pero no podía. Se encogió de hombros. De todos modos no era importante. Para él todas eran “dulzura”—. Ha llegado la mañana, y es hora de que todo el mundo vuelva a sus deberes.

—No nos despidas. Todavía no —dijo la morena. Su cálido aliento abrasó su oído un momento antes de que su lengua chasqueara y remontara la curva de su mejilla izquierda—. Déjenos tener otra — Besó su mandíbula— “probada de” —le mordisqueó la garganta—, de ti.

Tres juegos de manos y pechos estaban de repente por todas partes de él. Calientes, y codiciosas bocas que lo chuparon. Húmedos, necesitados centro femeninos frotándose contra él. El olor del nuevo deseo flotando por el aire desde la cama, envolviéndole.

—Sólo con estar cerca de ti hace que me desespere por correrme —jadeó una.

—Siempre sabes que quiero incluso antes de que yo sepa —jadeó la otra—. No puedo tener bastante de ti

—Soy adicta a ti —jadeó la tercera—. Moriré sin ti.

Los gemidos y gritos del placer resonaban en sus oídos, la insaciable lujuria femenina las volvía frenéticas por su tacto. Un fiero calor incendió su propia sangre, revigorizándolo sólo como el sexo podía hacerlo. A veces, cuando la necesidad lo dominaba, se veía reducido a un estado anomalístico, tomando a sus amantes con una intensidad tan salvaje que se satisfaría mejor en el campo de batalla.

Ahora era una de esas veces.

Con un gruñido, abrió la boca y aceptó el beso de alguien, sus manos se enredaron en pelo y la dulce fragancia de la piel. Quizás se uniera a sus hombres para el almuerzo...

**C**lang. Woosh. Clang.

El sudor goteaba bajando por el pecho desnudo de Valerian, remontado sus acordonados músculos y reuniéndose en su ombligo cuando balanceó la espada, cerrando de golpe el pesado metal del arma levantada de su opositor.

Broderick se tambaleó hacia atrás y cayó sobre su trasero, arrojando suciedad en cada dirección. Algo de eso salpicó las nuevamente pulidas botas Valerian.

—Levántate, hombre —ordenó cuando Broderick permaneció en el suelo,

—No puedo —jadeó su amigo.

Valerian frunció el ceño. Esa era la cuarta vez que Broderick golpeaba el suelo durante su sesión de entrenamiento, y sólo habían estado practicando una hora. Por lo general tan fornido y poderoso como el propio Valerian, la debilidad de hoy de Broderick era desconcertante.

La culpa que había logrado negar antes cobró vida. Debería haberles enviado a las mujeres la pasada víspera, debería haberse resistido más resueltamente a ellas esa mañana. Mientras que él estaba más fuerte que nunca, esos aguerridos guerreros quedaron reducidos a eso.

—Maldición —murmuró Broderick, su voz estirada. De todos modos permaneció en el suelo, con la cabeza gacha y alzando las manos, el pelo dorado ocultando sus ojos—. No estoy seguro de cuánto más de esto pueda resistir.

—¿Y el resto de vosotros? —Valerian clavó la punta de su espada en la arena, una punta que había sido forjada y afilada en la imagen de una alargada y letal calavera, una punta que causaba un daño irreparable.

La había llamado adecuadamente La Calavera.

Su mirada fija viajó por las filas de su ejército. Algunos estaban sentados sobre un banco, afilando sus hojas, mientras que los otros se apoyaban contra una pared plata y blanquecina, con expresiones

perdidas, lejanas. Sólo Theophilus parecía listo para algo más que una siesta. Y sólo Theophilus le prestó al menos un poco de atención.

Bien, eso no era del todo cierto. Joachim estaba encorvado, los codos apoyados en sus rodillas, su cabeza inclinada hacia un lado mientras miraba fijamente a Valerian con indiscutibles chispas de Furia.

¿Qué era lo que enfadaba ahora a su primo.

—Alineaos. —Ordenó Valerian a todo el grupo—. Ahora. —Su afilado tono finalmente captó su atención.

Lentamente formaron una torpe fila, sólo algunos de ellos intentaban parecer conscientes. Su ceño fruncido se hizo más profundo. Era altos y musculosos, sus hombros, con piel bronceada y facciones perfectamente esculpidas. La fuerza de su belleza hacía a veces llorar a mujeres adultas. Pero ahora mismo soportaban profundas líneas de tensión alrededor de los ojos y bocas, les temblaban los puños y se mantenían sobre sus inestables piernas.

—Os necesito fuertes y capaces, pero estáis tan débiles como bebés, cada uno de vosotros. —En cualquier momento, Darius, el Rey de los Dragones, descubriría que Valerian había tomado ese palacio, derrotado a cada uno de los que estaban en su interior y lo había atacado.

Cuán rápido caerían esos guerreros si los desafiaran hoy.

Sus manos se apretaron a su costado. El fracaso no era algo que permitiera. Jamás. No, prefería morir. Un guerrero ganaba siempre. Sin excepción alguna.

Broderick suspiró y se restregó una mano por la cara, su expresión severa.

—Necesitamos sexo, Valerian, y lo necesitamos ahora.

—Lo sé. —Desafortunadamente, las tres exhaustas humanas que dormían en su cama, nunca serían capaces de manejar a todos esos nimphs hambrientos de lujuria al mismo tiempo.

—Podría enviar un puñado de soldados a la Ciudad Externa para capturar sirenas. —Una raza de mujeres que se deleitaban en el sexo al igual que lo hacían los Nimphs.

Peligrosas mujeres, sí. Mujeres que atraían, seducían y mataban. Bien, intentaban matar. Pero ellas eran maravillosamente satisfactorias cuando caían, completamente dignas del riesgo.

Sin embargo, las pocas veces que sus hombres habían entrado en la ciudad en esas pasadas semanas, las mujeres de cada raza habían permanecido bien escondidas, evitando a los Nimphs como si



fueran horribles demonios, que olían de modo asqueroso. Ninguno quería encontrarse esclavizado al hambre oscura y sexual de un Nymph, perdiendo su misma identidad, deseando sólo complacer a su amante. Un resultado inevitable. Incluso para compañeros. Aquellas mujeres, quien quiera que resultaran ser, donde quiera que las encontraran, eran atesoradas, pero todavía estaban esclavizadas.

—Puedo oler a las humanas en ti, y eso hace que mi propia necesidad se incremente tanto —dijo Dorian. Con su pelo obsidiana, rasgos divinos y malicioso sentido del humor, las mujeres de cada raza por lo general iban a él. Aunque, ahora no había nada malicioso en él. Irradiaba celos y resentimiento—. Te mataría si tuviese fuerza.

Más culpa barrió a Valerian. Tenía que arreglarlo. Tanto como odiaba admitirlo, sólo había una verdadera solución para este apuro.

—¿Todavía deseáis viajar a través del portal? —preguntó, enlazando sus manos tras la espalda.

Desde el descubrimiento de la extraña piscina invertida en las cuevas bajo ese palacio, la misma piscina por el que las mujeres habían viajado desde el mundo de la superficie a Atlantis, sus hombres habían rogado tantas veces por entrar que había perdido la cuenta. Cada vez su respuesta había sido la misma: Dioses, no. Su amigo Layel, el Rey de los Vampiros, le había dicho que los Atlantes no podían sobrevivir en la superficie durante largos períodos de tiempo.

Además, él necesitaba a sus hombres allí, preparándose para luchar y defender. Pero débiles como estaban ahora, esos guerreros no vencerían ni a un grifo que se persiguiese la cola, mucho menos a un brutal aliento de fuego.

Si hubiera una posibilidad de que pudieran encontrar más mujeres humanas, viajar a la superficie merecía el riesgo, se percató.

—¿Y bien? —dijo él

Casi todos sus hombres sonrieron y se cerraron en torno a él. Un coro de “Sí” estalló de sus bocas. Sólo Theophilus permaneció tranquilo, pero claro, él no tenía ninguna necesidad de visitar la superficie. Él estaba emparejado con la cuarta humana de la residencia.

Emparejado. Valerian trató de no encogerse. Cuando un Nymph se emparejaba, lo hacía de por vida. No importaba su edad, sus circunstancias, cuando encontraba a la mujer destinada a vivir a su lado, su cuerpo no ansiaría a ninguna más; su corazón sólo latiría por uno. El único. Le habían dicho que un Nymph reconocería esa “única” en el momento en que la oliera, y ella, a cambio, lo reconocería, eligiéndole por encima de todos los otros.

Valerian, así como muchos de sus hombres, vivía con temor de encontrar a su compañera, demasiado bien disfrutaba él de su libertad. No podía imaginarse desear a una sola mujer. No podía imaginar a una mujer ser capaz de mantener su interés y saciar todas sus pasiones más allá de una sola noche.

Quizás no estaba destinado a tomar una compañera. Un hombre podía esperar, de todos modos.

—¿Viajaremos por el portal? —preguntó alguien, cortando sus pensamientos.

—Sí —dijo él. Extendió sus brazos a modo de rendición—. Por fin, amigos míos, me rindo.

—¿Cuándo podemos irnos? —preguntó Broderick.

—Gracias, gran Rey —dijo Shivaw.

—Dioses, mi polla necesita algunas atenciones femeninas —habló Dorian.

El alivio goteaba de sus voces. Ya la lujuria ardía al rojo vivo en sus ojos, dándoles nueva fuerza. No los culpó por su ansia de abandonar el palacio. Él se habría reducido a una bestia gruñona, si se hubiese visto obligado a pasar sin la dulzura de una mujer mientras que ellos las tenían. Pero era algo que él, como rey, nunca había tenido que soportar. Y nunca lo habría soportado, estaba seguro.

Su apetito carnal era mayor que cualquiera de los otros, y simplemente, ninguna mujer podía resistírsele. Un hecho que sus hombres habían aceptado hacía mucho, y él mismo disfrutaba.

—La mayoría de vosotros tendréis que quedaros aquí, guardando el palacio —les informó él—. Y los que vayáis a ir, no podéis quedaros mucho tiempo. No más de una hora, quizás puede que dos. Nosotros os traeremos tantas como podamos, después decidiremos quién se queda con quien.

—Deberíamos haber ido hace días —se quejó Joachim.

Valerian decidió no hacerle caso. Sabía que la frustración hablaba por su primo.

—¿Por qué tenemos que volver tan rápidamente? —preguntó Dorian, volviendo a fruncir el ceño—. Quiero disfrutar de una amante o dos antes de volver a casa.

—No sabemos nada de la superficie, su gente o sus armas, pero más que nada no sabemos cuándo nos atacarán los dragones. Debemos entrar, engatusar a las mujeres que queremos y darnos prisa en volver.

Las rubias cejas de Broderick se arquearon.

—¿Nosotros?

—Yo os conduciré, por supuesto. —No enviaría a sus hombres a un territorio inexplorado sin él—. Pero no hay de qué preocuparse. No tomaré a ninguna mujer para mí. Las tres mujeres felizmente saciadas y dormidas en mi cuarto son suficiente estímulo para mí. — Por el momento—. Te dejaré el reclamo a ti.

## CAPÍTULO 2

Una boda en Florida. Completa con la amplia extensión de reluciente playa, el agitar de las cerúleas olas, una mágica puesta de sol rosa y dorada, cálida y bochornosa brisa. Con pétalos de rosas blancas que estaban dispersos a lo largo de la fina arena, danzando y girando con cada gentil viento. La pareja que ahora mismo se estaba prometiendo su amor inmortal se miraban fijamente uno en los ojos del otro, sus manos enlazadas juntas, sus labios ligeramente separados en expectación del próximo beso.

¿Había algo más dulce? ¿Algo más romántico?

¿Había algo más digno de una mordaza?

Shaye Holling expelió un frustrado suspiro y bajó la mirada a su bikini de conchas marinas y la falda de hierba. ¿Quién elegía esa clase de mierda para damas de honor? Alguien que quería que se parecieran a las más horribles bestias de los monstruos. Entre más feas las damas de honor, más bonita se vería la novia.

Dios, temía lo que la lujosamente vestida muchedumbre de espectadores pensaría de su atuendo de “deja que baile el hula-hula en tu regazo”.

*Posiblemente parezco una lujuriosa no muerta.*

Pálida, como era Shaye. Piel clara, cabello claro. Más de una persona se había burlado de ella a lo largo de los años, llamándola Casper, Reina de las Nieves, Vampiro, Albina. La lista subía aplastantemente sin cesar. El único color que poseía venía de sus ojos; esos eran de un profundo y rico marrón, y eran, en su opinión, su único rasgo rescatable.

Podía haber utilizado el auto bronceado que su madre le había enviado para ese acontecimiento, pero las consecuencias de la última vez que lo había intentado con aquel tipo de producto todavía estaban demasiado frescas en su mente: piel alarmantemente anaranjada, de un aspecto enfermizo, las manos llenas de granos y miradas horrorizadas. Quizás debería haberse pasado unas horas en una cama de bronceado. Podían llenarla de ampollas de pies a cabeza, pero al menos tendría un poco de color. Rojo camión de bomberos, por supuesto, pero era un color.

Mientras estaba allí de pie, una nueva idea para su negocio, Anti-Postales, hizo aparición en su mente.

*Debo admitir que has traído la religión a mi vida, pensó ella, mirando fijamente a la novia, que también resultaba ser su madre. Finalmente creo en el infierno.*

Suspiró. La larga longitud de su pelo blanco plateado acarició su hombro, una perfecta imitación del perfecto vestido de satén crema

que ondeaba en los tobillos de su madre. ¿Había alguien más hermosa que Tamara futura-señora-Waddell? ¿Alguien más quirúrgicamente realzada? ¿Alguien que utilizara a los hombres igual que Kleenex sexuales?

¿Ese cuál era? ¿El sexto matrimonio de su madre?

En ese momento, su madre le echó un vistazo y frunció el ceño.

—Enderézate —articuló—. Sonríe.

Como siempre, Shaye pretendió no advertir las provechosas órdenes. Centró su atención en el párroco.

—Para amar, honrara y cuidar... —decía él, su tono de barítono flotando a través de la cálida puesta de sol.

Mayormente, Shaye oyó bla, bla, bla antes de bloquear completamente su voz.

Amor. Como despreciaba esa palabra. La gente usaba el amor como una disculpa para hacer el ridículo. Me engañó, pero voy a quedarme con él por que lo quiero. Me golpea, pero voy a quedarme con él por que lo quiero. Me roba cada penique de mis ahorros, pero no lo voy a presionar por que lo quiero. ¿Cuántas veces había utilizado su madre aquellas mismas palabras?

¿Cuántas veces habían tanteado los novios de su madre a la misma Shaye, afirmando que lo habían hecho sólo por que se habían enamorado de su madre y en ese amor entraba ella? Ella apenas era una niña en aquel entonces. Pervertidos.

El padre de Shaye era otro ejemplo de la estupidez “el amor es todo lo que importa”.

Tengo que dejar a tu madre por que me he enamorado de alguien más. Por lo visto, se había enamorado “varias veces” de alguien más.

Después de que su última esposa lo hubiese engañado y se hubiese divorciado luego de él, Shaye le había enviado una tarjeta “lo siento mucho”. Lo que realmente quería haberle enviado era: “Al fin obtienes lo que te mereces gilipollas de alto nivel, no es cierto”. Por supuesto, ninguna había estado disponible, razón por la que ella había empezado a hacer las suyas propias. El negocio Anti-Tarjeta era un éxito. Parecía que había mucha gente que quería mandar a la mierda a alguien, de manera tortuosa.

Ella trabajaba ochenta horas a la semana, pero eso no lo mencionó. Gracias a tarjetas tan populares como “Soy tan miserable sin ti, que casi parece que estás aquí” y “Puedes hacer más con una palabra amable y un arma que sólo con una palabra amable”. Les

había proporcionado empleo a veintitrés mujeres y había hecho más dinero del que había soñado alguna vez posible.

La vida, para la niña de aspecto extraño que nunca había encajado con las expectativas de sus padres, era finalmente buena.

—Puedes besar a la novia —dijo el pastor.

Gracias a Dios. Shaye soltó un apresurado suspiro, sus hombros se derrumbaron cuando se derritió la tensión. Pronto estaría en un avión, volando hacia Cincinnati y a su tranquilo y pequeño apartamento. Ningún signo de romance la irritaría allí. No había ni siquiera un gato que la molestara.

Entre alegres aplausos, el novio depositó un húmedo beso en la implantada mejilla de su madre. La brillante pareja se volvió y paseó por el pasillo, el lírico rasgueo de un arpa resonando detrás de ellos. Shaye se acercó poco a poco al agua, alejándose de las masas, escapando ahora que todo el mundo se dirigía a la carpa de recepción.

Había hecho su deber como hija, otra vez, y no había razón para quedarse. Además, quería sacarse el irritante sujetador de concha y la picante falda de hierbajos cuanto antes.

—¿A dónde vas, tonta? —dijo una de las otras damas de honor, cerniéndose sobre su brazo con un sorprendente apretón de hierro—. Se supone que sacaremos las fotos y serviremos a los invitados.

Así que, la tortura no había terminado aún. Ella gimió.

Después de una hora posando para el fotógrafo, quien finalmente dejó de intentar hacerla sonreír, se encontró sirviendo el pastel a una larga fila de invitados cargados de champagne. La mayor parte de ellos no le hacían caso, simplemente le arrancaban el pastel y se alejaban hablando, pero, ella lo suponía, la encontraban demasiado abrupta y se retiraban rápidamente.

*¿Cuándo acabará esto? Sólo quiero irme a casa.*

Pero la fila había dejado de moverse, prolongando su tormento. Gr.. Ella echó un vistazo. Un hombre había reclamado su postre, pero no había dejado el lugar. En vez de eso la miraba, estudiándola.

—¿Puedo ayudarle?

—Tomaré una pequeña rebanada si la sirves tú —contestó él, sosteniendo el plato en equilibrio en una mano y revolviendo el champagne con la otra.

Sus ojos verdes centellearon con alegría.

Él llevaba una camisa blanca desabotonada en el cuello, la pajarita negra suelta y pantalones negros de traje. Su pelo rubio

estaba perfectamente cortado, ni un solo mechón fuera de lugar. El padrino, recordó ella.

—Señor, está obstaculizando la fila. —Ella se forzó a endurecer el tono y poner expresión severa mientras volvía a cortar pastel y ponerlo en los platos. Había aprendido a una edad temprana que era mejor mantener a la gente a distancia desde el principio. Y si hacía que la odiaran de esa manera, que así fuera, por que no podía permitirse a sí misma ni la más suave emoción, la misma cosa que llevaba a la desilusión, el rechazo y la angustia—. Ahora muévase.

El hombre no se alejó como ella había esperado.

—Creo que quizás necesite...

—Shaye, cariño —la llamó su madre de manera confiada. El caro aroma de su perfume emanaba de ella, mezclándose con el aroma del azúcar y las especias cuando flotó al lado de Shaye—. Estoy contenta de que hayas conocido a tu nuevo hermanastro, Preston.

¿Hermanastro? De ninguna manera. Eso mostraba exactamente cuánto contacto había tenido Shaye con su madre en esos pasados años. No había sabido que el novio número seis tenía hijos. Realmente, no lo había descubierto hasta que su nuevo papá hasta una hora antes de la boda.

Shaye miró a Preston.

—Nunca me he llevado bien con los otros —dijo ella alisando su grosería de antes.

Pero sólo eso, nada más.

—Eso he oído —dijo él, riéndose entre dientes.

Era incluso más guapo cuando se reía de esa manera. Apartando la mirada, reunió dos platos y se los pasó a la gente detrás de él.

—Es un placer conocerte, Preston, pero realmente tengo que terminar de servir a los invitados.

La banda decidió ese momento para arrancar en una suave y romántica balada. Preston todavía no había captado la indirecta y no se apartaba.

—Nunca pensé que diría esto pero, ¿quieres bailar conmigo, hermanita? Después de que acabas aquí, por supuesto.

Ella abrió la boca para decir que no, pero no surgió ningún sonido. Quería decir que sí, se percató Shaye. Incluso aunque sus hermanos y hermanas cambiaban más frecuentemente que ella de ropa y con probabilidad no volvería a ver ese hombre, quería decir que sí. No por que se sintiera atraída hacia Preston o algo así, sino

porque representaba todo lo que siempre se había negado. Y necesitaba seguir negándose. Era más seguro de esa manera.

—No —dijo ella—. Sólo... no. —Una vez más volvió la atención al pastel.

Su madre prorrumpió una estirada risita.

—No hay ninguna razón de ser grosera, Shaye. Un baile no te matará.

—He dicho no, Madre.

Hubo una pausa, entonces:

—Tú —dijo su madre, su voz repentinamente dura. Ella señaló a una de las otras damas de honor horriblemente vestidas—. Acaba con el pastel. Shaye, ven conmigo.

Los fuertes dedos se rizaron alrededor de la muñeca de Shaye. Un segundo más tarde estaba arrastrándola de la carpa de recepción al borde de la playa. Aquí vamos otra vez... suspiró ella. Eso siempre pasaba. Siempre que ella y su madre se veían obligadas a compartir el mismo espacio, Tamara siempre hacía erupción y Shaye siempre se marchaba

*Dios, no necesito esto.*

La arena se hundió entre los dedos en su sandalia cuando una cálida brisa salada la envolvió, azotando su falda de hierbas sobre las rodillas. Etéreos rayos de luz de la luna iluminaban el camino. Las olas cantaban una gentil, calmante canción.

Los aterciopelados ojos de su madre, ojos exactamente iguales a los suyos, se entrecerraron ligeramente. Ella dejó caer la mano de Shaye como si su contacto le pudiera causar arrugas prematuras.

—Tratas a mis invitados como si fueran indeseables.

Shaye envolvió sus brazos alrededor de la cintura.

—Si tan siquiera me conocieras —dijo ella con suavidad—, sabrías que trato a todo el mundo de esa manera.

—¡No me importa cómo trates a los demás! Tratarás a todos los que están aquí, incluyendo a Preston, no, especialmente a Preston, con respeto. ¿Me entendiste? Sólo... —ella se apartó un mechón de pelo de la cara—, finge que tienes corazón durante unas horas.

Eso picaba. Con fuerza. Pero Shaye se obligó a sonreír.

—¿Por qué no vas a buscar a tu nuevo marido y le dejas calmarte? Ésta clase de trastorno sólo hará que te encojas como una pasa.



Jadeando de horror, su madre se palpó la piel alrededor de los ojos, sintiendo las patas de gallo.

—Sólo tengo Botox. No debería tener ni una sola arruga o pliegue. ¿Ves una arruga? ¿Ves una maldita arruga? No puedo alzar las cejas para encontrarla, los músculos no funcionan.

Shaye puso los ojos en blanco.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Su madre pateó con fuerza el suelo con el pie.

—Finalmente he encontrado el amor de mi vida. ¿No puedes entenderlo y estar feliz por mí?

—Uh, hola. Éste es el sexto amor de tu vida.

—¿Y qué demonios? He cometido errores en el pasado. Eso es mejor que cortarme por completo a mí misma de cualquier relación como has hecho, sólo para evitar ser herida. —Ella hizo una pausa, levantando la barbilla—. Tú desprecias a todos los hombres, Shaye. Nunca tendrás una relación.

No, no la tendría. Nunca más. Siempre había evitado los caminos que deberían haber llevado a obtener el mítico “felices para siempre jamás”. A ese punto, sin embargo, había intentado esa cosa de las citas. Había descubierto rápidamente que los hombres nunca llamaban cuando decían que iban a llamar. No estaban interesados en ella como persona; estaban interesados en conseguir sacarle la ropa. Miraban a otras mujeres cuando suponían que tendrían que mirarla a ella.

Mentían, utilizaban, engañaban. Y no valía la pena el problema.

Shaye envolvió una hebra de hierba alrededor del dedo.

—Te deseo todo lo mejor con tu nuevo marido, Madre. —No había razón para refundirlo todo. Otra vez—. Ahora, me voy a casa.

—No te irás a ningún lado hasta que te hayas disculpado con Preston. —Un dedo se empujó hacia su cara—. Lo trataste fatal, y no lo permitiré. No lo haré, ¿me oyes?

Ella le había tratado fatal y se sentía mal por ello. Pero no pediría perdón. Eso invitaría a una conversación. La conversación invitaría a la amistad, y la amistad a la emoción. La emoción, por último, invitaría a todo lo que había trabajado con tanta fuerza para evitar.

—¿Realmente esperas que obedezca una orden paternal de tu parte? ¿Ahora? ¿Después de una infancia en la que fui criada por niñeras?

—Bien, sí —la respuesta era vacilante.

—Estás olvidándote de algo. Soy la Princesa de Hielo de Bitterslovakia, la Gran Duquesa de BitterStonia y la Reina de Bitterland. ¿No es eso lo que me has llamado durante años?

Un suave ruedo de olas se estrelló en la distancia.

—Debería haber sabido que actuarías de ésta manera —le soltó su madre. Con enfadado movimiento de muñeca, se sacudió un oscuro mechón del hombro y contempló el agua—. Todo lo que he querido alguna vez era una hija encantadora, normal. En vez de eso tengo que aguantarte a ti. No estarás feliz hasta haber arruinado mi boda.

—¿Cuál? —respondió Shaye con sequedad, haciendo a un lado su dolor.

Prefería el helado entumecimiento que la rodeaba generalmente. Aquel entumecimiento la había salvado durante la infancia, apartándola de la depresión y la desolación y metiéndola en una vida de satisfacción, si no de alegría.

—Todos ellos, maldita sea. —Tamara no la miró a la cara, sino que continuó mirando fijamente la prístina agua. Sonó otro chapoteo, esa vez más cerca—. Estás celosa de mí, y por eso no quieres que sea feliz. Cada vez que estoy cerca, haces algo para herirme.

De todas las cosas que había dicho su madre, esa era la que más cortaba. Después de todo, Shaye estaba allí porque quería que su madre fuera feliz. Nunca había apartado a la mujer de su vida, porque, a pesar de todo, la quería. Era algo contra lo que había luchado y odiado, pero así era. La niña en su interior no dejaría sentir cariño por algo o alguien, pero todavía quería la aprobación de su madre. Ugh.

—No me culpes por tu miseria. Tú eres la única responsable.

—Conner y yo quisimos que éste día fuese perfect...—Los ojos de Tamara se ensancharon, vidriándose con lujuria cuando sus palabras se cortaron abruptamente—. Perfecto. —Suspiró soñadora—. Hmm. Tan perfecto.

La manera en que su voz cayó a un ronco ronroneo, como si quisiera sacarse el vestido y bailar desnuda a la luz de la luna, tenía a Shaye parpadeando por la confusión.

—Um. Hola. Discusión aquí.

—Hombre. —Había una calidad hipnótica en la palabra, un encantamiento que hablaba de pasión y fantasías secretas—. Mi hombre.

—¿De qué estás hablando? —Shaye arrastró su mirada fija hacia el océano.

Se le quedó la boca abierta del shock.

Allí, elevándose desde las aguas igual que primitivos dioses del mar, estaban seis gloriosamente altos y musculosos bárbaros. La luna colocada reverentemente detrás de ellos, envolviéndolos en un halo de oro.

Cada uno de ellos llevaba una espada, una espada “te cortaré en un millón de pedacitos” digna de un Dios, pero ella parecía no poder hacer que le importara. También llevaban a unos submarinistas y sus equipos submarinismo, algunos anclados bajo sus brazos, otros a la espalda. Otra vez, no parecía poder hacer nada para que le importara.

Los guerrero estaban sin camiseta, y todo poseían una tabla de lavar por nervudos abdominales, piel tan bronceada que parecía oro líquido sobre acero, y rostros que cualquier súper modelo masculino habría envidiado. Sólo que mejor. Mucho mejor.

Increíble... surrealista... magnífico.

Shaye tragó aire, y su corazón se saltó un latido. El aire se calentó en sus pulmones, quemándose y lamiéndola con llamas candentes. Todos, los seis guerreros estaban mirándola de repente como si ella fuera una sabrosa comida, que no necesitaban vajilla. Ya era bastante extraño que ella quisiera tenderse sobre una mesa, desnuda, ofreciendo su cuerpo como buffet. Todo lo que usted pueda comer. Gratis.

Se humedeció los labios, la boca haciéndosele agua, la piel hormigueándole, el estómago encogido.

*Estoy caliente. ¿Por qué demonios estoy caliente?*

Más importante, ¿por qué no se largaba?

Ellos se acercaron más y más. Tan cerca ahora que podía ver las plateadas gotitas de agua deslizándose por sus pechos libres de vello y reuniéndose en sus sexys ombligos. El agua se deslizó más abajo, más abajo aún... pensó ella

*Complemento de éste, tonta, pensó ella aturdida.*

Su mirada cayó sobre el hombre del centro y durante un momento se olvidó de moverse.

Te olvidas de respirar. Peligro, le avisó su mente. Él era más alto que el resto, su pelo rubio oscuro caía en una maraña húmeda, enmarcando sus facciones que eran terriblemente hipnotizantes. Sus ojos... ah, señor. Sus ojos. Eran verde, azulados, ningún color se mezclaba con el otro, sino que se mantenían solos, y tan eróticamente seductores que sintió el tirón de su mirada hasta los

huesos. Sus pezones se endurecieron y un dolor palpitó entre sus piernas.

Había algo salvaje en él, algo indomable y salvaje, una ilusoria calma brillaba en su expresión diciendo que haría lo que infiernos le complaciera, siempre que quisiera. Y cuando ella lo miró, él la miró a ella. Estudió su cara, chamuscándola con la vacilante excitación en aquellos magníficos ojos suyos, haciéndose más profundos y mezclando el azul a un ardiente turquesa. Pero la excitación fue rápidamente seguida por un destello de rabia.

¿Rabia? ¿Estaba loco? ¿Por ella?

—Mío —dijo su madre conteniendo el aliento, todavía perdida en alguna clase de trance—. Todo mío.

Sin cesar sus confidentes fanfarronerías, los guerreros salieron del agua y dejaron caer los todavía inconscientes submarinistas en la playa. Con los brazos ahora libres, el guerrero del medio curvó el dedo, llamando a Shaye con señas hacia él. Temblando, ahogándose en su masculinidad, ella se las ingenió para mover sacudir la cabeza en una negación.

Ve a él, suplicaba su traviesa mente. Ella sacudió de nuevo la cabeza, violentamente esa vez.

La lisa barbilla del hombre se inclinó hacia un lado y frunció el ceño.

—Ven aquí —dijo él, su voz era un ronco susurro que atravesó la pequeña distancia, tan intoxicante y embriagados como una caricia erótica.

Otro temblor le recorrió la columna, tan intenso que casi cae de rodillas. ¿Qué sucedería si la tocaba? ¿Qué pasaría si arrastraba aquellos deliciosos labios rosados a lo largo de cada curva y hueco de ella?

*Detente, Shaye,* demandó una pequeña y racionar voz interior. *Sólo detente.*

—Ven aquí —repitió él.

—Sí —dijo su madre, ya andando hacia ellos. La soñadora mirada en sus ojos se oscureció con impaciencia—. Tengo que tocarte. Por favor, déjame tocarte.

La parte de Shaye que reconocía que esos hombres eran peligroso también reconoció que había algo malo con su madre, y con ella, pero con todo no podía hacer que le preocupara. Una niebla sexual increíblemente intensa se tejía por su mente, y no importaba nada más.

—Lucha contra ello —dijo ella—. Lucha contra esto, sea lo que sea.

Emprendiendo una guerra mental, pateó y empujó las repentinas imágenes mentales de ella y aquel hombre, desnudos y tendidos juntos, su boca en sus pechos, sus dedos deslizándose en su interior, sus piernas separándose, dándole mejor acceso...

—No. ¡No! —gruñó ella.

Incluso mientras hablaba, una sábana de calma se asentó sobre sus pensamientos. Una familiar pared helada encerró sus emociones, haciendo a un lado todo excepto la necesidad de escaparse.

Esos hombres, quienes quieran, o lo que quiera que fueran, eran peligrosos, sus intenciones eran obviamente maliciosas. Tenían espadas, por Dios santo, e irradiaban lujuria. Lujuria de sangre, lujuria sexual, eso no lo sabía.

Ellos estaban casi sobre ella.

Frunciendo el ceño, con el miedo encabritándose, extendió la mano y agarró con fuerza el brazo de su madre, tirando de Tamara para que se detuviera.

—No te acerques a ellos.

—Debo... tocarle...

—Tenemos que pedir ayuda, advertir a los demás. ¡Algo!

—Déjame ir. —Ella luchó contra el asimiento de Shaye, desesperada por liberarse—. Tengo que...

—Tenemos que volver a la carpa. ¡Ahora muévete! —Arrastrando a su madre detrás de ella, Shaye corrió hacia el área de recepción, hacia las voces que se reían, la música suave y los confiados invitados.

Mientras corría, echó un vistazo tras de ella. Los hombres no habían reducido la marcha, no se habían apartado. La lujuria y el hambre se intensificaron en sus rasgos cuando la siguieron.

—¡Ayudadnos! —gritó ella, dando un puntapié a la arena con cada paso. Hizo la cortina a un lado y entró en la carpa—. ¡Que alguien llame al 911!

Nadie la oyó. Estaban demasiado ocupados bailando y bebiendo hasta el olvido, gracias a la barra abierta.

—Déjame ir —siguió gritando su madre.

Cuando no consiguió obtener su libertad, hundió sus pequeños y agudos dientes en el brazo de Shaye.

—¡Maldita sea! —Shaye hizo la única cosa en la que pudo pensar: enganchó su pie detrás de los tobillos de su madre y empujó, enviando a la novia volando hacia atrás sobre la mesa de postre.

La comida y los platos cayeron al suelo, pero al menos su madre permaneció horizontal, tratando de contener la respiración.

Varias personas echaron un vistazo a Shaye, luego a la novia caída. Sus ojos se ensancharon, unos confundidos, otros horrorizados, pero sobre todo divertidos.

—Hay hombres... —apuntó Shaye— ahí fuera. Hombres peligrosos. Tienen espadas. ¿Alguien tiene un arma? ¿Alguien ha llamado al 911?

Volviendo a orientarse, su madre se puso en pie, indiferente a azúcar glaseado rojo y blanco que ahora rayaba su vestido de diez mil dólares. Ella se abrió camino entre los invitados a codazos.

—Le necesito. Déjame volver a él.

—¿Tamara? —preguntó su nuevo marido, incrédulo. Se precipitó hacia la novia y la envolvió con sus brazos, su expresión preocupada cuando ella luchó por liberarse—. ¿Qué te ocurre, gatita?

—Le necesito... a él. —La última palabra fue pronunciada en un suspiro de alivio, felicidad.

Seis dioses del mar habían abierto de golpe la tapa de atrás del toldo. Entraron en el interior, consumiendo cada pulgada de espacio respirable y bloqueando la única salida. La música se detuvo de inmediato. Los hombres invitados se encogieron, como si acabase de llegar la muerte, y las mujeres jadearon de felicidad, moviéndose ya hacia los guerreros, extendiendo la mano, impaciente por tocarlos.

—Salid de aquí —gruñó Shaye—. Tenemos armas. Pistolas... y... y otras cosas amenazantes.

Seis pares de ojos exploraron la muchedumbre, empapándose de cada detalle... buscando... y luego centrándose en ella. Ella tembló, el calor atravesándola. Imágenes de desnudez intentaron precipitarse nuevamente por ella. Piel sudorosa, colorada, rosada con la excitación...

¡Otra vez no! Obligó a su mente a permanecer en blanco.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Cómo podían hacer eso? ¿Cómo lo hacían para que ella olvidara quién y qué era ella y disfrutara simplemente de los placeres que de alguna manera sabía que podían darle?

Luchando contra una oleada de pánico, Shaye agarró rápidamente el cuchillo de la tarta del suelo y lo mantuvo frente a

ella. El glaseado cubrió su mano; el corazón latía irregularmente en su pecho. En el instituto había tenido que luchar algunas veces con sus hermanastros. Sí, había sido su infructuoso intento de mantenerlos a distancia de modo que no empezaran a caerles bien sólo para tener que dejarlos meses después, pero realmente se las había arreglado para ganar algunas de esas peleas. No era que todos sus hermanos y hermana hubiesen llevado cuchillos o fuesen más musculosos que dos cuerpos bien constituidos juntos.

El guerrero en el medio, el gigante rubio exquisitamente formado que la había llamado con señas en la playa, le hizo señas una vez más. Todavía había una indirecta cólera en sus ojos, todavía también un tinte sensual en él. Ahora, sin embargo, se parecía más a un predador. Sexual. En la carpa bien iluminada, podía ver el aro de plata destellando en su pezón.

—Ven —dijo él.

Todo su interior quizás gritara por obedecer, para ir a él, para aspirar ese aro en la boca mientras se bajaba a sí misma contra su erección, pero tragó y sacudió la cabeza.

—No.

Tenía una erección. Dios. Ella ni siquiera había mirado allí. Pero lo sabía, como si el conocimiento estuviera impreso en cada célula suya, que él estaba despertando.

Sus besables, lamibles labios se alzaron en una lenta, maliciosa sonrisa, como si hubiese querido que ella se le negara.

—Me deleitaré en mostrarte el error de tus maneras.

Sí. Lo había querido.

## CAPÍTULO 3

**M**i compañera, pensó Valerian incrédulo. Había encontrado a su compañera.

No la había estado buscando, no había querido encontrarla, pero la había encontrado. Como lo afirmaba la leyenda, había captado su olor y lo había sabido. Sabiéndolo más allá de cualquier duda. Mía. Cada una de sus células había despertado por ella, respondiéndole a ella.

Cuando él y sus hombres habían salido por primera vez por el portal, los guerreros subacuáticos humanos vestidos con extrañas y apretadas ropas negras, los habían atacado y habían intentado arrastrarlos a los barcos que esperaban en la superficie. Hubo una lucha, pero los Nymphs ganaron al final, eliminando tanto a los hombres como los barcos. Después de eso, los Nymphs no se habían preocupado por el paisaje de este mundo de la superficie con el que solo habían soñado. Simplemente querían encontrar algunas mujeres y llevarlas a Atlantis.

Una mujer en particular había captado y sostenido su mirada. Ella era alta y delgada, pero con hermosas curvas, el estómago liso y caderas ligeramente redondeadas. Sus piernas eran largas y firmes y ascendían directamente al nuevo centro de su mundo.

Su angelical rostro alardeaba de una pequeña deliciosa barbilla, mejillas encendidas y una nariz delicadamente inclinada. Sus ojos eran grandes y marrones, un marrón rico, casi oro, lleno de asombrosa vulnerabilidad asombrosa e indiscutible determinación, compensadas por las increíblemente pálidas y maravillosamente largas pestañas.

Él nunca había visto piel tan lisa y luminosa como la suya, ni siquiera en un vampiro. Igual que la luna que había visto brillando en los cielos, ella era suave y radiante. Etérea. Le hormigueaban las manos por extenderse y acariciarla lentamente, insistentemente y saborearla, asegurándose de que no se alejaría en un destello, un inalcanzable sueño.

En cuanto a la ropa que llevaba, bien, juró mantenerla vestida exactamente de esa manera durante el resto de su vida. Un montón de hierbajos verdes colgaban desde su cintura separándose con cada respiración, revelando succulentos vistazos de sus muslos. No, no había querido encontrar a su compañera—y humana, nada menos—y estaba enfadado de haberlo hecho. Pero detrás de la rabia estaba un hambre posesiva que no podía negar. Que no quería negar.



Él había sido complacido con mujeres (muchas, muchas mujeres) durante tantos años que se había olvidado de lo que se sentía al desear una para sí mismo. Para simplemente mirarla y desearla. Su sangre ya se calentaba con un fuego aparentemente inextinguible, y su piel tironeaba. Mía. Sus músculos se endurecieron. Mía.

Obviamente ella no le había reconocido todavía como su compañero. De hecho, parecía querer únicamente su desaparición. Humanos, se mofó interiormente. Estando allí de pie como lo estaba ella, parecía intocable, ésta era su compañera, debería tocarla. Moriría si no lo hacía.

Valerian hizo una pausa, parpadeó, las palabras resonando por su mente. Moriría si no lo hacía. ¿Cuántas veces le había dicho una mujer algo parecido a él? ¿Que se moriría si no la tocaba? ¿Que se moriría si no la follaba? Él nunca lo había entendido hasta ahora mismo, en este momento, estudiando el pequeño rayo de luna.

Ella era esencial para su ser. Quizás odiara ese hecho, pero ahí estaba.

Mientras él bebía de ella, sus labios se separaron ligeramente, como si no pudiera decidir si jadear por aire o soltar un grito. Valerian quiso que hiciera ambos. Quería oír su nombre rodando de su lengua cuando jadeara y gritara al llegar al clímax.

Ella era su compañera, su mujer, y se lo demostraría a cualquiera que dijese lo contrario. Incluso a ella. Oh sí. Cada una de sus células lo sabía, sabía que le pertenecía a él. Nunca otra vez iba a ser capaz de disfrutar a otra mujer. ¿Disfrutar? Pensó él. Casi se rió. ¿Había disfrutado realmente de alguna mujer hasta ahora?

Él quería al rayo de luna, con su fantasmal pelo y su helada piel. En el momento en que la había visto, bañada tan hermosamente por la luz de la luna, la había deseado. El mundo a su alrededor se había desvanecido, y él solo la había visto a ella. Radiaba una intocable capa a la cual cada uno de sus instintos de guerrero había respondido y saboreado.

Dioses, la quería. Sólo mirándola ahora, su cuerpo olvidó los excesos del día. Estaba hambriento por saborearla.

Pero ella le había dicho que no. Varias veces. También había huido de él. Valerian todavía no había aplastado su conmoción ante ese hecho. O su excitación. El guerrero en él se deleitaba en el

desafío de hacerla cambiar de idea y hacer que estuviese desesperada por tenerle.

Su mirada fija pasó a la pequeña daga que sostenía, levantada y lista y las esquinas de su boca se elevaron nerviosamente. ¿Realmente pensaba mantenerlo a distancia con tal endeble hoja?

Oh, pero ella tenía mucho que aprender sobre un decidido guerrero Nymph.

—Reunid a todas las hembras que no estén emparejadas, —le dijo a sus hombres, hablando en su lengua nativa, sin apartar jamás la mirada del objeto de su fascinación.

Ella retrocedió un paso. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se quedó quieta. Enderezó los hombros, levantó más el cuchillo y volvió a su lugar. Ah, una mujer de coraje. Una que lucharía hasta la muerte. Él sonrió abiertamente, deseándola aún más.

—¿Qué quieres de nosotras? —exigió ella, usando la misma lengua que habían usado las otras mujeres de la superficie.

Él apenas oyó sus palabras; estaba demasiado encantado por la manera en que sus suaves labios como pétalos se movían tan sensualmente. Por la pequeña lengua rosada que había vislumbrado en su interior. Su polla saltó en reacción.

Una mujer pasó repentinamente las puntas de sus dedos por su brazo. Él arrancó la mirada del Rayo de Luna, seguramente una de las cosas más difíciles que había hecho nunca, y bajó la mirada. No sólo una mujer, notó él, sino que lo rodeaban varias. Ellas ya se las habían arreglado para abrirse paso hacia él y sus hombres, gimiendo ooh y ahh, algunas incluso frotando sus pechos contra ellos.

Valerian ahogó un jadeo de sorpresa cuando advirtió que uno de los machos humanos estaba intentando besar a Dorian. Dorian llevaba una expresión de completo horror y apartó al decidido varón.

—¿Sólo las que no están emparejadas? —preguntó Broderick, sus ojos cerrándose en rendición cuando una bonita morena lamía su clavícula.

—Solo las que no están emparejadas. —confirmó él. Los Nymphs eran capaces de oler a otro hombre en las mujeres, y aquellas con permanentes amantes serían dejadas aquí. Si la pequeña pálida rayo de luna que lo tenía tan embelesado hubiera estado ya emparejada, la habría tomado de todos modos. Sin reservas. Pero sabía por su

esencia, una fascinante esencia, que ella no pertenecía a ningún hombre salvo a él mismo.

Sin necesidad de más estímulo, sus hombres entraron en acción, llamando a las mujeres sin pareja para formar una fila. Por supuesto, estas mujeres obedecieron sin vacilar, sus instintos femeninos las inducían a obedecer cada edicto de un Nymph. Las que estaban emparejadas gritaron angustiadas por que no eran elegidas e intentaban abrirse paso, de todos modos, hacia la fila. Incluso el varón que deseaba a Dorian intentó conseguir un lugar en la fila.

Cuando un hombre humano protestó por los acontecimientos, fue rápidamente sometido: un duro puñetazo en la sien que lo envió directamente a dormir. La mayoría estaban demasiado asustados para hacer algo y permanecieron encorvados y temblorosos en los bordes de la carpa. Que hombres endebles, pensó Valerian. ¿Nunca antes habían tomado parte en una batalla? Él no podía imaginar el actuar de tal modo.

Devolvió su atención al Rayo de Luna.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó él.

—¿Qué quieres de nosotras? —exigió una segunda vez, ignorando su pregunta.

Él le dedicó su sonrisa más libertina.

—Lo que cualquier hombre querría de ti. Tu cuerpo. Me pertenecerás a mí. Ahora, ven.

En vez de obedecer, ella desnudó los dientes en un ceño, revelando una línea blanca de perfección. ¿Por qué no estaba hechizada por él? ¿Por qué no le estaba rogando su toque? El misterio le intrigó.

—No puedes hacer esto, —escupió ella—. Sal de aquí antes de que llegue la policía y seas arrestado.

¿Policía? ¿Arrestado? Valerian frunció el ceño.

—Cambiarás de idea sobre que te posea, eso lo juro. —Él maniobró alrededor de las mujeres que todavía competían por su atención y acortó la distancia entre él y el Rayo de Luna. Los oscuros ojos de ella se ensancharon con cada paso de él. Cuanto más se acercaba, más le atraía su deliciosa esencia como una cadena invisible. Excepto...

Uno de sus guerreros la alcanzó primero, sus fuertes brazos rodeándola desde atrás y atrayéndola hacia sus brazos. Ella gritó y pateó, luchando como un enfurecido vampiro sediento de sangre.

Un salvaje gruñido se elevó en la garganta de Valerian y se mordió una ola de furia. Furia por su tormento; furia sobre su intenso sentido de posesividad Mía. Ella me pertenece a mí. Nunca había experimentado un momento de celos en su vida. Él y sus hombres compartían a las mujeres todo el tiempo. Pero la imagen de otro hombre sosteniendo a su pequeño Rayo de Luna casi lo deshace.

—Mía, —vociferó él. Incluso aunque quería arrancarle los brazos al guerrero para alejarla de él, todavía permaneció quieto—. Ella es mía.

Shivawn hizo una pausa, las cuentas en su pelo resonaron al juntarse. El rayo de luna siguió luchando en sus brazos, dándole puñetazos en la cara, haciéndole sangrar y hacer una mueca.

Si la dejaba caer y la lastimaba, vaticinó Valerian, él moriría.

—Pero, mi rey, dijisteis que no queráis a ninguna de estas mujeres de la superficie. Dijisteis que eran para nosotros.

Lo había hecho, se dio cuenta Valerian. El recordatorio envió otra onda de palpitante oscura furia por él. Nunca antes había rota la palabra dada a sus guerreros; ellos esperarían que él mantuviese hoy su promesa, y con razón. Lo cual quería decir que uno de sus hombres esperaba reclamar a esta mujer, su compañera, para sí mismo, desnudándola, complaciéndola, viéndola llegar al clímax.

No podría permitirlo.

Cada instinto que poseía le exigía que hiciera algo, alguna cosa, para evitar que eso sucediera. Todavía no había nada allí que pudiera hacer ahora y lo sabía. Entrecerrando los ojos y apretando las manos a los lados, él dijo:

—Yo la llevaré. —un borde de acero en sus palabras.

Shivawn le consideró silenciosamente durante un prolongado momento, luego se encogió de hombros, entregándola.

—Es una salvaje. Tened cuidado con sus piernas, ya que intentará patearos vuestra virilidad. —En el momento en que sus manos quedaron libres, Shivawn agarró a otra mujer, una belleza morena que parecía menos que contenta con los acontecimiento que sucedían a su alrededor.

Hmm. Muy raro. Otra infeliz. ¿Qué iba mal con estas mujeres de la superficie?

Valerian se olvidó de ella, sin embargo, cuando suavemente encerró al rayo de luna en sus brazos. Ella se quedó quieta, pequeñas deliciosas respiraciones saliendo de ella. Mantuvo el rostro apartado de él y juntó las manos sobre su estómago. Incapaz de resistirse, hundió la nariz en su cuello, aspirando su fragancia de... nieve y flores silvestres, sí, esa era su esencia, disfrutando la suavidad de su pálida piel.

—¿Hueles mi esencia? —le preguntó él.

—N... no. ¿Debería?

Sus hombros cayeron con desilusión.

—Si no me pones en el suelo, —dijo ella rígidamente, como si cada palabra fuera forzada de su garganta—, voy a arrancarte los ojos y comérmelos frente a ti.

Él se rió entre dientes, olvidada la desilusión. Ella tenía una cara dulce y una naturaleza sanguinaria. Qué deliciosa contradicción. —¿Por qué no me ruegas que te dé placer?

—¿Me tomas el pelo? —dijo ella con voz entrecortada—. Alguien tiene que registrarse en Egos Anónimos, por lo que veo. ¡Ahora bájame!

—No contestaste a mi pregunta.

—Y no voy a hacerlo. Por dios santo, ¡Ponme en el suelo!

—Quiero sostenerte. Para siempre.

Un músculo parpadeó en su mandíbula, pero esta vez ella no contestó.

—Desearía poder darte lo que pides, —dijo él—, pero me gusta demasiado donde estás. —El costado de su cuerpo estaba presionado contra su pecho, y en todo lugar donde se tocaban sus pieles, él ardía—. Quizás, sin embargo, negociarías contigo. Quizás podrías convencerme de acceder a tu petición.

Finalmente ella echó un vistazo en su dirección. Cuando sus miradas se encontraron, azul contra dorado marrón, él jadeó por aire. La conciencia chisporroteó dentro de él, más fuerte que antes. Tan hermosa. Sus fosas nasales llamearon, y él sabía que sus pupilas se dilataron. Su cuerpo se endureció dolorosamente.

Ella tragó y su piel ya pálida palideció aún más.

—Nada de negociación. Sólo bájame. ¿O tú y tu pandilla de imbéciles con esteroides planeáis violarnos?

—¿Violar? —preguntó él, desconociendo la palabra. A juzgar por su tono, no era algo favorable—. Explícame eso de violar.

Ella lo hizo. Y en la voz más indignada que había oído nunca.

Él se rió entre dientes otra vez. ¿Cerdo indiferente? ¿Mujer poco dispuesta?

—Dulce Rayo de luna, cómo me diviertes. Nunca he forzado a una mujer en mi vida, y nunca tendré que hacerlo. No, cuando te tenga en mi cama, estarás desesperada por ello. Desesperada por mí.

## CAPÍTULO 4

*“Cuando te lleve a la cama, estarás desesperada por ello. Desesperada por mí.”*

Para Shaye, la genuina confianza en su voz era más aterradora que si le hubiese gritado las palabras.

Ante esto, un delicioso calor atravesó su sangre. Un calor que le rogaba que dejara de resistirse y disfrutar de cada toque robado, cada roce del aliento del hombre sobre su piel.

No importó que las otras mujeres en la carpa estuvieran acariciando al guerrero como si fuera un inocente gato doméstico. Haciéndole un inocente muñeco hinchable. Ellas estaban rogando—sí, rogándole—que les hiciera el amor. Gimiendo incluso, y gruñendo. Sonidos de pasión bañaban continuamente sus orejas.

Entrégate, suplicó su cuerpo. Saboréale. Una única prueba no te lastimará.

Aterrada por la debilidad de su voluntad, Shaye aplastó la palma de la mano en la nariz de su secuestrador. Su cabeza se deslizó hacia atrás y la sangre cayó sobre el labio.

—¿Por qué has hecho eso? —exigió después de una conmocionada pausa.

Afortunadamente, su agarre sobre ella se perdió. Shaye dobló la espalda y él luchó mantener su agarre. Ella se las arregló para liberarse y ponerse en pie. ¡Lárgate de aquí! Le gritaba el sentido común, ahogando los crecientes gemidos de su cuerpo por que se quedara. Ella se adelantó, lanzando su salvaje mirada en cada dirección, buscando a su madre. Su respiración emergió en rasgados jadeos.

Vio a Preston, tendido inconsciente en el suelo. Cuando él había protestado por las acciones de los guerreros, uno de ellos le había golpeado. Vio a Connor, el nuevo marido de su madre, buscando frenéticamente entre la muchedumbre. Pero no había señal de su madre. ¡Maldición! ¿Dónde estaba? Ellas quizá tuvieran una rocambolesca relación, pero Shaye no podía—no debería—dejarla atrás.

Shaye se adelantó, intentó seguir a Connor y se abrió paso empujando a través de las masas, pero el guerrero detrás de ella atrapó su muñeca en un férreo agarre. Su sangre se incendió por el sensual toque, después se le congeló por el miedo.

Él le había preguntado si le había oído, y ella le había dicho que no. Bueno, había mentido. Ella inhalaba su erótica y viril fragancia cada vez que él estaba cerca, y ésta disparaba sus hormonas en un loco frenesí. Ahora no era diferente.

—Me golpeaste. —dijo él. La sorpresa no diluida aún teñía sus palabras, como si nadie se hubiese atrevido a levantarle antes una mano—. ¿Por qué lo hiciste?

En silencio, Shaye se volvió y le pegó un rodillazo en las pelotas.

Solo alzó la pierna y boom. Contacto. Él se dobló, un estrangulado gruñido jadeó a través de su garganta.

—Ahora ya no estás tan caliente por mi cuerpo, ¿verdad? —masculló ella, sin dejar nunca de buscar.

—Eso... duele. —le gritó.

—Por supuesto que sí, y hay más de donde vino ese si me agarras de nuevo.

Sin otra palabra, se lanzó, apartándose, todavía mirando... mirando... ¡Allí! Por fin. En la esquina, su nuevo padrastro tenía los brazos rodeando a su madre, sujetando con fuerza a Tamara en el sitio.

Shaye saltó sobre las sillas caídas y fintó alrededor de las mesas volcadas, sorteando y deslizándose a lo largo de un río de ponche rojo. Alguien deslizó un brazo alrededor de su cintura y tiró de ella contra un pecho como un muro—y no era su guerrero. La esencia era diferente, no era lo bastante exótica. Incluso su piel se sentía diferente, no lo bastante caliente. Sus brazos poseían una salpicadura de pelo negro.

Ella gritó y lanzó la cabeza hacia atrás, golpeándole en la barbilla. Todo su cuerpo vibraba con la fuerza del golpe. Él gruñó algo, y aunque ella no conocía su lenguaje sabía que estaba maldiciendo. Sus brazos cayeron a un lado; ella se giró sobre él, lista para pelear.

Nunca debió haber venido aquí, nunca debería haber cogido ese avión. Jamás salía nada bueno de las bodas de su madre. Solo dolor y sufrimiento, y éste era lo peor de todo.

Él hombretón la miraba a través de sus ojos azules.

—Yo solo quería besarte. —dijo él, esta vez en inglés, su voz tan profundamente acentuada que tenía problemas para diferenciar las palabras. Cuando su frenética mente dedujo lo que quería decir, lo abofeteó.

—¡Ow!

—Nada de besos.

¿Qué pasaba con esta Pandilla Esteroide y sus obsesiones carnales? Déjame darte placer. Estarás desesperada por mí. ¡No, no y no! Exceptuando al líder. O el que suponía que era líder. Antes, cuando se habían encontrado por primera vez en la carpa, él había



hablado en ese extraño lenguaje y todos sus hombres habían entrado en acción. Él, al que estúpidamente deseaba.

Sus ojos se entrecerraron. Su etérea, hermosa cara se formó en su mente. Ojos que decían fóllame, labios que decían fóllame. Un cuerpo follable. Ella se mordió el interior de la mejilla hasta sacar sangre. ¿Cómo esgrimía tal enorme y seductor poder? Incluso ahora, chisporroteaba, dolorida y anhelante.

Un invitado a la boda, obviamente gay, vestido con lentejuelas rosa y pantalones de terciopelo negro, se acercaba al guerrero ante ella. Sin pedir permiso, el hombre envolvió sus ágiles brazos alrededor de la cintura del guerrero y le besó el hombro bronceado por el sol.

El guerrero se puso rígido, y su boca se estiró en una mueca.

—Te dije que pararas. No. Me. Toques. Eres un hombre. ¡Actúa como tal!

Shaye no perdió el tiempo en oír el resto de la conversación. Saltó alrededor de sus posibles secuestradores, acortando la distancia entre ella y su madre.

—Ven, tenemos que salir de aquí. —dijo ella al mismo tiempo que Tamara decía—. Si no me dejas ir, Conner, te apuñalaré mientras duermes y te arrancaré el corazón!

Unas líneas de tensión estiraron los labios demasiado delgados del novio. La preocupación y el miedo brillaban en sus ojos.

—¿Qué debería hacer? —preguntó mirando a Shaye.

La urgencia la atravesó.

—Solo lánzala sobre el hombro al estilo bombero y sal corriendo de este infierno. Antes de que sea demasiado tarde.

—Es demasiado tarde. —oyó ella detrás suyo.

La familiar y ronca voz la hizo temblar. Hizo que sus músculos se agarrotaran, listos para la sublime satisfacción. Ella se derritió. No, se puso rígida. Una de las manos del líder se deslizó alrededor de su desnudo estómago, bronceada y dura contra su pálida blancura. La carne se le puso de gallina. Su otra mano se deslizó bajando por su hombro, a lo largo de la clavícula y se ancló sobre su pecho cubierto por la concha marina. Ambos brazos tiraron suavemente hacia atrás y la encerraron contra su musculoso y duro pecho, dándole la bienvenida. Aquel delicioso olor de virilidad y noches oscuras

iluminadas por la luna llegó hasta ella.

Debería protestar. Al menos reprenderle por tal audacia. Sin embargo, las palabras se negaron a dejar su boca. Y ella contó entre sus bendiciones que no apoyara su propia cabeza contra el hombro de él.

—No más enfrentamientos. —Su cálido aliento le besó el hueco del oído, disparando peligrosas chispas a través de sus terminaciones nerviosas.

—Todavía me duele la nariz —añadió él con un mohín—, al igual que mi po... virilidad. Quizás lo primero que tenga que enseñarte es como tratar correctamente la susodicha virilidad.

Oh, Dios. Hundiéndose... hundiéndose... más profundamente en su hechizo. Si no hubiese sido por la barrera de la concha del sujetador, sus dedos habrían rodeado su pezón, probablemente lo pellizcarían haciéndolo rodar. Sus rodillas casi ceden. Oh, dios mío, oh dios mío, ah... mi... exquisito. Absolutamente exquisito. La larga y dura longitud de su erección presionó en la grieta de su trasero y se frotó contra ella.

Sus ojos se cerraron en rendición, una extraña debilidad invadiendo sus miembros. Ella siempre había pensado que era inmune al deseo. En todas las citas que había tenido, jamás se había visto afectada de esa manera. Ni siquiera las que acababan con un beso. Aquellas ahora parecían ínfimas, completamente monótonas.

Los hombres te molestan, se recordó a sí misma, y éste te molesta incluso más que los otros. Sigue pensando así y quizás te lo creas.

Para su horror—ejem, su total placer, ejem—unió su otra mano al juego, cubriéndole el otro pecho.

—El Paraíso, —murmuró él—. ¿Estás segura que no me hueles?

¿Por qué quería él que le oliera con tanta desesperación?

—Estoy segura.

Un pausa. Entonces.

—Imagina cuando te tenga desnuda, lo intensas que serán las sensaciones.

Sí, él la enfadaba. Y quería estar enfadada durante el resto de su vida.

—Por favor. —logró decir ella, con voz entrecortada.

Lamentablemente no sabía por lo que rogaba. ¿Libertad, o más de él?

—Por favor, ¿qué? —Sin mostrarle piedad, susurró las palabras directamente en su oído. Sus suaves labios acariciaron el borde exterior; su lengua penetró en el interior, solo para retirarse rápidamente y dejarla temblando por más—. ¿Por favor que te lleve a mi casa? ¿Por favor dame indescriptible placer? Di las palabras y lo haré.

Oh, Dios.

A su alrededor, reinaron los excitados gorjeos y gemidos entrecortados de pasión cuando otras parejas robaban unos momentos para abrazarse. No importaba que nadie le prestara la más mínima muestra de atención.

Si no lo paraba pronto, iba a deslizar los dedos por delante de su falda y entrar en su mismo calor. Lo sabía, lo sentía en la apretada tensión de su agarre.

—Por favor, deja que nos vayamos. Solo déjanos en paz.

—Temo que esa es la única cosa que no puedo hacer por ti —él le apretó los pechos—. Necesito con tanta desesperación estar dentro de ti.

Ella tragó aire. No pienses en sus palabras, no pienses en sus palabras.

—Yo no te daré nada excepto problemas. Soy medio excéntrica, la mayor parte de la gente ni siquiera soporta estar a mi alrededor.

—Pronto te tendré tan saciada que todo lo que serás capaz de hacer será sonreír.

—Sácime a mí. —dijo su madre, finalmente arrancándose del agarre de Conner. Ella se enroscó alrededor de los tobillos del guerrero, besándole los pies—. Sácime a mí, te lo ruego.

—Despierta. —exigió Shaye. El ver a su madre recién casada humillándose a sí misma rompió el hechizo sensual—. ¡Corre! ¡Escapa!

Él ignoró a Tamara diciendo.

—¿Cuál es tu nombre, dulz... amor? —la pregunta surgió tan tranquilamente como si fuese un hecho cotidiano el tener a alguien babeando en sus botas.

—Soy Tamara, —contestó su madre antes de que Shaye pudiera hablar—, pero puedes llamarme lo que quieras.

Suspirando, él se inclinó, levantando a Tamara de una mano y empujándola hacia Conner. Su agarre sobre Shaye nunca se perdió.

—¿Cómo te llamas? —repitió él, teniendo que hablar por encima de los repentinos sollozos de Tamara.

Amotinada, Shaye presionó los labios en una delgada línea y se obligó a ignorar el fuego embriagador y seductor que zumbaba por su cuerpo. ¿Qué podría hacer para obligar a que su madre escuchara? ¿Para arrancar a la estúpida mujer se su encantamiento?

—Haré un trato contigo. Yo te diré mi nombre, y entonces tú me dirás el tuyo. —él hizo una pausa. Cuando ella no respondió, él continuó—. Soy Valerian, el líder de los Nimphs. Tú puedes llamarme, “oh, Dios”. Es lo que la gente de la superficie ha preferido llamarme.

Valerian. El nombre susurró a lo largo de cada corredor y hueco de su mente. Él...espera. ¿Había dicho gente de la superficie?

Una pausa, amplia, pesada y tensa, cayó sobre ellos igual que una cortina. Entonces.

—Me sorprendes —dijo él, su melodioso timbre teñido de confusión—. Esperaba que mi compañera...

Una serie de palabras extranjeras lo interrumpió.

Poniéndose rígido, Valerian se enfrentó al que habló. Shaye hizo lo mismo. El hombre era casi tan alto como el que la sostenía, pero su pelo era negro y sus ojos eran verdes como esmeraldas. Él, también, solo llevaba pantalones y botas, el amplio pecho bronceado y desnudo al descubierto. Él dijo algo más.

Valerian respondió en la misma lengua confusa.

¿Qué estaban diciendo?

Cuando él habló, el hombre moreno indicó a Shaye con una indicación de la barbilla. Lo que quiera que replicara Valerian, no fue agradable. Su tono fue duro, completamente inflexible. Cayendo como una orden. El guerrero se detuvo solo un momento, se encogió de hombros y se alejó a zancadas.

—¿Qué fue eso? —Intentando no entrar en pánico nuevamente, Shaye inclinó la cabeza y alzó la mirada hacia Valerian.

Resultó ser un error. Un enorme error recubierto de chocolate. En el momento en que sus miradas se encontraron, una ola de energía sexual se esparció entre ellos, más fuerte que antes, indiscutible e irresistible. La comió por completo con sus ojos, mordisco a mordisco,

desnudándola mentalmente, montándola ya. Duro. Rápido.

Aparta la mira. ¡Aparta la mirada, demonios! Algo más de aquella intensa y fija mirada y se correría. En ese mismo momento, sin ningún estímulo físico.

La necesidad anidó entre sus piernas, reuniéndose caliente y mojada, moviéndose en espiral por su estómago, sus pezones.

—Oh, Dios, —jadeó. ¡Aparta la mirada! La dolorosa intensidad era demasiada—. ¿De qué hablabais? —No había querido gritar, pero la pregunta salió arrancada de ella cuando bajó su mirada al suelo.

—Voy a llevarte a tu nuevo hogar —respondió él—. Vendrás a vivir conmigo y me ocuparé de todas tus necesidades. ¿Vendrás por propia voluntad?

—Infiernos, no. —Sus ojos se entrecerraron sobre sus sandalias mientras luchaba por la urgencia de mirarle de nuevo a la cara—. Me quedo aquí. ¿Me has oído? ¡Me quedo aquí!

Él se inclinó, su boca acariciando su oído.

—Estoy encantado de que digas eso, porque ahora cargaré contigo. —Sin otra palabra, la recogió y se la echó al hombro como si no pesara nada más que una bolsa de plumas.

— ¡Idiota! ¡Burro! ¡Gilipollas! —Ella luchó y pataleó con todo lo que tenía y su rodilla le dio en el estómago—. Bájame. Te haré miserable. Nunca dejaré de pelear contigo. No veré por tus necesidades.

—Tú, amor, harás de mí un hombre muy satisfecho —sonrió él—. Eso te lo prometo.

Él se adelantó a zancadas hacia la fila de mujeres. Incluso aunque luchaba, Shaye sostuvo la acuosa mirada de su madre hasta que la tapa de la carpa fue hecha a un lado y Valerian se la llevó en la noche. Al menos su madre no sería obligada a pasar... por lo que todos estos hombres le iban a hacer a ella y a las otras.

El resto de los hombres se unieron al paso de Valerian. Las jóvenes, mujeres solteras seguían alegremente, felices, detrás de ellos. Dentro de la tienda de campaña, seguían los sollozos femeninos.

—Llévame contigo —gritaban varias—. Por favor. Te lo ruego.

Shaye se quedó quieta. Se frotó los ojos, se pellizcó el puente de la nariz. Esto no estaba sucediendo. Seguramente este enorme y

fornido guerrero, pecaminosamente magnífico no la estaba llevando encima del hombro, dirigiéndose a zancadas hacia el océano, decidido a llevarla a su casa. Donde quiera que pudiera estar. ¿Qué debería haber? ¿Qué podría hacer?

Valerian vaciló durante un momento, como hicieron los demás.

—Hermoso —susurró él, mirando fijamente el cielo de la aterciopelada noche, los puntos de luz de las estrellas—. Tan hermoso. —Él hablaba en inglés... ¿Por ella?—. Ahora que tenemos a nuestras mujeres, podemos disfrutar de las vistas.

—Los cielos parecen extenderse por siempre —dijo otro, imitándolo. Él, también, habló en su lengua nativa, siguiendo el ejemplo de Valerian.

—Había soñado con esta tierra, pero nunca había imaginado tal majestuosidad.

—¿Estáis seguro de que no podemos quedarnos aquí, mi Rey? Podríamos traer al resto del ejército y...

Valerian sacudió la cabeza, y las hebras sedosas de su pelo acariciaron su espalda desnuda. Ella tembló.

—Estoy seguro. —dijo él—. Layel fue muy claro. Quedarse en la superficie, es morir en la superficie. No podemos quedarnos mucho. —Él comenzó a adelantarse, esperando que cada uno de ellos lo siguieran. Así hicieron.

—¡Por última vez, déjame! —gritó Shaye. Aporreando su espalda—. ¡Ahora!

Él le pegó a cambio en el culo, después la sorprendió y excitó cuando se lo masajeó para alejar el aguijón. Su mano se recreó y saboreó la sensación de su trasero. Si su falda de hierbas se separara más...

Ella gruñó por lo bajo. Enfadada con él, enfadada con ella misma. Permanecer fría y sin emoción no era una opción.

—Esto es ilegal. Te van a arrestar. Los criminales siempre son arrestados. En el proceso voy a solicitar la pena de muerte.

—Tan pronto como te haya probado, podré morir como un hombre feliz.

—¿Se supone que vas a callarme con eso? —ella le aporreó la espalda con los puños, observando la arena salpicada por sus pies. El eco de las olas llenó sus oídos—. ¿Se supone que he de estar feliz

porque me lleves como un saco de patatas? ¿Y por qué diablos estás caminando hacia el agua?

—Ya te lo dije. Nos vamos a mi casa. —Con paso grácil, pasó por encima de varios hombres vestido con el equipo de submarinismo que todavía permanecían tirados inmóviles en la playa.

—¿Tú mataste a esos hombres? —Exigió ella—¿Quiénes son?

—Nos esperaban en el portal y nos atacaron, así que no me detuve a buscar una presentación. Y no, no los matamos. Simplemente los hicimos dormir. —Valerian entró en el océano. Las olas lamieron sus tobillos... sus rodillas... sus muslos. Las saladas gotitas rociaban su cara, quemándole los ojos.

Un ahogado grito escapó de sus labios.

—¡Para! Detente en este instante. Bájame.

Él siguió moviéndose, hundiéndose más y más profundamente en el agua.

—¡Idiota! ¿Qué estás haciendo? Voy a ahogarme.

—Nunca permitiré que te pase nada, pequeña Rayo de Luna —de todos modos, él siguió adentrándose en el agua. Las otras mujeres continuaron alegremente, cada una llevando una vertiginosa sonrisa. Como si el jugar con sus muertes fuera absolutamente aceptable. Incluso divertido.

Espera. No, no todas las mujeres los seguían felizmente. La de rizos oscuros luchaba contra su captor, luchando por liberarse.

El corazón de Shaye palpitó en su pecho, un errático toque de tambor. Un golpe de guerra.

—Vas a matarnos a todas, tú súper enorme G.I. Joe. Vas a—umph. —tragó agua salada y lo siguiente que supo es que estaba totalmente sumergida. Le ardían los ojos. Se le cerraba la garganta. El pelo flotaba alrededor de su cara como hilos de marfil.

El estúpido hombre mantuvo sus fuertes brazos cerrados alrededor de ella, uno curvado sobre sus rodillas, el otro sobre la pequeña espalda. Sus palmas eran calientes, tan calientes, un alarmante contraste contra el frío líquido. El pelo plateado siguió bailando alrededor de ella. Los coloridos peces nadaban por delante de su línea de visión. Ella quiso gritar. Ah, como deseaba gritar. Pero cada vez que abría la boca, tragaba más agua.

El se hundió más y más. Ella necesitaba respirar, ¡maldito fuera!

En cualquier minuto iban a reventarle los pulmones. Valerian estaba loco. Un asesino que se ahogaba en una misión suicida.

Ella luchó contra su agarre con todas sus fuerzas, pateando, golpeando, arañando. Finalmente el océano se hizo tan profundo que él no podía permanecer derecho. Se inclinaron hacia delante, y él empezó a utilizar sus poderosas piernas para llevarlos nadando aún más profundo. Más profundo todavía.

Voy a morir, se dio cuenta. Morir de verdad. El terror la golpeó. Ya sus pulmones chillaban por aire. Había tantas cosas que quería hacer y morir no era una de ellas. Quería escribir un libro, tal vez un jugoso romance donde la heroína experimentara el amor que Shaye siempre se había negado. También quería ponerse otro tatuaje, tal vez una bonita flor. Su primer tatuaje, un cráneo y unas tibias cruzadas en lo bajo de su espalda, había sido algo que había hecho en un intento de llamar la atención de sus padres.

Su madre lo había notado finalmente y todavía le enviaba cupones para retirarse el tatuaje cada pocas semanas. Los cupones le hacían gracia, realmente la hacían sentirse querida, si no amada.

Trató de formarse otro pensamiento, pero su mente estaba en blanco, cortándose y volviéndose tan oscura como el agua. Respira, gritó mentalmente. Respira antes de que te desmayes.

De repente el agua se aclaró, tan vítrea que podía ver perfectamente como si estuviera en la tierra. Incluso la sal se disipó, calmando sus irritados ojos. Valerian tiró de ella hasta que quedaron mirándose a los ojos. Trató automáticamente de apartarse de él, pero la mantuvo apretada.

Tal vez era lo mejor. Ella no quería perder su única conexión con la vida. Y ahora mismo, Valerian era su único sólido ancla, aunque fuera un psicótico.

Sí, en ese momento él era tanto el destructor como el salvador.

“Aire” —articuló ella. Su cuerpo rindiéndose a los espasmos, obligándola a intentar aspirar aire. No importaba, aquella agua todavía la rodeaba.

“Pronto” —articuló él también. E indicó con su cabeza, y ella estaba lo bastante exenta de pánico como para volverse y mirar. Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando vio surgir delante el gelatinoso remolino. ¿Qué diablos era esa cosa? ¿Y por qué Valerian estaba nadando directamente hacia ello?



Tenía que... detenerle. Con un tembloroso brazo, se estiró para bloquear su avance momentáneamente. Las puntas de sus dedos acariciaron el remolino. Instantáneamente el acuático mundo se convirtió en la oscura nada, un abismo que le daba la bienvenida con los brazos abiertos. Un centenar de gritos le atravesaron los oídos, violentos, intensos. Agujoneando cada poro, el dolor demasiado para ser soportado.

Una brillante corriente de luz hizo erupción y silbó pasándola, luego desapareció totalmente. El viento se levantó, azotando y girando a su alrededor una y otra vez. ¿Dónde estaba Valerian? Él también había desaparecido.

El mareo la consumió mientras seguía girando. Sola. Asustada. Sin final a la vista.

Cayendo... y cayendo...

## CAPITULO 5

—**T**e tengo, Luna.

Fuertes brazos se envolvieron alrededor de la cintura de Shaye, y ella agradecidamente enterró su rostro en el hueco del cuello de Valerian. En ese momento no le importaba quién la estaba sosteniendo, estaba simplemente feliz de que alguien lo hiciera. Incluso envolvió sus piernas alrededor de su cintura, reforzando su agarre. Finalmente podía respirar, no podía dejar de caer.

—No me dejes ir —gritó.

—Nunca.

Jamás se había agarrado a alguien con tal fuerza, tal necesidad. Que Valerian se aferrara a ella tan fuertemente era... consolador, algo que había anhelado durante muchos años antes de convencerse a sí misma de que no necesitaba o quería tal cosa. Y lo creería de nuevo, mañana.

Estaban girando más rápido y más rápido, izquierda y derecha, cayendo hacia lo desconocido. Su estómago se revolvía con náuseas. No entendía qué era lo que estaba ocurriendo; sólo sabía que el agua había desaparecido como si nunca hubiera estado, dejando sólo este túnel negro con forma de espiral que se extendía eternamente.

—Valerian —jadeó—. ¿Qué está sucediendo?

—No te preocupes, amor. Terminaré en un minuto.

¿Hablaba de muerte?

Luces zumbantes resplandecieron una vez más a través de sus oídos, oscilantes luciérnagas se extinguieron todas demasiado rápido y fueron reemplazadas por esa espesa y opresiva oscuridad. El conjunto de gritos incrementó en volumen e hizo añicos su frágil sostén a la calma. *No. ¡No!* Sus sienes martillaron con un agudo dolor. Su sangre se congeló, sin embargo el sudor formaba gotas sobre su piel. El miedo la asió en un doloroso agarre.

Cuando era una niña pequeña su cuento de hadas favorito era Alicia en el País de las Maravillas. Una y otra vez había leído acerca de Alicia cayendo por el agujero del conejo, y había querido caer en ese agujero. Ahora no. En este momento en que se sentía como Alicia, cayendo en picado a lo desconocido, no le gustaba.

Alicia había aterrizado en un mundo completamente diferente, y ese pensamiento asustaba a Shaye más de lo que nunca llegaría a admitir.

—No estoy segura... de cuanto más... puedo aguantar —jadeó.

Después, repentinamente, Valerian golpeó una base sólida. Sus rodillas se doblaron, absorbiendo el impacto y la vibración tembló a través de ella. Sus brazos se tensaron alrededor de su cintura, sosteniéndola con su determinada fuerza.

—Tómame un momento para respirar —la deslizó sobre su cuerpo poco a poco gradualmente—. Respira para mí, amor. No siento tu pecho moverse.

Adentro. Afuera. El aire llenaba y dejaba sus pulmones. Adentro. Afuera. Sorprendentemente, se calmó. Podía oler el aroma de él, salado, abrasador. Podía sentir su calor, su fuerza.

—Bien, bien. Pero estás pálida —dijo Valerian con un rastro de preocupación en la voz.

—Siempre estoy pálida —murmuró.

Se percató de que sus ojos estaban cerrados, apretados fuertemente. Muy despacio se forzó a abrirlos.

Habían entrado en una cueva. Tragó. ¿Cómo habían llegado a una cueva? Las paredes eran sombrías y rocosas, piedras plateadas salpicadas con carmesí. Un penetrante olor metálico atravesó el frío aire helado, y ese frío aire helado continuó envolviendo el empapado, casi desnudo cuerpo de Shaye, ahuyentando el calor de Valerian. Esa helada brisa agitó su falda y sus cabellos mojados, se estremeció.

Se giró lentamente, percatándose de todo detalle. Uno por uno, los otros guerreros salieron de un claro banco, tipo gelatina, que misteriosamente giraba en espiral. Sostenían a tantas mujeres asustadas y temblorosas como podían. La neblina se enrolló a su alrededor y se arrastró hacia el techo. La escena entera era como algo salido de una película. *¿Dónde estoy?*

Temblando, Shaye encaró a su captor una vez más. Su mirada viajó sobre él, comenzando por sus pies calzados con botas, subiendo por sus musculosas piernas, pasando por encima de las masculinas... partes de su pecho. Gotitas de agua cayendo de sus pequeños pezones marrones, a través del aro de plata de su pezón, y juntándose en su ombligo. No tenía vello en el pecho, ni una hebra se atrevía a estropear su perfección. Cuerda tras cuerda de tentador músculo marcaba su bronceado estomago.

¿Cómo podía una persona ser totalmente perfecta?

La mirada se dirigió hacia arriba, finalmente encontrando su rostro. Su salvaje y sorprendentemente perfecto rostro. Perfectas cejas color arena, perfectos ojos cristalinos, perfecta nariz. Perfectos labios, exuberantes y rosados. Por supuesto, ahora lucía contusiones debajo de los ojos porque lo había golpeado en la nariz. De cualquier modo, incluso con esas contusiones, era la criatura más sensual y erótica que había visto nunca. Vestía confianza como una capa; irradiaba una primaria ferocidad.

Alzando su mano, gentilmente deslizó la yema de sus dedos por su frente, nariz y barbilla, quitando el agua. Quería retirarse, pero no podía convocar la fuerza. Su toque reverberaba a través de ella como un cable enchufado. Caliente. Quemando.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, Rayo de Luna —el deseo revestía sus palabras como si también hubiera sentido las chispas—. Bienvenida a Atlantis.

Atlantis. Ella parpadeó una, dos veces. Atlantis... ¿la ciudad enterrada debajo del océano? ¿Cómo el océano del que acababa de emerger? Su boca se secó. De ninguna manera. De ninguna maldita manera.

—Por favor dime que quisiste decir Atlanta, en Georgia, y tu acento lo estropeó.

Frunció el ceño.

—No conozco a esta Georgia. Me oíste correctamente. Has entrado en Atlantis, ciudad de las más finas creaciones de los dioses. Hogar de los nymphs, vampiros, demonios y muchas otras que no merecen mencionarse porque no son importantes.

*No, no, no. Infiernos, no.* Sacudió la cabeza, su mente trataba valientemente de desacreditar tal explicación. Atlantis era un mito. No podía ser real. Las criaturas que él había nombrado eran también un mito. No podían ser reales. Por el amor de Dios, ¿Vampiros? ¿Demonios? En pesadillas, tal vez, pero no en la realidad.

*Bienvenida al País de las Maravillas, Alicia.*

*No, no, no,* pensó de nuevo. Tenía que haber otra explicación. Y sin embargo... no podía pensar en ninguna otra. Había entrado en el mar, cayendo en un túnel oscuro, y ahora estaba en una cueva. Una cueva situada debajo del agua, no sobre ella.

*Atlantis* susurró a través de su mente. Tragó en seco, reforzando su asimiento al descreimiento, no deseando abandonarlo ni siquiera por un momento. El hacerlo significaba aceptar la locura de la afirmación de Valerian, la afirmación de un trastornado secuestrador.

—Así que me ahogué y estoy en el infierno —sus ojos abiertos, inclinó su barbilla testarudamente—. Obviamente, tú eres el diablo.

—Lo veremos. Hombres —llamó Valerian con un rudo gruñido. Su penetrante mirada nunca dejó su rostro—. Llevad a las mujeres y

reunido al resto de mi ejército en el comedor. La elección comenzará pronto.

Con un aire de ansiosa anticipación, los guerreros pasaron a la acción. Uno trató de asir el brazo de ella, pero Valerian lo detuvo con un salvaje, “Yo llevaré a ésta” justo cuando golpeaba a la mano del ofensor.

—Como usted desee, mi rey.

*¿Rey? ¡Rey!* Ellos subieron pesadamente por una tosca escalera de madera, las mujeres cerca a sus talones. La mayoría de los hombres estaban sonriendo y palmeándose mutuamente en sus espaldas.

—¿A quién elegirás? —Escuchó decir a uno de ellos.

—Quiero a la pelirroja. Sus pechos son... —respondió otro con sinceridad.

Su parloteo se desvaneció.

Un solo hombre permaneció atrás. O tal vez había estado esperando en la cueva. No estaba mojado como todos los demás. Vestía una camiseta blanca con un profundo cuello en V que casi alcanzaba su ombligo y unos ceñidos pantalones blancos.

Valerian finalmente la liberó de su mirada y se giró al restante guerrero.

—¿Cómo están los prisioneros? —Preguntó.

*¿Prisioneros?* Los ojos de Shaye se abrieron de par en par, y se agarró la garganta. *Querido Dios.*

El hombre dio una respuesta brusca en el extraño lenguaje que había oído usar antes a Valerian, pero Valerian sacudió su cabeza.

—Habla en la lengua humana.

—Vivos —dijo el hombre con el ceño fruncido.

*Espera. ¿Lengua humana? ¿Qué hacía eso del dialecto de Valerian? ¿En humano?*

—¿Te han dado algún problema? —Preguntó Valerian.

—Para nada, mi rey.

—Muy bien. Continúa velando por sus necesidades —ondeó la mano para despedirlo, frunció el ceño y volvió a llamarlo—. ¿Ha habido alguna palabra acerca de las mujeres?

—Ninguna.

—Muy bien —dijo, su decepción estaba clara—. Puedes irte.

El hombre asintió y se retiró ruidosamente, sus botas golpeando sobre el rocoso suelo.

—¿Qué prisioneros? —Se descubrió Shaye preguntando en un tembloroso aliento.

—Bestias. Asesinos —se giró hacia ella y fue golpeada nuevamente por su completa majestuosidad. Aire helado a su espalda, puro calor enfrente—. No tengas miedo, ya que no tendrán permitido acercarse a ti. Algunos serán un regalo para mi amigo, Layel, y otros serán usados como intercambio.

Cuan ominosos sonaban ambos planes. ¿Qué tenía planeado para ella? ¿Sería un regalo para uno de sus amigos? ¿Sería usada como herramienta de intercambio?

La observó con una amenazante intensidad posesiva. El agua de su cabello estaba ya secándose, iluminando los mechones en una rica miel dorada. Varias de esas hebras caían sobre su frente salpicando pequeñas y persistentes gotas sobre sus mejillas.

—Veo el descreimiento en tus hermosos ojos —dijo, apoyando un hombro sobre la irregular pared plateada—, y lo haré lo mejor que pueda para probarte mi afirmación de que esto es Atlantis. Cuanto más rápido aceptes la verdad, más rápido me aceptarás a mí.

Antes de que pudiera responder, se estiró y aplicó presión en la piedra de canto rodado detrás de ella. Su mano le rozó la piel desnuda, disparando aquellos choques eléctricos a través de su sangre. Se volvió, viendo una de las enormes rocas incrustadas en la pared deslizarse hacia atrás y hundirse profundamente. Al tiempo que descendía, una entrada secreta se reveló. Las rocas crujieron y gruñeron al separarse. Paso a paso, un liso y vidrioso cristal fue expuesto.

Su boca cayó abierta en una imitación de la entrada. Sin pedirlo, sus pies la llevaron a la apertura. Agua giraba detrás de la separación, y arena oscilaba en el fondo del mar. Corales rosados y peces multicolores danzaban en un perezoso vals. Plantas esmeraldas se elevaban orgullosamente.

—Eso es el fondo del océano —dijo, temerosa y en shock—. Ese es el escalofriante fondo del océano.

—Lo sé. Descubrí esta pared sólo unos días atrás y he pasado muchas horas aquí abajo. Quita la respiración, ¿cierto?

Un gentil zumbido hizo eco en sus oídos cuando posó la palma sobre el cristal. La frialdad y las vibraciones del agua le aseguraron que no era una alucinación. *Mi Dios. Atlantis.* Al tiempo que miraba atentamente, tratando de afrontar lo que estaba viendo, una hermosísima mujer de cabello oscuro nadó hacia el cristal. No, no una mujer. La frente de Shaye se arrugó en shock. Una sirena. Una sirena de pecho desnudo y cola ondulante.

La curiosidad destelló en sus ojos verdes. Estiró un exquisito brazo y posó su mano exactamente donde descansaba la de Shaye. Jadeando. Shaye la alejó con una sacudida. El shock la golpeaba atravesándola, y su mano cayó a un lado. Su boca se secó. Sus rodillas se sacudieron. La criatura frunció el entrecejo... hasta que su mirada se fijó en Valerian. Ella sonrió, placer destellando en sus ojos, y saludó con su mano.

—¿La conoces? —Se las arregló Shaye para preguntar.

Él asintió, pero no se explicó.

La mujer... sirena... lo que sea, tenía el rostro de un ángel, inocente y más amoroso que un largo esperado amanecer. Largo cabello negro se rizaba alrededor de sus delicados hombros y exuberantes pechos. Su cola resplandecía como fibras de vidrio, una irradiación de violetas, amarillos, verdes y rosas, cada escala un calidoscopio de colores. Deseo desnudo adornaba sus facciones al mirar a Valerian.

—¿Ahora me crees? —Preguntó.

—Sí —La admisión dejó a Shaye con una respiración desigual.

Parte de ella quería hundirse en el suelo lleno de pequeñas ramas, enrollarse en una bola y llorar. He sido abducida por un Atlante, acarreada a una ciudad debajo del mar. La otra parte quería... no sabía qué.

Otra sirena se unió a la morena, una sinfonía de curvas y colores, presionándose a sí misma contra el cristal y sonriendo seductoramente a Valerian. La pasión nublaba sus ojos amatistas. Shaye no tenía duda de lo que las dos mujeres estaban pensando: “menage trois”.

—Dijiste que este era el hogar de las creaciones más finas de los dioses, —dijo suavemente. Sin mirarlo, preguntó, —¿qué clase de criatura eres? —Ya había mencionado que no era humano.

—Soy un nymph —su tono lleno de orgullo—. El nymph, en realidad. Rey de mi pueblo. Líder. Guerrero —vaciló—. Amante.

Un nymph. Otro así llamado mito. Un ser sexual. Seductor. Irresistible. Capaz de dar placer con una mirada, una palabra. La belleza personificada. Valerian encajaba en la descripción perfectamente, y eso la asustaba mucho más que si le hubiera dicho que era un demonio succionador de almas de las profundidades del infierno.

—Creí que los nymphs estaban... —Obsesionados con el sexo... podía ser. Continuamente desnudos... cerca. Queriendo acostarse con cualquier cosa que se moviera... probablemente—. Hembra —terminó débilmente.

Él bufó y se acercó a ella.

—Hay hembras, sí, pero mayormente somos machos.

Dios, tenía que salir allí. Su cercanía alteraba su sensación de paz y la reducía a una hormona temblorosa y hambrienta de sexo. Sus pezones ya se habían endurecido. Su estomago se estremeció.

—Llévame a casa, Valerian. No pertenezco aquí.

No replicó. La pared comenzó a cerrarse, escondiendo la vista del agua gradualmente, haciendo desaparecer las ahora enfurecidas sirenas golpeando sobre el cristal. Shaye cubrió su boca con una temblorosa mano.

—Por favor llévame a casa.

—Amor, esta es tu casa ahora. Te juro, que pronto la adoraras como lo hago yo.

Cuan encantador sonaba. Su ronco tono prometía interminables noches de pasión y días de salvaje abandono.

*Resiste. Escapa.* Más que nunca, necesitaba la seguridad del entumecimiento. Cuadró sus hombros y elevó su barbilla. No sentiría nada por este hombre; sería ruda, totalmente desagradable. Algunas veces esa era la única manera de mantener a alguien a distancia.

—Me voy a casa —dijo determinada—. Con o sin tu permiso.

Antes de que tuviera tiempo de responder, pasó a la acción y corrió hacia el remolino. Sus sandalias se enterraron entre las rocas y



ramas. La respiración atrapada en su garganta, quemando, urgiéndola. Casi allí... sólo otro paso...

Valerian la agarró por su brazo y la giró en redondo.

—¡No! —gritó, golpeando hacia atrás.

—Si entras al portal sin mí, morirás —las palabras mantenían un inequívoco dejo de furia. Su mano se tensó sobre ella—. Nunca serás capaz de nadar la longitud de agua sola. ¿Entiendes? Morirás allí fuera, tu cuerpo no será nada más que alimento para los peces.

Ella se calmó, su sangre enfriándose en las venas. El agua... ¿cómo pudo haberse olvidado del agua? Como si la hubiera encadenado por las muñecas y rodillas a la pared, estaba atrapada. *Escapa y muere. Quédate y... ¿qué?* No importaba, realmente. Vivir aquí no implicaba ningún encanto, no cuando tenía al Rey del Placer con quien pelear.

—Tú puedes nadar esa distancia —dijo, usando su tono más altivo—. Te ordeno que me llesves a casa.

—Es mi más inmenso placer darte cualquier cosa y todo lo que pidas, pero no puedo darte eso. Cualquier otra cosa que desees será tuya —liberó su agarre de su brazo y deslizó las yemas por su clavícula—. Un día cercano espero será a mí lo que desees.

*Alerta roja, alerta roja.* Tenía que conseguir alejarse, tenía que escaparse de ese tentador deseo. ¿Cómo? ¿Dónde podría ir?

—Al menos dime tu nombre —la engatusó.

—Jódete —las palabras emergieron sin aliento, más que insultante como ella había intentado.

Fuego exquisito siguió el mismo camino que sus dedos, luego viajó a por la longitud de su espina. Peligroso.

Una pesada pausa se extendió entre ellos. Todo el tiempo, Valerian irradiaba una sensación de divertimento, tristeza y enfado. ¿Tristeza? Frunció el entrecejo. Seguramente no. Los pesados guerreros machos nunca estaban tristes. ¿Cierto?

Su brazo se curvó alrededor de su cintura con una fuerza impenetrable.

—Ven entonces, Jódete, y te mostraré el palacio —se encaminó a través de esa larga escalera con forma de espiral, tosca y ordinariamente construida.

No sabiendo que más hacer, lo siguió sin protestar. Realmente, ¿qué podría decir? *¿Déjame en esta fría y húmeda cueva hasta pudrirme?* Cada segundo que pasaba se volvía más surrealista y maldito que el último.

Tenía que haber otra forma de ir a casa; solo tenía que encontrarla. Shaye estudió las marcas de la pared. Cuanto más alto subía, menos puntiagudas se volvían las rocas. Parecía que estaban cubiertas de destellos, brillando e invitándola a tocar. Incapaz de resistirse, posó la punta de su dedo sobre la lisa superficie.

Valerian se detuvo abruptamente. Se chocó contra su espalda y jadeo ante el abrasador contacto de cuerpo completo. Al mismo tiempo que retrocedía apresuradamente, giró en redondo y la encaró. La empujó contra la fría pared, su furioso entrecejo fruncido, sus ojos turquesas brillando con propósito.

—Cierra los ojos —le ordenó.

Su imponente postura no la asustó. No, ella luchó contra la oleada de excitación. Embriagadora y dichosa excitación.

—Infiernos, no —dijo.

—Eso no fue un pedido, amor. Fue una orden.

—Deberías haberme llevado a casa cuando tuviste tu oportunidad. Nunca haré nada de lo que me digas. Te lo dije antes.

Una de sus cejas se arqueó.

—Entonces mantén los ojos abiertos.

—Buen intento.

Él exhaló un aliento frustrado.

—No quiero que sepas el camino de vuelta al portal. No me obligues a vendarte los ojos.

—¿Obligarte? Por favor —Su sonrisa se convirtió en rabia—. Dudo seriamente que pueda forzarte a hacer cualquier cosa que no quisieras ya hacer. Lo mismo se aplica a mí. No me gustas, no confío en ti y nunca serás capaz de malearme a tu voluntad.

—Podría haberte mentido —al tiempo que hablaba, reducía la pequeña distancia entre ellos, invadiéndola, comiéndose su espacio personal. Pero no la tocó. No, la dejó ansiándolo—. Podría haberte dicho que te volverías ciega si miraras a las rocas. No hubieras notado la diferencia. Pero sólo habrá verdad entre nosotros. No importa cuán cruel sea, siempre te diré la verdad.

Su desafío se evaporó, y el miedo proclamó el estado central, traspasó la masa de deseo peleando por la vida. Su tono era tan definitivo. De verdad esperaba que ella permaneciera aquí. Esperaba que lo obedeciera. Que confiara en él.

Valerian había dicho anteriormente que él y sus hombres la querían a ella y a las otras por sus cuerpos. Traducción: sexo. ¿Iban a ser esclavas? ¿Iba a ser la esclava de Valerian? Los ojos de Shaye se estrecharon en pequeñas hendiduras. Moriría antes, y mataría a cada hombre que alcanzara en el proceso. Había pasado su infancia siendo una esclava de los edictos de sus padres. *Besa a tu nuevo papi, Shaye. Dale a esa mujer mi número de teléfono, Shaye. No te atrevas a usar lenguaje obsceno, Shayne.*

Había peleado duro por su independencia y no renunciaría a ella por nadie.

—¿Tuvieron las otras mujeres que cerrar los ojos? —Preguntó.

Él deslizó su lengua por sus dientes.

—No.

—Bien, ahí tienes tu respuesta.

Inclinó su cabeza cerca de la de ella, acortando la distancia que restaba paso a precioso paso. Su cálido aliento acarició su rostro, pero aún no la tocaba. Su aroma masculino emanaba deliciosamente.

—Al contrario de ti, las demás no tratarán de escapar.

—No lo sé. La del cabello negro rizado no se la veía tan feliz de estar aquí.

Algo oscuro se estableció en su expresión.

*No enfurezcas al hombre.* Ninguna referencia a lo que haría.

—¿Qué tal si prometo no intentar escapar? —No planeaba tratar, planeaba tener éxito.

—Me reiría de tal evidente mentira y luego te regañaría por mentirle a tu hombre.

—¡No eres mi hombre!

—Aún no —pero el “lo seré” hizo eco entre ellos, sin decirse, sin embargo poderoso.

—Nunca jamás —dijo a través de dientes apretados.

Arrugó la frente, con la confusión estableciéndose sobre sus hermosos rasgos.

—Continúas sorprendiéndome. ¿Cómo eres capaz de resistirme con tal fervor?

¿Estaba resistiéndosele? No lo sabía. Nunca se había sentido tan... necesitada. Incluso ahora, cuando el desafío golpeaba duros puñetazos a través de ella, su corazón palpitaba, su piel se estiró demasiado tensa. Su calor se deslizó sobre ella, dentro, haciendo añicos y astillando el hielo que había levantado. Sus pezones aún se alzaban por él. Sus piernas se apartaron suavemente, invitando a un íntimo deslizamiento, a una presión dura. Sólo... invitando.

Las ventanas de su nariz se dilataron como si sintiera su creciente despertar. Si se movía otra pulgada, habría encajado completamente contra ella. Finalmente. Una parte de ella gritaba en protesta, otra temblaba en bienvenida.

—Quiero tocarte y besarte, amor, y sentir...

—¡No! —gritó—. Nada besar. Nada tocar. Y por el amor de Dios, deja de llamarme "amor" —pero, oh, el pensamiento de sus labios regodeándose con los suyos era embriagador—. No te conozco, y como dije, estoy malditamente segura de que no me gustas. Me secuestraste. Mereces tiempo en la cárcel, no una sesión de sexo.

—Puedo hacer que te guste —posó sus palmas a cada lado de su cabeza, atrapándola en un duro y musculoso círculo, tocando su cabello pero no su piel—. Oh, puedo hacerlo.

La verdad de su afirmación destelló entre ellos despiadadamente. Porque en el fondo, admitía que con cada segundo que pasaba, le gustaba más. Lo deseaba más. Deseaba ese contacto piel a piel que le estaba negando. ¿Lo estaba haciendo a propósito? ¿Haciéndola desesperarse por algo que no podía tener?

*¡Idiota!* Shaye no necesitaba una gran experiencia con los hombres para saber que se balanceaba en un precario límite. Si la empujaba, se desmoronaría. Tomaría el placer momentáneo que le ofrecía y estaría feliz por ello. Pero al tomarlo, no sería mejor que las otras, olvidando su atroz crimen y arrojándose a sus sexys pies.

Sería una de aquellas patéticas criaturas que hacían cualquier cosa por placer, cualquier cosa por amor. Al igual que su madre.

*Hazlo despreciarte. Hiérela. ¡Ahora!* Determinada, tiró hacia arriba su rodilla. Él anticipó la acción y salto hacia atrás, fuera de la distancia de ataque. Su boca se afinó y se afirmó.

—Te lo advierto —encontró su mirada, azul penetrante contra marrón puro. Determinación contra determinación—. Pelea contra mí si lo necesitas, pero no intentes escapar. Te castigaré, no tengas duda.

Se forzó a tragar.

—No he empezado a pelear. ¿Y a qué infiernos te refieres con que me castigarás? —No necesitaba forzar su furia, se incrementaba con cada palabra que pronunciaba—. Hace un momento dijiste que nunca podrías lastimarme.

—Hay maneras de castigar a una mujer que no la lastimarán físicamente.

—Y apuesto a que conoces cada una de ellas, enfermo perverso.

Él liberó un largo y frustrado suspiro.

—No tenemos tiempo de pelear ahora. Ven. Te mostraré Atlantis antes de que nos reunamos con los otros—. Estirándose, le ofreció su mano.

Ella miró a sus afilados y puntiagudos dedos, a sus callos y cicatrices recortadas a través de su palma, un contraste con su perfecta belleza. Al tiempo que lo miraba, su enojo se drenó. Fuerza total yacía allí, durmiente ahora, pero preparada para matar en cualquier momento. Excepto... podría haberla aplastado con esas manos en cualquier momento. No le había mostrado nada más que gentileza.

*Mujer tonta, se regañó, posando su mano en la de él. Por supuesto que no te ha herido. Necesita una esclava saludable. Sus dedos se entrelazaron con los de ella. Al momento del contacto, oscuras y eróticas pulsaciones escocieron atravesándola. Se habían tocado antes, y cada vez había suscitado chispas. Pero esta vez... fue más intenso. Una conciencia profunda de este contacto piel a piel que ella había deseado tan desesperadamente pero no había querido querer. Jadeando, trató de tirar fuertemente de él, de ayudar a la conexión. La sostuvo con fuerza.*

—Mía —dijo.

Ella mordió el interior de sus mejillas contra el placer de que esa sola declaración agitó. —No entiendo nada de esto. No te entiendo.

—Lo harás. A su momento.

Las temibles palabras, ¿advertencia? ¿Promesa? Sonaban en su cabeza en el mismo instante en que subía por el resto de la escalera de madera. Al final de esta, dos brillantes puertas de cristal se mantenían abiertas por dos gigantes rubíes. ¿Sostenedores de puestas enjorados?

La curiosidad sacó lo mejor de ella.

—¿Por qué tienes la entrada abierta de esta manera?

—Se necesita un medallón de dragón para abrir y cerrar las entradas, y no deseo usar nada que pertenezca a un dragón — pronunció la palabra dragón como si fuera una sucia maldición.

¿Qué clase de respuesta podía ofrecer a eso?

Miró con ceño por encima de su hombro.

—Y es mejor que no intentes buscar un medallón. Si lo haces, serás castigada.

—¿Me castigaras por respirar? —Dijo bruscamente. Parecía estar buscando una excusa para castigarla.

—Si lo haces en dirección a otro hombre, sí —la advertencia era seria, además el tono carecía de verdadero calor.

—Cerdo.

—Amante.

—Bastardo.

Dirigió otra mirada por encima de su hombro. Está vez sus labios estaban curvados en una traviesa media sonrisa, y conocimiento de intención resplandecía en sus ojos como fuego azul.

—Di eso cuando estemos desnudos. Te desafío.

Ella tragó y desvió su atención de él. Una mujer inteligente hubiera estado memorizando sus alrededores para encontrar posibles rutas de escape en lugar de antagonizar con su captor.

Shaye se forzó a actuar como una mujer inteligente. Descendiendo durante bastante tiempo, avanzaron a zancadas por corredores sinuosos, las paredes volvían a ser irregulares y completamente estériles, sin ofrecer ninguna marca distintiva para ayudarla a encontrar el camino de regreso. Giraron a la izquierda. Izquierda de nuevo. Derecha. Izquierda. Derecha. Pasaron por varias entradas abiertas, pero se movían tan rápido que no tuvo oportunidad

de echar una ojeada. El sonido de sus pasos hacía eco por todo el corredor.

—¿Adónde vamos? —Preguntó.

—A mi alcoba.

—¿Tú qué? —su boca se abrió y cerró. Enterró las arenosas y húmedas sandalias en el piso de mármol—. Infiernos, no. Infiernos. No.

Él podía haberla arrastrado consigo, pero se detuvo y la encaró. Su exquisita boca se crispó en diversión.

—No haremos el amor esta noche a menos que lo pidas. ¿Apacigua el miedo que tienes por mi habitación?

—No —dijo rechinando los dientes.

—Sólo deseo mostrarte la Ciudad Exterior desde mi ventana — suspiró otra de aquellas prolongadas exhalaciones—. Desgraciadamente no hay tiempo para nada más.

Mirándolo furibundamente, puso las manos sobre sus caderas.

—Estás mintiendo. Tu tipo siempre tiene tiempo para el sexo... ¿Mi rey?

La sonrisa rápidamente se desvaneció de la cara de él.

—Con eso espero que te refieras al tipo honesto. Juré nunca mentirte, y no lo haré. Mi honor no demanda menos. Dije que no te tocaré esta noche hasta que me ruegues por ello, así que esa es la manera en que será.

Shaye no permitió que su ferviente promesa la influenciara. Incluso si él mantenía su palabra y sus manos las dejaba para sí mismo, estarían cerca a una cama. Muy probablemente una decadente, hecha—para—el—pecado—cama. ¿Qué si la veía, perdía su intención de resistir, y daba un paso hacia él?

—Tu honor no significa una mierda para mí. Voy a tu habitación.

Un músculo palpitó en su mandíbula. Un infierno resplandeció en sus ojos, una agitada tempestad de azules. De cerúleo azul al violeta más pálido.

—Muy bien —dijo cada sílaba con precisión—. No robaremos un momento para nosotros mismos. Nos reuniremos con los otros. Sólo puedo esperar que tu naturaleza mojigata prevenga a mis hombres de elegirte.

—¿Elegirme para qué? —Preguntó, ignorando el comentario “mojigato”. Sospechaba la respuesta, y casi gritó cuando le llegó.

Sus cejas se enarcaron, y sus labios descendieron.

—Para su compañera de cama, por supuesto.

## CAPÍTULO 6

**V**alerian tenía que llevar a su compañera destinada al comedor. Algo de lo que disfrutaba inmensamente, aunque ella pateara y gritara blasfemias todo el camino. Los senos se apretaban contra su espalda y las piernas caían sobre el estómago.

Sonrió abiertamente. Oh, pero le gustaba el espíritu de esta mujer. Cuan divertida era. Sólo deseaba conocer su nombre. Que le den, verdaderamente. Ella se negaba a decirle la verdad, y eso no le gustaba. No le había importado antes, con otras mujeres, pero saber el nombre de ésta parecía necesario para su supervivencia.

—No seré tu esclava sexual, y no seré esclava sexual de tu ejército. ¿Me comprendes? ¡No lo seré!

No, ella sería su amante. Su compañera. Suya. Y sólo suya. Antes, había visto la manera en que sus hombres la miraron, la manera en que sus miradas se habían arrastrado sobre la curva de la cintura, captando vistazos de la piel pálida bajo su falda de hierba.

Quizás no la mantendría vestida así, como había pensado primero. Quizás la cubriría con una tela gruesa y oscura de la cabeza a los pies. Como fuera, uno de sus guerreros intentaría



probablemente seleccionarla. ¿Qué hombre se podría resistir el fuego que ardía bajo la fachada fría, rogando la liberación?

Valerian mataría antes de permitir que otro hombre la tuviera.

Le había dicho que su honor no lo permitiría mentir, pero realmente, el honor no quería decir nada ante su pérdida. Mentiría, estafaría, haría lo que hiciera falta para asegurarse que ningún otro hombre trataba de reclamarla.

Cuando giró la esquina, Valerian deseó que el pequeño rayo de luna le hubiera permitido llevarla a su cuarto. Le habría mostrado las vistas de la ciudad como prometió, sí, pero también habría utilizado el tiempo robado al completo. La habría tentado y seducido hasta que sólo pensara en él. Una caricia prohibida, una mirada caliente que se demora. Sus hombres habrían visto cuánto le deseaba ella, sólo a él, y habrían estado menos inclinados a escogerla.

Ahora tendría que pensar en algo más.

—Llévame de vuelta a la playa —dijo, golpeándole las nalgas con los puños—. Ahora mismo, imaldita sea! Estoy jugando de manera agradable. ¿Me oyes?

—No estoy seguro de cuántas maneras diferentes te puedo decir que esta es tu casa y que vas a quedarte aquí para siempre. —Quizás era mejor que no hubieran ido a su cuarto. Ahora podría terminar con el proceso de selección. Ahora podría demostrar que ella le pertenecía. Ahora sus hombres podrían concentrarse en sus escogidas.

Él, por supuesto, podría concentrarse en... joder.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó. Aunque su continuo desafío era divertido, también frustraba.

—Cuando los policías se enteren de esto tú... tú... esto es secuestro, bastardo.

Que no le deseara y que habría sido más feliz si él la hubiera dejado en el mundo de la superficie era tan humillante como chocante.

—Estás asustada —racionalizó—. Lo siento por eso.

—¿Asustada? ¡Ja! Estoy cabreada.

A pesar de su negativa, él sabía que estaba espantada. El latido del corazón latía de modo irregular contra su espalda, y podía sentir las exhalaciones superficiales de aliento contra la piel. Sin embargo,

ella luchaba contra la emoción, mostrando sólo furia. Su admiración por ella aumentó.

Dioses, quería -no, la necesitaba- a ella. Besarla. Conocer el sabor de su lengua. Había estado cerca de besarla en la cueva. Pero un toque de la pequeña lengua dulce y no habría podido parar. Un toque y él habría necesitado un segundo y un tercero. Lo sabía. Le habría abierto las piernas, pasado la lengua por su calor, luego golpeado dentro de ella hasta la empuñadura. Tan profundo que ella sólo habría podido jadear su nombre.

Conocía a las mujeres y sabía que ésta sería violenta con sus pasiones. Mira la manera en que reaccionaba al enfado y al miedo, como una gata salvaje siseando y arañando. El deseo sexual no sería diferente. Una vez que ella liberara su fuego interior, estallaría en llamas, quemando a su amante en cenizas saciadas.

Esa pasión le pertenecía, reflexionó sobriamente.

Frunciendo el entrecejo, se detuvo.

—¿Atacarás a cualquier hombre que intente reclamarte? —Con un suave tirón, movió su cuerpo bajándolo. Lentamente, muy lentamente. Los estómagos desnudos se rozaron y ella contuvo el aliento. Los músculos de él saltaron en excitada reacción.

Ella quizás lo negara, pero era consciente de él de una manera muy sexual.

—¿Los atacarás? —repitió. Plantaría la sugestión en su mente, si fuera necesario.

—Maldición, sí lo haré. —Los ojos brillaron con fuego de ámbar, desafiándole a contradecirla o a amenazar con castigarla—. Lucharé hasta la muerte. Sus muertes.

Como si fuera a castigarla por algo que deseaba desesperadamente. Valerian separó los labios en una sonrisa satisfecha. Dado que no la podía hacer admitir su deseo por él -todavía- ésta era la siguiente mejor cosa.

Vamos a terminar con esto. La urgencia lo llenaba, entrelazó los dedos y tiró de ella. Evitaron rápidamente la arena de entrenamiento, así como las cocinas.

—¿Te gusta el palacio? —preguntó antes de que ella pudiera empezar a protestar otra vez. *Mira la belleza*, ordenó en silencio. Candelabros decoraban las paredes, las llamas parpadean dentro e

iluminaban el sendero. Los ojos de ella se clavaron en los frescos, frescos tan vívidos que casi parecían vivos. Las escenas sensuales multicolores, todos, donde hombres desnudos, mujeres y criaturas de todas las razas se retorcían en diferentes etapas del orgasmo. Él y sus hombres habían pintado las escenas para hacer el palacio de ellos, no de los dragones.

Los nymphs eran vagabundos naturales, se movían rápidamente de una ubicación a otra, siempre buscando la siguiente conquista sexual. Nunca les había importado donde residían. Pero Valerian se había cansado de ese tipo de existencia. Había querido más para él mismo, más para su gente. No podía localizar exactamente que le había hecho sentirse de esta manera; sólo sabía que una sensación de agitación había estado creciendo dentro de él durante meses y que el pensamiento de vagar ya no tenía ninguna atracción.

Cuando supo que una simple cría de dragón había sido dejada al cargo de este palacio, había decidido tomarlo. Rápidamente. Fácilmente.

Y así lo hizo.

No lamentaba la decisión. Una vez que entró en el palacio, su agitación había sido reemplazada por la justicia. Valerian inclinó la cabeza cuando se le ocurrió un pensamiento. Quizás necesitaba tomar a la mujer a su lado del mismo modo que había tomado el palacio del dragón. Con astucia. Con precisión. Con una falta absoluta de misericordia.

Oh, sí. Lentamente sus labios se levantaron en una sonrisa. Ella pronto se encontraría siendo el blanco de un ataque a gran escala e irresistible. Apenas podía esperar a empezar.

—¿Te gusta el palacio? —preguntó otra vez.

Ella vaciló antes de decir:

—Seré honesta. Tu casa... las paredes, me recuerdan a ti.

Nuestra casa, pequeño rayo de luna, nuestra casa.

—Gracias.

Frunciendo el entrecejo, ella le golpeó en la mano, tratando de forzarlo a soltarla.

—Eso no era un cumplido.

—¿Decir que las imágenes de sexo te hacen pensar en mí no es un cumplido?

Ella abrió la boca, pero la cerró de golpe.

—Eso no es lo que he querido decir y lo sabes.

El rió entre dientes.

—Niégalo todo lo que quieras, pero cada vez que me miras piensas en carne desnuda y retorciéndose de placer.

—No olvides la mordaza y la cuerda —gruñó—. Déjame ir.

—Me gusta el sonido de la cuerda.

—Claro, sucio pervertido.

El aire era pesado con la anticipación y el entusiasmo cuando él dio un paso en el comedor. Todos se callaron, jadeando. Se detuvo y envolvió un brazo alrededor de la cintura de ella. Por una vez, ella no protestó. No luchó. La sorpresa la mantenía cautiva probablemente.

—Hemos llegado —anunció él. Un contingente de guerreros estaba alineado a un lado del cuarto. Un grupo de hembras que olían a dulce al otro lado. Y una gran mesa de madera tallada con cabezas de dragones feroces los separaba.

Había querido destruir la mesa, no quería ninguna posesión de dragones en su casa. Pero no había encontrado ninguna otra mesa suficientemente grande para sus hombres.

Quizás la mantuviera y amaría a su mujer sobre ella.

Las paredes eran de sencillo ónice y marfil. Antes, zafiros, esmeraldas, diamantes y rubíes habían brillado por toda la extensión, pero habían sido extraídos por los soldados humanos hacía meses. Estos humanos habían sido matados por los dragones, proporcionando a Valerian la oportunidad que necesitaba para introducir furtivamente a sus hombres y conquistar.

Generalmente los nymphs sólo atacaban cuando se les provocaba, manteniendo sus naturalezas brutales bajo estricto control. Pero los dragones eran enemigos del único aliado que poseían: los vampiros. A diferencia de las otras razas en Atlantis, los vampiros no habían maldecido a los nymphs por su poder sobre las mujeres; no se indignaban con los celos. Layel, el rey, lo encontraba divertido.

Meneándose al lado de Valerian, su compañera dijo:

—No voy a colocarme en el menú de este... este buffet sueco. — Le clavó el codo contra el estómago, casi sacándole el aire de los pulmones.

—Estate quieta, mujer.

—Muere, bastardo.

Sus hombres les miraron con variadas expresiones de horror. Él había enseñado a cada uno de ellos el idioma de la superficie, porque creía que el conocimiento igualaba el poder, así que supieron exactamente que le había dicho el pequeño rayo de luna. Las mujeres simplemente no actuaron así. No con Valerian, al menos. Las mujeres le amaban y le veneraban. Luchaban por que él las notara. Rogaban su toque.

¡No le ordenaban morirse!

No estaba avergonzado por esta presentación, sin embargo. No, estaba regocijado. Si Valerian, el más deseado de los nymphs, fallaba en cortejarla, sus hombres sabrían que ellos estaban destinados a fallar con ella, también. Y escogiéndola y fallando, estarían forzados a dormir solos esta noche, algo que esperarían evitar. Pero en este momento, querían sexo. No amor, no una compañera. Solo sexo.

Valerian tuvo que forzarse a fruncir el entrecejo cuando le azotó en el trasero, sabiendo que eso animaría sus bufonadas más.

Ella chilló.

—¿Acabas de darme un azote? Dime que no me has azotado, Valerian, antes de que introduzca tu nariz en mi puño. Otra vez.

Ah, adoraba oír su nombre en los labios suaves y rosas. Como su cara era tan pálida, el color de los labios destacaba como una baliza, exuberante y rogando ser probados.

—Estoy esperando —gruñó ella.

—No. Eres hermosa.

Al principio su expresión se ablandó y le dio a Valerian un vistazo de la hembra dulce y vulnerable. Casi la besó, incapaz de evitarlo. Entonces le furia chispeó en los ojos, ahuyentando la imagen de un corazón fundido.

—No me hables así. No me gusta.

Él parpadeó. ¿Preferiría ella que dijera cosas malas? Interesante. Confuso y extraño, también, pero algo sobre lo que reflexionar. ¿Por qué desearía una mujer tal cosa? ¿Era una defensa contra él?

—Mi rey —replicó Broderick—. Estamos listos. Hemos instruido a las mujeres para permanecer en la línea hasta que sean escogidas.

Un recuento rápido reveló más hombres que mujeres.

—Mi élite escogerá primero —dijo Valerian. Ellos habían luchado en más guerras, eran más fuertes, más rápidos, y necesitaban sexo más que un soldado medio.

La élite vitoreó. Los otros gimieron con desilusión.

—Estate quieta —dijo a su mujer, sabiendo muy bien que haría lo contrario—. Y permanece en esta línea. Mis hombres necesitan mirarte bien.

Para su total delicia, ella replicó.

—Como el infierno. Por ansiosas que las otras puedan estar, yo no aceptaré calladamente este desfile. No permaneceré aquí parada pasivamente.

Excepto... que no se fue. No, se apretó a su lado, permitiendo que él la rodeara con su fuerza, aunque ella todavía no le encararía. El hombro le acarició el pecho, y varios mechones del pelo sedoso quedaron atrapados en el lazo del pezón. Él podía oír el latido irregular del corazón, podía sentir el calor de la piel suave.

Extendió los dedos sobre las costillas, y ella tembló.

Tenía que verla la cara, tenía que ver qué emociones se permanecían allí. Impotente, le ahuecó el mentón y la forzó a mirarlo. Sus miradas chocaron y se sostuvieron. El resto del mundo se desvaneció, como siempre pareció hacer cuando él la miraba. Los ojos de ella eran terciopelo oscuro, ricos y calientes, destacando absolutamente en la cara pálida.

—¿Cuál es tu nombre? —se encontró a sí mismo preguntando otra vez.

—No hay razón para que lo sepas —dijo ella sin respiración. Se lamió los labios, luego se mordió el inferior rellenito entre los dientes. Su polla saltó en reacción—. Me voy a ir pronto. Muy pronto.

Como si él permitiera alguna vez que ese bocado delicioso le dejara.

—Si te prometo que te ayudaré a alejar a esos hombres —cuchicheó—, ¿me lo dirás?

—Yo... quizá. —Cerró los párpados, y la longitud de sus pestañas lanzó sombras puntiagudas sobre las mejillas—. ¿Por qué me ayudarías?

Por qué verdaderamente. La respuesta debería ser obvia para ella.

—Quiero mantenerte para mí mismo. —Dijo las palabras tan escuetamente como fue posible, sonriendo lentamente, con ansia. Necesitaba una reacción extrema de ella. Algo que horrorizara a sus hombres aún más.

Como había esperado, ella empezó a luchar contra él.

—No soy un pedazo de carne. Esto no es un buffet. Deberías avergonzarte de ti mismo.

Valerian se forzó a suspirar.

—Si no te quedas en la línea, me veré obligado a sostenerte aquí. —Una ola de triunfo barrió por él. Las cosas estaban funcionando como había esperado—. Broderick —llamó.

—Sí, mi rey. —Broderick dio un paso adelante, ruborizándose.

—Como segundo al mando y líder de la élite, puede tener la primera elección. —Valerian aflojó el agarre sobre su cautiva para que sus movimientos fueran más obvios. Ella se retorció aún con más fuerza, sus jadeos y gruñidos llenaban el aire. Las acciones, los sonidos, le excitaron.

Broderick sonrió y se acercó a las hembras, comenzando por el final. Los gorjeos femeninos y los ronroneos resonaron a través del espacioso recinto.

—Escógeme, escógeme.

Saboreando su papel, el guerrero bordeó lentamente la línea, parando aquí y allí para abrir la cremallera del vestido de una mujer y mirarle los senos. Para el gozo de algunos, también probó el sabor de sus pezones. Desafortunadamente, no había hecho su selección cuando alcanzó a la pequeña rayo de luna y la estudió con deseo en los ojos esmeraldas.

La mandíbula de Valerian se apretó.

Mía, pensó otra vez, apretando el agarre.

Broderick se estiró para apartar la falda de hierba de la mujer.

—Soy Shaye —dijo de prisa, las palabras casi un chillido—. Me llamo Shaye Octavia Holling.

Valerian supo inmediatamente que deseaba de él. Te ayudaré a conducir a los hombres lejos si me dices tu nombre, le había

prometido. Le había prometido a Shaye. Shaye. Rodó el nombre sobre la lengua, saboreándolo. Probándolo. El nombre le pegaba. Aparentemente refrescante, reservado, mas totalmente sensual.

—Dale una patada —respiró en su oreja—. Con fuerza.

Ella lo hizo así sin vacilación, levantando la pierna y golpeando con el pie en el estómago de Broderick. El guerrero aturdido se propulsó hacia atrás, tropezó con sus propios pies y cayó al suelo. El resto del ejército estalló en risas. Broderick se puso de pie rápidamente, frunciéndole el ceño a Shaye confuso.

Valerian se tragó la sonrisa. Su segundo al mando seleccionó rápidamente a una bonita y tranquila morena. Salieron corriendo del comedor sin una mirada atrás. Uno menos...

—Dorian. —Valerian cabeceó al hombre de cabello negro, cuyo cuerpo musculoso emitía un aire palpable de ansia—. Eres el siguiente. —A Shaye -ah, no podía conseguir bastante de su nombre, tan delicado y encantador como la mujer misma- le cuchicheó—. Cuando se acerque a ti, ignóralo. Ni lo mires.

—¿Estás seguro? —Shaye no podía creer que dependía de Valerian para salir de este lío. ¡Él era el responsable de ello! Pero no podía pensar en ninguna alternativa. Permitir que uno de estos bárbaros la "reclamara", luego se la llevar a la fuerza y hacerle Dios sabe que, no era atrayente—. ¿Ignorarlo no sacará todos sus instintos de cavernícola?

—No con este hombre. —Él sonaba divertido.

Dorian tenía pelo de ónice y los iris tan azules que rivalizaba con el océano en pureza. Su belleza deliciosa era algo como de un cuento de hadas. De algún modo, sus rasgos eran aún más perfectos que los de Valerian. Él no la hacía suspirar sin embargo. No llenaba su mente con imágenes X de cuerpos desnudos y sudorosos.

El estómago de Shaye se revolvió con nerviosismo cuando el hombre siguió el ejemplo de Broderick y consideró a cada mujer de la línea. Miró, probó, disfrutó un poco demasiado. Shaye se ofendió por las mujeres. ¿Cómo se atrevía a tratarlas tan despreocupadamente? No importó que ellas parecieran adorarlo. No importaba que pidieran más.

Cuándo él la alcanzó, se quedó a distancia y cruzó los brazos sobre el inmenso pecho. La estudió, su mirada intensa se demoró en cada curva. Varios segundos pasaron y Valerian se tensó.



—Quita las conchas —dijo Dorian—. Veré tus senos.

Ignorarle había sido el consejo de Valerian. Ella giró el mentón lejos de Dorian y se estudió las cutículas. Si él trataba de quitarle el sujetador, se marcharía con un muñón sangriento en lugar de la mano.

—¿No me has oído mujer? Dije, quítate las conchas.

Ella bostezó, una proeza casi imposible. Con los fuertes brazos de Valerian a su alrededor, estaba ridículamente emocionada. No aburrida. A pesar de las otras emociones, temor, ira, insulto -su deseo permanecía. Crecía. No se sentía como su ser normal alrededor del gigante vano y egotista. Se sentía como un ser sexual cuyo único propósito era el placer. Dar y recibirlo.

¿Por qué no se había sentido así en cualquiera de las citas a las que había ido? ¿Por qué ahora? ¿Por qué este hombre?

Dorian expulsó un aliento frustrado. Enredó una mano en el pelo sedoso y observó a su jefe.

—Valerian, hazla mirarme.

Valerian levantó los hombros en un encogimiento de hombros.

—No puedo forzarla a mirarte.

—Pero...

—¿Es ella la que deseas o no? —Las palabras le golpearon, bruscas, duras. Llenas de impaciencia—. Los otros esperan su turno.

Un ceño oscureció los rasgos de Dorian. Giró lejos de Shaye y caminó a zancadas hacia la única pelirroja del grupo.

—Te escojo.

El degradante desastre continuó durante media hora. Sólo otra mujer parecía molesta por los acontecimientos, la misma mujer que como Shaye no había estado dispuesta a andar alegremente al agua con los nymphs. Era una cosa diminuta y muy bonita, con cabello oscuro y rizado, ojos oscuros y una nariz de botón. Y, a pesar de sus rasgos inocentes de colegiala, irradiaba sensualidad oscura y salvaje.

Desafortunadamente, fue seleccionada por un guerrero alto con cuentas en el pelo de color rojizo. Uno de los hombres todavía en la fila, ella no podía verle, golpeó la pared con el puño, la fuerza de ello reverberó por el cuarto.

—Quiero a esa —gruñó.

—Demasiado malo para ti, Joachim —fue la respuesta pagada de sí mismo—. Ella es ahora mía. —El Pelo con cuentas agarró la mano Nerviosa y la sacó de la línea.

Ella arrastró los pies, pero no pronunció una palabra de protesta.

Obviamente desconcertado, echó un vistazo por encima del hombro y frunció el entrecejo.

—No tengas miedo. No te haré daño.

La chica se mordisqueó el labio inferior con lágrimas en los ojos.

—Déjala ir —gritó Shaye. Había visto bastante—. ¡Déjala ir en este momento! Ella no quiere irse contigo.

Él profundizó el ceño y miró a Valerian con confusión.

—Pero... la he escogido.

La chica lanzó una mirada asustada y llena de lágrimas a Shaye. Seguía sin hablar, solo continuaba mordiendo el labio inferior.

—Valerian. —Shaye le agarró por la muñeca y apretó—. Tienes que hacer algo con esto. Ella no quiere irse con él.

Los segundos pasaron en silencio absoluto.

—¿Qué me darás a cambio? —contestó finalmente—. Si hago algo como tú tan dulcemente has pedido, mis hombres me creerán raro. Pero si fuera a recibir compensación, estaría dispuesto a arriesgarme a su disgusto.

—Te permitiré vivir —dijo ella entre los dientes apretados—. Eso debe ser un pago suficiente.

Él rió entre dientes, un sonido fuerte y sensual de puro placer.

¡Maldito él y su diversión!

—Seré agradable contigo. Un ratito —refunfuñó.

Él no vaciló.

—¿Deseas ser escogida por otro guerrero? —preguntó a la mujer.

Los ojos vagaron sobre los hombres que quedaban ansiosos. Se encogió, tragando. Entonces sacudió lentamente la cabeza.

—Tómala, Shivawn, pero no la toques a menos que tengas su permiso. Y no la fuerces a darte permiso —agregó por si acaso. Él se detuvo—. ¿Eso te satisface, Shaye?

La manera en que dijo su nombre... ella se estremeció y forzó a su mente al asunto entre manos. No, no la satisfacía. Pero sabía que él no permitiría que la chica regresara a la playa.

—¿Se puede confiar en que Shivawn obedezca tu orden?

—Todos mis hombres me obedecen. —Había una buena cantidad de insulto en su tono—. Iros —dijo Valerian a la pareja.

Shivawn se apresuró a sacar a la chica del cuarto antes de que Shaye pudiera pronunciar otra protesta. Otro hombre, el que había golpeado la pared, juró para sí.

—Y la "selección" continuó.

Cada vez que un soldado se le acercaba, Valerian le decía exactamente qué hacer. Escupir, maldecir, desmayarse. Agradecidamente, nadie la seleccionó. La línea menguaba apreciablemente, hasta que sólo quedaron Shaye y unas pocas. Las otras se habían trasladado a sus cuartos.

Más tarde, cuando esto acabara, sospecha que Valerian demandaría algún tipo de recompensa por su ayuda. Más que su promesa de ser "agradable". Él agarró una sensación cuando la atención se desvió de ellos, trazando la curva de la cadera con los dedos. Hundió el pulgar en el ombligo. Las terminaciones nerviosas de ella estaban en llamas, clamando por más de él.

Extrañamente, sus modales posesivos estremecían una parte secreta de ella. Una parte que no había sabido que existía. Cuando alguien se acercaba, él se tensaba. Unas pocas veces, gruñó en voz baja en su garganta, como si hubiera resistido todo lo que podía.

—Casi ha acabado —susurró. El aliento le acarició la oreja mientras arrastraba la punta de los dedos por los bultos de la espina dorsal.

Ella casi se desplomó en un montón deshuesado. Sólo la sensación repentina e inesperada de ser mirada reforzó su resolución de no parecer afectada. Sentía una mirada caliente sobre ella, cargada con propósito y determinación. Una misteriosa carne de gallina rompió sobre ella mientras los ojos recorrían a los hombres restantes, y chocaron con un guapo moreno.

Sus párpados pesados, con una mirada fija de ven-a-mi-cama la golpearon y se tensó. Él la asustaba. Había amenaza en sus ojos.

—Inclínate sobre mí si los pies te duelen —dijo Valerian, errando su reacción.

Ella apartó su atención del hombre moreno.

—Estoy bien —dijo, casi jadeante. Entonces frunció el entrecejo; había querido golpearle.

Su captor seguía cogiéndola desprevenida con sus comentarios dulces, déjame-cuidar-de-ti. La trataba como un tesoro precioso, viendo por su comodidad. A ella no le gustaba. La hacía vulnerable, la hacía más difícil resistirse a él.

Allí tenía que haber algo que pudiera hacer que él la odiara. ¿Pero qué? Él se reía de sus insultos, ignoraba sus provocaciones. Sigue intentándolo hasta que tengas éxito, maldita sea. Si él continuaba siendo agradable con ella, ella se ablandaría. Él podría fundir el hielo que ella necesitaba tan desesperadamente para sobrevivir. ¿Qué le sucedería entonces? ¿El amor? ¿Se perdería en un hombre podría no devolverle nunca la profundidad de sus sentimientos? Dios, no. No, no, no.

Con toda su fuerza intentó soltarse del asidero de Valerian, para al menos poner distancia entre sus cuerpos. Él cerró el puño, cortándole el aliento y encadenándola en el sitio.

—Estate quieta, luna. Mi cuerpo ya tiene hambre del tuyo, y no estoy seguro de cuánto más puedo tolerar. Casi hemos acabado aquí.

Se inmovilizó, no queriendo excitarlo aún más. ¡Pero maldición! ¿Por qué tenía que sentirse tan segura en sus brazos? ¿Segura, maravillosa y excitada? Él era peligroso para la vida solitaria que ella se había construido -y deseado- para ella misma.

—Joachim —llamó Valerian—. Ha llegado tu turno. —Bajó la voz, murmurando en la oreja—, tu olor es asombroso. Te deseo tanto. Deseo...

—Esa —dijo una voz masculina. Joachim, el actual "recogedor," el enojado moreno que la había estado mirando fijamente, dio un paso adelante.

Valerian se congeló. Shaye jadeó. Había estado tan segura de que había espantado a todos... pero él había... querido Señor. El hielo enfrió su sangre.

—¿Qué has dicho? —Valerian rechinó. Los dedos, envueltos apretadamente alrededor de la cintura, se hundieron en la piel.

—Deseo a la pálida, a la chica en tus brazos. —Joachim abrió las piernas, su expresión severa y pagada de sí mismo. Preparado. Parecía un hombre que anhelaba guerra—. Dámela. Es mía.

## CAPÍTULO 7

—**V**alerian —dijo Shaye, con voz temblorosa. Tan temblorosa como su cuerpo. —Ayúdame.

—Yo me encargaré de esto. No te preocupes. —A la vez, Valerian se sentía furioso porque alguien se atrevería a intentar quitarle a Shaye, contento porque ella se sentía a salvo con él y asustado porque realmente podría perderla.

Y por su primo, nada menos.

No compartían una camaradería fácil, pero la sed de poder de Joachim lo había hecho rebelde. Salvaje. ¿Cómo iba Valerian a cambiar la intención del soldado? No lo sabía.

—Hay otras dos mujeres en la fila —dijo Valerian—¿Estás seguro de que no prefieres a ninguna otra?

Joachim asintió con la cabeza sin mirar en ningún momento a las mujeres en cuestión. La determinación llenaba sus ojos. Determinación... y lujuria. ¿Por la cabeza de Valerian? ¿O por el cuerpo de Shaye? De cualquier manera, Valerian no se rendiría fácilmente.

Tampoco Joachim, al parecer.

—La quiero a ella —dijo el hombre firmemente.

El suave cuerpo de Shaye se apretó contra la dureza del de Valerian. El frío aroma de ella lo envolvió, aumentando su propia determinación.

—Te desafío por ella —Valerian echó a su primo con una dura mirada—. Te daré la oportunidad de derrotar a tu rey. —Joachim no podía tomar el trono de esta manera, pero había un gran honor en luchar contra el rey. Incluso si —¡cuándo!— Joachim perdiera, sería elogiado por participar en tan raro suceso.

Por un momento, por un-realmente-corto-momento, Joachim consideró la oferta. Incluso empezó a asentir pero se detuvo. Sacudió la cabeza en su lugar.

—Inaceptable —frunciendo el ceño, apretó la empuñadura de la espada. —La pasada noche, tuviste carne femenina en exceso, haciéndote fuerte. Yo he estado descuidado durante semanas. No estamos en igualdad de condiciones.

La mandíbula de Valerian se apretó dolorosamente. ¿Esperaba su primo una noche con Shaye y entonces lucharía con el rey?

—Puedes pasar una noche con las tres mujeres que me complacieron. Ellas se asegurarán de fortalecerte. Podremos luchar por Shaye a la mañana siguiente.

Las negras cejas de Joachim se arquearon, y algo -una emoción indescifrable- iluminó sus ojos azules.

—Dijiste que no reclamarías a otra mujer de la superficie, sin embargo, aquí estás, tratando de hacer justamente eso.

—Espera —Shaye alzó las manos—. Tiempo. ¿Te acostaste con tres mujeres a la vez, Valerian? —Si hubiera estado frente a él, seguramente le habría abofeteado—. ¿Qué, quieres que me sume a tu tren del amor? ¡Eres asqueroso! Todos vosotros lo sois.

—¿Las quieres o no? —le preguntó a Joachim, ignorándola.

Curvando los labios en una sonrisa, Joachim señaló a Shaye.

—Quiero a una. Como es mi derecho.

—Ella no te dará otra cosa que problemas. —Los dientes de él se apretaron tanto que tenía problemas para que le salieran las palabras.

—Eso es cierto. —Shaye asintió con la cabeza, mechones de cabello blanco danzaron sobre sus hombros—. Voy a apuñalarte mientras duermes. Voy a cortarte los huevos y usarlos de pendientes. Voy...

El color desapareció de las mejillas de Joachim, y tragó. Por lo menos, las amenazas a Joachim eran más violentas, reflexionó Valerian. Ella solo había querido arrancarle los ojos.

—Sigo queriéndola a ella —dijo Joachim, aunque ya no parecía tan confiado.

Su primo no cedería. Frustrado, enfurecido, Valerian dio un gruñido animal. Nunca había mentido a sus hombres, nunca se había

retractado de su palabra. Su padre había muerto cuando Valerian era un niño, dejándolo para que se hiciera cargo del ejército nymph. Había tenido que demostrar que era digno y capaz una y otra vez. Y lo hizo.

—Hónralos —habían sido las últimas palabras de su padre—. Guíalos. Protégelos. Eres el último responsable de su destino.

Podía tomar a Shaye, y nadie se negaría. Se quejarían de su falta de honor, sí, incluso maldecirlo al sempiterno Hades. Pero nadie se negaría.

Mientras se decía que podría aliviar su honor poseyendo a Shaye, se dio cuenta de que no podría. ¿Cómo podría esperar que ella se enamorara —e hiciera el amor— con un hombre sin honor?

—Dije que no reclamaría a las mujeres traídas aquí, y no lo haré. —dijo.

Shaye se quedó rígida. Cerró las manos sobre los brazos de él, que todavía estaban envueltos a su alrededor, y le clavó las uñas en la piel.

—No lo haré —continuó, cambiando a su lengua materna para que Shaye no pudiera entender el resto de la conversación—, sin llegar a términos amistosos. Permíteme que te la compre.

Una vez más, Joachim sacudió la cabeza.

—No.

¡Maldito sea el hombre!

—¿Qué puedo hacer, primo? La mujer... —paró, presionó los labios juntos—. La mujer es mi compañera.

Las ventanas de la nariz de Joachim se ensancharon, y enseñó los dientes. Dio un paso amenazador hacia delante.

—Ella no parece pensar así. No te ha aceptado como tal.

—Ella es humana. Sus reacciones deben ser diferentes a las nuestras.

—Dirías cualquier cosa para mantenerla a tu lado.

—En esto, no miento. Si la tomas, ella nunca te podrá amar. Nunca podrá darte su corazón. Su alma, siempre me pertenecerá. — Ambos conocían las formas entre las compañeras y los nymphs. El amor era el amor. Que Shaye fuera humana no era ninguna diferencia. Tenía que hacer entender a Joachim—. Cuando la tomes

en tu cama, será mi cara la que se imaginará. Mi cuerpo el que anhelaré. ¿Podrá tu orgullo soportar tal cosa?

Un oscuro y pesado silencio siguió a su pronunciamiento. Su primo, pálido, apretó la mandíbula.

—¿Qué le dijiste? —Shaye pasó la mirada de él a Joachim y de Joachim a él.

Joachim entrecerró los ojos hacia Valerian.

—Tengo que pensar en lo que me has dicho. Descansaremos esta noche lejos de ella y mañana discutiremos sobre su propiedad.

Como había hablado en el lenguaje de la superficie, Shaye lo entendió.

—¿Propiedad? —jadeó.

¿Mantenerse alejado de ella esta noche? El cuerpo de Valerian se estremeció bruscamente de horror. Desde el primer momento en que la había visto, solo había pensado en poseerla. Negarse a sí mismo sería, quizá, la cosa más difícil que nunca había hecho.

—Estoy de... acuerdo. —Al menos, a su primo tampoco le estaría permitido tocarla.

—Bueno, pues yo no estoy de acuerdo. —Shaye dio un pisotón, determinada a ser escuchada.

Valerian aumentó la presión de sus brazos sobre ella, con la esperanza de hacerla callar. Por supuesto, no funcionó.

—Permitidme ahorrarnos un montón de problemas —dijo—. No os quiero a ninguno de los dos. Ahora, estoy siendo una mujer razo...

Valerian resopló.

—Una mujer razonable —terminó, mirándole por encima del hombro—. Y estoy dispuesta a olvidar todo este episodio de los Chulos de Atlantis si alguien. Me. Lleva. A. Casa.

Ignorándola, Joachim cruzó sus brazos sobre el pecho.

—¿Dónde se quedará ella esta noche?

—La pondré en la habitación junto a la mía. Habrá un par de guardias en su puerta.

Su primo se paró un momento, con la idea recorriéndole la mente. Asintió.

—Muy bien.



Valerian dejó caer los brazos de alrededor de Shaye y al instante echó de menos su suavidad, su calor. Ella debió haber sentido la misma pérdida, lo admitiera o no, porque entrelazó los brazos por el medio y se estremeció.

—Maldita sea —tamborileó los dedos contra los costados—. ¿Alguien que me preste atención y que me diga quién me lleva a casa?

—Yo —dijo Valerian antes de que Joachim pudiera responder—. Voy a llevarte a casa.

Con un jadeo asombrado, ella se volvió y lo enfrentó.

—¿De verdad? ¿Me llevarás a casa? ¿Ahora?

Él bebió de ella, golpeado de nuevo por su belleza. ¿Cómo podía una mujer hacer un daño tan intenso? ¿Hacerle olvidar todas las que la habían precedido hasta que sólo quedaba Shaye?

Alejándose, mantuvo la palma de la mano hacia ella.

—¿Vendrás conmigo de buena gana?

La sospecha pronto cubrió su rostro. Pero ni eso le restó belleza.

—¿No me estarás mintiendo?

—Nunca.

Durante mucho tiempo, ella no hizo nada. Luego, tentativamente puso su mano sobre la de él. Los dedos entrelazados, un ajuste perfecto.

Valerian sabía que ella había malinterpretado sus intenciones; éste era su nuevo hogar. Pero no le dijo nada. Todavía no.

Joachim gruñó y le tendió la mano a Shaye. Pasaron unos segundos mientras ella lo miraba. Todos los músculos del cuerpo de Valerian estaban tensos. Si la mujer tomaba la mano de Joachim, alentaría las intenciones del guerrero. Refutaría la validez de la declaración de Valerian.

Pasó un latido. Luego otro.

Ella miró a Valerian con una expresión de exasperación.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? Vamos. Si nos damos prisa, voy a ser capaz de hacer mi vuelo a Cincinnati.

¿Vuelo? ¿Podía volar? Seguramente no. Apartó esta idea confusa y se centró en su sorpresa. Ella había ignorado a Joachim y a su mano

como si no existieran. Pero a él, le pidió ayuda. En su interior, Valerian aullaba de triunfo.

—Crosse —llamó a uno de los hombres restantes—. Prepara la habitación contigua a la mía —afortunadamente, el leal hombre sabía lo que verdaderamente deseaba, la eliminación de todo rastro de las mujeres humanas que le habían dado placer la noche anterior. Lamentablemente, no se había limitado a la cámara principal. Shaye estalló al más mínimo indicio de carnalidad, y él no deseaba su malestar.

Crosse asintió con la cabeza, lanzó una mirada nostálgica a las dos mujeres restantes y se apresuró a obedecer.

Joachim, que no se había movido, por fin dejó caer su brazo a un lado.

—Será mejor que seas cauta, mujer, y me trates con más cuidado —su voz era baja, arenosa—. Podría cambiar de opinión y decidir tomarte ahora.

—No lo veo probable —Valerian chasqueó la lengua, aunque en realidad quería atacar.

—¿Por qué no os vais los dos al infierno y me ahorráis el problema de enviaros allí? —dijo Shaye, irradiando inocencia absoluta. Dulzura total—. Ahora sé un buen chico y llévame a casa como prometiste, Valerian.

Éste vio la atónita mirada de Joachim y reprimió una sonrisa. Esa lengua afilada de Shaye podía salvarlos. Se volvió hacia los otros.

—Terran, Aeson, podéis elegir entre las dos restantes —mientras aplaudían, se giró para enfrentarse a Shaye—. Por aquí —la guió al pasillo.

Se dio cuenta de que unos pocos guerreros no habían llegado a sus habitaciones. Algunos estaban en proceso de hacer el amor con sus nuevas mujeres ahí, en el pasillo, mientras otros, simplemente empujaban a sus amantes contra la pared y se alimentaban entre sus piernas. Gemidos, ronroneos y gruñidos de placer se hicieron eco.

—Dios mío —jadeó Shaye.

Esa era una visión común en un hogar nymph, pero no se lo dijo a Shaye.

Con ella a sus talones, y Joachim en los de ella, la condujo más allá de las cocinas, más allá de las salas de entrenamiento, más allá

de los cuarteles de los guerreros, donde abundaron más gemidos y ronroneos.

—¿Se detienen alguna vez? —murmuró ella oscuramente.

Conmoción y - ¿eso era deseo? - ataba su voz. Sí, se dio cuenta. Sí, lo fue. La conmoción lo divertía. El deseo lo excitaba a un nivel primario. Si ella fuera él, habría vencido al primero y habría explorado el segundo allí y ahora. Pronto, se juró. Pronto.

Las habitaciones estaban situadas en una sala lejos del resto del palacio. Cada habitación era espaciosa, con una piscina grande como baño, una cama enorme y una pared con ventanas panorámicas que ofrecían una vista impresionante de la ciudad del exterior.

—Gracias por acceder a llevarme de regreso —dijo Shaye—. Sé que no quieres y te lo agradezco.

Nunca la había oído hablar de forma tan suave, tan tierna. Incluso tenía una expresión de genuina gratitud, una dulzura que suavizaba sus rasgos y le daba un brillo radiante. No podía permitir que ella siguiera regocijándose en una mentira por más tiempo.

—No te voy a llevar de vuelta a tu mundo, luna. Voy a llevarte a casa. A tu nueva casa.

Ella siseó una corriente de aire, sus uñas se clavaron en la carne de él.

—Tú sabías lo que yo creía, cabrón mentiroso.

—¿Ella siempre habla así? —preguntó Joachim, expresando su primera duda.

—Siempre —espetaron Shaye y Valerian al unísono.

—No me quedaré en tu habitación —le gruñó ella a Valerian—. Ya te lo he dicho.

Tuvo que arrastrarla (suavemente, por supuesto) el resto del camino. Joachim observó la interacción con expresión indescifrable. Finalmente llegaron a las puertas de la habitación de Valerian.

Crosse salió por la puerta principal, apartando el tenue material que estaba colgado allí. Sus rasgos ruborizados por el placer, sus ojos estaban cerrados de entrega mientras salía ciegamente.

Después de haber captado su atención, las tres mujeres humanas desnudas lo persiguieron y atraparon en un círculo. Al

instante, las manos de ellas estaban sobre él, tocando y acariciando su espalda mientras gemían de impaciencia.

Al verlos, un plan brotó en la mente de Valerian, y le irritaba que tuviera que reducirse a la planificación y a la intriga para tener a la mujer que debía, con todos los derechos, estar jadeando por él. Él era un rey. Un líder. Su palabra era la ley.

—Toma a cualquier mujer que desees, Crosse, y ve a la cama.

Los párpados del guerrero se abrieron con sorpresa.

—Mi rey —dijo. Una de las mujeres ahuecó sus testículos, y gimió—. ¿Puedo tener a las tres?

Valerian puso los ojos en blanco.

—No. Se necesitan dos... en otros lugares.

La boca de Shaye se abría y se cerraba, y cada vez que lo hacía, se escuchaban sonidos estrangulados.

—Estás tratando a esas mujeres como objetos, y ¿qué quiere decir en otra parte? —señaló con el dedo a Crosse pero mantuvo su mirada en Valerian—. ¿Qué pasa si una mujer escoge con salir con él? ¿Entonces qué?

—¿Aún dudas de sus voluntades? —Valerian señaló al cuarteto retorciéndose con una inclinación de barbilla—. Se lo están comiendo vivo incluso ahora.

Los ojos de ella se entrecerraron, y gruñó.

—Bueno, todavía sueñas como un proxeneta —murmuró. Luego, más fuerte—. Manteneos en pie, chicas. Decid a estos hombres que no tomaréis parte en su libertinaje.

En lugar de responder, las tres recorrieron con la lengua el pecho y la espalda desnudos de Crosse. El hombre gemía de puro éxtasis. Shaye se pellizcó el puente de la nariz y sacudió la cabeza.

—Llévate a tu mujer, Crosse, y largo.

—Gracias, mi rey —Crosse agarró a la morena, que incluso en ese momento estaba intentando meter la mano en sus pantalones, y corrió con ella. La risa de ella se hizo eco a su espalda.

Las otras dos se quejaron de la pérdida de su amante... hasta que vieron a Valerian. Aplaudieron y se rieron con renovada alegría. Él se retiró. Incluso puso a Shaye delante a modo de escudo.

—Estoy emparejado —les dijo. Los nymphs emparejados no solían atraer a las mujeres con la misma potencia y fiebre que los que no lo estaban. Estas mujeres podían quererlo aún, pero no con la misma intensidad de antes. Más allá de todo sentido de sí mismo.

Tal vez las humanas no sabían que así eran las cosas, porque seguían caminando hacia él, sin inmutarse.

—Atrás, señoras —ladró de repente Shaye. Ellas obedecieron al instante, sus caras se descompusieron en un puchero.

Valerian parpadeó sorprendido. ¿Había habido celos en el tono de Shaye? ¿Posesividad? ¿Se atrevería a esperarlo?

—Joachim necesita una amante —dijo, señalándolo.

Sus miradas se deslizaron al guerrero en cuestión, cuyos ojos estaban cada vez más llenos de sospecha. Y de anticipación. Ambas mujeres sonrieron lentamente y se acercaron a él pavoneándose sin preguntar.

—Eres tan grande —susurró la rubia.

—Y fuerte —agregó la pelirroja.

Joachim retrocedió, decidido a resistirse.

—¿He hecho una elección? —dijo a modo de pregunta en vez de afirmarlo—. La... pálida va a ser mi próxima compañera de cama, y debo cuidar su puerta esta noche. Por esa razón, vosotras...no...podéis... tocarme. Tocarme. —eso último fue dicho con un gemido indefenso de capitulación.

Habían llegado a su lado, y sus manos estaban sobre él, acariciándolo. Sus cálidos alientos fueron probablemente un baño sobre su piel, los olores de su ansiedad probablemente le llegaban a la nariz. Valerian casi sonrió. Tal vez ya haya perdido mi honor, pensó incluso mientras decía:

—A Shaye no le importará si no estás en su puerta haciendo guardia esta noche. Un hombre tiene necesidades, y ella lo sabe.

—Necesidades —repitió el guerrero con una mirada—perdida—por—la—pasión, aturdido.

—Quiero que tu piel desnuda se deslice sobre la mía —dijo la rubia, sin aliento.

—Y yo te quiero, caliente en mi boca.

Joachim inspiró audiblemente.

—Valerian... —empezó a decir.

—Ve. Te veré por la mañana.

—La pálida...

—Permanecerá intacta—esta noche—. Te he dado mi palabra.

—Confío en ti. —Joachim se alejó entonces, con una sensual mujer en cada brazo. Valerian dudaba que lo hicieran en una habitación. Lo más probable es que Joachim estuviera ya desnudo y dentro de una, sujetándola contra la pared...

Un grito de éxtasis de placer sonó.

Valerian finalmente permitió salir una sonrisa. Joachim estaba ocupado, y tenía a Shaye para él solo. Pero no podía probar su sabor o acariciar su cuerpo, se recordó. Había dado su palabra, después de todo, y su primo confiaba en él. Perdió la sonrisa.

—Increíble —murmuró Shaye.

La agarró por los hombros y la giró, dejándola ver su ceño fruncido.

—¿Y qué es eso que te parece tan increíble?

—La cantidad de relaciones comunales que hay, por supuesto. ¿No has oído hablar de las enfermedades?

Se veía tan bonita allí de pie, con su resentimiento. Tan surrealista, como el rayo de luna cuyo nombre le daba. La lujuria subió en espiral desde sus dedos a través de su sangre. Había tocado la suavidad de su piel hoy, pero aún no la había probado. La había sostenido, pero aún no había hecho el amor con ella.

Los sonidos del amor se hicieron eco en los pasillos del palacio, audibles incluso desde su remoto refugio. Las mejillas de Shaye se ruborizaron. Cómo le habría gustado probar el color de esas mejillas, para ver si eran tan puras como parecían. Su polla se endureció dolorosamente.

Ahora que estaban solos, su cuerpo sólo quería conocer el de ella. Para desnudarla. Para hundirse en ella. Para golpear, duro y rápido, un ritmo que nunca terminara. Ella lo miró, como si finalmente se diera cuenta de que estaban solos, y sus fosas nasales se abrieron. ¿Con deseo?

Tenía que tenerla, condenado fuera el honor. Tenía que... apretó los puños de las manos a los lados para mantenerse así mismo alejado.

—Shaye, escúchame muy atentamente —las palabras no eran más que un gruñido de necesidad apenas contenida—. Te quiero, pero no puedo tenerte. Si no vas dentro de la habitación ahora mismo, voy a olvidarme de por qué no puedo. Te voy a tomar. Voy a arrancarte cada parte de tus vestimentas y a probar cada pulgada de ti.

Mientras hablaba, ella se alejó de él. Sus ojos se abrieron, imposiblemente redondos, de terciopelo marrón con chispas de, se atrevería a decir, ¿deseo?

—La tela detrás de ti cubre la única puerta. Si la cruzas, aunque sea una sola vez, lo veré como una invitación a tomar lo que tan desesperadamente necesito.

La total convicción en su voz debió de asustarla. Pálida, se dio la vuelta y corrió a la habitación, con su cabello claro a la deriva detrás de ella como un racimo de estrellas fugaces.

Durante mucho tiempo, la tela colgada delante de la puerta onduló, invitándolo a entrar. Por último, se calmó, y Valerian se cubrió la cara con una mano temblorosa. Tener una compañera iba a ser un infierno para su cuerpo, al parecer, en la que preveía una larga y dolorosa noche por delante.

Y sin un final a la vista.

## CAPÍTULO 8

**E**l corazón de Shaye tronaba en su pecho, golpeando tan fuerte que temía que sus costillas se quebraran; sus oídos zumbaban alto, y ella los cubrió con sus manos para bloquear el horrible ruido. Se hundió sobre el borde de una decadente cama *hecha-para-el-sexo* de seda y terciopelo rojo.

Sin atreverse a respirar, miró hacia el transparente y blanco encaje que reemplazaba a la puerta.

Permaneció en esa exacta posición por más de una hora, temerosa y, maldición, anticipando que Valerian la siguiera dentro de la habitación. Esa mirada en sus ojos cuando ella lo dejó... ella nunca se había encontrado con algo tan ardiente. Tan abrasador. Si ella hubiera alargado su mano, el calor de su mirada le habría quemado la piel.

Tragó saliva. Viéndolo así, sintió como si hubiera viajado demasiado cerca del sol, lista para arder en llamas en cualquier momento. Una parte de ella había deseado arder.

En la Tierra, o mejor dicho en la superficie, no tenía que preocuparse sobre ese tipo de cosas. El deseo, menos mal, no era parte de su vida. Sus empleados eran mujeres; ella había mantenido intencionadamente la oficina libre de testosterona para evitar las tentaciones.

—Relaciones —murmuró—. Ugh. —No era como que no había visto a su madre devorar hombres como caramelos o que ella había sido testigo de su padre abriéndose paso a través de mujeres como si fuera un defensor de línea<sup>1</sup>. No eran los padrastros que habían intentado escabullirse dentro de su habitación, forzándola a esconderse en esquinas oscuras para poder dormir un poco. No eran ni siquiera los encantadoramente astutos hombres con quienes se había citado por un breve y curioso período de su vida.

---

<sup>1</sup> Linebacker Posición en el fútbol americano. Los defensores de línea son miembros del equipo defensivo que se ubican a tres o cuatro yardas de la línea defensiva.



Era el miedo de que ella pudiera resultar como ellos, una esclava de sus propios deseos. Una tonta por amor. Aceptando cualquier basura que el objeto de su fascinación dijera. Shaye suspiró.

Seguramente, ella había tenido más aventura en las últimas horas de las que había tenido en toda su vida. No había vivido un momento de soledad, no había tenido que pretender que todo estaba bien. Pero allá arriba, los hombres que ella empujaba lejos se mantenían alejados. Si alguien le pedía salir y ella le decía que no, la dejaba sola. La mayoría no quería nada que ver con ella, para ser honestos, la encontraban demasiado... quisquillosa. Demasiado fría.

Valerian no. Parecía que no podía deshacerse de él.

Descansó su cabeza contra el pilar de la cama, el que estaba intrincadamente tallado con retozantes dragones y desnudas mujeres. Hasta ahora Valerian había probado él mismo ser un hombre de palabra y no había entrado. Ni siquiera le había echado una mirada a través del ligero encaje. Sin embargo, sabía que estaba parado en guardia justo más allá de la cortina. Lo oía cambiar de un pie a otro.

*Tengo que escapar antes de mañana.*

—No soy un trofeo —murmuró—. No soy un premio para Valerian y su Escuadrón del Sexo por el cual pelear.

—Sí, lo eres —dijo el hombre de la hora.

El sonido de su ronca y sexy voz le dio a ella una sacudida de puro placer. Hizo que su corazón se saltara un latido y el calor se deslizó por toda su piel. Saltó sobre sus pies, su mirada escudriñando la habitación por una salida. Todo lo que vio fue una larga tina que estaba llena con agua caliente. Espirales de vapor se curvaban hacia el abovedado cielo raso de cristal, el que dejaba a la vista el ahora turbulento océano encima. Olas se revolvían y giraban, dejando vestigios de espuma detrás. Ninguna excitada sirena a la vista, gracias a Dios. Sotanas multicolores, ¿togas?, colgaban en el armario.

La habitación se veía como si hubiera sido sacada del escenario de una película. Una pieza de época con una pizca de modernidad. Sofisticado, caro e irreal. Mientras que el tocador estaba hecho de marfil, la silla frente a este estaba compuesta de diamantes, el cojín forrado con sedas de vívidos violetas desde el más pálido lila hasta el más oscuro amatista. Fiel a la palabra de Valeria, no había ninguna otra entrada. Ninguna otra... ¡espera! Mordiendo su labio con la

fuerza de la excitación, ella corrió hacia un velo lavanda colgado sobre la pared lejana y lo apartó a un lado.

La visión que la recibió no era lo que esperaba, pero la hizo jadear igualmente. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Querido Dios.

—Magnifico ¿No es cierto? —Valerian dijo a través de la cortina, como si pudiera ver por los ojos de ella. El orgullo emanaba de sus palabras—. Nosotros la llamamos la Ciudad Exterior.

Ella se paró enfrente a una pared de ventanas. Una exuberante y verde vista la recibió. Gruesos, árboles besados con rocío, algunos tan brillantes como esmeraldas, otros tan blancos como nieve, circundaban el paisaje. Claras cataratas caían en ríos prístinos. Pájaros del color del arco iris volaban por encima de la cabeza.

En el corazón de todo ello había una atestada, *palpitando-con-vida*, ciudad. Edificios de piedra y madera creaban un laberinto de sinuosas calles. Rayos de luz emanaban de la cúpula de arriba, tenue y oscuro, como el crepúsculo da paso a la noche. *Luz proveniente de un cristal en lugar del sol*, Shaye meditó.

Ella habría amado visitar, estar parada en el medio de esa espectacular hermosura y simplemente disfrutarla. —Estoy tan cerca como alguna vez estaré del cielo —ella susurró. Miró abajo a los acantilados, sorprendida por las criaturas que repentinamente notó. *Está bien, tal vez no el cielo*. Había hombres con cabeza de toro, mujeres con cuerpo de caballo, leones con alas, y...

—¡Santa mierda! —Ella se cubrió la boca con su mano, en shock por lo que vio.

Una profunda y ronca risa le dio la bienvenida a sus oídos.

—Debemos trabajar en tu lenguaje, Shaye.

El sonido de esa risa la bañó eróticamente. El sonido de su nombre en sus labios, sin embargo, probó ser más estimulante. *Se desagradable. Haz que le desagrades*. Un latido de tiempo pasó, y ella no dijo nada. *No quiero ser desagradable*, una parte de ella gimoteó. Rechinó sus dientes. *¡Sólo hazlo!*

—Bien... podrías explotarme, Valerian.

—Gracias. Lo haré.

Ella sacudió su cabeza con frustración. El hombre simplemente no se tomaba el insulto con la intención que tenía. Una horda de

harpías, la verdadera cosa que la había sacudido un momento atrás, levantó vuelo, sus enormes pechos meneándose mientras ascendían por el aire. Largas y afiladas garras se desplegaron en sus manos y pies. Sus rostros eran espantosos con narices picudas y malvados ojos negros.

—No había necesidad de que viajaras a la playa, Valerian —ella dijo, intentándolo de nuevo—. Tu compañera perfecta estuvo justo aquí, en tu propia ciudad en todo momento.

—Sólo tu funcionaría, amor.

Su estómago se puso en tensión ante sus palabras. Forzándose en alejar su atención de la fantástica metrópolis, ella estudió las ventanas. Estaban hechas del mismo cristal que la cúpula, solo que más liso, sin grietas y ninguna veta. Traducción:<sup>2</sup> no había manera de abrirlas. Golpeó un pie. Y qué si no podía escalar las paredes de afuera. Y qué si estaba demasiado alto, y caer hasta su muerte era la salida más probable. Una chica necesitaba opciones.

—Quizás debas usar este tiempo para llegar a un acuerdo con tu destino en lugar de buscar una manera de escapar —sugirió Valerian desde su sitio.

—Quizás debas callarte.

Otra ronca risa retumbó de él, y ella frunció el ceño ante la oscura y adictiva sensualidad de esta. Era más potente esta vez. Seduciendo. Silenciosamente suplicándole que se le uniera en su diversión.

—¿Por qué encuentras mis insultos tan cómicos? —La mayoría de la gente corría tan rápido como podía para escapar de ella.

—Realmente no querías decir lo que dijiste —él explicó pacientemente—. Sospecho que quieres justo lo contrario, de hecho.

Un estremecimiento se movió a través de ella. Susto, sí. Más que nunca antes. Temor, ciertamente. Nadie, ni siquiera su familia, había sospechado alguna vez la verdad. Ella no disfrutaba hiriendo a la gente; simplemente no era lo bastante valiente para arriesgarse a hacer un amigo. ¿Cómo lo sabía él? Ella aclaró su garganta, esforzándose por lograr un tono duro.

—No me conoces lo bastante bien para juzgar lo que quiero decir y lo que no.

---

<sup>2</sup> Así está en el original.

—Pero me gustaría.

Al tiempo que él habló, su rostro se deslizó ante su mente. Perfecta masculinidad, ruda e indómita. Si ella se atreviera a tocarlo, su cabello sería suave como la seda y sus hebras doradas le harían cosquillas en sus palmas. Lo sabía.

—¿Me permitirás conocerte, Shaye? —preguntó suavemente.

Ella podía imaginar el sombreado contorno de su cuerpo, justo detrás de la entrada. Ella observó a sus fuertes dedos deslizarse por el encaje que los separaba. ¿Estaba él imaginado que la tela era su cuerpo? Imaginando las puntas de sus dedos rodeando sus pezones, bajando por su estomago, pasando sus bragas y... Un escalofrío la recorrió, y frunció el ceño.

Este tipo de reacción era inaceptable.

—No —ella dijo. —No habrá ningún llegar a conocernos—. Ya lo deseaba. ¿Qué ocurriría si realmente ella aprendía lo que lo hacía enfurecer?

Ella valoraba su independencia, su soledad, y estando con un nymph le quitaría esas cosas capa por preciosa capa. Tantas veces ahora, ella había visto mujeres convertirse en estúpidas alrededor de ellos, olvidando todo excepto el sexo. Shaye se rehusaba a permitir que el mismo destino le ocurriera a ella.

—Necesito algo de ti, pequeña Shaye, y estoy esperando tratar contigo. Intercambiar. — dijo Valerian, interrumpiendo los pensamientos de ella—. Negociar.

Sus ojos se entrecerraron sobre su larga silueta.

—¿Por qué, exactamente?

—Estaré en silencio por el resto de la noche si acuerdas darme tus afectos.

Ella bufó.

—No vas a obtener mis afectos.

—Cumplidos, entonces. ¿Me darás cumplidos?

—No. Absolutamente no.

Él suspiró con pena.

—¿No me darás algo?

—Te estoy dando problemas, ¿o no es así?

Él se detuvo, riéndose entre dientes.

—Así es.

*Deja de hablar con él y encuentra una manera de salir de aquí,* su mente gritó. Con pasos rápidos se aproximó a la lejana pared con joyas incrustadas. En el salón y área del comedor, las paredes habían estado desnudas, como si alguien hubiera robado las gemas. Aquí, la riqueza abundaba. Tal vez... Ella se iluminó. Tal vez una de las joyas era realmente un pestillo que abriría una puerta a algún tipo de corredor.

—Deseo convertirme en tu esclavo, Shaye. Quiero satisfacerte en cada deseo tuyo, velar por cada placer tuyo. —La voz de Valerian era suave, hipnótica—. ¿No deseas esas cosas para mí?

Ella luchó por endurecerse contra él, por retener la pared de hielo alrededor de sus emociones. Si ella alguna vez decidía, *Dios no lo permita*, entrar en una relación, no sería con un nymph (también conocido como prostituto). No importaba cuán irresistible. Shaye se conocía lo suficientemente bien para saber que ella despreciaba compartir. Había compartido a sus padres con sus *siempre-cambiantes* amantes. Había compartido su infancia con, algunas veces, hermanastras y hermanastros crueles y raramente amorosos y con la soledad y la decepción.

Si alguna vez se entregaba a alguien, sería a un hombre que la quisiera a ella y sólo a ella. Un hombre que diera su vida por hacerla feliz. Ella, a cambio, haría lo mismo.

¿Estaba pidiendo y ofreciendo demasiado? Absolutamente. Pero era lo que ella quería, y no se conformaría con menos, incluso aunque sabía que era un sueño imposible. Quizás eso era porque ella lo quería en primer lugar. Si no lo podía tener, no tenía que preocuparse porque le rompieran el corazón.

Valerian dio una buena charla y Dios sabía que él probablemente podía pasear un delicioso, estremecedor mental, paseo por todo su cuerpo, pero él haría lo mismo con todas y cada una de las mujeres que capturara su capricho. Él quería “*el ahora*” de ella, un momentáneo coqueteo, ninguna atadura después.

*No, gracias.*

Ella podía haber tenido eso en la superficie.

Silenciosamente, trabajó en la habitación por dos horas, sintiendo cada parte de la pared y el suelo que pudo alcanzar. Para su

inmensa decepción, frustración y furia, no encontró ningún pestillo escondido. Estaba atrapada aquí. Si estuviera en casa, estaría tranquilamente metida en la cama ahora mismo. Sola. Y *solitaria*, su mente chilló.

—Cállate, tú, estúpido cerebro —murmuró. Solitaria estaba bien. Además, ella tenía una vida plena. Se despertaría en la mañana, tomaría un café con su asistente y discutiría los eventos de día. Habría presentado una nueva idea para una nueva tarjeta, probablemente algo en la línea de las Felicitaciones por tu nuevo ascenso. *Antes de que te vayas, ¿te importaría sacar el cuchillo de mi espalda? Probablemente lo necesitarás de nuevo.* Su asistente se habría reído, el resto del equipo se habría reído y ella se habría sentido como una inteligente y apreciada persona. No como una confusa y excitada adolescente.

—Ve a dormir, luna —Valerian le dijo, cortando sus pensamientos—. Siento tu disgusto. Como no puedo recomfortarte como me gustaría...

—Bien, eres responsable de él —Ella enredó una mano en su cabello, casi arrancando las hebras—. Por favor, Valerian. Llévame de regreso a la playa.

Una pausa. Pesada. Espesa.

—¿Qué hay allí tan importante que debes regresar a ello?

—Mi casa. —Pagada al completo—. Mi trabajo. —Su única real fuente de realización.

—¿Cuál era tu trabajo?

Él usó el tiempo pasado. Ella se aseguró de utilizar el presente.

—Hago anti-tarjetas de felicitaciones —dijo orgullosamente.

—Cuéntame acerca de estas anti-tarjetas —imploró él.

Era un tema que ella abrazaba.

—Hay muchas compañías que producen los tontos tipos “te amo”, “te extraño” de saludos. No las mías. Ellas dicen justo lo opuesto.

—No estoy sorprendido —dijo riendo—. ¿No puedes hacer esas tarjetas aquí?

Ella podría, pero no quería, así que ignoró su pregunta. Dios, ¿cómo iba a escapar de aquí?

—Noté que no mencionaste amigos o familia —dijo él un poco tiempo después.

Sabiendo hacia dónde se dirigía la conversación, ella debería haberla detenido. Debería haberle dicho que se perdiera y la dejara en paz. Pero por alguna razón, no lo hizo. No podía.

—Así es —se encontró a sí misma diciendo.

—¿Por qué?

Ella recostó la frente contra la fría pared y estrujó sus ojos cerrados. *Miente. Hazlo sentirse culpable.*

—No tengo amigos —admitió ella en cambio, la verdad una entidad tangible que se rehusaba a ser negada—, y no me llevo bien con mi familia.

—¿Por qué? —él repitió.

*Por qué, en efecto.*

—Debes haber notado que no tengo la más dulce de las personalidades.

Él soltó una rápida carcajada.

—Sí, quizás lo noté.

—Ello tiende a alejar a las personas. —De la forma en que ella quería. Sus manos se deslizaron hacia arriba por la centelleante pared y se anclaron a los lados de su cabeza. Contarle acerca de su vida era peligroso, dándole municiones en su contra, pero parecía no poder detenerse. Él convocó a algo profundo dentro de ella. Algo... primitivo.

—No me has alejado —dijo él tranquilamente.

—No, no lo hice. —Ella suspiró. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué no había él huido de ella? ¿Huido tan rápido como sus pies lo pudieran llevar?

—¿Qué es tan importante en tu casa y trabajo que no te puedes quedar aquí conmigo? Puedo ser tu familia. Puedo ser tu amigo. Puedes venderme las tarjetas a mí.

—Trabajé duro por mi casa. Es mía. Trabajé duro para hacer de mi negocio un éxito. No tengo nada aquí.

—Pero podrías. —Él continuaba hablando en esa suave y tierna voz. *Déjame darte todo*, su voz implicaba.

Un caliente anhelo estrujó en su pecho. Ella necesitaba fortalecerse contra este hombre, se recordó.

—¿Por qué me estás haciendo esto? Podrías tener a cualquiera de las otras mujeres. Ellas ansiosamente vendrían a ti y harían cualquier cosa que les pidieras.

—Ellas no son tú.

Una simple frase, sí, pero la estremeció hasta el centro. Frunciendo el ceño, se enderezó.

—¿Qué hay tan especial en mi, hmm? Te desafío a nombrar una cosa.

Por un largo momento él no replicó, y ello a la vez la regocijó y la frustró. *Estúpida*, se castigó, por ansiar elogios por parte de él. El objetivo era convencerlo de que no la quería. ¿Cierto?

—¿Bien?

Aún nada. Ni un simple comentario o declaración.

—No lo creo —ella finalmente murmuró. Le dio la espalda a la puerta y avanzó a zancadas hasta la cama, batallando con la desesperación. Necesitaba pensar, para considerar todas sus opciones. Charlar con su secuestrador era una pérdida de tiempo valioso.

Se quedaría despierta toda la noche si tenía que hacerlo, pero no iba a desistir. Encontraría un camino a casa. No dormiría, incluso aunque necesitaba descansar. Al dormir, se volvería incluso más vulnerable ante Valerian. Él sería capaz de escabullirse en la habitación y hacer lo que fuera que quisiera a ella-y ella no tendría ni idea.

Pero en lo profundo, sabía que eso era una mentira. Una defensa contra él. Cuando ese hombre complaciera a una mujer, la mujer lo sabría. Incluso dormida, lo sabría. Su cuerpo cantaría y lloraría de placer.

El hombre era una amenaza.

Una amenaza que no podía nombrar una sola cosa sobre ella que le gustara. *Bastardo*.

—No entres en esta habitación —ella ladró—. ¿Me escuchas? Y no me hables de nuevo. Necesito silencio.

—Shaye.



Su gutural gruñido de su nombre la congeló en el lugar. Él había sonado como si estuviera dolorido, como si estuviera por caer en un largo pozo sin fin.

—¿Qué? —Ella esperaba por un irascible tono, pero la pregunta emergió como nada más que un soplo de aire. ¿Estaba herido?

—Eres la mujer de mi corazón. La que estuve esperando toda mi vida, aunque no lo supe hasta que te vi. No hay una sola cosa que te haga especial para mí, sino todas. Ahora duerme. Mañana promete ser un día lleno de disgustos.

De esa manera, sus rodillas se doblaron. Ella hubiera caído de plano sobre su rostro si no se hubiera aferrado al borde de la cama y no se hubiera sostenido verticalmente. *Querido Dios*. Esas palabras. Nadie, ni su madre, ni su padre, ni su hermano o hermanas o un sinfín de hileras de niñeras, le habían alguna vez hablado de esa manera. Haciéndola sentir tan importante, tan necesaria.

Ella apenas conocía a Valerian. En el poco tiempo que llevaban juntos, lo había insultado, deseado, maldito y golpeado. Ahora, con unas cuantas palabras, la había hecho desear tirarse sobre él. Destruir cada pared que había alguna vez construido, derretir cada pedazo de hielo con el que siempre se había rodeado, y solo tirarse sobre él.

—Querido Dios —ella susurró, aterrada. Todo lo que ella secretamente había soñado alguna vez oír había salido de los labios de Valerian. ¿Cómo iba a resistírsele ahora?

## CAPÍTULO 9

**V**alerian pasó la noche entera apostado en la puerta de Shaye. Ella finalmente lo había obedecido, se había deslizado por fin al sueño. La chica terca que ella era, había luchado contra él hasta el fin.

Estaba consciente de cada uno de sus movimiento. Cada sonido que ella hacía. Por horas había estado en busca de una salida de la habitación, luego había paseado y había mascullado en voz baja sobre “estúpidos hombres, estúpidas emociones” y “estúpidas ciudades místicas cobrando vida.” Pero sus pasos fueron a la larga desacelerados, sus maldiciones eventualmente cesaron. Él la había oído ir a la deriva en la inconsciencia con un suspiro suave. Un atisbo rápido había confirmado que ella ciertamente dormía, se tumbó desgarbadamente en el frío, y duro suelo, su pelo derramado alrededor de ella como una cortina nevada.

Él sospechó que ella había evitado la cama a propósito, y él tenía todavía el ceño fruncido por ese hecho. ¿Pensaba que él no la tomaría si no estuviera en una cama? Tonta mujer. Él la tomaría dondequiera, de cualquier forma que la pudiera tener.

Dios, quería tocarla tanto.

Sólo un toque... Semejante pensamiento tan embriagador. Seguramente no había nada incorrecto con colocarla en la cama. Él era su hombre, después de todo, y era su deber ocuparse de su comodidad.

Él no debería (sabía que no debería) pero se permitió entrar en el cuarto. Apartó el encaje que cubría la entrada. Por mucho que pudiera desear ardientemente el contacto sexual con ella, no la tocaría de esa manera. Esa había sido su promesa a Joachim... y a Shaye. Y mantendría esa promesa. Dios le ayudara, la mantendría.

Sus pasos silenciosos, se movió hacia ella. Ella todavía estaba acostada sobre suelo, sobre su espalda, una mano sobre la cabeza, la otra junto a su oreja. Él aspiró de un tirón.

Parecía una diosa de invierno, una ninfa de la nieve, más preciosa que Afrodita misma. Ese pálido cabello encintado alrededor de su delicada figura, las hebras tan sedosas refulgían como si hubieran sido salpicadas de la luz de las estrellas. Sus pestañas eran ligeras, sólo una sombra más oscura que su pelo. Sus labios, esos

suaves, exuberantes labios de todos-tus-sueños-hechos-realidad estaban separados, suplicando ser besados.

Resiste, se ordenó a sí mismo. Resiste su atractivo.

Demasiado tarde.

Ella pronunció un velado suspiro, rico en sueño. Su deseo inagotable clamaba por la vida instantánea, tratándola de alcanzar. Frenético por ella. Él quiso ese suspiro en sus oídos, en su pecho (más abajo todavía) su aliento caliente y acariciante. Si tan sólo ella no diera la apariencia de ser tan suave y vulnerable, tan madura para tomarla...

Ella debió ser su máxima satisfacción, su máximo placer.

¡Condenado Joachim al Hades, por querer algo (a alguien) que le pertenecía a Valerian! Mientras la maldición hizo eco a través de su mente, él encontró a sus labios elevándose en humor sardónico. ¿Podría culpar al hombre por codiciar un bocado tan encantador como Shaye?

Hades, ¡sí! decidió él al siguiente instante. Él frunció el ceño. Ella no era importante para ningún hombre salvo para sí mismo, y esos que pensaban otra cosa merecían una muerte dolorosa. Valerian nunca había deseado nada tanto como quería a Shaye, y no poder tenerla inmediatamente era... difícil. Duro- literalmente.

Inclinándose, él la recogió en sus brazos. Ella era tan ligera como recordaba. Tan suave. Tan caliente. Tan preciosa.

—Te tendré a pesar de todo, —le dijo a ella—. No digas nada si estás de acuerdo conmigo.

Por supuesto que ella no replico.

Él sonreía abiertamente, su humor restaurado, mientras la llevaba a la cama. Amablemente la colocó en el colchón, sus brazos ya protestando por su pérdida. Él le quitó las sandalias y arrastró sus dedos sobre los dedos de sus pies color coral. Mientras se enderezaba, le alisó el pelo de la cara y celebró la sensación de su piel gloriosa. Tan fría como ella se veía, ella era sorprendentemente, maravillosamente caliente.

—Sueña conmigo, luna, —le susurró.

La punta rosada de su lengua emergió y lamió sus labios. Una oleada de deseo barrió a través de él mientras se imaginaba

encontrando su lengua con la suya. Retorciéndose. Batiéndose en duelo. Probando.

Chupando.

—Soñaré contigo, no tengo duda. —Demorándose un momento más, él arrastró la punta de su dedo sobre la unión de sus labios. Ella suspiro sutilmente otra vez. Su estómago se apretó con fuerza; Cada músculo en su cuerpo endurecido.

No podía apartar la vista de ella, pero supo que tenía que dejarla pronto, o no podría hacerlo para nada. Mientras más tiempo se quedara, más se resbalaría su control. Ya se aferraba precariamente a un sentido del honor que no estaba seguro de poseer más ya. Un sentido de honor que verdaderamente despreciaba por primera vez en su existencia.

Una mirada en Shaye y ella era todo en lo que él pensaba, todo lo que deseaba ardientemente, buscaba. Necesitaba.

¡Sal! Ahora. Lentamente, tan despacio, él retrocedió fuera del alojamiento. Su mirada permaneció en su forma divina por tanto tiempo como fue posible. Cuando el encaje finalmente bloqueó su paisaje, sus manos se apretaron en puños. Él apoyó su frente contra la pared fría.

Tengo que conquistarla. No puedo dejar que otro la tenga.

Enderezándose, caminó de arriba abajo a lo largo de la antecámara, esquivando alrededor sillas y armaduras. Las suelas gruesas de sus botas aporreaban contra el piso de ónix. Por primera vez en semanas, ningún miembro de su ejército se había acercado a él durante estas horas del crepúsculo. Estaban encerrados en sus cuartos —o en los vestíbulos más allá— flotando en las nubes de éxtasis que encontraban sólo en los dulces brazos de una mujer.

Aún Joachim se había mantenido alejado.

Valerian le pidió a su primo que se volviese tan enamorado de sus amantes actuales que él se olvidó completamente de Shaye. Si no... Bueno, Valerian apenas tenía que pensar en algo que Joachim encontrara irresistible. Algo que él colocara por encima de la importancia de una compañera de cama. ¿Qué?

Joachim era un buen hombre (a veces), un guerrero fuerte, con un (ligeramente) corazón leal. ¿Cuáles eran las debilidades del hombre? ¿Las mujeres? Más allá de toda duda. Las mujeres eran la debilidad de todas las ninfas. ¿El poder? Definitivamente. ¿Las armas?

Más seguramente. Joachim los coleccionaba. De cada guerrero que él había matado o había superado, él había tomado sus armas y las había colgado en la pared de su dormitorio.

La mirada de Valerian se desvió a su propia espada, descansando contra un pectoral de ónix. La Skull<sup>3</sup>. Grande, afilada. Letal. Una de las espadas más finas alguna vez hechas. No, lo más fina alguna vez hecha. Elaborada por Hefesto, el herrero de los dioses. El arma había matado a muchos de sus enemigos, cortándoles con lesiones irreparables. Era única en su género. Su retorcida forma y la punta de calavera alargada fueron envidiadas por cada soldado que la espizó.

Él odiaba prescindir de ella, pero su compañera tenía mucha más importancia para él. Aún una compañera que no quería tener nada que ver con él. ¿La aceptaría Joachim?

Él suspiró, la respuesta permaneciendo un misterio. Tanto misterio como por cómo ganar el bien resguardado corazón de Shaye. ¿Joyas? ¿Ropa bonita? Si él pensara, aún por un momento, que ella apreciaba esas cosas, la levantaría en ese mismo segundo y la llevaría a la Ciudad Exterior. Le compraría todo lo que ella deseara. Pero hasta ahora ella no había parecido impresionada por su riqueza, queriendo sólo regresar a casa.

¿Tenía ella enemigos que necesitara matar violentamente? Si fuera así, él gustosamente pondría sus cuerpos sin vida a sus pies. Él empujó una mano a través de su pelo. La incertidumbre por una hembra era extraña, horrible, desafiante y excitante. Ganarla — derrotando a Joachim y superando la propia resistencia de Shaye— avivaba sus instintos guerreros más profundos. Él gustosamente se presentaría al Hades con su alma y viviría para siempre condenado, sólo por estar con Shaye.

—Ella será mía, —juró a los cielos—. Ella será mía.

**H**ilos de luz fluyeron de la cúpula de cristal arriba, iluminando gradualmente el cuarto. Fragmentos de diversos colores se dispararon en cada dirección, un rocío precioso de arco iris. Azules, rosados, púrpuras, verdes. Shaye arrancó su mirada cansada de ellos y se quedó con la mirada fija directamente hacia arriba... jadeó. El

---

<sup>3</sup> Calavera (N.T.)

cielo raso por encima de ella estaba compuesto de vidrio, no cristal, y ella recibió una vista completa de su reflejo.

Ella estaba extendida encima de una cama de sábanas de seda roja, su pálido pelo y piel un contraste sorprendente. Sus ojos estaban entrecerrados, pesados y soñolientos, con oscuros círculos debajo de ellos. Uno de sus brazos descansaba en su costado; El otro estaba levantado y doblado en su sien. Todavía llevaba puesto su sostén de concha marina y su falda de hierba, podía haber sido sacada directamente de las páginas de revista Beach Bunny.

Se veía lista y ansiosa por un hombre.

No simplemente cualquier hombre, sin embargo...

Ella tragó y rodó a su costado. No debería estar sobre esta cama, pensó, recordando ¿La puso allí? Tan... tan... cálmate. No hay nada que puedas hacer acerca de eso ahora.

Al menos no la había despertado y había intentado seducirla. No es que ella hubiera tenido la fuerza para enviarlo de esa manera. No la noche anterior. No después de las cosas le había dicho.

Ella no había tenido la intención de quedarse dormida, maldita sea. Debería haber ido en busca de una salida, no soñar con su sexy captor. Con sus manos sobre ella, trazando el arco y los planos de sus labios, abrazándola a su pecho. Acariciándola mucho. Su mirada fija se estrechó en la puerta. ¿Había entrado Valerian sin su conocimiento? ¿La había cargado él a la cama? ¿La había visto a así?

—Hombre diabólico, —masculló. Sorprendentemente, no estaba rígida o lastimada mientras se estiraba. Bostezó y se quitó las legañas de los ojos, entonces escudriñó la habitación, esperando que la salida se revelara a sí misma a la luz del día. La piscina para bañarse todavía humeaba con agua caliente, como un manantial natural. La tela todavía cubría las ventanas. Las columnas todavía se elevaban a la altura del cielo raso con majestad romana.

Excepto por la entrada cubierta con encaje, sin salida que mágicamente se presentara.

*Tengo que salir aquí,* pensó ella, con repentina urgencia *antes de que él venga a llevarme.*

Él. Valerian. Inesperada, su imagen se elevó en su mente. Fuerte, orgulloso. Sexual. Un hedonista al extremo, con piel que se veía como crema oscura, lamible, el pelo tan radiante como el oro trenzado, y los ojos... Dios mío, sus ojos. Ellos la llamaban.

Embromaban. Prometían. Su iris turquesa eran tan hipnóticos como un turbulento océano y justo tan profundo. Esas pestañas largas, oscuras actuaban como el marco perfecto, el contraste perfecto.

¿Qué estás haciendo tú soñando con él? ¡Tonta! Es hora de irse. Combatiendo una racha de deseo, ella se movió pesadamente sobre sus pies —y se tropezó sobre sus sandalias. Así que... le había quitado los zapatos. Ella debería estar agradecida que fuera todo lo que le había quitado.

Shaye usó el sorprendentemente moderno cuarto de baño y se lavó la cara, esperando que el agua también limpiase sus sentimientos no deseados. Entonces caminó alrededor del cuarto, viendo todo lo que había visto la noche anterior —una prisión.

Puede que no hubiese una salida secreta, pensó ella entonces, pero había una salida. La puerta principal. ¿Estaba Valerian todavía protegiéndola?

Tan quedamente como era posible, se dirigió de puntillas hacia la tela. Mientras más cerca llegaba, más fuerte se volvió el olor masculino de Valerian, una mezcla intoxicante de hombre despierto y guerrero decidido. Su piel hormigueó con deleite. Intentó taparse la nariz, para combatir el atractivo del perfume y el desfalleciente efecto que tenía en ella.

Una vez en la entrada, agarró el material y lo hizo avanzar poco a poco hacia un lado. Todo el tiempo, su corazón golpeó un ritmo de staccato. Da-dum, da-dum, da-dum. ¿Estaría allí, despierto y esperando? ¿O agradecidamente, cayó dichosamente, dormido?

—Buenos días, Shaye.

Ella jadeó. Valerian estaba justo enfrente de ella, los brazos atravesaban su pecho macizo, sus piernas afirmadas aparte. Sus miradas se unieron, impactando. Su corazón traidor perdió su ritmo y se saltó un latido. Él se veía tan increíblemente apetitoso como antes. Sin camisa. Su cuerpo amarrado con los abdominales más apretados que ella alguna vez hubiera visto. El pelo dorado cayéndole sobre la frente y los hombros.

Ella se lamió los labios.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Su mirada azul se arrastró sobre ella, arrancando las conchas, separando la hierba.

—Esperándote, por supuesto.

Un temblor viajó a lo largo de su columna vertebral. Oh, su voz. ¿Cómo podría olvidar ella esa voz de sin-tomar-prisioneros? Tentación pura. Absoluta decadencia. Mentalmente reforzó las paredes heladas alrededor de ella. Él es un lascivo secuestrador. Peligroso en todos los aspectos.

Sí, había querido arrojarse a él anoche. Ahora, a la luz del día, se dijo que había sido un momento de juicio deteriorado. Un momento de agotamiento y locura.

—¿Soñaste conmigo?—le preguntó.

—Sí, —admitió a regañadientes. Ella lo hizo. Había soñado con sus manos acariciándola, su boca devorándola.

Sus labios exuberantes avanzaron lentamente en una sonrisa sorprendida pero complacida.

—Estabas desnudo, —le dijo ella.

Su sonrisa abierta se extendió; Sus ojos brillaron con satisfacción.

—Y atado...

Él arqueó sus cejas en orgullosa expectación.

—No sabías que la idea de la esclavitud te complacería.

—Oh, amo la idea de atarte. —Hizo una pausa dramáticamente—. Algo así como en mi sueño, serás amarrado a un hormiguero y esas cosas pequeñas te comerán vivo.

Su sonrisa abierta se desvaneció completamente, pero el destello en sus ojos no disminuyó.

—Mujer cruel. —Él sostuvo su hombro en la pared al lado, en una pose de carnal relajación. Húndete en mis brazos, proclamaba su postura. Te atraparé—. También soñé contigo. Desnuda.

Repentinamente aturdida, ella retrocedió un paso.

Él no mostró misericordia, y dio un paso hacia ella.

—Estabas extendida para mi disfrute. —Sus ojos tenían los párpados pesados ahora, malvados. Determinados.

—Y disfrutaste de lo que te hice. Dos veces.

Ella dejó caer la cortina en su sitio, cortando al sexy hombre de su vista. Respira, ella tenía que respirar. El oxígeno que que logró



aspirar le quemó la garganta, chamuscó sus pulmones. Solo había tenido que hablar, y sus palabras comenzaron a pintar un cuadro en su mente. Un cuadro terriblemente hermoso.

Su rica risa ahogada flotó a través de la pequeña distancia.

—Cámbiate, —le dijo—. Las conchas parecen... incómodas.

Esa no había sido la palabra que él había querido decir, ella lo sabía. Había habido una malvada inflexión en su voz, como si él hubiera tenido la intención de decir “fácilmente removibles” o “exquisitas.”

—¿Entonces, te cambiaras?

—Infiernos, sí. ¿Me llevarás hoy a casa?—Su voz tembló.

—Estás en casa.

Ella lo echó fuera, tomando un poco de satisfacción por la acción, si bien él no lo podría verlo. Entonces, sin nada más que hacer, caminó pesadamente hacia el armario. Ella solo le había echado un superficial vistazo a los vestidos en su interior la noche anterior.

Los vestidos femeninos abundaban, un mar de colores y sedas. Eran largos y fluidos, apenas eran bufandas sujetadas juntas por pura suerte. Una en particular atrajo y retuvo su atención. Tenía un drapeado de marfil, entrelazado con oro. Ambos el dobladillo y la abertura en la pierna estaban trenzados con hojas de ámbar y flores de esmeralda. Las joyas centellearon de la "v" profunda en el corpiño.

—Una vez que te hayas bañado y vestido, Shaye, desayunaremos.

Ella bufó.

—No me bañaré hasta que haya un cerrojo en la puerta.

—Un cerrojo no me detendría de entrar si quisiera entrar.

Él tenía razón, ella comprendió con frustración.

—Te sentirás mejor después de un baño.

—Me sentiré mejor una vez que este en casa, —le dijo misteriosamente.

—¿Debo decir lo obvio? —suspiró él—. ¿Otra vez?

Sus dientes rechinaron juntos, causando que le doliera la mandíbula.

—¿Qué hay sobre ese guerrero? ¿Joachim?

—Trataremos con él cuando se despierte.

Las palabras gruñeron desde abajo en el pecho de Valerian.

Sus dedos apretados sobre la tela de marfil; Estaba fría y suave contra las puntas de sus dedos. No pienses en Joachim. Tú sola volverás a entrar en pánico. Los vestidos, ella pensaría en los vestidos. Otra vez, su mirada se deslizó en el mismo que sujetaba. Ella nunca había llevado nada tan femenino. Nunca poseyó nada tan femenino, ni remotamente parecido a esto. Este era algo que una antigua reina griega o romana hubiera llevado puesto. Delicioso y exquisito. Ninguna puntada fuera de sitio o un desperfecto a la vista.

—¿De quién es este cuarto? —preguntó ella. Valerian había dicho que era de él... ¿O no lo era? Pero seguramente él no poseía tantos vestidos.

—El cuarto es mío, —fue su respuesta.

Ella miró hacia la puerta. Su silueta se paseaba de acá para allá, una cuchillada grande de negro. Un fantasma.

—¿Usas a menudo la ropa de las mujeres, Valerian?

—¡Dios, no!

Ella sonrió abiertamente ante la afrenta en su voz.

—¿Entonces por qué tienes todos estos vestidos? —La respuesta se estrelló contra ella, y perdió su sonrisa abierta. Eran para sus mujeres. Sus conquistas- demasiado-numerosas-para-contarlas.

—Shaye, —dijo él cautelosamente.

Ponerse los vestidos debía implicar que ella era una de sus mujeres.

—No te pertenezco, y no me vestiré como si lo hiciera. —Ella le volvió la espalda al armario, de la seda preciosa de marfil que tanto quería deslizar sobre su cabeza. Sufría en sus conchas y la falda de hierba, —muchas gracias—, lo prefería que proclamarse amante de Valerian. Aun en tan pequeña forma.

Concesiones diminutas como aquélla podrían abrir la puerta a otras, más grandes. Como entregarse a su experto contacto.

—Podríamos negociar, —la aduló él.

¿Qué había con el hombre y su regateo?

—Si me pongo uno de los vestidos y tú harás... ¿qué?

—¿Besarte?

Ella tragó saliva y tuvo que poner en blanco su mente contra las imágenes apasionadas que intentaban abrirse paso a la fuerza dentro.

—Tú en realidad necesitas trabajar en tus habilidades de regateo. Son tontas. —¿Había temblado su voz?

—Me gustaría, —masculló él—. Saborearte, eso es.

Sus mejillas se fundieron con calor, y un pequeño temblor se movió sobre ella.

—No quiero tus besos. —Allí. Finalmente, por fin, supo que había sonado convencida.

—Una protesta falsa, si alguna vez he oído una.

—¡Ofrece alguna otra cosa! —demandó ella, antes de que lo echara a patadas de la habitación y le diera de bofetadas.

—¿Como qué? Y sin mencionar llevarte a la superficie, pues tú sabes que no haré negociaciones en ese punto.

—No sé ni por qué hablo contigo. —Ella dejó escapar un caliente suspiro—. Terco, eso es lo que eres.

—No te cambies si ese es tu deseo. No te estoy forzando, Luna. Me gusta ver tu piel. La veo, y me imagino lamiéndola.

Está b... bien. Entonces. Ella no podía permanecer vestida con las conchas y cubierta de hierba, después de todo.

Temblando, con lava derretida corriendo a través de sus venas, contempló alrededor del cuarto. El cuarto de Valerian, había dicho él. Ella recordó ver ropa de hombre cuando había registrado el lugar la noche anterior. Dónde... dónde... ¡El tocador! Ella sonrió mientras corría velozmente a la enorme belleza de mármol, intrincadamente esculpida. Los cajones se deslizaron fácilmente afuera. En el interior de la de arriba estaban apiladas una sobre otra las camisas. Eran enormes y nadaría en ella, pero al menos cubriría su (aparentemente lamible) piel.

Con una mirada rápida a la entrada, arrancó de un tirón las odiosas conchas y las arrojó con alivio al suelo. Ella sacó una camisa, y el material negro, untuosamente suave la hizo suspirar de deleite. El segundo cajón contenía pantalones, todo de piel, todo negro. El hecho de que estaban doblados tan pulcramente la golpeó como... extraño. Doméstico.

Estos nimphs eran cualquier cosa excepto hogareños. Ella no habría dudado de que las mujeres que había visto dejar el cuarto anoche eran las responsables. Cuidando de todas las necesidades de Valerian, incluso de su lavandería.

Una chispa de celos ardió dentro de ella. —No, eso no es cierto. No estoy celosa—, masculló en un intento fútil para convencerse. Con movimientos cortos, desenrolló la hierba de su cintura, dejándola caer sobre el suelo, entonces se arrastró en los pantalones. Ella tenía largas piernas, pero aun así es material la dejaba como una enana. Tuvo que volver el dobladillo repetidas veces y anudar la cintura con una bufanda de uno de los vestidos en el armario. Ella se puso rápidamente sus sandalias.

No había espejos (a menos que ella contara los que estaban por encima de la cama), así es que tuvo que adivinar cómo se veía. Ridícula, ella estaba segura. Desaliñada. Y eso, para su forma de pensar, era perfecto. Ella quería que ese tipo demasiado intenso Joachim la encontrara completamente poco atractiva. Valerian, también, se recordó a sí misma.

Mientras estaba allí, decidiendo qué hacer después, el perfume masculino de Valerian flotó a ella, llenando las ventanas de la nariz. Fuerte, especiado. Tan excitante que sus pezones se endurecieron, erosionando la camisa que ella ahora llevaba puesta. ¿Por qué le estaba oliendo? No estaba al lado de la puerta, no estaba siquiera cerca.

Ella se giró y dio la vuelta, sólo para comprender entonces que la fragancia intoxicante emanaba de la ropa. Sus ojos se ampliaron. ¡Ropas miserable! Ropa maravillosa. ¿La había llevado puesta él? ¿Habían tocado su cuerpo? Un dolor latió entre sus piernas.

Ella nunca había sido una criatura sexual, y estas sensaciones nuevas, continuas la estremecieron. ¿Cuánto tiempo podría negarlas? ¿Cuánto tiempo podría resistir? Ella se lo había preguntado antes, pero la respuesta repentinamente pareció inminente. Casi se arrancó la camisa y los pantalones. Ella gimió, el sonido rudo y necesitado.

—¿Qué estás haciendo allí dentro? —preguntó Valerian, su voz apremiante, atraída.

¿Sabía él que ella estaba excitada? No podía saberlo. *Por favor, que él no sepa.*

—Solo... tengo hambre.

Por varios segundos él no habló. Ella usó el tiempo para apaciguarse, recitando ecuaciones de matemáticas en su mente. Si él supiera simplemente lo vulnerable ella era a él, la atacaría sin piedad.

—Ven, Luna, —dijo él uniformemente—. Te alimentaré.

Ella tragó más allá del nudo repentino en su garganta. Desayunaría con él porque necesitaba salir de este cuarto y necesitaba mantener su fuerza. Entonces podría librarse de él y podría buscar en el palacio por una salida. Un camino a casa. Ella no podía quedarse aquí. No podía quedarse con este potente hombre un momento más del necesario.

—Terminemos con esto, —masculló.

## CAPÍTULO 10

**J**oachim se tumbó en la cama, con los brazos apoyados bajo la cabeza. Ceñudo, miró fijamente hacia arriba al cristal que centelleaba, deseando poder calmarse con la multitud de colores que brillaban en la estructura irregular. Rosado, como los pezones de una mujer. Blanco, como la piel de una mujer. Rojizo, como los ojos conmovedores de una mujer.

¡Ay!, esto no le tranquilizaba.

La noche había pasado de largo, y la mañana estaba aquí. Con todo, los pensamientos sombríos habían permanecido y habían rechazado calmarse. Cambió de postura y observó la pared de armas que él había adquirido a través de los años. Un arma por cada hombre que había matado. Eran tan numerosas, que hacía tiempo

que había perdido la cuenta. No se sentía avergonzado. No, se recreaba con sus victorias.

Por eso su comportamiento de anoche le hería profundamente el orgullo.

Después de dejar a Valerian y Shaye, había traído a las dos mujeres a su habitación. Había estado a punto de tomar una, la que le había sostenido la polla en la mano, expectante, lista. Había estado dispuesta, tan deseosa, retorciéndose apasionadamente, abriéndose a sí misma. Y él había parado. ¡Parado!

Cuando la había mirado a los ojos, el deseo que le había estado consumiendo había desaparecido. En un momento estaba ahí, y al siguiente se había evaporado. Pasó por su mente una imagen de la seductora cabeza oscura que había deseado tanto en la ceremonia de selección, con el pelo rizado y el pequeño cuerpo perfecto. La había deseado repentinamente. Solamente a ella. La había imaginado en los brazos de Shivawn, gimiendo, inconsciente por el placer, y una temible rabia le había dominado.

Las compañeras de cama de Joachim habían tratado de excitarle después, pero habían fracasado. Debería haber podido de todas formas. Necesitaba saciarse y recuperar las fuerzas. Sin embargo... las había enviado a buscar otro amante, mientras se complacía a sí mismo en su lugar.

Todavía estaba tan débil como antes. Pero, al menos Valerian también se debilitaría hoy, después de haber estado sin tocar a una mujer. El toque de su compañera, si tuviera que creerle. Compañera. Como deseaba encontrar la suya, esa mujer que le amaría sobre todas las demás.

Suspiró. No había querido tomar a la pálida mujer de Valerian. Ella no le excitaba. No realmente. No como la morena de sensuales y exuberantes curvas, con la contradictoria inocencia y ferocidad. ¿Cuál era su nombre? No lo había dicho. No había hablado en absoluto. Se preguntaba como sería su voz. ¿Baja y ronca?, ¿Dulce y suave? Si hubiera tenido la oportunidad de elegirla, la noche habría terminado de manera diferente. Maldito Shivawn por tomarla y forzarle a cambiar sus planes.

Su amigo se había llevado a la bruja encantadora de la habitación. Joachim había decidido consolarse tomando la corona de Valerian.

Le gustaba y admiraba a su primo, pero le gustaba y admiraba más al poder.

A Joachim no le gustaba que le dijeran que hacer. Nunca le gustó. Prefería dar órdenes para que otros las cumplieran. Incluso a las mujeres. Era el maestro. El comandante.

Su primo gobernaba con mano de hierro, esperando una total y completa obediencia. Era la hora de cambiar eso. Era la hora de que Joachim gobernase.

Valerian se había ofrecido para luchar contra él, cierto, pero Joachim no podía ser rey de esa forma. No, Valerian tenía que renunciar a su trono voluntariamente. ¿Lo haría? Valerian había tenido una noche para considerar sus opciones, para darse cuenta de que sólo podía hacer una cosa para mantener a la pálida mujer.

—La corona será mía —espetó Joachim.

Algunos hombres estaban destinados a la grandeza. Otros... no. Y Valerian últimamente había fallado con muchas equivocaciones absurdas. La primera y más importante había sido salir detrás de las mujeres nymph a tomar el palacio. Ahora las mujeres estaban perdidas, ningún rastro fue encontrado, ni en la Ciudad Interior, ni en la Ciudad Exterior. Sí, Valerian tenía un contingente de hombres que las estaban buscando. Pero no era suficiente. Cosa que no sería necesaria si el rey los hubiera enviado en primer lugar.

El segundo y más imperdonable error de Valerian era no haber dejado a los hombres viajar a la superficie hasta ayer, cuando sus fuerzas estaban drenadas. El palacio necesitaba protección, ciertamente, pero los hombres no podían hacer guardia si estaban débiles.

Él no habría permitido que tales cosas sucedieran. Entornó los ojos. La mujer pálida era simplemente un medio para un fin. Había visto como Valerian revoloteaba a su alrededor, protegiéndola silenciosamente, alejándola de los guerreros. Así que Joachim la había elegido, esperando que su primo hiciera cualquier cosa por apropiarse de ella.

Su esperanza había dado sus frutos.

Y quizás, cuando se convirtiera en soberano, le quitaría a Shivawn la bruja morena. Sonrió ante la idea.

Oh, le iba a gustar ser rey.

Cuando Shaye acarició el marco de la puerta y caminó hacia él, la respiración de Valerian se atascó en la garganta, quemando como el fuego más ardiente.

¿Ella le afectaría siempre de esta manera?

Llevaba su camisa y sus pantalones, y aunque había bolsas en su ligero cuerpo, era lo más hermoso que había visto. Los colores del arco iris del techo brillaban sobre las mejillas. Como la sirena que era, le atraía, le tentaba. Estaría dispuesto a morir por ella.

—Si me vas a pedir que me cambie —dijo con voz desafiante—, ahórrate el aliento.

¿Pedirle que se cambiase? Nunca.

—Me gustas tal como eres.

La sorpresa le oscureció los ojos, creando una espiral de terciopelo marrón con negro.

Le tendió la mano, sin tocarla, pero necesitándola. Quería que le aceptara íntimamente.

Necesitaba que le quisiera. Necesitaba que le recibiera con alegría en cada momento que compartiesen, como él lo hacía.

Esa gloriosa mirada suya se clavó en su mano. Poco a poco el color le abandonó las mejillas. Tan pálida, pensó. Podía haber sido un sueño, un espectro. Un fantasma que venía a atormentarle.

Un destello de algo le cubrió la expresión. ¿Dolor? ¿Pánico?

—No. No me toques —negó con la cabeza, subrayando las palabras. Incluso sujetó las manos detrás de la espalda, como si así eliminara la tentación.

Oyendo su rechazo, decidió empujarla para realmente ver hasta donde le dejaría hacerlo. Deseaba demasiado tocarla como para admitir su derrota tan rápido en ese juego.

—Dulce rayo de luna, ¿por qué no consentirás algo tan insignificante? No estoy pidiendo más que una caricia.

Aún.



—Por favor. No soy estúpida. Una caricia llevará a un beso. Un beso llevará... —se sonrojó, recuperando aquel celestial, rosado resplandor en la piel. Se aclaró la garganta— puedes hacerte una idea —alzando la barbilla pasó junto a él, pero se detuvo abruptamente en mitad del quicio de la puerta. No se volvió a mirarle—. ¿Dónde se sirve el desayuno?

—¿Y si te dijera que soy el segundo plato?

La vio enderezarse, observando cómo sus manos se ceñían a los costados. No obstante aguantaría, rompería su resistencia hasta que ella cediera.

*Tendrás que suplicarme, amor.*

—¿Estarías tan impaciente por ir entonces?

Cólera y frustración ondeaban sobre ella.

—¿Por dónde? —masculló.

Hizo una pausa antes de responder, bebiendo la visión del cabello claro cayendo por la espalda. Algunos mechones ondulados, otros cayendo lisamente. Lo que habría dado por poder hundir los dedos a través de la espesa melena. ¿Su hogar? ¿Su vida?

¿Su alma?

Si, todas aquellas cosas. La necesidad era tan aguda en su interior, como inalcanzable por el momento.

—Te mostraré el camino —respondió con voz profunda, casi canturreando. Acortó la distancia entre ellos, las largas piernas se comieron el corto espacio, pasando junto a ella y acariciándola el brazo a propósito.

Jadeando, salto lejos de él como si le hubiera empujado. Ni siquiera le miró con desconfianza. Sus labios se apretaron con diversión por la victoria.

Oh, sí. Ella sería suya.

La reserva hacia él reflejada en esa reacción, lo negara ella o no, sería en última instancia su caída.

Pudiera ser que no le hubiera aceptado como compañero, pero su cuerpo le reconocía. Le deseaba. Y cuando el cuerpo desea algo, o a alguien, hacía lo que fuera necesario para convencer a la mente de tenerlo. La gente no podía evitarse a si mismos. Querían lo que querían, fuera o no malo para ellos.

Shaye no era diferente.

Muy pronto, muy pronto.

—¿Nunca usas camisa? —refunfuñó, desviando la mirada.

—Vi como me mirabas el pecho y decidí que era mejor para mí no usar una camisa nunca más.

Sus labios se apretaron en una delgada línea.

—Estaba mirando con horror.

—¿A quién tratas de convencer? ¿A mí, o a ti misma?

Ella le enseñó los dientes en una mueca.

Había ganado un punto, así que dejó el asunto. Por ahora.

—El desayuno se sirve por aquí.

Le agarró la mano, sin permiso, y la llevó fuera de la habitación, por el pasillo que llevaba a las habitaciones de su ejército. Varias parejas habían decidido acampar allí, incluso cuando ya habían hecho el amor. Estaban desnudos y entrelazados a la vista. A diferencia del caos de gemidos nocturnos, ahora todo estaba en silencio. Lo más probable es que todo el mundo estuviera agotado de la larga noche de placer sexual y desenfreno.

Como le hubiera gustado estar en esas filas, haber experimentado la misma satisfacción.

Quizás esta noche...

—Así pues, ¿qué va a pasar con Joachim? —preguntó Shaye—. No voy a ser su esclava. No importa lo que haga. Y no me digas que vamos a esperar a que se despierte. Dame una respuesta ahora. Odio no saber.

Nosotros, había dicho. No yo, ni tú. Nosotros. Le gustaba como sonaba eso, le gustaba que no rechazase la idea de su ayuda. Le gustaba que les viera como socios en esto.

—No te preocupes. Haré lo que sea necesario para mantenerte conmigo.

—¿Vas a... —tragó— matarle?

—Si es necesario —respondió sin vacilar.

Ella emitió un gemido frustrado.

—Si me llevas a la playa no podría tenerme, y no tendrías que matarle.

—Si te llevo de regreso, tampoco te tendría, ninguno de los dos.

—Exacto.

—Tu plan, ¿qué es lo que me dijiste de mi capacidad de negociación? Apesta. Sí, tu plan apesta.

Pateó un montón de ropa fuera del camino y dobló la esquina. Finalmente el comedor apareció a la vista. Un aroma fresco y caliente flotaba desde él. Los centauros y minotauros macho que habían comprado en la ciudad habían preparado el desayuno habitual de pescado, frutas, y nueces.

Shaye ronroneó a su lado.

—Mmm.

Su estomago gruñó.

Normalmente a esta hora de la mañana los guerreros rodeaban la mesa, devorando cada bocado de alimento. Ahora Shaye y él estaban solos, después de que los sirvientes se retiraran a la cocina para su propia comida. Sus hombres dormían y se recuperaban de los placeres de la noche.

Sin una palabra, Shaye ocupó la silla de la cabecera de la mesa. Al hacerlo le observó, esperando que se enfadara, estaba segura. Cuando no lo hizo, ella se encogió de hombros y llenó un plato alto con comida.

Se tragó un pastelillo de crema de coco de un mordisco, cerrando los ojos en dulce rendición.

—¿Quién preparo esto? Seguramente tus soldados no. Pueden mirar cómo se hace el pastel de carne, pero dudo que sepan cocinarlo.

—Como si permitiera que mis hombres cocinaran —comentó llenando su plato.

—Hey, no hay nada malo en que un hombre sepa preparar una comida —contestó mientras aplastaba una uva en la boca.

Él se deslizó en el banco a su lado.

—Los guerreros luchan. Los guerreros matan. Los guerreros seducen. No cocinan. Ese es el trabajo de un siervo.

—¿Qué pasaría si todos los sirvientes enfermaran y no pudieran trabajar? ¿Qué pasaría si todos fueran raptados? ¿Qué harían entonces todos tus grandes y fuertes guerreros?, ¿eh?

Él parpadeó, la idea nunca se le había ocurrido. ¿Quién sería tan tonto para raptar a un nymph?

—Compraríamos nuevos sirvientes.

—Típico —contestó secamente. Su mirada recorrió la habitación.

¿Buscando una salida? Se preguntó. No dudaba que trataba de sumergirle en una conversación sobre criados para distraerle. Le dejó intentarlo, sin embargo. Hablar con ella le excitaba.

—¿Cómo que es típico?

Se inclinó hacia atrás y mordió una fresa. Como le habría gustado trazar con la baya sus labios, y lamer el jugo hasta el final.

—Según mi experiencia, los hombres como tú lo son...

—¿Los hombres como yo?

—Sí.

—¿Qué clase de hombre soy?

Le devolvió la mirada, aparentando olvidarse de su búsqueda.

—Arrogante. Mandón. Chauvinista. Cabezón. Terco. Imbécil. Consentido. Exigente. Egocéntrico. Moralmente corrupto.

Cuando hizo una pausa para respirar, él gruñó:

—¿Eso es todo?

—No. Pérfido. Dominante. Malicioso —se detuvo golpeándose los labios con un dedo, luego asintió—. Eso es todo. De todos modos, como estaba diciendo. Los hombres son...

—¿Mezquinos? —frunció el ceño— He sido el epítome de la amabilidad contigo, atendiendo todas tus necesidades. ¿No me he vestido por ti? ¿Alimentado? ¿Mantenido a salvo y caliente? ¿Conteniéndome de hacer el amor contigo?

Ella frunció los labios.

—¿No me robaste todo lo que amaba? ¿No me negaste una y otra vez liberarme?

Despreocupado, agitó una mano en el aire.

—Un día me darás las gracias por mi negativa. Ahora, continúa con la explicación de mi “típico” comportamiento masculino, por favor.

—De acuerdo —levanto la barbilla mirándole—, pero no te va a gustar.

—Incluso así. Voy a escuchar. Porque soy bueno.

—¿Bueno? ¿En serio? Para salvar tu orgullo masculino consideraste hacer algo ruin. Tuviste que secuestrar a alguien de su hogar y su familia, para que pudiera hacer algo por ti —mordió una fresa, los dientes blancos se hundieron en la fruta. Las gotitas de jugo gotearon por la barbilla—. Soy prueba de ello.

Su cuerpo se tensó. Una vez más superó el deseo de lamer el jugo que caía de esos labios y barbilla, tal vez cubrir el resto de ella con zumo de fresa, y lamerlo también. Varias gotitas dulces se reunirían en la piscina de su ombligo, por supuesto, antes de gotear al pálido pelo plateado entre las piernas. Ella se retorcería cuando siguiera el líquido con su lengua. Haría un surco con las manos en su pelo. Las rodillas apretarían sus sienes.

La fantasía se interrumpió cuando se limpió el travieso jugo y frunció el ceño al mirarle.

—Me estás mirando fijamente y no me gusta. Para.

Su voz parecía un poco estrangulada, como si luchara contra un estremecimiento de cólera, o deseo.

—Sí, te estoy mirando fijamente —dijo—. Eres una mujer hermosa.

Mordió otra uva en la boca y disfrutó con su acongojada sorpresa. Normalmente se comía una ración de pescado y fruta, pero ahora sólo tenía hambre de Shaye. Su mujer. Su compañera.

—Entonces, ¿No te molestan mis palabras? —se movió incomoda en el asiento— Te llamé muchas cosas humillantes.

—¿Por qué debo reaccionar ante tus palabras? Son verdaderas. Prefiero secuestrar a alguien de su hogar para que cocine para mí.

Su boca se abrió, formando una deliciosa O.

Él arqueó una ceja.

—Veo que te sorprende mi facilidad al admitirlo.

—Bueno, sí —le miraba con recelo.

—Sólo he tomado a los que necesitaban una vida mejor, Shaye, o a los que pensaba que podría darles una vida más fácil, pensaran que lo necesitaban o no. Los hombres que prepararon esta comida eran esclavos de demonios antes de que los secuestrara. Los forzaban a robar, matar, y destruir, y algún día serían el plato principal en la mesa del demonio. Créeme, están agradecidos de que los raptara

—se recostó en el banco, extendiendo la larga pierna, mirándola, calibrando—. Sin embargo, tal vez me ayudarás a ver el error de mis actos. Estoy más que dispuesto a dejarte intentar convencerme de mis terribles actos, y más de una vez. Puedo escuchar mejor cuando mi interlocutor está desnudo.

Mientras la observaba, el rubor rosado le cubrió las mejillas. Otro sonrojo. Las sensuales mujeres que conocía se sentían cómodas con las bromas sobre sexo y erotismo. Le excitaba que Shaye encontrara el tema lo bastante subido de tono como para ruborizarse. Le fascinaba.

Tenía que tocarla.

Solo se estaba inclinando hacia ella, abriendo la mano para ver si su rubor le transmitía algún calor, hasta tal vez extenderse a sus pechos, cuando dos de sus guerreros entraron en la habitación. Decepcionado, se echó atrás en su asiento.

Ambos hombres sonreían ampliamente, mostrando una sonrisa de completa alegría. Los rostros completamente relajados, radiantes. El poder emanaba de ellos. Cada uno llevaba un peto de armadura dorado, pantalón negro, y brazaletes tachonados con joyas. Después de su noche de amor, estaban listos para entrenar.

—Buenos días, gran rey —dijo Broderick. La voz nunca había sonado tan alegre.

—Este es un gran día, ¿no? —Dorian suspiró feliz.

Silbaron mientras caminaban alrededor de la mesa y amontonaban comida en los platos. Por el apetito que traían, debían haber trabajado mucho durante las largas horas de la noche.

Valerian les miró. Todavía tenía que probar un poco de la dulzura de Shaye. Sí, sabía que tendría un sabor dulce, por lo que no, este no era el mejor de los días.

Unos segundos mas tarde entró Shivawn. No sonreía, no estaba relajado. No, estaba rígido y les fulminó a todos. Se dejó caer en el banco junto a Valerian, con granos enredados en el pelo, y llenó silenciosamente un plato con la comida que había delante de él. No se molestó en alcanzar nada más.

¿Le ha rechazado su mujer? Se preguntaba Valerian. Shivawn y él tenían probablemente la misma expresión.

—¿Dónde está tu elegida?

–Durmiendo –Broderick y Dorian contestaron al unísono, como si les hubiera preguntado a ellos. Sus sonrisas se ampliaron y se palmearon las espaldas el uno al otro.

–Volando a través de las puertas del Olimpo –agregó Dorian.

–¿Os detuvisteis a preguntar a las mujeres si estaban dispuestas a acostarse con vosotros? –indagó Shaye con un tono que rezumaba odio.

Dorian parpadeó, la pregunta le resultó extraña.

Broderick se rió.

–Tu mujer es divertida –le dijo a Valerian.

–¿Divertida? –ella se puso en pie con un gruñido de rabia–. No soy divertida cuando estoy discutiendo sobre violaciones.

Al menos no ha negado el hecho de que me pertenece, pensó Valerian satisfecho.

–Como si una mujer alguna vez me rechazara –dijo Broderick.

–Créeme, a veces sucede –murmuro Shivawn. Dejó caer el plato y se marchó de la sala sin otra palabra.

Todos le miraron salir, cada uno con una reacción diferente. Broderick reía. Dorian, intensamente confundido. Shaye, satisfecha.

–Para vuestra información, caballeros –dijo, atrayendo la atención nuevamente a su persona–. Sólo porque vuestro mojo encanta a una mujer no significa que en realidad, en lo más profundo de su alma, os quiera.

–¿Mojo? –al no tener más espacio en su plato, Dorian se acomodó en la silla vacía junto a Valerian– ¿Qué es eso?

–No importa –Shaye cruzo los brazos sobre el pecho haciendo que el cuello de la camisa se entreabriera y dejara ver las suaves curvas de los pechos–. Lo que importa es si las mujeres al conocer vuestras personalidades, gustos, defectos, pasado, y planes de futuro, os querrán todavía.

Si una mujer supiera lo que pasaba por la mente de Valerian. No era un pensamiento al que diera la bienvenida, de ninguna manera. Nunca se había tomado el tiempo de hablar con sus parejas sobre su vida pasada, presente, o futura. No le había gustado hablar de ello, y

a ellas no les había gustado preguntar. No obstante, la pregunta le intrigó.

Quería esto con Shaye, comprendió. Quería contarle sobre él y mirar su reacción, oír sus pensamientos. Quería escucharla contarle su propia vida. Sabiendo qué era lo que le hacía feliz. Lo que en secreto deseaba con cada onza de su ser.

También se encontró deseando saber qué tipo de hombre había preferido en el pasado. ¿Erudito? ¿Guerrero? ¿Cómo la habían tratado estos hombres? ¿Había amado a alguien? Sus manos agarraban tan fuerte el apoyabrazos del banco, que casi lo rompió por la mitad. Consumido por la necesidad de mutilar, destruir, y matar a cualquier hombre que alguna vez hubiera obtenido el amor de esta mujer. Quemadura. Candente. Aún más caliente que el fuego de un dragón.

Quizás fuera hipócrita. Bien, era hipócrita considerando su propio pasado licencioso. Pero no le gustó la imagen de su mujer extendida y abierta para alguien. Su pasión era de él. Su corazón era de él. No quería que nadie despertara sus deseos más profundos, salvo él. No podía tolerar ese pensamiento. Se moría de ganas de marcarla, su misma esencia en ella, en cada célula. Ella no conocería ningún olor, salvo el suyo. No sentiría ningún toque, salvo el suyo. Deseándole sólo a él, al igual que él la deseaba sólo a ella.

–Bien, veo que mi elegida ha saciado el hambre –dijo de repente una voz masculina desde la entrada.

Valerian se puso rígido, estrechando los ojos sobre su primo. Joachim, que obviamente todavía pensaba en reclamar a Shaye, parecía sereno, preparado. No estaba vestido para el entrenamiento, sino para la guerra. La armadura de plata grabada con escenas de batalla le cubría de la cabeza a los pies. Valerian no se puso de pie. Si lo hiciera, habría saltado sobre la mesa y atacado. Joachim quería guerra, tendría guerra. Hubo una vez en la que mostró a su primo, hambriento de poder, el error de sus pasos. Empezaría ahora.

## CAPÍTULO 11



**L**a tensión y la testosterona chispearon por la habitación, tan caliente que Shaye se sintió arder. La furia hirvió y chasqueó; un enfurecido infierno que, apenas contenido, quemaba en los ojos turquesas de Valerian.

Shaye estaba acostumbrada a estar rodeada de personas emocionales. ¿Cuántas chácharas, y puños de celosa rabia, le había arrojado su madre a lo largo de los años? Incontables. Si un marido volvía tarde a casa, la vajilla de cristal era arrojada a la cabeza de este, junto con acusaciones de infidelidad. Si un cumpleaños era olvidado, las llantas acababan acuchilladas.

Sin embargo, Shaye no sabía cómo reaccionar a tal potente furia proveniente de Valerian. Alguien quien, hasta este momento, había mostrado sólo deseo, diversión y paciencia. Bien, había mostrado rastros de furia, pero nada como esto.

La necesidad de matar estaba allí en su expresión. Sus labios estaban afinados, sus dientes al descubierto como los de un animal. Él era frío, capaz de cualquier acto maligno.

—Tengo un intercambio para ti, Joachim —nunca su voz había sonado más brusca.

Joachim no mostró ninguna reacción externa, aunque sus ojos sí guardaban rastros de la misma tensión insatisfecha que Valerian y Shivawan poseían. Aparentemente despreocupado, se inclinó contra el alto marco de la puerta, una columna de espirales y dorada filigrana.

—Estoy escuchando.

—Te daré mi espada —dijo Valerian—. Puedes tenerla con mi bendición, pero debes renunciar a todo reclamo por la chica.

—Inaceptable —Joachim se quitó su casco y lo sujetó a su lado. Sus negras cejas se elevaron arrogantemente—. Hazme rey y podrás tenerla. Ella será tuya para hacer lo que gustes.

Shaye posó sus manos sobre la mesa, paseando su mirada entre los hombres. No sabía qué hacer, qué decir. Se sentía tan indefensa ahora como se había sentido viendo a sus padres pelear cuando era una niña.

Tenso, Valerian sacudió su cabeza.

—No puedo simplemente hacerte rey. Lo sabes. Mis hombres nunca seguirían a un hombre que no ha probado ser digno.

—Verdad —Joachim concedió—. Eso es por lo que estoy queriendo probarme.

—¿Y cómo planeas hacerlo?

—Ayer estabas deseando pelear contra mí. ¿Todavía lo quieres?

Las manos de Valerian se cerraban y abrían.

—Sí.

—Pero, ¿voluntariamente renunciarás a tu reinado si te venzo, de esa manera probándome digno?

Una predatoria tranquilidad emanó de Valerian. Durante un largo momento no habló. *¿Considerando sus opciones?* Shaye se preguntó.

Finalmente él dijo:

—Tal cosa nunca se ha hecho —su tono era cauteloso, medido.

Las manos de Joachim se tensaron sobre el mango de su espada.

—Sin embargo, frecuentemente hubiera sido necesario hacerlo.

Shaye pensó que las tensiones ya estaban altas. Con las últimas palabras de Joachim, la habitación comenzó a pulsar con peligro. Más que nunca, ella no quería que estos hombres más-grandes-que-la-vida pelearan por ella. Con espadas, por el amor de Dios. No quería a Valerian peleando, punto. Extrañamente, el pensamiento de él resultando herido la desestabilizaba.

*Sólo porque no quieres ser juntada con alguien más, alguien menos tolerante, se aseguró.*

Ella observó a su oponente. Joachim aparentaba confianza en su habilidad para ganar. Irradiaba la misma arrogancia que Valerian, pero, al mismo tiempo, resplandecía con una sed de sangre que no rodeaba al rey.

—¿Por qué no peleas contra mí, en cambio? —se encontró a sí misma preguntándole a Joachim. Las palabras se resbalaron de ellas sin quererlo—. Sería un gran placer para mí cortarte las pelotas y alimentarte con ellas.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Joachim. Los labios de Valerian se crisparon como si luchara contra una... ¿sonrisa? ¿Un gesto de disgusto? Los dos hombres en la mesa se rieron, agradecidamente relajándose.

—Eso me gustaría verlo —dijo el demasiado-guapo-para-ser-real.

Cabello negro, ojos violetas. Si ella recordaba correctamente, su nombre era Dorian.

—Shaye no peleará —dijo Valerian.

—Como si una mujer pudiera vencerme — bufó Joachim—. Bien, Valerian —se enderezó, su armadura tintineando siniestramente—. ¿Qué dices, tú? ¿Pelemos y el ganador se convierte en rey con todos los derechos sobre la mujer?

Lentamente, Valerian se alzó sobre sus pies.

—Acepto. De todas formas, el ganador permanecerá siendo rey y conservará a la mujer.

—Sólo el tiempo lo dirá —fue la respuesta satisfecha de Joachim.

—Esperad un momento —Shaye golpeó la mesa, frustrada cuando los cuencos fallaron en sacudirse y la comida y la bebida no se derramaron—. Estáis actuando como niños. No hay razón para pelear.

Valerian la acalló con una mirada feroz. Al menos ella había entendido sus intenciones.

—En esto, Luna, no te saldrás con la tuya. Mi primo tiene una espantosa necesidad de una lección.

—¿Él es tu primo? —ella se pasó la mano por su rostro. Esto era peor de lo que había pensado—. Hubo momentos en los que yo quise matar a mi familia, Valerian, pero tienes que resistir la tentación.

—¿No cambiarás de opinión? —Joachim le preguntó, ignorando a Shaye como si no estuviera en la habitación—. ¿Cuándo pierdas?

Dorian y Broderick gruñeron como animales ante el insulto a su rey, luego hubo sólo silencio. Oleada tras oleada de la furia de Valerian se envolvió alrededor de Shaye, inmensamente agradecida que no estuviera dirigida a ella.

—¿Me. Estás. Llamando. Mentiroso? —cada sílaba pareció escupirse.

Las mejillas de Joachim se colorearon de un brillante y vívido rojo.

—Mis disculpas. Esa no era mi intención.

Escasamente apaciguado, Valerian extendió sus brazos, abarcando la habitación y a todos en ella.

—Tenemos testigos. Dorian y Broderick, de este lado, atestiguarán mi consentimiento para esta batalla y su resultado.

El pánico desplegó fuertes puñetazos dentro de Shaye, golpeando dolorosamente. Iban a hacerlo; iban a pelear. El conocimiento estaba allí, agitándose en sus ojos.

—¿Cuál es el arma de tu elección? —Valerian le preguntó a su primo, cruzando sus brazos sobre su pecho.

—Espadas, por supuesto —fue la contestación—. Las armas de un verdadero guerrero.

—¿Hasta la muerte?

Joachim consideró la idea y frunció el ceño.

—Yo no quiero matarte, Valerian. No te odio. Fuimos amigos una vez, cuando éramos niños, pero nací para gobernar. Yo debería de dar las órdenes, no recibirlas.

Durante un largo momento los dos hombres simplemente se miraron el uno al otro. Finalmente Valerian asintió.

—Ve a la arena, Joachim. Estaré allí en breve.

—Otra orden —Joachim se veía como si tuviera intención de protestar pero al final asintió.

Giró sobre sus talones y salió a zancadas. A Shaye no se le dio tiempo a discutir.

—Dorian —dijo Valerian—, reúne al resto de los hombres. Quiero que observen lo que sucede a aquellos que piensan en usurpar mi mando. Broderick, ve y prepara mi equipo.

Sillas que se deslizaron hacía atrás. Pasos golpeando.

*No puedo creer que esto esté ocurriendo*, pensó Shaye. Había sido secuestrada en la boda de su madre—se encogió de hombros. Había sido arrastrada bajo el agua a una ciudad perdida—bostezó. Había sido elegida como la amante del rey—¿podría alguien pasarme una lima de uñas? Todo repentinamente parecía insignificante, como un sueño.

Esta batalla, sin embargo... era pura pesadilla.

—Te estoy pidiendo que no hagas esto —le dijo a Valerian. Estaban solos ahora, nadie más estaba a la vista—. Él, obviamente, no me desea. Sólo quiere herirte y coger tu corona.

Valerian se sentó, se inclinó en el respaldo y la observó intensamente.

—¿Temes por mí, Luna?

Ella bufó. Por dentro, sin embargo, temblaba de miedo.

—En realidad, no me podría preocupar menos por ti —*mentira*. Estúpida de ella, sí, pero una mentira igual. Su seguridad sí le importaba, admitió silenciosamente. Él le había dicho esas cosas agradables. Su toque la había electrificado. Y él era... dulce, maldición —. Simplemente no quiero ser rehén de ese idiota de Joachim — *verdad*.

Casualmente, él se arrojó una uva dentro de la boca.

—Te dije que haría lo que fuera necesario para conservarte y hablaba en serio. Ahora, no me voy a tomar como una ofensa tu falta de confianza en mis capacidades como guerrero porque aún tienes que observarme pelear. No me conoces verdaderamente.

—Y puede que no tenga oportunidad de conocerte. No es que quiera hacerlo —agregó rápidamente—. Aun así.

—Tomaré, de todas formas —continuó como si ella no hubiera hablado—, como una gran ofensa si esta falta de fe alguna vez ocurre de nuevo.

Los ojos de ella se focalizaron en él con forzada despreocupación.

—Estoy temblando. Realmente.

Él puso los ojos en blanco con incredulidad y sacudió la cabeza.

—¿No tienes sentido común, mujer? ¿Te acabo de advertir de mi ira y te burlas de mí?

—Dos palabras: infiernos, sí.

Lejos de enfadarlo, sin embargo, sus palabras parecieron divertirlo.

—Me gusta tu inteligencia, Shaye. También me gusta tu coraje. Me satisfaces, eres una digna compañera. Una digna reina para mis guerreros.

¿Reina? Difícilmente. Mirad el lío en que se había convertido su propia vida. Como si realmente necesitara estar a cargo de otra gente. Y en cuanto a lo otro, bien, no quería gustarle a Valerian. Está bien, quería. Sólo que no quería desear que a él le gustara. Cuanto

más le gustara, más determinado estaría a conservarla, más duro la perseguiría y sería más difícil resistirse a él, recordar quién y qué era y menos querría escapar.

—Ven. Me he retrasado lo suficiente, sin embargo no soy capaz de resistirme a robar un momento a solas contigo —se empujó sobre sus pies y sostuvo su mano, palma arriba, una orden silenciosa para que ella la tomara—. Están esperándonos en la arena.

Ella estudió su palma, incapaz de alejarse. Sabía que si entrelazaba sus dedos con los de él, el calor subiría estremeciéndola por su brazo. Ese adictivo calor. No deseado calor. Peligroso calor.

Su garganta se comprimió. Se levantó, manteniendo sus manos junto a su cuerpo.

—Indica el camino.

Él permaneció donde estaba, atrayéndola con el ondear de sus dedos.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho.

Los labios de él mostraron una expresión de descreimiento en el momento en que se percató que ella lo estaba rechazando otra vez.

—Te permití rechazarme una vez. No te permitiré hacerlo ahora. Necesito tu toque, Shaye. Necesito tu fuerza. Mi victoria depende de ello.

Ah, infiernos. Qué manera de clavar un cuchillo en ella. Sus miradas quedaron atrapadas con desafío. La exuberante longitud de sus negras pestañas arrojaba sombras decadentes sobre sus mejillas. ¿Qué hacía un hombre con cabello rubio con esas oscuras pestañas? Deberían haber sido pálidas, como las de ella.

—Lo siento —dijo. Y lo hacía.

—Eres testaruda —contestó—. Y quieres ser fría.

Ella elevó su barbilla.

—Te lo aseguro, soy fría. Soy una perra.

—Cuando llegue el momento —agregó él suavemente—, te calentaré. Te haré arder.

Las palabras fueron pronunciadas como una promesa, salpicadas con determinación, y debajo de ellas se arrastraba el desafío: toda resistencia será encontrada y conquistada hasta que hayas planeado sobre el dulce límite de la rendición.

Ella tragó en seco, pero no se permitió agarrarlo.

Un músculo palpitó en su barbilla.

—Tienes elección. Toma mi mano o te llevaré en mis brazos.

—No mencionaste la tercera opción. Irme —ella se deslizó alrededor de la silla y se alejó, un solo paso.

—¿Tú? ¿Irte? —él sacudió su cabeza—. No, eres demasiado valiente. Contaré hasta tres para que te decidas, luego tomaré la decisión por ti. Uno.

Otro paso hacia atrás.

—Dos.

Todavía otro.

—Tre...

Corrió hacia adelante y se aferró firmemente a su mano. Al primer contacto, el calor que había temido la atravesó, propagándose y esparciéndose, alcanzando todo su cuerpo. Pero si él la hubiera perseguido y tirado sobre su hombro —y lo hubiera hecho— las sensaciones habrían sido mucho peores. Más potentes.

Ella le frunció el ceño. La luz cubría sus facciones, dándole un resplandor que quitaba el aliento y que ninguna persona debería poseer.

Él sonrió.

—No fue tan difícil, ¿verdad?

—Cállate. Sólo cállate.

Él se rió, pero sus carcajadas no duraron mucho. Su expresión se volvió seria.

—Tengo tu esencia en las aletas de mi nariz, Luna, y puedo encontrarte dondequiera que estés. Dondequiera que vayas. No pienses en tratar de escapar de mí durante la batalla —dicho eso, giró sobre sus talones y se alejó del comedor, arrastrándola con él.

Siseando el aliento entre sus dientes, luchó por mantenerle el paso, volando hacia adelante con una velocidad partidora de cuellos.

—Ve más despacio. ¿Y a qué te refieres con que tienes mi olor en tu nariz? —recordó lo obsesionado que había estado ayer con hacerla olerlo.

—Sólo que tu aroma está marcado en cada una de mis células — dijo sin molestarse en mirarla—. Como el mío pronto estará en las tuyas.

—¡No habrá marcación!

—En realidad, no puedes detenerlo —la confianza total se derramó en su voz.

Otra promesa.

*No lo combatas. No lo alientes.* Su mirada se fijó en la pared. Mármol blanco incrustado con piedras plateadas, con trozos desmoronados y en pedazos. Había marcas de rasguños, como si alguien hubiera pasado una herramienta por cada pulgada.

Cambiando de tema ella dijo.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Invasión de humanos, creo.

Su mirada cayó sobre su espalda. Duros músculos y tendones se estiraron bajo el terciopelo bronceado.

—¿Los humanos saben acerca de Atlantis?

—Algunos sí.

Wow. Había gente que en realidad sabía sobre este lugar, sin embargo se las habían arreglado para mantenerlo en secreto.

—¿Has vivido siempre en este castillo?

—No. Mi ejército reclamó el palacio hace poco tiempo.

Reclamo. También conocido como “robo”, estaba segura.

—¿A quién le pertenecía antes que a vosotros?

—A los dragones.

Ella resbaló al detenerse, forzándolo a detenerse también o a arrastrar su cuerpo boca abajo.

—¿Dragones? ¿Dijiste que los dragones eran los dueños de esta propiedad? ¿Y se la robaste a ellos? —eso explicaba los murales de dragones, los grabados de dragones y el medallón de dragón sobre el que le había hablado.

Lentamente él la miró con expresión confusa.

—Esto te molesta ¿Por qué?



—Los dragones escupen fuego y comen humanos como sabrosos aperitivos. Ellos querrán su palacio de vuelta.

—Sí.

Sus ojos se abrieron de par en par ante su imperturbable estado.

—¿Y eso no te molesta? ¿El pensamiento de luchar con tales feroces criaturas?

—No. ¿Por qué debería? —su pecho parecía expandirse ante sus ojos—. Soy más feroz. Soy más fuerte.

Dios la salvara de la arrogancia masculina.

—Siento no compartir tu confianza —dijo secamente.

Él frunció el ceño.

—Si el pensamiento de los dragones te atemoriza...

—Me aterra —interpuso.

—¿Cómo reaccionarás cuando te presente a los vampiros?

Un jadeo estrangulado resolló de su garganta y cubrió su boca con una temblorosa mano.

—No voy a conocer vampiros.

—Ellos son nuestros amigos.

Él dijo “nuestros”. No había dicho “mis”. Dijo nuestros, como si ya fueran una pareja.

—Me contaste sobre aquellas criaturas que estaban en Atlantis, ¡pero nunca pensé que me harías relacionarme con ellas! Los vampiros beben sangre, Valerian.

—No beberán la tuya.

*Grrr*. No había discusión que valiera con él. Tenía una respuesta para todo.

—Es cierto, no lo harán. No voy a conocerlos y no me quedaré aquí.

—Los vampiros son nuestros aliados. No tienes nada que temer de ellos. No tienes nada que temer de nadie en esta tierra. Siempre te protegeré. Con mi propio cuerpo, si fuera necesario —su voz estaba sumergida en sexy y ronca promesa y, de nuevo, destellantes imágenes de cuerpos desnudos, piel empapada de sudor y estremecido placer atravesó su mente. ¡*Grrr*!

—Sabes, si tuvieras alguna oportunidad de convencerme de quedarme aquí, la cual no tienes, la arruinarías hablando de dragones y vampiros.

Él sacudió su cabeza, su frente se arrugó.

—Cómo me distraes, mujer. ¿Por qué estás discutiendo conmigo, ahora? Tengo una batalla que ganar. Una mujer que reclamar —dijo en el momento en que la ponía de nuevo en movimiento.

*Mierda.* La batalla. A lo lejos podía distinguir el sonido de las espadas chocando entre sí. Gruñidos. Carcajadas masculinas. Excitación.

—Voy a decirlo una vez más. No quiero que luches.

Él perdió su aire de afectación. Se detuvo, giró y dio un amenazante paso hacia ella. Tan cerca que sintió el calor de su piel, el embriagador aroma de esta. Vio las motas de azul y verde en sus ojos, más brillantes que las más hermosas joyas. Él se envolvió totalmente en malevolencia.

—Te advertí lo que ocurriría si expresabas tales dudas acerca de mi habilidad de nuevo. Soy poderoso, una fuerza a ser temida, y tendré tu fe.

Si esperaba que ella se disculpara o retirara lo dicho, no obtuvo su deseo. Ella avanzó hacia él, destruyendo incluso más el espacio abierto entre ellos. Cuándo había conseguido tal atrevimiento, no lo sabía. Sólo sabía que no podía dejarlo en ese campo.

—Y te dije que me importaba una mierda tu advertencia.

Los candelabros llamearon en las paredes, su resplandor golpeaba sobre los contornos del rostro de él. Sombras y luces lucharon por el dominio, jugando sobre sus mejillas. Repentinamente, parecía incluso más cruel que un momento antes.

Espirales de deseo, el mismo consumidor anhelo que había sentido cuando por primera vez lo había observado saliendo del océano, centellaba dentro de ella.

—Te importará —dijo él, justo antes de que enredara sus dedos en su cabello y tirara de ella hacia él. Instantáneamente sus labios chocaron con los suyos con tal fuerza que ella jadeó.

Él usó su boca abierta en su ventaja. Su caliente lengua empujó dentro, pasando sus dientes, pasando cualquier pensamiento de resistencia. Su gran cuerpo la rodeó, la hizo arder con llamas etéreas.

Llamas que se extendían con vertiginosa velocidad. Maravillosa velocidad. En meros segundos ella pasó de la fría, despreocupada e intocable Shaye a la salvaje, anhelante y nunca-dejando-de-tocar Shaye. Una mujer que existía sólo para el placer. Para el sexo y el libertinaje. Para este hombre.

Él la consumía. Oscura necesidad la consumía. Y ella descubrió que le gustaba ser consumida.

La lengua de él trabajaba sobre la suya con experta precisión, causando que sus terminaciones nerviosas saltasen a una feliz vida. Sus pezones se endurecieron, sus muslos dolían, su estomago se estremecía. Su sabor era puro calor sexual, exótico y adictivo. Ella no debería querer, sabía que debería alejarse, pero se encontró a sí misma enrollando sus brazos alrededor de su cuello y aceptándolo completamente, demandando más.

Un salvaje gruñido escapó de él, primitivo, como si no pudiera contenerlo.

—¿Me deseas? —suspiró ferozmente.

Como siempre, el sonido de su enriquecida-con-vino voz la excitó. Él había sido creado para ella, sólo para ella, cada acción suya, cada aliento existiendo simplemente para complacerla. El pensamiento era intoxicante. Como el hombre en sí mismo. Embriagador, tórrido y adictivo.

—¿Me deseas? —preguntó de nuevo.

—No —se forzó a decir, luego se contradijo a si misma lamiendo la comisura de sus labios. ¿Quién era esta sensual mujer en la que se había convertido?

*La mujer de Valerian*, se arrastró a través de su mente.

Sus manos callosas se deslizaron desde su cuello sobre cada vértebra de su espina y se posaron suavemente en la curva de sus caderas. Sus dedos gradualmente tiraron hacia arriba el dobladillo de su falda.

—Te deseo —dijo él ferozmente. Su aliento caliente abanicó su mejilla.

Había una razón por la que debería empujarlo lejos. Sí, definitivamente había una razón. Una razón por la que ella debería... arrastrar su boca de nuevo a la suya. Saborearlo de nuevo. Sentir la fuerza de su pecho estirándose contra ella, sentir el apenas

controlado poder bullendo en su sangre. Sus pezones estaban en punta, más tensos, y dolían, realmente dolían, por su contacto.

Él liberó su falda y buscó debajo de esta, sus dedos marcando su piel. Ella jadeó maravillada.

—Tus pezones me anhelan, lo sé —su caliente mirada se detuvo en el área en cuestión, haciéndolos endurecer aún más.

—No, no lo hacen —negó.

—Sería un placer probártelo. Podría colocarte frente a un espejo y lentamente quitarte el top, revelando tu carne pulgada a preciosa pulgada. Podría ahuecar tus pechos en mis manos, enmarcando tus pezones como si lloraran por mí.

Ella debería haber estado acostumbrada a eso, haberlo esperado incluso, pero la imagen que él describió se coló en su mente. Valerian detrás de ella, sus brazos envolviéndola, amasando sus pechos. Una de sus manos fantasmas comenzó un lento y lánguido deslizamiento por su estomago, deteniéndose en los pálidos rizos entre sus piernas.

—Odio esa idea —mintió sin aliento—. La odio —llevó sus manos al pecho de él, sus palmas sobre sus tetillas. Eran pequeños puntos duros que su lengua añoraba lamer. Succionar. Al tiempo que la punta de su dedo se curvó en el lazo de acero anclado allí, quería lamerlo y succionarlo, también.

Él gimió.

—Amo la manera en que lo odias.

Oh, ella también lo hacía. Sus alientos se mezclaban entre sí. Sus miradas estaban atrapadas, un ardiente choque entre turquesa y marrón, pasión contra pasión.

—Ódiame un poco más —susurró.

Ella no pensaba en resistirse. Se alzó de puntillas —su cuerpo parecía pensar por sí mismo— posando sus labios justo frente a los suyos. Sus manos se tensaron sobre su cintura, el agarre era necesitado, duro y ordenando. No permitiendo escapar. Él atrajo la parte baja de su cuerpo cerca de él, tan cerca, hasta que ella se situó contra la larga y dura longitud de su erección.

Un caliente y ronco jadeo emergió de ella. Lanzas de placer formaron arcos atravesándola, produciendo otras explosiones de sensaciones. Necesitadas sensaciones. Bienvenidas sensaciones.

—Quiero odiarte también —le dijo en ese mismo tono suave—. Quiero odiarte duro y rápido, la primera vez. Lento y gentil, la segunda vez.

—Mi rey —alguien llamó.

Shaye escuchó la voz distantemente y despreció la interrupción. Más besos. Quería más besos.

Como si Valerian no hubiera notado la voz, o simplemente no le importara, su mirada se deslizó a su boca. Una salvaje intención brillaba en sus ojos. Tanto deseo llameaba de él que tenía problemas en atrapar su respiración. Era un hombre preparado para darle tantos besos como ella quisiera.

—Mi rey —dijo la voz de nuevo, esta vez proyectando iguales medidas de reverencia, impaciencia y ansia.

Los dedos de Valerian apretaron su cintura.

—No quiero parar de odiarte —dijo suavemente con un gruñido.

—Debes —el decirlo casi la mata.

—¿Debo odiarte?

—Debes detenerte.

Él deslizó su lengua por sus dientes. Las ventanas de su nariz se acampanaron, como si su aroma persistiera allí.

—Por ahora —él concedió.

—Para siempre.

*¿Qué eres tú, estúpida?* Ella tragó en seco. Nunca había sido besada con tal pasión. Tal fervor. Como si el hombre besando la saboreara. Sería destruido sin ella. Y ella quería como el infierno experimentar esa urgencia de nuevo.

*Peligroso*, su mente susurró.

*Pero lo vale totalmente*, su cuerpo respondió.

—Nunca más vuelvas a odiarme —se forzó a decir.

Ella se retiró de su abrazo, alejándose, repentinamente fría y vacía. Vacío, como por el que había pasado durante toda su infancia.

Él agarró sus hombros y la giró. Sus ojos se comprimieron hasta ser pequeñas hendiduras, sus espesas pestañas casi entrelazándose las de abajo con las de arriba.

—Mi mayor placer será, ¿cómo dice tu gente?, hacerte comer tus palabras.

—Valerian —otro hombre lo llamó. Joachim, esta vez. Ella reconoció al profundo barítono. Estaba impaciente ahora. Valerian no lo miró—. La mujer no es tuya para besarla.

Shaye se abrazó a sí misma, conteniendo un temblor de terror. Miró sobre su hombro, sólo para ver que el hombre de cabello oscuro parecía un ángel de la muerte. Genial. ¿Una señal?

—Aún —Valerian dijo, la simple palabra más letal que una espada. Sus ojos nunca se apartaron del rostro de ella—. Aún.

## CAPÍTULO 12

Después de mirar una última vez a Shaye, Valerian se giró encarando a su primo y empujando al rayo de luna detrás suyo, con su cuerpo actuando como escudo. Cómo había osado interrumpir su primer beso con Shaye, su pareja, su única y elegida. ¡Y por éste hombre! La furia hervía y burbujeaba a través de su sangre, un río desbordado de lava fundida.

—¿Puedo recomendar que ustedes dos se sienten y discutan sus problemas antes de recurrir al derramamiento de sangre? —Sugirió Shaye remilgadamente.

Trató eludirlo dando un paso al lado. Cuando eso no funcionó, se asomó por encima de su hombro.

—No —dijo Joachim. Una expresión de petulante expectativa llenaba su rostro . El tío realmente pensaba que ganaría y se convertiría en rey.

—No —replicó Valerian, incluso sabiendo que Shaye no quería que luchara.

Aunque no quería negarle nada, pelearía. Incluso sabiendo que estaba en desventaja. Mientras que Joaquim había pasado la noche ganando fortaleza gracias a sus conquistas sexuales, Valerian... no. Él ni siquiera se había dado placer a sí mismo.

Sin mirar hacia atrás, Valerian extendió su brazo de nuevo, con la palma abierta para que Shaye colocara su mano sobre ella. Se había rehusado a hacerlo dos veces antes y la coacción había sido necesaria. Esperaba que ella se negara a hacerlo una vez más. Pero tenía que intentarlo, tenía que tocarla de nuevo antes de entrar a la arena.

El asombró golpeó a través de él cuando los dedos de ella suavemente se enlazaron con los suyos. Su mano era suave y delicada, de huesos finos y piel tersa. No pudo evitarlo. Se quedó de pie en su lugar, pasando los dedos sobre los de ella. Sus uñas perfectamente redondeadas, que sabía estaban pintadas del color de las conchas coralinas. Más que nada, quería introducirselos en la boca.

Ella apretó su mano, y su asombro se intensificó. ¿Le ofrecía consuelo? ¿Una advertencia silenciosa? No lo sabía, pero se regocijó con la acción.

¿Estaba empezando a preocuparse por él?

Había respondido a su beso tan apasionadamente, estallando de fría a ardiente en segundos.

Había respondido, y lo había deseado. Tanto como él. Se había llevado a la cama a muchas mujeres a lo largo de los años, más de las que podía contar. Aún así ninguna había movido su corazón como ella lo hacía. Un simple beso, y estaba ardiendo incontrolablemente. No quería sólo su cuerpo. Quería todo lo que tuviera para ofrecerle.

Más tarde, se prometió a sí mismo. Más tarde.

—Estoy esperando —dijo Joachim, impaciente.

Valerian puso los ojos en blanco.

—Ven —dijo a Shaye, ignorando a su primo. La rabia avivaba sus pasos mientras la conducía por el pasillo.

Joachim permaneció en su lugar, vigilándolos.

Valerian pasó por delante de él, empujando al estúpido hombre fuera de su camino. Nadie lo trataría con semejante falta de respeto. Para cuando su guerra privada terminara, cualquiera que hubiera albergado pensamientos sobre ocupar su lugar vería el error de sus acciones.

Tan vez debería llevar a Shaye a su cuarto y colocar a un guardia en la puerta. No estaba seguro de querer que viera su lado más despiadado, al animal en su interior. Un animal que había mutilado y conquistado. Ya ella había protestado por la confrontación.

Sin embargo, tanto como quería protegerla de la bestia interior, quería que la viera, que conociera sus habilidades y supiera que podría cuidar de ella. Quien fuera, o lo que fuera el enemigo.

—Bueno, esto es divertido —dijo en tono seco.

—Espera a que la batalla realmente empiece —replicó Valerian.

La mirada de aburrimiento de Joachim se clavó en su espalda, y sintió su calor cuando dio un paso al frente. Sus botas arrojaban polvo. Notó que la arena estaba llena hasta el tope de guerreros. Rodeaban las paredes, rebosando de expectación y entusiasmo. Bien. Quería que todos sus hombres presenciaran el evento que venía.

Varios guerreros habían traído a sus mujeres, y estas permanecían mezcladas entre los hombres. Estaban envueltas en túnicas Atlantes violetas y amarillas, y bufandas color rosa tejidas con hilo plateado. Zafiros, rubíes y esmeraldas brillaban desde los suaves materiales, y todas las bufandas estaban abiertas en la parte inferior, ofreciendo vislumbres de muslo. Finos eslabones de metal rodeaban las cinturas de las mujeres, destacando las bien formadas curvas de unas, la esbeltez delicadeza de otras. Ellas variaban en edad, talla y belleza, pero cada una tenía su propio atractivo.

Ninguna, vestida tan finamente como estaba, se comparaba con Shaye. Ni de cerca.

Valerian se detuvo frente a Broderick

—¿Está todo listo?



—He cuidado de cada detalle —Broderick sonrió y pasó el brazo alrededor de su elegida, una linda morena—. Mujeres y guerra en un día. Los dioses deben estar sonriéndonos..

Sonriéndonos...o maldiciéndonos.

—Vigila a este pequeño bocado por mí —dijo Valerian, empujando gentilmente a Shaye hacia él. Ella gruñó—. Cuídala y no permitas que nadie la toque —hizo una pausa, considerando las pasadas relaciones de Broderick y añadió—: ni siquiera tú mismo.

La sonrisa de Broderick se desvaneció y perdió todo rastro de alegría

—¿Mantenerla conmigo pero no tocarla? Esta es la joven que peleó contigo ¿Qué tal si trata de escapar?

—No lo hará —dirigió su mirada hacia Shaye y encontró los rebeldes ojos de ella—. ¿Lo harás?

—Lo que tú digas chico grande —dijo estudiando las uñas de sus manos.

—No quiero castigarte Shaye, pero lo haré si me obligas —exhaló un cálido aliento.

—¿Si te obligo? —Le dirigió una mirada—. Ahora esto es Mentalidad Bárbara 101, si es que lo he oído alguna vez. Tal vez necesite hacer una tarjeta para mujeres que se encuentren a sí mismas atascadas con un Neardental. Podría decir algo simple como: “¿Consigue hojas de afeitar?”

Ni siquiera pretendió entender lo que acababa de decir

—Prométeme que te quedarás aquí. Si estoy preocupado por ti, no podré concentrarme en la espada balanceándose hacia mí.

Se puso pálida una vez más, una adorable reina del hielo. Bebió de su helada belleza.

—Prométemelo —dijo de nuevo, esta vez de forma cariñosa.

—Bien. Lo prometo —su expresión se suavizó sólo un poco—. Pero solo durante la pelea. La pelea en la que no quiero que participes. Después de eso...

—Cuando regrese, la quiero igual que como la he dejado. Sin una sola magulladura —dijo satisfecho, mirando a Broderick

—Como si alguna vez hubiera herido a una mujer —refunfuñó su amigo.

—Como si le fuera a permitir herirme —dijo Shaye, con la barbilla inclinada de forma testaruda.

Broderick arqueó las cejas, con una expresión tipo quién-es-esta-mujer, en su cara. Valerian luchó por contener una sonrisa.

La morena al lado de Broderick, señaló con un dedo acusador a Shaye

—No me gusta que permanezcas cerca de Broderick.

Shaye puso los ojos en blanco.

—Rissa es posesiva conmigo, ¿qué puedo decir? —Broderick recuperó su expresión divertida y sonrió.

—Sólo asegúrate de que mantenga las manos lejos de Shaye.

—Puedo manejarla —dijo Shaye. Sus oscuros ojos cafés resplandecían con desafío.

—Sé que puedes, Luna, pero si la hirieras, le debería a Broderick otra mujer —agarró sus delicados hombros con las manos y frotó sus brazos. Valiente y dulce cosa—. Preferiría no tener otra batalla entre manos.

Shaye presionó sus labios en una rebelde línea, y miró hacia abajo, a la arena. Al menos no ofreció otra réplica.

Quiso besarla justo entonces, empujar la lengua dentro de su boca y sentir el calor de ella, su humedad. Probar su dulzura. No podía. Aún no. No otra vez. No con el desafío de Joachim colgando sobre sus cabezas.

—¡Valerian! —Chilló una mujer desde atrás de su pareja—. ¡Valerian!

Sus músculos se tensaron. ¡Maldición! Ya Shaye se le resistía, y había dejado muy claro su disgusto por su pasada lujuria. Aún ahora, dirigiéndose directamente hacia él, estaba una de las tres mujeres de la otra noche. Se abrió camino a empujones a través de la multitud, franjas de cabello rojo yendo tras ella.

—Mi dulce rey. He venido a desearle lo mejor.

Shaye se tensó también, antes de ser empujada fuera del camino. Frunció el ceño, a punto de emitir un fuerte reproche, pero las manos de la pelirroja de repente estaban acariciando su pecho desnudo, deteniéndose sobre cada curva y hueco, presionando suavemente el aro de su pezón, luego remontando por los bordes de su abdomen y ahuecando su trasero con las manos.

—Simplemente escuché sobre la pelea y quise vitorearte.

—No es esto especial —dijo Shaye, dando un aire despreocupado a su tono—. Una lujuriosa reunión familiar.

—Nuestra asociación ha terminado, dulzura —dijo Valerian mirando a la recién llegada. Mantuvo su tono amable, no queriendo causar un daño innecesario. Se sentía culpable por no haberse aprendido el nombre—. Joachim es tu amante ahora. Calienta su cama esta noche, necesitará todo el amor que pueda obtener.

Sus labios rosa formaron un puchero, y pasó la punta del dedo sobre el ombligo de él

—No quiero calentar su cama. Joachim no me complace como tú siempre lo haces.

—Como lo hacía. Siempre “hice”. Ahora tengo pareja—le recordó. Su sentimiento de culpa se iba incrementado.

—Tú puedes complacer a más de una mujer al mismo tiempo, sé que es un hecho. Los tres podemos...

—Esta conversación es aburrida —suspiró Shaye, pero la exhalación entrecortada escondía un borde afilado. Creo que tu primo está listo para cortarte la cabeza. Tal vez quieras darte prisa en salir.

Apretando la mandíbula, Valerian envolvió sus manos alrededor de la cintura de la pegajosa pelirroja y la entregó a uno de sus hombres. A quién, no le importaba. Abrió la boca para protestar, pero mantuvo la mano en alto para que permaneciera callada. En lugar de simplemente callarla a ella, todos en la arena pararon de hablar.

No quería una audiencia para la conversación que necesitaba tener con Shaye.

—Hablaré contigo de esto más tarde —dijo con los ojos fijos en ella.

Se encogió de hombros como si no le importara, pero no pudo esconder el fuego en su mirada.

Tuvo que luchar para contener una risita de satisfacción. A su mujer no le gustaba que otras lo manosearan. Podía negarlo, pero conocía muy bien a las mujeres. Estaba celosa.

Finalmente, algo iba bien con su seducción.

—¿Estás, por fin, listo para empezar? —Demandó Joachim tras él.

Con una mirada final hacia Shaye, se dio la vuelta. Era hora. Joachim permanecía en el centro del arenoso estadio, balanceando una lanza sobre su cabeza, flexionando sus músculos. El metal silbó y sonó en el aire como un llanto de guerra. En su otra mano, sostenía un escudo plateado. Excepto por el color, el escudo de Valerian era exactamente igual, con dos alas en relieve a cada lado. En el centro de ambos escudos reposaba una espada.

Joachim se puso su casco, cubriendo su cráneo y orejas. El movimiento causó que su armadura destellara.

Valerian tendió la mano, y Broderick le tiró una lanza a las manos. Sintió su peso familiar, asintió. Broderick le entregó después un escudo. Lo devolvió enseguida.

—Remueve La Calavera del centro y reemplázala con otra espada —ordenó.

—Pero, mi señor, vos nunca ha...

—Hazlo —nunca había usado una espada distinta de la suya, pero no quería infligir un daño irreparable a su primo, y eso era lo que La Calavera haría.

No quería que Joachim muriera, tal como Joachim había dicho antes, habían sido amigos cuando eran niños. Los mejores amigos. Luego, el padre de Valerian murió y Valerian tuvo que tomar el control, convertirse en el líder. Fue entonces cuando el resentimiento de Joachim brotó por primera vez.

Valerian quería que su primo viviera, para siempre siendo un ejemplo de lo que sucedía a aquellos que retaban al rey.

—Cualquier espada servirá —dijo—, cualquiera salvo La Calavera.

Una pausa, después el escudo fue tomado de sus manos. Pasos. La fría presión del mango del escudo. Su escudo dorado, sí, pero su espada ya no estaba en su interior. Una llana, con cuchilla de punta afilada tenía ahora el honor. Asintió con aprobación. Esta batalla no era simplemente por Shaye. Ya no.

—Su yelmo, mi rey —dijo Broderick.

—No —mantuvo su mirada sobre Joachim—. No esta vez.

—¿Qué hay de su otra armadura? —Broderick frunció el ceño.

—No.

—Espero que se machaquen el uno al otro hasta que sean una pulpa sangrienta —murmuró Shaye tras él—. Esto es estúpido.

Sus palabras provocaron varias risas masculinas y algunos gritos de horror femeninos. Él sospechaba que la furia era una mera defensa contra algo que temía. ¿Perderlo? Él debería estar enojado por su falta de fe, pero estaba extrañamente contento.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —La acusó la pelirroja.

—Tiene permitido decir lo que quiera —informó Valerian a todos —, porque un día será vuestra reina —le dirigió una mirada por encima del hombro y vio que ahora tenía una expresión de resentimiento—. Eso no significa que yo siempre vaya a ceder a sus deseos. Esta vez, sin embargo, encontraré gran placer en concederle parte de su petición.

—Yo también disfrutaré de concederle parte de su solicitud —dijo Joachim.

Valerian lo miró con el ceño fruncido. Comprobó el peso de su lanza con una mano, su escudo en la otra, y entró a la arena. Decidido, rodeó a Joachim. El hombre lo observaba, sin disminuir nunca el balanceo de su lanza.

—¿Comenzamos?

—Deberíamos. He esperado para ser el rey por mucho tiempo —admitió Joachim.

—Ya lo sé. Pero, ¿qué te hace pensar que serás un mejor comandante para mi ejército? Te gusta demasiado la guerra, eres demasiado voraz para asumir el control.

—Esas cualidades deben ser celebradas.

—¿Celebradas? ¿Cuando el hambre nunca será apaciguada? Siempre habrá alguien más a quien conquistar. Si tú rigieras mi ejército, los llevarías directo a la guerra. Al final, tengo fe de que conquistarás Atlantis y todos los reyes y reinas, pero también destruirás la ciudad entera.

—Mejor regir una tierra diezmada que no regir ninguna —con un rugido, Joachim saltó sobre él.

Sus lanzas chocaron en pleno salto. Valerian respondió de inmediato, agachándose, girando y lanzando un tajo con la espada. Falló al tiempo que Joachim golpeaba por un lado. Un sonido metálico. Sus lanzas se encontraron de nuevo. Al instante siguiente, Joachim levantó la suya y Valerian la golpeó en lo alto. Giró, apuntando al cuello de su primo.

Joachim se apartó con una sonrisa

—Te estás volviendo lento Valerian —se quitó el yelmo y lo arrojó a un lado.

Valerian lanzó un ataque hacia delante, la punta afilada y el escudo moviéndose al mismo tiempo. Joachim rápidamente perdió su sonrisa y fue forzado a agacharse. Tropezó hacia atrás. La lanza de Valerian por poco se clavó en su estómago, pero Joachim lo bloqueó cambiando de posición. Lanzó una estocada.

Ese ataque bajo rozó el muslo de Valerian, cortando la tela en lugar de la piel. Valerian se dejó caer sobre una rodilla, absorbiendo el siguiente golpe con su escudo. Cuando recobró el equilibrio, se lanzó hacia delante. La punta de su arma pasó rozando un costado de Joachim, llevándose un trozo de armadura consigo.

—¿Aún piensas que soy lento? —Preguntó Valerian.

Sus feroces miradas se encontraron, azul contra otro azul más intenso, y Joachim frunció el ceño. Se volvió hacia la izquierda y falló, luego atacó hacia la derecha. Mientras la lanza se dirigía hacia el suelo, Valerian, saltó sobre ella atrapándola entre sus piernas y golpeando con su codo la nariz de Joachim. La sangre salió a chorros y Joachim gritó al tiempo que tropezaba, cayendo a una sorprendente distancia y arrojando tierra en todas las direcciones.

—Levántate —ordenó Valerian.

—Pagarás por eso —su primo se puso de pie y corrió directo hacia él, lanzando estocadas continuamente.

Valerian se movió rápidamente, bloqueándolas con su escudo. Sus músculos empezaron a quemar, y el sudor le empezó a correr a mares por el rostro y pecho. Ya su respiración emergía entrecortadamente. ¡Maldita sea! A este paso, su fuerza sería agotada rápidamente. La falta de sexo le hacía eso a un nymph.

Luciendo también cansado, Joachim se arqueó alto, intentando dar una estocada en su hombro, pero Valerian golpeó la muñeca de Joachim y su primo dejó caer la lanza. Ante la desventaja, Joachim se tiró al suelo, rodó sobre sí mismo y alcanzó el arma. Sus dedos se cerraron alrededor de la mitad de esta. Manteniendo un ritmo fluido, se puso de pie otra vez. Pero Valerian ya estaba allí, pisando la lanza y partiéndola en dos.

Gruñendo por lo bajo, Joachim se levantó. Su pie impactó en la muñeca de Valerian y éste perdió también su lanza. Ambos hombres saltaron apartándose, desenvainando las espadas de sus escudos.

Al tiempo que la sangre continuaba chorreando por su cara, Joachim se lanzó hacia delante, moviéndose salvajemente. El aire silbaba, sonaba, justo como lo había hecho antes de que la batalla empezara. Moviéndose más lento de lo normal, Valerian no lo esquivó a tiempo. La hoja cortó su antebrazo. Sintió el picor, el escozor de la carne desgarrada.

No mostró ninguna reacción, no permitió que esto lo hiciera aún más lento.

Lanzaba estocadas abajo, después arriba, girando antes de que Joachim pudiera contrarrestarlo. La punta de la espada pasaba zumbando por la cara de su primo, y el hombre palideció. Levantó su escudo y lo lanzó violentamente contra el otro brazo de Valerian, las afiladas alas cortaron la piel. Valerian usó el impulso para girar y cortar el muslo de Joachim.

Su primo gritó y las rodillas se le doblaron en la arena.

—Levántate —gruñó Valerian—. No he terminado contigo.

Apretando los dientes, Joachim se puso en pie pesadamente. Seguía sosteniendo su arma y escudo. Los ojos estaban oscuros por la rabia, sus labios hinchados por su sed de poder

—No he terminado contigo tampoco —dejó caer el escudo y deslizó una segunda daga de su costado.

Valerian arrojó su escudo a un lado también. Tendió la mano libre, y Broderick le lanzó una segunda daga. La atrapó fácilmente por la empuñadura. Dos hojas contra dos hojas.

Al instante, él y Joachim saltaron a por el otro. Una daga chocó, luego la otra, una letal danza de eludir y acuchillar. Valerian giró al tiempo que maniobraba con sus armas, arremetía y apuñalaba.

—Debí haber sido el hijo de tu padre. Debí haber sido el rey —jadeó Joachim al tiempo que se agachaba.

—Los dioses no pensaron lo mismo —estocada, giro, estocada.

—Fui hecho para regir.

—Fuiste hecho, sí, pero no para regir. Verryn debería estar aquí, al mando de ambos, pero se ha ido. Mi padre se ha ido. Y eso me deja a mí. Desde hace mucho tiempo debiste haberlo aceptado —la

primera hoja finalmente dio en el blanco, clavándose en el costado de Joachim.

Su primo gritó y cayó de rodillas. La caída de Valerian le impidió recuperar su otra arma. Sin embargo, no estaba seguro de que lo habría hecho, incluso si hubiera podido. Pero apuntó su arma, su segunda cuchillada impactó en el hombro de Joachim, cerca de su corazón, pero sin golpearlo directamente. La plata se deslizaba suavemente a través de los eslabones de la armadura. Joachim jadeó por aire al tiempo que un hilo de sangre salía de su boca.

Un completo silencio llenó la arena.

Valerian se enderezó, jadeando.

—¿Por qué... me dejaste... vivir? —Balbuceó Joachim—. Debiste haber... herido... mi corazón.

—Vivirás, y te arrepentirás —dijo Valerian sin ninguna emoción y lo suficientemente alto para que todos pudieran oír—. Si alguna vez me retas de nuevo por el liderazgo, te mataré sin pensarlo. Sin dudar. Sin piedad. Sin importar que seamos familia. No importa que alguna vez hayamos sido amigos.

La barbilla de Joachim cayó a su pecho, y sus ojos se cerraron. Oscuras sombras se posaban en su rostro cubierto de sangre. Cayó al suelo, inconsciente. Granos de arena salpicaron las botas de Valerian.

Arrojó a punta de su puñal al lado del cuerpo de su primo y se volvió para encarar a la multitud de guerreros quienes lo observaban sorprendidos con la boca abierta. Tal vez esperaban que matara a su primo. Quizás habían esperado que asestara por completo el golpe final.

Su mirada se encontró con la de Shaye. *Mía* gritó su mente. *Ahora es mía. Nadie podría decir lo contrario.*

Como sus hombres, la mirada de ella estaba oscurecida por el asombro. ¿Y el horror? Sabía que no debía lucir muy agradable, con sangre y arena cubriendo sus brazos, piernas y rostro. Mechones de cabello empapado en sudor se pegaban a sus sienes.

Tal vez los luchadores de la superficie no pelearan tan violentamente, pero no podía obligarse a sí mismo a tener remordimientos por lo que había hecho. Le pertenecía, viviría aquí con él, así que era mejor que aprendiera sus costumbres ahora.

Apartando su mirada, observó a cada uno de sus hombres



—¿Hay alguien más que quiera desafiar mi autoridad? — Después de que el eco de su voz se desvaneció, reinó el silencio. Se paseó por delante de ellos—. Ahora es el momento de hacer un cambio.

Nadie se acercó.

Se calmó, las manos apretadas a sus costados

—Entonces ahora reclamo a Shaye Octavia Holling como mi mujer. *Mía*. Mi pareja. Vuestra reina. Aquel que cuestione esto probará el acero de mi espada.

En medio de los chillidos ahogados de Shaye, se trasladó al frente de Broderick. No miró a Shaye de nuevo. No todavía. No estaba listo para ver qué expresión tenía ella ahora: ¿Rebelde? ¿Furiosa? ¿Disgustada? No estaba preparado para conocer sus pensamientos.

—¿Qué debemos hacer respecto a Joachim? —Broderick se aclaró la garganta.

—Orar para que Asclepius y sus dos hijas lo visiten —las palabras fueron pronunciadas por costumbre, porque cuando un nymph era lastimado, las plegarias eran elevadas a estos dioses de la curación, a pesar de que no habían querido saber nada de las personas de Atlantis desde hacía muchos, muchos años. Nadie sabía por qué los dioses los habían abandonado, sólo sabían que lo habían hecho.

Valerían aun no quería que Joachim muriese. Quería que sufriera Valerian escudriño la multitud de espectadores

—¿Hay un sanador entre vosotros?

Después de una pausa, la silenciosa chica de cabello negro de Shivawn dio un paso al frente. Había lágrimas en sus ojos mientras levanta una mano indecisa. Asintió y luego encaró a Broderick

—Lleva a Joachim y a la sanadora al cuarto de enfermos. Lo va a vendar y nada más. Asegúrate de que no lo toque sexualmente —Si lo hiciera, Joachim sanaría más rápidamente, todas sus ofensas serían olvidadas a toda velocidad. Antes de la pelea, Valerian había pensado darle a su primo una rápida recuperación. Ahora no tanto. No tenía tiempo para los problemas que estaba seguro que causaría.

Broderick asintió.

Sin otra palabra, Valerian tomó las manos de Shaye y tiró de ella por el pasillo.

Ahora ella verdaderamente le pertenecía, y era el momento de que se lo demostrara.

## CAPÍTULO 13

**P**oseidón estaba aburrido.

Era el dios de los mares, gobernante de los peces, gente del mar y las olas del océano, y estaba aburrido. Últimamente, aún las tormentas y la destrucción que causaba se rehusaban a divertirle. La gente gritaba, la gente moría, bla, bla, bla.

Tal vez a él le importaría si los humanos no hubieran olvidado su existencia. Pero ya no le servían; ya no lo adoraban más –aunque ambas cosas sí las merecía. Después de todo, había ayudado a crear a esa raza ingrata.

Pasó los dedos a través del líquido moteado que le rodeaba. Tenía que haber algo para combatir esta constante sensación de tedio. Crear un huracán o un tsunami...No. Los últimos lo habían hecho bostezar. Iniciar una guerra...No. Demasiado esfuerzo para muy poca recompensa. Abandonar el agua y entrar en el Olimpo... Nuevamente, no. Los otros dioses eran egoístas y ávidos, y él no quería lidiar con ellos.

¿Qué podría hacer, qué podría hacer? Los únicos mundos sobre los que tenía dominio eran la Tierra y la Atlántida, pensó, enderezándose. Oh, oh, oh. Podría ser... sí, eso era. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, experimentó un destello de excitación.

No había pensado en la Atlántida y su gente en años. Se había alejado de ellos, especulando (esperando, quizá) que se destruirían ellos mismos de modo que nunca más tuviera que mirar lo que consideraba una abominación. En lugar de eso, habían prosperado y él les había dejado, porque habían obedecido las leyes que había establecido para el lugar. Más que eso, había estado completamente entretenido por los humanos y se había olvidado de las razas de criaturas hechas antes de que la fórmula del Hombre hubiera sido perfeccionada.

Sí, había pasado mucho tiempo desde que inspeccionó la Atlántida y a sus ciudadanos.

Poseidón no pudo evitarlo: sonrió abiertamente.

**S**haye clavó los ojos en la espalda de Valerian mientras este la conducía por el palacio, siguiendo el mismo camino que habían tomado antes. No protestó. Los músculos se esforzaban y se agrupaban en sus hombros desnudos. La sangre se mezcló con la arena, y ambas estaban salpicadas por todo él, formando líneas y círculos en su piel.

Casi había matado a un hombre. Su primo, nada menos. Podría hacerlo, en realidad, si las heridas de Joachim se infectaran. Había hecho eso sin titubear. Sin remordimiento. Ella lo había observado mientras lo hacía y no se había sobresaltado.

Había estado demasiado aliviada porque había sido el ganador y podría vivir.

La pelea se había desarrollado como algo sacado de una película. Valerian se había movido con gracia y fluidez, cada paso intrincado tan hermoso como peligroso. Un ballet amenazador. Su corazón había palpitado irregularmente en su pecho, deteniéndose completamente cuando Valerian fue herido. No había estado preparada para la cólera que había sentido hacia Joachim en ese momento.

No había sido prevenida para el miedo que había sentido por Valerian.

Pudo haberse escapado y haberse librado de la locura. Pero no lo hizo. Se había quedado. No porque se lo hubiera prometido a Valerian

(una promesa hecha bajo coacción no era en realidad una promesa, para su forma de pensar) sino porque conocer el resultado de la batalla había parecido extremadamente importante para su supervivencia.

*“De esta forma reclamo a Shaye Octavia Holling como mi mujer. Mi compañera, mi reina”,* había dicho él.

Sus palabras fueron a la deriva a través de su mente, haciéndole temblar ahora como lo hicieron en la arena. Él las había dicho, y no le habían molestado tanto como podrían haberlo hecho. No le habían molestado para nada, realmente. En realidad, había experimentado un pequeño temblor de (gruñó, justo al recordarlo) satisfacción.

Justo entonces Valerian se tropezó sobre sus pies. Rápidamente se enderezó, pero la acción la trajo al presente.

—Estás herido —dijo, como si él ya no lo supiera. Su preocupación por él se duplicó—. Necesitas un médico.

Él no se giró para enfrentarla.

—Tú serás mi sanadora.

El pensamiento era tan atractivo como perturbador.

—No sé nada sobre cuidar heridas.

—Confío en ti.

¿Por qué? Ella no confiaba en sí misma. No alrededor de él.

—Podría hacer más daño que bien.

—Shaye —dijo, claramente exasperado—. Eres la única persona que quiero que me toque de cualquier modo.

Puesto así...

—Está bien. Pero cuando mueras, puedes decirle a Dios que te lo advertí.

Sus hombros se estremecieron y ella escuchó el ronroneo retumbado de su risa. Inesperadamente, sus labios avanzaron lentamente en una media sonrisa y ella olvidó sus preocupaciones. Le gustó su diversión.

—¿Estabas tratando de salvarlo —preguntó—, o erraste accidentalmente su corazón?

La pregunta lo hizo ponerse rígido.

—Nunca yerro un blanco elegido.

El orgullo masculino aparentemente era igual para los Nymphs como lo era para los humanos.

—¿Qué pasará si te desafía otra vez? Y, ¿qué pasará si hace trampas la próxima vez, cogiéndote desprevenido?

—No lo hará.

—¿Cómo puedes estar seguro? —continuó.

—Joachim perdió. Se ha mostrado como el guerrero más débil. Me mate en el futuro o no, nunca será aceptado como líder.

—Oh.

Ella apenas controló la respuesta de un sílaba, tan alterada como estaba por el pensamiento de Valerian muriendo.

—Lo que es más —Valerian continuó, ignorante—, no necesitó morir para que te convirtieras en mi mujer, y ese fue el principal motivo por el que combatí.

Un temblor pasó a través de ella.

—No soy tu mujer.

—Deja tus protestas, Luna. Sólo te harán pasar vergüenza cuando por fin admitas tu amor por mí.

Ella bufó, pero rápidamente cambió el tema. Sus palabras fueron un poco demasiado... proféticas.

—¿Adónde estás llevándome? —dijo, estudiando el vestíbulo iluminado por antorchas con sus familiares paredes marcadas y llenas de rozaduras. Reconociendo el área, la respuesta la golpeó, y cada molécula de aire en sus pulmones se congeló.

—¡No!

Una pausa. Un suspiro.

—Mi dormitorio —admitió él a regañadientes—. Sí.

Su estómago se apretó ante el bombardeo repentino de sensaciones eróticas. *Valerian. Cama.*

*Infiernos. No.*

Ella tembló otra vez.

—¿Vas a encerrarme dentro?

La pregunta tembló desde ella.

—No —había más determinación en esa única palabra que la que ella había escuchado en su vida entera.

—¿Q-qué vas a hacerme?

En lo más profundo, ya sospechaba lo que la respuesta iba a ser.

—Hacerte el amor, Luna. Voy a hacer el amor contigo.

—No, no. ¡No! —clavó los talones en el suelo pulido de ébano, parándolos abruptamente—. Me niego. ¿Me oyes? ¡Me niego!

Lentamente él se dio la vuelta y la enfrentó. No soltó su mano. Sus labios exuberantes eran firmes, su expresión ruda delineada en piedra.

—Estoy herido —dijo, como si ella debiera saber por qué eso era importante.

Ella lo miró ceñuda.

—Puedo ver que estás herido. Aun así te lo advierto. Deberás saber que tendrás más lesiones si lo intentas y me llevas a la cama.

—Estoy herido —repitió—. El sexo me fortalece. Me curaré más rápido una vez que te haya penetrado.

Un jadeo caliente burbujeó en su garganta, casi estrangulándola.

—Oh, puedes morirte por todo lo que me preocupa. No te permitiré —ondeó una mano a través del aire— penetrarme.

—Encontrarás mi forma de hacer el amor exquisita —las esquinas de su boca se movieron gradualmente hacia un profundo ceño fruncido—. Te lo aseguro.

—No.

—Shaye —aduló—. Dulce Rayo de Luna.

—Valerian —contestó bruscamente—. Putaño.

Un músculo se crispó junto a su ojo.

—He rechazado a todas las otras mujeres por ti. Públicamente he prometido hacerte mi reina.

—Lo estoy registrando justo ahora diciendo que me importa una mierda y mi respuesta es no.

Si ella había pensado que su expresión era dura antes, ahora comprendió el error de semejante suposición. Su mirada se congeló con hielo turquesa; las ventanas de su nariz llamearon. Sus pómulos parecían cortados en vidrio.

—Te puedo hacer suplicar por ello.

Ella se estremeció con agitación pero dijo:

—No suplico por nada.

Él la valoró silenciosamente durante largo rato, entonces empujó una mano a través de su pelo, haciendo que varios mechones rubios cayeran sobre sus ojos. Una parte extraña de ella —una parte que revelaba más y más de sí misma últimamente— la instó a estirarse para alcanzar y acariciar esas hebras errantes de su cara bella. Sí, él podría hacerla mendigarlo. Ahí estaba. Lo había admitido. Su sabor decadente estaba todavía en su boca, la presión de sus labios impresos sobre su memoria. Pero ella tenía que resistirle. Tenía que combatirlo.

Y tenía que hacerlo para, al fin, escapar de él.

Antes de que pudiera dar un paso, sin embargo, él se acercó hacia ella y se lamió los labios, como si supiera —lo sabía, maldito fuera— exactamente qué recuerdo pícaro se reprodujo a través de su mente y planeó explotarlo de cualquier forma posible. Todos los pensamientos de escape desaparecieron.

—Te necesito, Shaye. Más de lo que alguna vez he necesitado a otra.

Sólo Valerian le hablaba con ese tono. Su voz como rica miel, ronca y caliente. Como si el pensamiento de su violación fuera una dicha exquisita. Como si, en su mente, estuviera ya desnuda y él estuviera dentro de ella. No tuvo respuesta para él —no una que ella estuviera cómoda dando.

El silencio otra vez los rodeó. Esta vez fue un silencio concedor, pesado. Un silencio tentador. Él esperó, dejando a su mente y cuerpo luchar por la supremacía. *Permanece fuerte. Sé fría.* Si él tocara... Espera. Él estaba tocándola y se sentía muy bien.

Se arrancó para liberarse de su agarre y avanzó lentamente hacia atrás, sin importándole si la acción era cobarde.

—Limpiaré tu herida, pero eso es todo. Nada más. ¿Entiendes?

Él consideró sus palabras mientras miraba fijamente sus ojos, midiendo su determinación interior.

—¿Te estás resistiendo porque casi maté a un hombre?

—No — admitió ella.

—Entonces, ¿por qué? Algunas mujeres aborrecen la violencia. Otras se excitan por ella —más y más cerca, llegó hasta ella—. ¿Cuál eres tú?

—Ninguna —dijo y se apoyó derecha en la pared. Jadeó—. A mí simplemente no... —dijo queriendo lastimarlo- ...me gustas tú.

Él se detuvo y apretó la mandíbula. Tal vez lo había herido, tal vez no. Pero definitivamente se había lastimado a sí misma. Mentir así provocaba que su estómago se apretara dolorosamente y su garganta se estrechara. *Se casual, sin afectación.*

—Oh, gracias. Podrías permitírmelo.

Ella bufó, esperando dar la apariencia de no estar de verdad impresionada. ¿Mientras ella le ayudaba, él la tocaría (accidentalmente)? ¿Ronronearía él su aliento caliente en sus orejas, sobre su piel y dejaría a su mirada candente devorarla?

—Pero no habrá... caricias.

Porque había una mejor pregunta: ¿Podría ella resistirse a él?

Ya su determinación se balanceaba en terreno precario. Quizá jugar al doctor no era tan inteligente, después de todo. Tenía que estar en completa alerta. Estar con Valerian, sospechaba, sería como clavarse una aguja llena de heroína. Adictivo, letal y absolutamente estúpido. Si pudiera resistirse a probarlo experimentalmente, no tendría que preocuparse de dejarlo. Y después de que ella lo curara, podría abandonarlo con la conciencia limpia.

*Ya lo has probado. ¿Te acuerdas de ese beso candente?*

*¡Cállate!*

—Mientras me ayudes —dijo—, no te acariciaré. Si, sin embargo, cambias de opinión y deseas hacerme eso, sólo lo tienes que decir.

Sin darle tiempo para responder, agarró su mano, giró y golpeó con los pies de nuevo en movimiento. Con sus palabras finales sonando en sus oídos, ella fue consciente de cada punto de contacto entre ellos. Suavidad contra callos ásperos.

—¿Tienes algo de Neosporin? —preguntó, esperando dejar su mente fuera de todo lo relacionado con sexo.

—No tengo ni idea, ni siquiera sé lo que es eso.

Cuando su pelo estaba húmedo, se formaba un pequeño rizo, comprendió. Luego frunció el ceño. ¿Por qué se preocupaba por su estúpido pelo?



—Es un medicamento para tus brazos.

—Reuniré todo lo que necesites.

Llegaron a la entrada de la habitación y, con su mano libre, echó a un lado el encaje blanco.

Él entró. Ella le siguió pisándole los talones. Aunque el cuarto estaba ubicado en el mismo corredor en el que ella había dormido, era más masculino que el de ella, una combinación de campo de batalla y ocio. Una cama grande ocupaba la zona más alejada, con sábanas arrugadas violeta y doradas y la huella de un gran cuerpo masculino. Una armadura de oro y un arsenal de armas colgaban en ganchos color rubí. Las luces del arco iris refulgían de las paredes, como diamantes atrapados en vidrio.

A un lado, el vapor flotaba de un baño-piscina, retorciéndose alrededor de los pétalos de las flores que flotaban en la superficie. Ese era un toque muy femenino y ella supo que Valerian no era el responsable. Una de sus muchas amantes debió haber preparado el agua.

—¿Este es tu dormitorio principal? —preguntó.

—Sí —dijo soltando su mano.

Lentamente ella miró alrededor. Notó que algunas de las paredes tenían huecos, como si cosas hubieran sido raspadas y sacadas de ellas.

—¿Joyas, verdad? ¿Cómo estas?

—Sí —repitió.

—¿Por qué está esta habitación todavía intacta? ¿Y la otra habitación tuya, en la que pasé la noche?

—Después de que tomé posesión de ella, me aseguré de que fueran dignas de mí.

Habló sin indicio de engreimiento, sin muestra de orgullo. Sólo la verdad.

—No tienes un concepto demasiado alto de ti mismo, ya veo.

De pies allí, Valerian bebió la vista de su mujer. Luego miró con anhelo la cama. Grande, llamando. Sábanas violetas con adornos dorados. Él quería a Shaye allí, extendida y accesible para su vista. Para su toque. Estando dentro de su cuarto, tener una cama cerca y a Shaye a su alcance, puso a prueba un dilema intoxicante.

¿Por qué le había prometido no tocarla sexualmente mientras ella lo atendía?

Nunca había tenido que seducir a una mujer antes. Siempre lo habían deseado, sin necesitar provocación. Shaye lo hacía sentirse confundido. Mientras él estaba sediento de cada parte suya, ella continuamente lo apartaba. Y de todas las mujeres en el mundo, ella debería quererlo más.

¿Cuánto tiempo más podría resistir su cuerpo el rechazo?

No mucho, sospechaba.

Recogió trapos limpios, una palangana de agua caliente, una jarra de aceite limpiador y una ampolla de sanadora arena del Bosque de los Dragones. Colocó todo en una bandeja. Sus oídos permanecieron sintonizando cada movimiento de Shaye, no fuera que decidiera escaparse por la puerta.

Sorprendentemente, no lo hizo. Se quedó exactamente donde él la había dejado, en el centro, contemplando su alrededor.

Sus ojos quedaron atrapados mientras caminaba hacia ella. Dios, era preciosa. Su pelo pálido estaba estirado sobre sus hombros, como una cortina erótica. Quería besarla. En lugar de colocar la bandeja en sus manos extendidas, se inclinó hacia abajo, lentamente, dándole mucho tiempo para que comprendiera lo que estaba haciendo.

Él no podría sobrevivir. Tenía que hacer esto, estaba indefenso para detenerse. Sin caricias, racionalizó.

Sus labios rozaron ligeramente los de ella. Un beso gentil, sin lengua, pero excitante de todos modos. Su perfume, como dulce nieve, llenó las ventanas de su nariz mientras captaba el jadeo en su boca.

—Gracias por atenderme —dijo, su voz tan suave como su toque.

Sus ojos se habían ampliado y ahora destellaban con un rastro de miedo. ¿De él? ¿O de ella?

—No soy conocida por mi gentileza —advirtió. Su voz temblaba—. Así es que podrías querer ahorrarte tu agradecimiento.

Él combatió una sonrisa y se enderezó.

—¿Entonces por qué eres conocida, pequeño Rayo de Luna?

—Ser una perra.

Mordiéndose los labios, se apropió de la bandeja y giró sobre sus talones.

—¿Eso no es un cumplido, verdad?

Sus hombros se levantaron en un encogimiento mientras ella se movía hacia una cómoda amatista.

—Para nada —dejó la bandeja en la superficie.

Después de que le explicó lo que tenía que hacer con cada artículo, él levantó la única silla del cuarto (intentando no hacer una mueca) y la colocó al lado de Shaye.

—Tú, como esa gente, crees que eres fría e insensible. También te has esforzado en convencerme de ello. Varias veces. ¿Por qué?

Sus labios se fruncieron y ella señaló hacia la silla con un ondeo de su mano.

—Sólo siéntate y cállate. Mi madre me hizo ver a psiquiatras cuando era niña, así es que no necesito un diagnóstico amateur ahora mismo.

—Cuéntame —le suplicó.

Él permaneció de pie. Ella podría pensar que deseaba ser fría, pero él veía los momentos de calor y suavidad que intentaba tan duramente ocultar. Notaba la manera en la que algunas veces vacilaba antes de dejar salir un insulto, como si tuviera que obligarse a decirlo. Y cuando hablaba de su naturaleza desinteresada, había tristeza en sus ojos cafés, una necesidad que aún no había aceptado.

—No hay nada que decir, realmente. A través de los años, aprendí que las emociones traen sólo dolor y trastorno.

Empujó sus hombros. Su fuerza no era rival para él, pero se aflojó en la silla de todos modos.

Con dedos algo temblorosos, barrió la arena oscura de su hombro, cuidando evitar su herida. Él se sobresaltó mientras el dolor fue tan agudo que se irradiaba de un rincón de su cuerpo al otro.

Él frunció el ceño.

—No sufriría ahora mismo si simplemente aceptaras lo inevitable e hicieras el amor conmigo.

—No seas un bebé. Te advertí que no era hábil en esta clase de cosas —remojó uno de los trapos con aceite—. Esto huele bien. ¿Qué es?

—Jabón, creo que tu gente lo llama así.

—Nuestro jabón no huele a esto, como orquídeas y cascadas mágicas. Su barbilla se inclinó y él la miró.

—Deseas que piense que eres lejana pero disfrutas complaciendo tus sentidos con olores deliciosos.

Frunciendo el ceño, palmeó la tela contra su herida. Él se rió, porque comenzaba a ver un patrón en sus rachas de cólera. Cuando su sentido de desapego estaba más amenazado, reaccionaba con mordacidad.

Mientras que gentilmente frotó la carne alrededor de la herida, limpiando sudor y polvo, ella dijo a regañadientes.

—Lo has hecho bien allí afuera.

Su diversión sucumbió en una muerte rápida. El impacto martilleó a través de él.

Un gruñido de alivio paladeó en sus labios. Quizás la violencia no la molestaba tanto como había temido. Se alegró, pues eso significaba que ella podría aceptar su vida aquí más fácilmente, donde las guerras constantemente se embravecían.

—¿Los hombres de la superficie permiten el combate cuerpo a cuerpo con espadas?

—No. No sin consecuencias.

—¿Cómo cuales?

—Si un hombre en la superficie mutila a otro hombre como tú hiciste hoy, a él se le sigue la pista y es encerrado en prisión. Si su víctima muere, puede ser ejecutado.

Él comenzó a repasar su explicación en su mente.

—¿Qué pasa si el hombre está protegiendo a los que ama?

—Todavía hay consecuencias, simplemente no son tan severas. Las personas en mi mundo denuncian las cosas más tontas imaginables. Supe de un caso donde un hombre forzó la entrada en la casa de otro hombre. El ladrón se cayó del techo y demandó al propietario de casa. Y en realidad ganó el caso, además. ¿No crees que es estúpido?

—No creo que me gustara vivir en la superficie, entonces.

—Bueno, a mí me gusta —dijo ella defensivamente.

Él suspiró.

—Este corte es bastante profundo —masculló ella, explorando el borde con sus dedos—. Creo que necesitas puntos.

Él se mordió los labios para esconder su respingo. Nunca había tenido que ocuparse de sus heridas antes. Después de una batalla, inmediatamente hacía el amor con una mujer y sus heridas desaparecían por sí solas.

—Lo que necesito es sexo —intentó un tono seductor, pero sonó reprobador—. Contigo.

Ella frunció el ceño, aún cuando ella tiernamente secaba la lesión.

—Estoy más que dispuesta a ir por una de las otras mujeres para ti.

Mientras sus palabras hacían eco entre ellos, ella apretó los labios. Una combinación de furia y estremecimiento —¿de que él pudiera aceptar la oferta?— se movió rápidamente por su expresión.

—Ah, pequeño Rayo de Luna. ¿Cuándo te enterarás que sólo tú podrás hacerlo?

Ella se relajó, su expresión suavizándose.

—Sí, pues bien, ¿Cuándo te enterarás que yo no me ando acostando con cualquiera?

—¿Te he explicado ya que eres mi compañera? —él no quería escuchar otra de sus negativas, así que añadió—. Tus protestas son absurdas.

—Una compañera es una socia dispuesta, ¿verdad? Creo que ambos sabemos que no estoy dispuesta. Ni soy tu compañera. O reina. No soy una reina.

Incapaz de evitarlo, él cogió las puntas de su pelo y pasó las hebras sedosas entre sus dedos. Las trajo a su nariz y las olió.

—Ah, dulce cielo. Hueles tan bien.

—No puedo decir lo mismo de ti.

Él no se dio por ofendido.

—Estoy más que definitivamente necesitado de un baño. ¿Te importaría unirme a mí?

Un estremecimiento la barrió y dejó caer el trapo al suelo.

—Maldita sea. Deja de decir cosas como esa.

—¿Por qué? Te quiero. No soy uno que niegue mis deseos.

—Sí. Capté eso.

Inclinándose, ella recogió el trapo y lo lanzó en la apagada hoguera de la chimenea. Recogió un trapo limpio e introdujo arena en un hueco abierto.

—Comprendes que estoy a punto de meter arena en una herida abierta, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Y todavía quieres que lo haga?

Su frente se arrugó.

—Por supuesto.

Ella negó con la cabeza, incrédula, entonces se encogió de hombros.

—Como quieras. Es tu infección —pero vaciló un momento antes de embarrar los granos en su lesión.

Él no habló durante mucho tiempo. Se concentró en su aliento, gentilmente abanicando su hombro. Se concentró en sus dientes, mordisqueando su labio inferior. Su polla se volvió progresivamente dura.

—El deseo sólo es algo natural, Luna —dijo—. Cuanto más lo niegas, más fuerte se vuelve, hasta que es todo en lo que puedes pensar, todo lo que puedes ver.

—Para ahora mismo —su voz vibró, y él supo que estaba afectada por lo que había dicho. Sus pezones eran duros puntos pequeños contra su camisa—. No intentes involucrarme en una conversación sobre deseos, ¿está bien? No me interesa.

Él le agarró la muñeca, cerrando sus dedos alrededor de sus huesos delicados con tranquilizadora sutileza. Todavía sin acariciar, se aseguró a sí mismo. La puso frente a él.

Su mirada se deslizó a su boca, a su erección. Un jadeo sorprendido se deslizó por ella.

—Tienes razón —dijo. La necesitaba tanto—. No deberíamos hablar de eso. Debería mostrártelo. Déjame que te lo muestre, Shaye. Déjame.

Repentinamente entrando en pánico, saltó lejos de él hacia la pared, donde ella agarró una de las espadas más pequeñas. La

sostuvo enfrente de ella, pareciéndose mucho a la reina guerrera que ella tan vehementemente negaba ser.

—No. ¡No! ¿Entiendes?

Shaye había estado combatiendo un deseo agudo por él desde que primero se había sentado y, cada vez que la tocaba, cada vez que la miraba, cada vez que él le hablaba, su resistencia se desmoronaba un poco más.

Él se congeló en el sitio, un vacío escudo cubriendo su expresión. Sólo sus ojos revelaron cualquier indicio de emoción. Se consumían de necesidad, furia y decepción.

—Muy bien —dijo—. Esta noche es tuya. No te tocaré.

*No, su cuerpo lloró. No me escuches. Lucha por mí.*

—Gracias.

Tenía que permanecer fuerte. No podía ceder. Las consecuencias eran simplemente demasiado grandes.

Clavaron los ojos el uno en el otro, cerrados en una batalla silenciosa.

—El mañana, sin embargo, me pertenece a mí. No habrá más negación, ¿entiendes?

Ella tragó saliva, no se atrevió a hablar.

—Si tratas de dejar este cuarto, lo lamentarás —se levantó y la dejó entonces, saliendo a grandes pasos sin una mirada atrás.

## CAPÍTULO 14

**L**a Dr. Brenna Johnston ató sus negros rizos en lo alto de la cabeza con una tira de tela. Como siempre, unos pocos de los rizos cortos escaparon y cayeron en cascada por sus sienes.

*¿Cómo me metí a mí misma en esta situación?*

Ella miró hacia abajo al hombre yaciendo inconsciente en la cama de seda color zafiro. Su hermoso pelo negro estaba desparramado sobre sus amplios hombros. Sus pestañas dibujaban sombras en sus mejillas. Su nariz levemente torcida, sus labios exuberantes.

Él se veía como un ángel caído.

Un agonizante, sangrante y atrincherado de dolor ángel caído.

La sangre fluía de las gruesas heridas de su pecho y muslo. Su piel, ella lo sabía de haberlo visto antes, estaba normalmente bronceada. Ahora estaba pálida, teñida escasamente de azul porque él había entrado en una forma leve de shock. Ella era cirujana, pero hubiera preferido trabajar en su hospital, con sus instrumentos y sus enfermeras. No con los frascos de aceite y arena que le habían dado, no en ambiente no esterilizado, no con ese guardia tarado vigilando en la puerta. Sin embargo, Brenna no podía dejar a su paciente morir. No lo haría.

Estaba aterrorizada desde que había sido llevada por estos gigantes, bestias amenazadores, pero por primera vez desde que había entrado en este... lo que fuera, ella se sintió en control. Como ella misma. Con confianza y en su elemento.

Brenna gesticuló hacia el guardia estacionado en la puerta, y él se acercó. Ella no retrocedió, pero se forzó a sí misma a quedarse donde estaba al tiempo que hacía señas de lo que necesitaba.

Su rostro de él se arrugó con confusión, y sostuvo arriba sus manos, una orden para que se tranquilizara.

—No entiendo qué estás haciendo. ¿No puedes hablar?

Ella suspiró interiormente. Sus cuerdas vocales estaban severamente dañadas desde años atrás. No había ninguna cicatriz en el exterior; no, sus cicatrices eran internas. Había sido atacada —un borroso, ennegrecido y odiado recuerdo que no podía permitirse a sí misma revivir en este momento, no si esperaba funcionar— y cuando podía hablar, su voz era... desagradable.

—Agujas —graznó—. Hilo. —Primitivo como él obviamente era, probablemente no distinguiría un escalpelo de un cuchillo de untar. —Instrumentos de operación.

Él se encogió ante el áspero y roto sonido, pero asintió y se fue corriendo. Cuando regresó un corto tiempo después, le traía una



apelmazada funda de cuero. Ella la desenrolló, encontrando un escalpelo de bronce, largos y finos garfios y varias agujas.

—Fuego —dijo ella—. Agua caliente.

Entendiendo, él agarró un pequeño candelero de la pared y lo arrojó dentro del hogar. Los leños dentro rápidamente se prendieron fuego, crujiendo y ardiendo. Después de que él trajera el cuenco de agua, ella calentó los instrumentos sobre el fuego.

Una vez que todo estaba tan esterilizado como podía estarlo, sus manos limpias, al fin se acercó al paciente, lista para actuar. Él aún no se había movido, ni hecho un solo sonido. Sus facciones estaban relajadas y sin afección.

Ambas cosas la regocijaron y preocuparon. Al menos no sentiría el dolor de su aguja. Pero tal sueño profundo... Brenna cuadró sus hombros y se puso a trabajar. Cortó sus pantalones, limpió las heridas abiertas de sus piernas y pecho, e hizo su mejor esfuerzo para reparar el tejido desgarrado, estaba en mejor forma de lo que ella se había atrevido a esperar. Sonaba fácil, rápido, pero ella estuvo a su lado varias horas y el sudor formaba gotas en su piel. Hacia el final, la fatiga sacudía sus brazos y espalda.

Con eso tendría que bastar. A ella le hubiera gustado hacerle una transfusión pero sabía que tal cosa era imposible. El hombre que la había elegido la pasada noche, Shivawn, había intentado aliviar su exceso de estrés explicándole dónde estaba y porqué la habían traído aquí. Por supuesto, su explicación sólo había intensificado su temor.

Nymphs. Atlantis. Sexo. Al principio ella no había querido creerle. De todas formas, después de todo lo que había sido testigo hoy, ya no tenía el lujo del descreimiento. Lucha de espadas y paredes enjoyadas. Almohadones de seda revestían cada pared y los guerreros teniendo sexo sobre ellos. Sirenas y un techo de cristal que producía luz. Las mujeres volviéndose locas, hambrientas de sexo.

Shivawn había esperado la misma fácil (y entusiasta) respuesta por parte de ella. Cuán sorprendido había estado de encontrarse con bofetadas y patadas y, le avergonzaba pensarlo, sollozos. Pero, finalmente la había dejado sola. Él había sido extrañamente... dulce acerca de toda la situación. Sorprendentemente protector.

Aún así, él ya se arrepentía de su elección; tenía que hacerlo. Esta mañana ella había vislumbrado a los otros guerreros (desnudos) en la cama con sus elegidas (también desnudas). Algunos de ellos

habían estado durmiendo. Shivawn tenía que querer eso para él mismo, pero ella no podía dárselo. Simplemente no podía.

Brenna sólo le había permitido escogerla porque así sería alejada del gran grupo de hombres. Contra un guerrero ella podía (posiblemente) luchar. ¿Pero con todos ellos? No había forma.

Ella suspiró. Durante las siguientes horas permaneció sentada al lado del hombre inconsciente -Joachin era su nombre, recordó- pasando un cálido y mojado trapo sobre su frente y haciendo todo lo que podía para ponerlo cómodo y evitando que se enfriara. Tanta sangre como él había perdido, era susceptible a la hipotermia.

—Brenna —repentinamente escuchó a Shivawn decir desde la puerta. Sonaba esperanzado—. Es hora de que vayas a mi dormitorio.

Su corazón golpeaba aceleradamente. *Permanece en calma.* Poco a poco se giró hacia él. El guerrero estaba parado al lado del guardia, quien pretendía estudiar la pared. Shivawn era un hombre bien parecido, con cabello castaño y ojos verdes, y una parte de ella deseaba ser una mujer normal para poder disfrutar de alguien como él. Verdaderamente, el sólo mirarlo la hacía sentir... anhelante por dentro. Pero ella negó con su cabeza.

Los hombros de él se desplomaron, y sus labios se comprimieron en una delgada línea.

—¿Por qué continuas rechazándome? ¿Te he lastimado de alguna forma?

Ella negó con su cabeza una segunda vez. No lo había hecho, y eso aún la sorprendía.

Él dio un paso hacia adelante.

—Sólo deseo darte placer.

Otra vez, negó.

—Me quedaré.

Él había oído su voz con anterioridad, así que no se encogió esta vez como al principio. ¿Su continuo rechazo causaría que Shivawn estallara? ¿Trataría de forzarla? ¿Transformándose de un gentil muchacho en una bestia? Un terrible temblor comenzó en sus miembros y se propagó hasta su estomago, revolviendo y girando.

Su expresión se suavizó al tiempo que la observaba.

—No entiendes la forma de ser de los nymphs, Brenna. Debemos estar con mujeres o nos volvemos débiles. —explicó pacientemente,

como lo haría con un niño—. Me estoy debilitando, mientras que los otros se vuelven fuertes.

—No.—Cuando ella finalmente decidiera estar con un hombre, sería con uno mucho menos... intimidante. Alguien que no pudiera quebrar su cuello con giro de su muñeca. Además, ella tenía un trabajo que hacer. Apuntó a su paciente—. Me necesita.

Shivawn la observó por un largo momento, diferentes emociones jugaban en su rostro. Desilusión. Arrepentimiento. Resolución. Él giró sobre sus talones y se retiró. Ella exhaló un suspiro de alivio y, sorprendentemente, de decepción.

*Vuelve al trabajo, Johnston.* Ella se volvió al guerrero herido y deslizó una mano por su demasiado-fría ceja. ¿Sobreviviría? Había perdido tanta sangre.

Él era más grande que Shivawn. Probablemente más fuerte. Más peligroso, seguramente. Pero se encontró a sí misma inclinándose hacia adelante, como si fuera atraída por un poder más fuerte que ella misma. Posó un suave beso sobre sus labios, esperando que mejorara. Odiaba ver a cualquiera sufrir. Nadie sabía mejor que ella cómo se sentía yacer en cama, rota, golpeada. Cerca de la muerte.

Sus ojos parpadearon hasta abrirse, como si por esa acción le hubiera dado la fuerza que él necesitaba para despertar. Él divisó su ceñimiento sobre él y frunció el ceño, confundido. Ella rápidamente se enderezó.

—¿Morí, entonces? —lo escuchó decir ella.

Su voz era débil y forzada. Aún así... se tenía que forzar a sí misma a permanecer en el lugar. *Él está débil. No puede lastimarte.* Su mano temblando, ella de nuevo tocó su ceja. Sus ojos estaban escasamente abiertos, pero podía ver el destello de maduro dolor en sus iris de color zafiro.

—¿Entré en el Olimpo?

Ella negó con la cabeza.

Su mirada viajó alrededor de la habitación.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estoy yo...? —Sus palabras hicieron un alto—. Valerian —dijo él entre dientes. —La pelea. Perdí. Yo perdí. —Él trató de sentarse.

Ella gentilmente lo empujó hacia abajo y apartó el cabello de su rostro, tratando de tranquilizarlo y aminorar su furia. Brenna no sabía

lo que haría si él decidía pelear contra ella. Bastante sorprendentemente, su toque parecía apaciguarlo. Se relajó.

Inhalando una profunda respiración, él alzó una mano y envolvió sus dedos alrededor de su muñeca. *Permanece es calma, permanece en calma, permanece en calma.* Ella trató de zafarse pero él la sostenía fuerte.

—¿Qué estás haciendo aquí, mujer de Shivawn?

Su pulso martillaba en su cuello al tiempo que ella apuntaba a sus heridas vendadas.

Sus cejas se unieron al estudiarla.

—¿Eres una sanadora?

Brenna asintió y una vez más trató de liberarse, pero su agarre permaneció fuerte. Él debería haber estado débil como un bebé.

—¿No puedes hablar? —preguntó.

—Rota —ella dijo, gesticulando hacia su cuello con su mano libre.

No se encogió ante el sonido de su voz, y una sensación de asombro la llenó. Él liberó su mano y elevó la suya a su cuello, donde el pulso aún palpitaba salvajemente. Sus dedos rozaron la piel suave, como si buscara una herida. Ella tiritó, horrorizada y necesitada. *¿Qué estaba mal con ella?* No había reaccionado a un hombre en varios años, sin embargo hoy había respondido a dos.

—¿Cómo?

Las personas siempre preguntaban, como si estuvieran averiguando sobre el tiempo o sobre dónde compró sus zapatos. Al principio, la pregunta la había desmoronado, trayendo las horribles memorias de siendo sujeta y estrangulada por su enfurecido y celoso novio. Ahora ella siempre respondía con un casual, “accidente de coche”, pero ella dudaba que este arcaico guerrero comprendiera lo que eso significaba.

Brenna mordió su labio y se inclinó hacia él. Indecisa, envolvió gentilmente una de sus manos alrededor del cuello de él y sacudió, luego apuntó al suyo propio con la otra.

Sus ojos se entrecerraron, y sus manos se cerraron en sus muñecas, mucho más gentil que antes.

—Alguien te estranguló.

Asentimiento.

—¿Un hombre? —Las palabras fueron tan calmadas que apenas las escuchó.

Otra vez ella asintió.

—No tocar —dijo el hombre de la entrada, probablemente se acababa de dar cuenta—. Ordenes del rey. Libérala, Joachim.

Ella se había olvidado de él.

Los ojos de Joachim se posaron sobre el guardia, y frunció el ceño. Los dos hombres trabaron una calurosa conversación en un lenguaje que ella no comprendía. Durante esta, Joachim retuvo su gentil agarre en ella.

No obstante, ella, finalmente, se las arregló para liberarse. El alivio la recorrió, y ella frotó su muñeca. Donde la había tocado la piel estaba caliente. Sensible. El hombre era atemorizante, volátil, violento; cualidades que ella aborrecía. No le debería gustar su toque.

—¿Te gustaría que lo matara por ti? —preguntó Joachim, sorprendiéndola.

Parpadeó confundida y apuntó al centinela a la puerta.

—No. Al hombre que te hirió.

Ella vaciló por un momento, luego negó con la cabeza.

—El poder es bueno —dijo él, su voz repentinamente debilitándose—. Herir a una mujer no lo es. —Sus pestañas arrastrándose hasta cerrarse, pero las forzó a abrirse.

No sabía, de todos modos, si él creía lo que había dicho o no. De cualquier modo, la lastimaría como una de esas personas que no podían controlar sus acciones cuando estuvieran enfurecidas. Después de la lucha de espadas de hoy...

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó él.

—Brenna.

—Brenna —dijo el nombre saboreándolo en su lengua. Pero al siguiente instante, su boca se tensó en una implacable línea. La furia escureció sus ojos, revolviéndose como un mar violento—. ¿Dónde está Shivawn?

Ella se encontró alzándose de la cama, temblando. En un parpadeo, él se enfureció. ¿Por qué? ¿Qué había hecho ella?

Él frunció el ceño al tiempo que sus pestañas se cerraban una vez más.

—¿Por qué estás alejándote de mí, mujer? ¿Vas a volver con tu amante? —Ésto último dicho con desprecio.

Antes de que pudiera alzarse de la cama y agarrarla, ella giró y huyó de la habitación, insegura de a dónde ir. Sólo sabiendo que tenía que dejar este lugar. Tenía que dejarlo a él.

**J**oaquim obligó a sus pestañas a abrirse y maldijo largo y tendido después de que Brenna se hubiera ido. Nunca se había sentido tan impotente, y el sentimiento lo enfurecía. No quería que ella fuera a Shivawn. Quería que se quedara. Con él. Quería que ella hablara con él.

De haber sido capaz, hubiera saltado de la cama y la hubiera forzado a regresar. Él era amo aquí. Pero ni siquiera podía confortarla o agradecerle apropiadamente por cuidarlo. En cambio, Shivawn tenía ese privilegio. No era como que el hombre le fuera a agradecer a Brenna por haberlo ayudado a él.

—Síguela, maldito seas. —le ordenó a Broderick, quien estaba parado en la entrada—. Asegúrate de que llegue segura a su destino.

—Mejor mira a quien le das órdenes — gruñó el guerrero antes de irse detrás de Brenna.

Joachim quería culpar a Valerian por su estado, pero no podía. Él había proclamado el desafío, y su primo lo había vencido justamente. Como un hombre que valoraba el poder y el control sobre todo lo demás, respetaba el triunfo de Valerian. Y, en este momento, comprendía la necesidad de su primo por la pálida mujer, su voluntad de hacer cualquier cosa para conservarla.

Joachim hubiera hecho cualquier cosa justo entonces para tener a Brenna.

## CAPÍTULO 15

**S**u propia mujer quería que estuviera alejado de ella tan desesperadamente que había sostenido un arma contra él, pensó Valerian al tiempo que entraba violentamente en el comedor.

—Mi propia compañera —gruñó—. Se rehúsa a complacerme. Se rehúsa a dejarme complacerla.

Lamentablemente, él no sabía qué hacer con respecto a la situación.

Excepto, tal vez, beber hasta el olvido.

Se detuvo abruptamente al divisar a Shivawn en la mesa, una jarra diferente en cada mano. El hombre ya tenía los ojos rojos y vidriosos y estaba bamboleándose en su silla.

Shivawn era joven, cerca de cien años de edad. Un bebé, realmente, comparado con los seiscientos años de Valerian. Sin embargo, Shivawn era un guerrero fuerte y veloz sobre sus pies. No vacilaba en dar un golpe mortal a sus adversarios. De hecho, si un enemigo necesitaba ser torturado, Shivawn se ofrecería para el trabajo.

Un buen hombre, ese.

De todas formas, Shivawn era impulsivo, dirigido por sus emociones. Tal vez era de esa manera porque su padre había sido serio, un seguidor de las reglas al extremo. Nunca desviándose. Como el propio padre de Valerian. Ninguno de ellos quería terminar como sus progenitores. Ambos hombres habían fallecido batallando contra demonios. Demonios que habían afirmado ser aliados, sólo para cambiar de parecer durante una charla pacífica y matar a todos los nymph presentes.

Tal era la manera de los demonios. Valerian, por supuesto, había reunido a los hombres, bebé como había sido, y atacado su campamento el mismo día siguiente. Mucha sangre se había derramado durante la batalla resultante. Sangre de demonio. Había sido su primera victoria, la primera de muchas.

¿Dónde estaba su victoria ahora? Podía derrotar a un ejército de demonios, pero no a una insignificante mujer.

—Mujeres —refunfuñó Shivawn.

—Mujeres —acordó Valerian. Se desplomó al lado de él y tomó una de sus jarras. Sólo quedaba la mitad del líquido. Vacío el contenido de un solo trago. Desafortunadamente, no encontró confort en el río que quemó hasta su estomago.

—Mi compañera de cama no me desea —dijo Shivawn amargamente—. ¿Cómo es eso posible? Soy un nimph.

—Al igual que yo. Soy un rey. Gobierno en este palacio. Mi palabra es ley.

—Tal vez... tal vez a Brenna sólo le gusten otras mujeres.

—¡Ja! Su preferencia sexual no importa. A todas las mujeres les gustan los nymphs. Ellas nos adoran.

Los hombros de Shivawn se desplomaron.

—No la entiendo. Ella realmente me teme. Me teme, como si fuera un monstruo que sólo quiere herirla. Nunca he lastimado a una mujer, Valerian. Nunca. Todas las mujeres me adoran. Me desean —suspiró fuertemente.

—¿Por qué te estás quejando? Tu mujer no te mantiene a distancia. —Valerian confiscó la otra jarra y la vació—. Además, Brenna no es tu compañera. ¿Por qué no te buscas otra amante? —Oh, él podría seguir su propio consejo. Debería encontrar a otra ya que Shaye no lo deseaba.



No, eso no era verdad. Ella lo deseaba. Él había visto el deseo en sus ojos, lo había oído en su voz, lo había observado en la forma en que sus pezones se endurecían. Ella sólo no quería desearlo, y por lo tanto luchaba contra él a cada paso del camino.

Sus besos, sin embargo...

Ella había estallado, volviendo a la vida. Una viviente chispa. Ella no había escondido su deseo entonces. Había gozado de éste. El cuerpo de ella había ardido por el de él, desesperada por que él satisficiera la aparentemente inagotable necesidad.

*¿Por qué no te encuentras otra?* se arrastró otra vez por su mente. Sus manos se aferraron alrededor de las jarras vacías, y las golpeó contra la mesa. No quería a otra mujer. En realidad, no podía tolerar el pensamiento de tener a otra en su cama. Sus brazos ansiaban a Shaye. Sus piernas ansiaban a Shaye. Su polla ansiaba a Shaye. Ella exudaba una esencia especial, y cada parte de él reconocía a otra mujer como imitaciones. Impostoras.

Shaye lo había envuelto en una terrible, maravillosa, odiada y amada... lujuria. Lujuria consumidora. ¿Cómo podría él ganársela? Ella había dicho que anhelaba su hogar y su trabajo. Bien, no podía darle lo primero, pero podía darle lo segundo. Ella había dicho Anti-tarjetas. A ella le gustaba escribirlas, había comentado. La primera cosa que haría por la mañana sería entregarle lienzos y piedras para escribir.

¿Derretiría eso su resistencia?

Sólo podía esperarlo.

Aparte de ganar sus afectos, quería saber todo sobre ella. Su pasado, su presente, su futuro. ¿Qué la había hecho la mujer que era? Mientras él quería derribar sus defensas al suelo, sólo abrirse paso a través de ellas, sospechaba que ella necesitaría un gentil cortejo. Suspiró.

—...no podemos encontrarlas —dijo Shivawn.

—Lo siento. Estaba pensando en Shaye. ¿Qué dijiste?

Frunciendo el ceño, Shivawn tomó una migaja de la mesa y la arrojó a un lado.

—Las únicas mujeres sin amantes son las tres mujeres de la superficie que vinieron aquí primero. No puedo encontrarlas. Las he buscado.

—Ellas están por ahí en algún lado —se frotó la mandíbula—. Aparecerán en algún momento, estoy seguro. Puedes reclamar una y dar tu moza de pelo negro a otro guerrero.

—Mujeres —dijo Shivawn de nuevo. Se detuvo, avanzó hacia la cocina y regresó con sus brazos llenos de jarras enjovadas.

—Mujeres —acordó Valerian. Rápidamente vació dos de ellas, el contenido ya no quemaba—. Le he dicho a Shaye cuanto placer puedo darle, pero ella no escucha.

—Tal vez ella necesite escuchar algunos testimonios de tus anteriores amantes.

Él parpadeó. En su estado actual, no parecía una mala idea. Ella podía suponer que su declaración no era más que una expresión de orgullo, pero tendría que creer a las mujeres que realmente experimentaron la felicidad de su toque. ¿Cierto? Nada más la había convencido.

—No creo que a Brenna le interesarían los testimonios. —La voz de Shivawn era un poco balbuceante—. Creo que me seguiría temiendo. Mujeres —gruñó—. No las necesitamos.

—No las necesitamos —repitió Valerian, alzando otra jarra. Pero la declaración tuvo un sabor asqueroso en su boca. Su supervivencia dependía de Shaye, así que sí, él la necesitaba.

—Me estoy volviendo débil como un bebé —admitió Shivawn—. Hace un rato, tropecé y caí como un torpe dragón saliendo del cascarón.

—Los dioses seguramente nos maldijeron cuando nos amarraron al sexo.

—Antes de venir aquí habría dicho que ellos nos bendijeron. Hubiera dicho que éramos obviamente sus preferidos.

Ninguno de ellos tenía esa ilusión en ese momento.

—Mucho más —agregó Shivawn—, y ni siquiera la auto-satisfacción me ayudará.

—¿No saben nuestras mujeres que tenemos necesidades?

Por un largo momento, ninguno de los hombres habló. Shivawn finalmente dijo:

—No creo que alguna vez quiera encontrar a mi compañera. Tal vez vagaré por toda Atlantis, sirviéndome de toda mujer que me encuentre.

—El peligro en ello, amigo mío, es que muchas mujeres se verán esclavizadas a ti. Y como allí no habrá otro nymph salvo tú, deberás velar por sus necesidades. Todas sus necesidades, por tu cuenta. Ellas se resentirán por el tiempo que pases con las otras, y si dejan atrás a un amante rechazado, ese amante te capturará por venganza.

Shivawn lo miró con rabia.

—Gracias por destruir mi sueño —dijo secamente.

—De nada.

—La compañera humana de Theophilus no le está dando problemas. ¿Por qué crees que es eso? ¿Qué está haciendo él que nosotros no?

Valerian enlazó los dedos detrás de la nuca y se reclinó, dirigiendo los ojos hacia el cielo raso. Parpadeó sorprendido. Dos sirenas tenían sus pechos, manos y rostros presionados contra el cristal, mirando hacia abajo a él y a Shivawn.

Shivawn palmeó su brazo para obtener su atención.

—¿No tienes una respuesta?

—He olvidado la pregunta —dijo, desviando la mirada de las sirenas—. Lo siento.

—Estás distraído. —Una afirmación, no una pregunta.

—Sí.

—Desearía saber por qué la compañera humana de Theophilus no le da problemas.

Valerian también le hubiera gustado saber la respuesta a eso. Se imaginó la mujer en cuestión. Ella era un tímido pajarito. Puro, aunque poseyendo un delicioso regordete cuerpo hecho para las manos de un hombre. No había opuesto resistencia de ninguna clase. Le había simplemente echado una mirada a Theophilus y se había ofrecido a él.

Luego se imaginó a Shaye, quien quería que el mundo pensara en ella como glacial e intocable. Quien no hablaría de su familia. Cuya hermosura lo había cegado a todas las demás.

—Quizás nuestras mujeres tengan secretos, tristes y dolorosos secretos. Secretos que les permiten mantenerse alejadas de nosotros y permanecer inmutables.

Él sabía que Shaye tenía secretos.

Desentrañarlos se había convertido en una obsesión. Una necesidad. Como el respirar. Como el sexo. Si ella de nuevo se negaba a contarle, bien, él se vería rebajado a suministrarle de beber. De una manera u otra, él aprendería la verdad sobre ella.

Ella le contaría cada detalle de su vida. Y en la narración, tal vez encontrara la llave para ablandarla y ganar su corazón.

Shivawn se pasó una mano por el cabello oscuro, sus pulseras chocaron entre ellas.

—Trataré y adivinaré los secretos de Brenna, y veré si ella me tendrá después —dijo, repitiendo los pensamientos de Valerian. Se detuvo—. Este... trabajar para ganar a una mujer. No es divertido.

—No.

—He aprendido que no me gustan los desafíos.

—Como a mí.

—Mujeres —gruñó Shivawn.

—Mujeres —acordó Valerian.

Ellos chocaron sus jarras entre si y bebieron profundamente.

**S**haye yacía en la cama, preguntándose dónde estaba Valerian, qué estaba haciendo. Con quién lo hacía.

¿Estaba con otra mujer?

Había estado excitado cuando la había dejado. Dolorosamente y totalmente excitado. Afirmaba no querer ninguna mujer salvo a ella, pero los hombres frecuentemente cambiaban de opinión. Especialmente cuando estaban excitados y una mujer les decía que no.

Estrujó las sábanas de seda entre las manos. Estaba enojada consigo misma. Desde que Valerian había salido violentamente, ella no había tratado de escapar. No, se había bañado. Había pensado en Valerian. Se había probado los preciosos vestidos del vestidor. Había pensado en Valerian. Se había recostado para una siesta.

Había deseado a Valerian.

Ella lo había... extrañado.

Soñó con él cuando cerró los ojos y lo deseó cuando los abrió. No había escapatoria a la atracción del hombre.

El día había pasado. La noche había venido e ido, y la mañana había, una vez más, aparecido. Ninguna le ofrecía ningún alivio. Hoy, decidió, se iba a casa. No podía haber más retraso. No más distracciones. Ella se había aproximado demasiado, acercado malditamente demasiado, para entregarse y desnudarse por él. Para permitir a Valerian tomar su... cuerpo y alma.

Era demasiado peligroso. Demasiado potente.

—Ven.

Shaye casi salta fuera de su piel, sobresaltada como estaba por su voz. Lentamente se sentó, temiendo, anticipando lo que vería. Su corazón saltó dentro de su pecho en el momento en que ella lo divisó. Él estaba parado en la entrada, sosteniendo la cortina fuera del camino. Era total masculinidad, puro sexo. Vestía pantalones negros, una camiseta negra que anudaba al cuello, y su cabello estaba en completo desorden.

—Ven —repitió. No había ni rastro de emoción en su tono. Sus ojos estaban tensos, su boca afinada en... ¿desagrado? ¿Dolor? Él alzó las manos y gesticuló hacia ella con los dedos.

—¿Por qué? —Permaneciendo en el lugar, ella enrulaba con un dedo las puntas de su aún húmedo cabello—. ¿A dónde me llevarás?

Él de nuevo gesticuló con los dedos.

—No voy a abalanzarme sobre ti, si es lo que temes. —Cuan distante estaba, tan diferente a su yo habitual.

¿Ya se había dado por vencido con ella? ¿Planeaba ahora llevarla de nuevo a la superficie? Decepción se sacudió en ella. *Deberías estar encantada, itú gran tonta!*

Tragó en seco, pero se alzó y avanzó hacia él. Ella apretó su mano ofrecida. Él inmediatamente se giró y la arrastró por el corredor.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—Debo practicar con mis hombres. Para asegurarme que no provoques problemas mientras estoy ocupado, te quedaras en una habitación con las otras mujeres.

—Oh —No la estaba devolviendo, y estaba enojada con respecto a eso, realmente lo estaba.

Unos minutos después ellos alcanzaron la habitación en cuestión. Ella no pronunció ni una palabra, incluso aunque no quería pasar tiempo con las mujeres enfermas de amor y locas por sexo de la boda de su madre. *Bien, siempre puedes usar el tiempo alejada de Valerian para escapar. Como tú caprichosamente planeaste.*

Sí, eso es exactamente lo que ella haría. No más soñando sobre Valerian. No más pensamientos locos acerca de quedarse.

Varios hombres estaban parados en guardia a la entrada. Uno sostenía un fajo de papeles y finas y coloridas rocas. Valerian los tomó y se los extendió a ella.

—Pensé que podías disfrutar escribiendo algunas de tus Anti-tarjetas.

Un momento pasó antes de que sus palabras se registraran, y la boca de ella cayó abierta. Con manos temblorosas, ella apretó el fajo. Cuan... dulce. Él los había juntado para ella. Su estomago se tensó con varias emociones diferentes, emociones que no quería nombrar. Él no había ido por el camino fácil dándole flores y dulces. No, él había buscado algo que ella amaba, algo específico para ella.

—Gracias —dijo suavemente.

—Mi placer —dijo, su voz áspera. Él se giró hacia los hombres, diciendo—: Quiero dos guardias... no, cuatro guardias apostados en esta puerta todo el tiempo. Nadie entra o sale sin mi permiso. ¿Entendido?

Cada uno de los guerreros asintió.

Valerian se giró hacia ella.

—Debo irme.

Sus ojos se encontraron, y ella luchó contra la urgencia de alzarse sobre la punta de los pies e inhalar su aroma, absorber su fuerza. *Bésame*, suplicó ella silenciosamente, odiándose por el deseo pero incapaz de detenerlo. Al final él no lo hizo. Él apartó la cortina y le dio un gentil empujón hacia el interior de la habitación.

—Hasta luego —le escuchó ella susurrar. Y luego se había ido.

## CAPÍTULO 16

—**N**unca en toda mi vida había sido complacida como anoche.

—Yo, tampoco.

—Dios mío, yo, tampoco.

Shaye contempló el cuarto. Había un sofá, mil almohadas de seda, libros que parecían hechos de lona en vez de papel, agujas e hilo. Una habitación de entretenimiento, pensó. Estupendo. Las mujeres ocupaban todo lugar, con un mar de gorjeos y risas. Nunca había visto un mejor ejemplo de harén.

La mirada de Shaye se desvió hacia la puerta cubierta con una cortina y se mordió los labios. Era el momento.

—Señoras —dijo quedamente. Dio unas palmadas hasta que hubo conseguido la atención de todo el mundo—. Ya es hora de pensar en salir de aquí. Somos bastantes para sobrepasar a los guardas. Podemos buscar un camino a casa.

Alguien se rió.

—¿Por qué querríamos hacer eso?

—Yo no iré —dijo alguien más.

—Yo me quedo.

—Si intentas correr, avisaré a Valerian.

Shaye apretó los dientes de frustración y rabia.

—¿Por qué queréis quedaros? —dijo las palabras para sí misma, también—. No significáis nada para estos tipos.

Durante más de una hora las damas cantaron las alabanzas del éxtasis sexual que habían recibido. Durante más de una hora argumentó en contra con discursos sobre el hogar y el respeto. Varias mujeres, finalmente, se cansaron de escucharla y llamaron a los guardas. Para su máxima mortificación, llamaron a Valerian.

El rey no tardó mucho en responder. Caminó a grandes pasos dentro de la habitación sin preámbulo. Estaba sudoroso y sucio. Él no le dijo nada, simplemente la aplastó, envolviéndola en sus brazos, y procedió a sacarle a besos el aliento.

El beso duró sólo unos instantes, el tiempo suficiente para recordarle su sabor y volverla loca mientras consumía todos sus sentidos. Cuando él se apartó, jadeaba. Las mujeres se iban acercando a él, tratando de alcanzarlo... de tocarlo.

Shaye les frunció el ceño.

—Se buena —le dijo—, y te llevaré a Ciudad Exterior cuando termine de entrenarme.

Dicho lo cual se fue.

Oh, qué injusto, pensó, hacerle semejante promesa.

Los suspiros decepcionados llenaron la habitación. Intentando desacelerar su latido errático y enfriar su piel caliente, Shaye encontró un rincón desocupado y se dejó caer con un plof sobre una almohada. No podía evitarlo; realmente quería ver Ciudad Exterior en persona. El único vistazo que le había dado no fue, ni de cerca, suficiente. Desde el principio la había observado, había querido respirar su aire y absorber su ambiente.

Se escaparía mañana.

*No estoy aliviada por esto. No estoy feliz de pasar más tiempo con Valerian.* Para distraerse, usó sus suministros nuevos para echarse las cartas. Hacerlo siempre había sido un gran liberador del estrés para ella, y si alguna vez había necesitado desestresarse, era ahora. Ya tenía unas cuantas buenas en mente.

*“Mientras los días pasan, estoy tan feliz de que no estés aquí para arruinármelos”.*

*“¿Quieres algo de mí? Uy, lo siento. Ya le di uno a tu hermano.”*

Una tercera tarjeta cayó en su cabeza, y era tan diferente a las demás que parpadeó por la sorpresa.

*“Algunos hombres no son tan malos. Adivino.”*

Antes de que pudiera considerarlo cuidadosamente, alguien dijo:

—Estoy tan celosa de que hayas sido escogida por Valerian, ese gigantesco pastel de carne rubio —en ese momento todos los ojos se enfocaron en Shaye—. ¿Fue tan bueno como parece?

—Además peleó por conseguirte —otra suspiró soñadoramente—. ¿A que es romántico? Soy Jaclyn, a propósito.

—Yo soy Shelly —dijo una elegante, casi real rubia—. Le pertenezco a Aeson.

—Soy Barrie —dijo una morena lacia, de voz suave.

—Rissa —dijo la pelirroja que había querido pelear con ella por acercarse demasiado a Broderick.

Ahora parecía jovial, casi cariñosa.

Sin parar todas se presentaron.

Aunque habían sido invitadas a la boda y amigas de su madre —o tal vez de los nuevos maridos— Shaye realmente no las había conocido hasta ahora.

—¿No somos las chicas más afortunadas del mundo? —dijo Jaclyn.

Varios chillidos de deleitado acuerdo hicieron erupción.

—Entonces, ¿es bueno Valerian? —preguntó Barrie ansiosamente—. Camina y habla como un sueño húmedo... apuesto a que el rey folla como un animal.

Shaye apostaba que lo hacía, también.

Y no le gustó que esta mujer se preguntara sobre Valerian, quizá imaginándolo desnudo. Un sentido de posesividad se levantó dentro



de ella, caliente y fiero. Era una posesividad de uñas desnudándose, de gruñidos entre dientes que la sorprendió con su fuerza innegable.

*Tú no lo quieres, ¿recuerdas? Lo mantuviste alejado con una espada. Tuviste tu oportunidad con él y no la tomaste, así que déjalo ir.* Debería estar feliz de que alguien más lo quisiera. Debería alentar a Barrie para enterarse por sí misma si Valerian ciertamente follaba como un animal.

No lo hizo, sin embargo.

No podía.

Algo dentro de ella, con una avaricia que no había sabido que poseía, dijo: *Mío. Sólo mío.* Odió ese sentimiento, pero allí estaba. Se rehusaba a irse.

Barrie y las demás pronto se cansaron de esperar su respuesta. En realidad, se olvidaron de Shaye enteramente, y reanudaron su conversación acerca de sus amantes como si nunca hubiera sido interrumpida.

Shaye estiró sus piernas y apoyó los pies encima de una almohada. La frustración –por tantas razones diferentes– la carcomía. ¿Frustración sexual? Sí. ¿Confusión? Definitivamente. Suspirando, acercó su cuaderno de apuntes y sus piedras a su pecho. No quería convertirse en una de estas mujeres enfermas de amor. No quería perderse por un hombre.

Y eso era lo que pasaría si se entregaba a Valerian. Tontamente, eso parecía importar cada vez menos.

Un corto tiempo después, guerreros diferentes comenzaron a entrar en la habitación, recogiendo a sus mujeres. Estaban cubiertos de sudor y arena, también de sangre. Cada vez que la cortina se alzaba, se encontraba tensándose de temor y anticipación. ¿Sería Valerian?

Nunca lo fue.

Pronto habían quedado sólo unas pocas hembras. Una era la chica de pelo negro rizado y tristes ojos cafés, la que había luchado en la playa y, como Shaye, no había querido ser escogida por un guerrero. Shaye la observó durante un momento, entonces recogió sus cosas, se levantó y caminó hacia ella.

Normalmente Shaye no se acercaba a los desconocidos y entablaba conversaciones. Eso completamente invalidaba su preferencia a “permanecer distante”. Pero había algo vulnerable en esta chica. Algo casi... obsesivo. Se encontró atraída a ella, compadeciéndose de su obvia infelicidad.

—Hola. Soy, eh, Shaye.

Dios mío, se sintió torpe. Sin una invitación, se sentó.

La chica le dirigió una mirada nerviosa.

—Brenna —dijo ella. Su voz era profunda, ronca, titubeante y forzada. ¿Una fumadora?

—He notado que eres la única persona, a parte de mí, que no está eufórica de estar aquí. Eres tú... el que te escogió...

Brenna sacudió la cabeza.

—Bien —Shaye suspiró aliviada.

Justo enfrente de ella, había una mesa amontonada con comida. Se inclinó, robó un puñado de dados de pan, dándole unos cuantos a Brenna. Comieron en silencio durante un poco.

—Yo, eh, también noté que dijiste que eres una sanadora y que fuiste la encargada del cuidado de Joachim.

Un asentimiento —este indeciso.

—¿Cómo le está yendo a él? ¿Vivirá?

Otro asentimiento —este seguro. Y, Shaye vio, había un brillo de algo... caliente en los ojos cafés de la chica. Oh, oh, oh. ¿Qué era esto? ¿Estaba enamorada Brenna de su paciente?

—¿Te gusta él? —preguntó.

Brenna sacudió la cabeza violentamente. Protestando demasiado, estimó Shaye. Ella sabía todo sobre eso.

—Asustada —dijo la chica.

Asustada. Sí, Shaye había experimentado su parte justa de esa emoción. Al principio, su miedo había sido a lo desconocido y a que Valerian tuviera la intención de lastimarla. Ahora, bueno, su miedo era por una razón enteramente diferente. Si ella deseaba a Valerian tan intensamente ahora, ¿qué pasaría si de verdad supiera cómo era hacer el amor con él?

*No te atreves a descubrirlo, de cualquier modo. Te mantienes combatiendo la atracción.*

—Me pregunto por qué todas las mujeres son esclavas de sus hormonas y nosotras no lo somos —meditó en voz alta.

—Inteligencia —dijo Brenna, y ambas se rieron.

Pero el humor de Shaye rápidamente se desvaneció.

—No me siento inteligente.

—Yo tampoco —Brenna suspiró abatidamente, su humor ido, también.

Shaye abrió la boca para preguntar por qué, pero su mirada se enredó en los dos hombres que repentinamente entraron en la habitación. Shivawn y Valerian. Valerian se detuvo y permaneció completamente quieto, observándola. Un temblor de conciencia barrió a través de ella.

Espontáneamente, se puso de pie. Su agarre se apretó en el cuaderno, pero nunca quitó los ojos de él. Era la vista más bella que alguna vez hubiera contemplado, y en todo lo que podía pensar en ese momento fue en su boca en la de ella.

—Ven —dijo él, tal y como había hecho más temprano esa mañana.

Ella lo hizo. Sin protestar. Brenna y todo lo demás olvidado. Mío, su mente susurro, todos sus instintos posesivos saliendo a flote. Él la condujo por el vestíbulo y su corazón dio un revoloteo nervioso. Él parecía decidido. Endurecido.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A Ciudad Exterior, tal como prometí.

**V**alerian escoltó a Shaye fuera del palacio saliendo al calor de la tarde. La cúpula de cristal resplandecía brillantemente y las aves trinaban juguetonamente. No habían salido aún, pero él ya tenía una necesidad fiera de regresar. Así que, cuando alcanzó los establos, rápidamente le ordenó a uno de los centauros que se preparara para el viaje. El oscuro hombre caballo brincó en acción, trotando hacia él.

—Será un placer llevarte dentro de la ciudad, grandioso.

Shaye se quedó mirándole estúpidamente.

—Eh, ese caballo es mitad hombre —dijo—, ¿y esperas que lo monte?

—Sí.

Ella tragó saliva. Valerian montó y le tendió la mano. Tentativamente, colocó su palma sobre la de él.

La sentó detrás de él, amando la sensación de ella apretada tan cerca de él. Pero por mucho que la amara, aumentaba su necesidad de apresurar este viaje. *Quieres que ella se enamore de la ciudad, ¿recuerdas?*

—¿Es una salida larga? —preguntó después de que el centauro comenzara a bajar los acantilados. Sonaba nerviosa.

Valerian no contestó. Había entrenado a sus hombres y a si mismo hasta que el sudor les había empapado. Hasta que el agotamiento se había establecido. Había necesitado una salida para su frustración, pero no había funcionado.

Había una única cosa que funcionaría.

Shaye, en su cama. Shaye, unida a él.

Nunca había estado más determinado a ganársela.

—Lo siento, pero no podemos quedarnos mucho rato.

—No me importa. Estoy feliz sólo de hacer una visita.

Feliz. Justo la forma en la que la quería.

Alcanzaron Ciudad Exterior en minutos.

Como siempre, no hubo hembras presentes. Habiendo sentido su llegada, se habían escondido. Sólo los varones (Centauros, Minotauros y Formorians) llevaban las mesas y tenderetes, vendiendo sus mercancías, desde comida a joyería y para vestir.

Mientras estaban allí, Valerian estuvo pendiente de cada necesidad de Shaye. Cada vez que ella quería mirar, él la llevaba.

Cuando tuvo sed, le compró una bebida. Cuando tuvo hambre, le compró un bocadillo. Pasteles de carne deliciosos que sedujeron las papilas gustativas. Mientras el tiempo pasaba, se olvidó de su necesidad de regresar y simplemente disfrutó.

Al principio ella tuvo cuidado con él y lo trató fría y distancientemente. Pero mientras una compañía ambulante de sirenas varones los adelantaba en la calle empedrada, cantando sobre amor y pasión, ella comenzó a calentarse, como si simplemente no pudiera evitarlo. Observó con deleite. Los Grifos fueron a la carga tras ellos, persiguiendo sus colas y ella saltó después de ellos. Él nunca la había visto tan relajada. Tan feliz.

Mirándola, el ligero resplandor a su alrededor era como un halo y el amor se hinchó dentro de su pecho. Ésta era la verdadera Shaye. Él lo sabía, lo sentía, y la traería aquí todos los días si fuera necesario. La próxima vez, incluso la llevaría a las cascadas y la observaría chapotear en las piscinas.

—¿Crees que alguien podría está vendiendo naranjas? —le preguntó tristemente, desacelerando el paso.

—Podríamos mirar.

Pero los pocos puestos que vendían fruta estaban fuera. Shaye no podía ocultar su decepción y Valerian juró registrar toda Atlántida si era necesario. Su compañera tendría sus naranjas antes de que el día finalizara.

—¿Lista para regresar?

Ella lanzó una mirada triste a su alrededor.

—Sí. No puedo creer lo bello que es este lugar —dijo mientras encontraban y montaban a su centauro.

—Es el paraíso.

Ella era el paraíso.

—Gracias por traerme.

—Ha sido un placer, mi amor. Mi placer.

Ella tembló contra de él.

Sus labios se levantaron en una sonrisa lenta... agradecidamente, fue una sonrisa que ella no pudo ver. Sus defensas estaban bajas, justo como había esperado, y su deseo por él estaba manifestándose. Llegaron al palacio algunos minutos más tarde, y su sangre se acaloró. Era casi el momento...

En el establo él desmontó y ayudó a Shaye a hacer lo mismo. Ella ya no dudó en tocarlo, se complació al notarlo. Después de darle al centauro las gracias por el paseo, condujo a Shaye a su habitación. Por el camino, envió a uno de sus pocos de sus hombres para ir a buscar naranjas.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo a Shaye.

—¿Buena o mala?

Antes de recogerla para su viaje, él había ido a su cámara y la había llenado de comida. Había perfumado la piscina con aceite y había quitado algunos de los candelabros de la pared para una atmósfera más oscura. También había puesto en círculo un grupo de almohadas de raso alrededor de una mesa baja casi desbordándose de frutas y postres.

Cuando ella vio lo que había hecho, sus ojos se ampliaron.

—Eres... esto es...

—Siéntate a la mesa —le indicó.

Durante un minuto ella no obedeció. Pasó la mirada de él a la mesa, de la mesa a él. Tragó saliva. Él esperaba que dijera algo en reprimenda, pero lo asombró caminando hacia la mesa y sentándose.

Él amaba la manera en la que su camisa y pantalones envolvían su cuerpo delgado, pero en todo lo que podía pensar era en meterse debajo de ellos.

Él se quitó su armadura, desabrochando los enlaces en sus hombros y dejando las piezas de oro caer al suelo. Se lavó la cara en la palangana, salpicando agua fresca sobre su piel. Debería haber tomado un baño antes de recogerla y llevarla dentro de la ciudad, pero había estado demasiado ansioso para verla. Y una parte de él esperaba tomar un baño con ella.

—Vamos a tener una conversación, tú y yo —dijo, caminando a grandes pasos hacia la mesa.

Se sentó enfrente de ella y llenó dos copas de vino.

—Muy bien —sonaba renuente, insegura.

Al menos ella no se lo había negado categóricamente.

—Iba a hacer que unas cuantas de mis anteriores amantes te informaran acerca de mi maravillosa habilidad, pero a la luz del día no pareció tan sabio.

—No —contestó, casi atragantándose con su vino.

—En lugar de eso, te contaré algo sobre mí mismo. Luego tú me contarás algo sobre ti misma. Una conversación, como dije. ¿Tenemos un trato?

—Odio hablar de mí misma —dijo, pasando la punta de su dedo por el fondo de su vaso.

—Cálmate, lo harás —una pausa—. Por favor.

Ella se mordió el labio otra vez, pero asintió con la cabeza.

El sorbió su copa de vino, observándola sobre el borde.

—Comenzaré —hizo una pausa, reagrupó sus pensamientos. ¿Cómo iba uno a llegar a conocer a otra persona? ¿Qué pizca de su pasado debería darle?—. Yo... tuve un hermano —dijo.

Era un tema tan bueno como cualquier otro para empezar, supuso, aunque era algo de lo que raramente hablaba, y nunca con una mujer. El asunto era demasiado doloroso.

—¿Tuviste? —preguntó ella suavemente.

Asintiendo, él pellizcó un pedazo de pescado entre sus dedos y lo echó en su boca. Masticó, tragó.

—Era mi gemelo. Fue secuestrado cuando éramos niños.

Sus ojos se ampliaron.

—¿Quién se lo llevó?

La furia familiar lo llenó, pero él la aplastó hacia abajo.

—Las Gorgonas.

—¿Las gor... qué? —ella cruzó las piernas, una al otro lado de la otra y se inclinó hacia adelante, apoyando sus codos sobre el mantel. Él tenía su atención completa. Estaba interesada en lo que él tuviera que decir y sus escudos usuales estaban todavía bajos.

—Las Gorgonas son una raza de mujeres que le pueden convertir a un hombre en piedra con sólo una mirada. Las serpientes reptan en sus cabezas. Son malas. Pura maldad.

—Ah. Como Medusa. ¿Por qué se lo llevaron?

Valerian deslizó una bandeja de uvas hacia ella y le hizo señas para que tomara una. Ella lo hizo.

—Esperaban intercambiarlo por la ayuda de mi padre, la cual no recibieron —agregó misteriosamente—. Mataron a Verryn por eso. Él y yo compartíamos una conexión mental, y cuando esta se volvió oscura supe que él se había ido —lo último emergió como poco más que un susurro. Él devolvió la mirada hacia Shaye, tratando de limpiar su mente de los recuerdos odiosos—. Ahora, te toca a ti. Cuéntame algo sobre ti misma.

¿Qué debería contarle ella? Shaye se preguntó. Él había contado algo personal, algo doloroso. Ella no podía hacer menos. Aun así, trató de contenerse. Intentó no revelar demasiado. Él la había encantado completamente hoy y temía que nunca se recuperaría.

—Una vez tuve a una hermanastra que trasquiló todo mi pelo —dijo—. Estaba durmiendo y no lo supe hasta la mañana siguiente.

La acción había sido un castigo, en la mente de su hermanastra, por cortar el pelo de su muñeca favorita... un crimen que Shaye no había cometido. Ese honor fue de su hermanastro.

Como Shaye tenía diez años corrió llorando a su madre, ante lo cual ella respondió: resuélvelo como una chica grande.

Las facciones de Valerian se oscurecieron.

—Tu pelo es inmaculadamente hermoso, como luz de luna y estrellas. Cualquiera que lo corte merece la muerte.

El placer la atravesó, completamente dulce en su insensatez. Ella no estaba acostumbrada a recibir cumplidos, pero Valerian se los daba tan fácilmente.

—Gracias.

—Estar viviendo con el pequeño demonio debió haber sido difícil.

—Sí. Por suerte, sin embargo, mi madre estuvo casada con su padre sólo durante un año.

—¿Tu madre ha tenido más de un compañero?

Shaye asintió.

—Ha tenido seis.

—¡Seis!

Ella inclinó la cabeza otra vez.

—Aquí un hombre toma sólo una compañera y la mantiene por toda la eternidad.

Ella frunció el ceño como si considerara sus palabras.

—¿Qué pasa si las personas emparejadas son miserables el uno con el otro?

—Deben realizar un ritual de sangre y ofrecer un sacrificio.

—Oh, ipuaj!

Se mordió su labio inferior, sin permitirse preguntar el tipo de sacrificio. La mirada de Valerian lo advirtió y se demoró sobre su boca, haciéndola sentir un hormigueo, haciendo a su sangre fluir caliente y dolorida. Luego él sacudió la cabeza, como sacándose a sí mismo de un hechizo.

—¿Qué más te gustaría conocer sobre mí? —le preguntó.

—¿Qué hay de tu primera vez? —se encontró diciendo. Ella lo deseaba, lo hacía, y cuanto más hablaran, más débil se volvería su resistencia. Seguramente, saber de sus escapadas con otras mujeres fortalecería su determinación.

Él arqueó una ceja.

—¿Estás segura que quieres saberlo? —cuando ella asintió, él dijo—: fue con la criada favorita de mi madre. Ella entró en mi cuarto para traermme ropa limpia, me encontró en la piscina y se unió a mí.

Ante su expresión decepcionada, él se rió.

—¿Qué esperabas? ¿Juguetes? ¿Orgías?

—Bueno, pues, sí.

Su sonrisa aumentó.

—¿Qué hay sobre ti? ¿Cómo fue tu primera vez? —en el mismo instante de hacer la pregunta, se tensó. Sus ojos se ensombrecieron con lo que parecía furia.

¿Estaba disgustado por eso ahora?

—Yo, eh... —ella se tropezó con sus palabras, todavía sintiendo un rubor calentar sus mejillas—. No he tenido una primera vez aún.

Su boca cayó abierta.

—Seguramente estás bromeando.

—Difícilmente. Mira —dijo, defensiva—. Nunca quise tener que ocuparme de los problemas que se asocian con una relación sexual.

—¿Qué problemas? —el impacto sobre Valerian en vez de desvanecerse sólo pareció intensificarse.

Shaye era virgen.

Ella estaba intacta.

Ella era de él.

La deseó más en ese momento que alguna vez antes. Él quería ser el único hombre en saborearla. Ahora. Siempre.

—Los enredos emocionales son confusos —dijo ella—. Y si no me involucro, no tengo que preocuparme por ser herida.

—Nunca te lastimaré, Shaye. Nunca te mentiré —había tenido la intención de aprender más acerca de ella, dejarla aprender más sobre él. Pero se encontró diciendo—: creo, quizás, que la única manera para convencerte de esto es mostrándotelo. Así que de ahora en adelante, no habrá más conversación. Sólo acción.

## CAPÍTULO 17

—**E**stoy contento de que hayas vuelto —dijo Joachim.

Brenna avanzó lentamente hacia la cama. Shivawn la había escoltado hasta aquí y ahora estaba de pie en la entrada detrás de ella, observándola y custodiándola. Ella lo había permitido antes y lo permitía ahora. No obstante, por regla no soportaba la idea de tener a alguien detrás. Así era cómo había ocurrido el ataque. Ethan había venido por detrás, sorprendiéndola, antes de girarla en redondo y... Cortó el pensamiento.

Ellos había estado juntos por un tiempo, pero su temperamento se había vuelto más y más negro. Cuando ella intentó terminar la



historia, él había estallado. Tendría que haber muerto ese día debido a la gravedad de las lesiones. Tantas veces desde entonces había deseado morir.

Pero hoy, tener a alguien detrás, tener a Shivawn detrás, no la atemorizaba. Estaba empezando a gustarle Shivawn y su gentileza. A pesar de todo, e incluso en tan poco tiempo, estaba empezando a sentirse segura con él. Incluso se había imaginado haciendo... cosas íntimas con él. Con él, se aseguró a sí misma. No con Joachim.

Más temprano, cuando había estado encerrada dentro de esa habitación con las otras mujeres mientras se contaban hazañas sexuales, imágenes sensuales la habían bombardeado. No había sido capaz de imaginarse el rostro del hombre mientras la complacía en su mente, pero sabía que era Shivawn porque se había sentido protegida. Él la hacía sentir así. Joachim... no lo hacía. Él la hacía sentir mareada, angustiada y débil, completamente fuera de control.

En algún momento podría haber dado la bienvenida a esas sensaciones. Sip, una vez había amado el sexo. Una vez había amado a los hombres. Pero las cosas habían cambiado. O eso era lo que pensaba.

*Es Shivawn quién te excita.* Tiene que serlo. Excepto que había estado todo el día esperando este momento, esperando ver de nuevo a Joachim para escuchar su voz, y pasar las manos sobre su cuerpo. Eso no lo podía negar, y la asustaba. Él no se parecía en nada a Shivawn. No era amable y gentil. Era un duro y voluble guerrero, sin miedo a usar los puños. Sin embargo, incluso ahora, pensar en él hacía que su corazón se acelerara, y no sólo de miedo.

*Estúpida,* se dijo a si misma por milésima vez. Si se permitía volver a intimar con un hombre, sería con alguien como Shivawn.

*Deja de pensar en sexo, Johnston. Ponte a trabajar.* Silenciosamente limpió y vendó de nuevo las heridas de Joachim, contenta al ver que se estaba curando adecuadamente. Ningún signo de infección. Aún estaba demasiado débil para levantarse, pero su fuerza volvería. Incluso tendría perfecta movilidad en los brazos y piernas, una vez que el tejido se uniera.

Justo cuando estaba terminando, un hombre nuevo entró a la habitación. Llevaba una larga y amenazante espada. Ella le vio de reojo e inmediatamente trató de saltar hacia Shivawn, el único refugio seguro disponible, pero Joachim le agarró la mano y la sostuvo fuerte. La acción la aterrorizó. No sólo porque fue brusca, sino porque le

encendió la sangre de una forma que no debería. Gritó y fue liberada inmediatamente. Tropezando con los pies se alejó de los hombres.

—Se te requiere en el comedor —le dijo el intruso a Shivawn.

Shivawn la miró, luego a Joachim, ignorando al extraño. Su ceño se frunció ferozmente.

—¿Te hizo daño? —le preguntó.

Ella se frotó la muñeca y negó con la cabeza.

—Valerian te ha convocado —agregó el extraño impacientemente.

Shivawn le dirigió al hombre una mirada irritada, luego se aproximó dándole un apretón alentador en el hombro.

—Odio dejarte, pero debo obedecer a mi rey. ¿Estarás bien sin mí?

El pánico desplegó alas dentro de su pecho. No quería que él se fuera. Verdaderamente se había convertido en su refugio seguro en esta desconocida y salvaje tierra. Pero se forzó a sí misma a asentir. Depender tan desesperadamente de una persona era estúpido.

—¿Quieres venir conmigo?

De nuevo negó con la cabeza. Se quedaría. Sería valiente. Y no le permitiría a Joachim afectarla, o asustarla.

*Más fácil decirlo que hacerlo, Johnston.*

Shivawn le dirigió a Joachim una breve pero oscura mirada, acarició gentilmente la mejilla de Brenna, y luego avanzó por el pasillo siguiendo al mensajero. Brenna y Joachim estaban solos.

*Puedes hacer esto. Puedes hacer esto. Joachim está muy débil como para hacerte algo.*

Lentamente se giró hacia él y se sentó sobre la cama. Tenía cuidado de no mirarle a los ojos, aquellos profundos ojos azules que parecían penetrar directamente en su alma. Los dedos la temblaban mientras terminaba de ceñir el último vendaje.

—Soy Joachim —dijo rompiendo el silencio.

—Lo sé —la voz le tembló tanto como las manos—. No deberías haber desafiado al rey —imaginó las fosas nasales hinchándosele con furia. Aún así, siguió adelante con esfuerzo—. Tonto. La fuerza yace en la compasión, no en las batallas.

Por un momento el aire estaba tan cargado que pensó que tenía la intención de gritarla. Pero no lo hizo. Cambió de tema admitiendo de mala gana.

—Pensé en ti anoche —mitad dolor, mitad acusación—. Y hoy. Parece que no puedo sacarte de mi mente.

Antes de que pudiera evitarlo, su mirada cayó en la de él. Jadeó ante lo que vio. Deseo. Puro y caliente deseo. Sus manos se detuvieron, apoyándolas sobre el muslo. Había tapado con una sabana su cintura, más para proteger su propia modestia que la de él. La sabana estaba más alta de lo que había estado un momento antes.

—Veo miedo en tus ojos —comentó manteniendo el tono bajo, la voz ardiente—. Pero también veo interés.

Ella mordió el labio y negó con la cabeza. No admitiría ningún tipo de interés. Eso sólo le alentaría. Pero...

—Háblame, Brenna —dijo—. Cuéntame sobre ti.

La tranquila suplica la sorprendió. Nunca lo hubiera esperado de un guerrero tan hambriento de poder.

—¿Qu.. qué. Te. Gustaría. Saber? —tenía la garganta comprimida, dificultándola hablar.

—Todo —Joachim inclinó la cabeza y observó a Brenna más intensamente—. Quiero saber todo sobre ti.

Ya conocía su aroma, a violetas y luz del sol que tan brevemente había encontrado en la superficie. Conocía su voz, chirriante y áspera, creando visiones apasionadas y cuerpos desnudos.

Ahora quería saber sobre su pasado. Sus gustos. Sus defectos. Todas las cosas que conformaban a Brenna, la mujer que le obsesionaba más con cada segundo que pasaba. *La fuerza yace en la compasión*, había dicho. Él quería bufar ante eso, pero no podía. No sabía por qué.

—Comenzaremos con algo fácil —comentó—. ¿Cuál es tu color favorito?

Ella miró hacia la puerta, como si se preguntara qué debería hacer. Quedarse y hablar, o correr.

—Azul —finalmente contestó.

Si fuera su mujer, le daría todos los zafiros que poseía.

—¿Tienes familia?

¿Una familia que extrañara? ¿A la que deseara volver?

Ella negó con la cabeza.

—Muertos.

No debería sentirse aliviado, pero lo hizo.

—¿Cómo murieron?

—Accidente de coche.

¿Coche? Estaba intrigado por un “coche” que podía matar a una familia entera, pero tenía más curiosidad sobre la propia Brenna.

—Siento tu pérdida, pequeña.

Sus facciones se ensombrecieron, ella movió una mano en el aire. La mano estaba temblando, notó él.

—Hace mucho tiempo —contestó con voz quebrada.

Él quería agarrarla y besarla, cualquier cosa que alejase esas sombras. Pero terminó estrujando las sabanas y manteniendo las manos a sus lados.

—¿Te gusta este nuevo mundo? ¿Atlantis?

Su mirada se apartó a la pared detrás de él. Negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —la decepción fluyó a través de su sangre. Había esperado que empezase a amarlo, como lo hacía él.

—Da miedo —confesó suavemente. Pasó la yema del dedo sobre la sabana.

—¿Nosotros te asustamos?

No le dio ninguna respuesta. No movió ni un músculo.

—Nunca te haría daño, Brenna —lo dijo tan gentilmente como su áspera voz le permitió—. Eso te lo juro.

Un escalofrío la atravesó.

—Podrías no tener la intención de hacerlo, pero...

—Nunca. Nunca.

—¿Qué le estás diciendo, Joachim? —Shivawn preguntó mientras entraba de nuevo en la habitación—. No tienes derecho a usar ese tono con ella.

Brenna saltó sobre los pies, mirando entre ellos con miedo en los ojos.

—Cuida tu tono, chico —dijo Joachim bruscamente—. La estás asustando.

Las facciones de Shivawn instantáneamente se suavizaron.

—Lo siento —le dijo—. Me llamaron fuera para buscar naranjas, pero ahora estoy aquí. No estoy enfadado, te lo prometo.

Brenna miró entre los hombres, un poco... excitada e insegura de quién, o qué, estaba causando esa excitación. Estaban tratando de tranquilizarla y estaba funcionando. ¡Estaba funcionando! Estaba realmente parada entre dos hombres que se despreciaban respectivamente, hombres que podían atacar y matar en cualquier momento, y su temor se estaba disipando.

*¿Cómo lo están haciendo?*, meditó, aturdida.

Incluso más perturbador, al desaparecer el temor algo más tomó su lugar: deseo. Puro y caliente deseo. Repentinamente una imagen de cuerpos desnudos y entrelazados le llenó la mente. De nuevo no podía ver el rostro del hombre, pero la imagen era tan vívida que incluso oía los gemidos de placer de la pareja. Se le endurecieron los pezones, la humedad se juntó entre las piernas.

Joachim descubrió los dientes y siseó en un respiro. ¿Furia?

—Estás excitada. Puedo olerlo en ti.

Sus mejillas se calentaron en un ardiente infierno.

—Yo también puedo —Shivawn dijo quebradamente—. Brenna...

Ella le oyó avanzar un paso hacia ella, oyó el taconeo de la bota. De nuevo, no había temor dentro de ella.

*¿Qué está mal en mí? ¿Qué me está ocurriendo?* Ella no era así, para nada.

Joachim se acomodó en una posición sentada, y Shivawn continuó avanzando.

—Tienes la necesidad de un hombre, Brenna —dijo Joachim sin mostrar ninguna misericordia al avergonzarla—. Pero estás atemorizada de tu deseo, ¿verdad? Debes estarlo al resistirte.

—Sí —Shivawn contestó por ella—. Lo está.

—¿Has estado con un hombre? —le preguntó Joachim.

Sin aliento asintió.

—¿Te gustó? —preguntó Shivawn.

Otro asentimiento. Debería detener esta línea de interrogatorio, pero una parte de ella estaba extrañamente aliviada al sacarlo a la luz.

—El hombre que te hirió y estropeó tu voz —insistió Joachim—, ¿te hizo tener miedo al sexo?

Ella vaciló por un largo momento, finalmente optó por la verdad.

—Sí.

Ambos hombres gruñeron gravemente, como si quisieran matar al hombre con las manos desnudas. Aún así, el miedo no regresó.

—Ahora lo entiendo —dijo Shivawn—. Una vez que una mujer ha sido forzada, no es la misma.

—Sí —contestó Joachim—. También lo entiendo —la voz sonó muy lejana, un poco débil.

—¿Joachim? —inquirió ella, al instante preocupada por haberla hecho olvidarse de todo lo demás.

Él cayó sobre la cama acomodando la cabeza en la almohada, pálido.

Corrió a él.

—¿Estás bien?

—Mareado. Débil —admitió en un enfurecido gruñido—. No debería haberme sentado.

Ella podía decir que la falta de fuerza hacía más que molestarle, le enfurecía. Al ser un luchador nato, probablemente estaba acostumbrado al control absoluto. ¿No le había dicho al rey, Valerian, que le respetaba y agradaba, pero que simplemente no quería recibir más órdenes?

Finalmente volvieron fragmentos de su temor. Control. Algo que ella también valoraba. No podía renunciar al suyo, no importaba cuán excitada estuviera. Y estar con uno u otro de estos hombres era renunciar a su precioso control. ¿Cómo podía haberlo olvidado, incluso por un solo segundo?

Frunciendo el ceño se aproximó a la puerta.

Al darse cuenta de que pretendía irse, Joachim pronunció un abrupto.

—Quédate.

Había una orden precisa en la voz. Oh, sí, esperaba absoluta obediencia. Sacudiendo la mano, ella retrocedió otro paso. Sus ojos estaban irracionalmente abiertos, sabía que lo estaban.

—Brenna —insistió. Trató de sentarse otra vez, pero le fallaron las fuerzas—. No siempre estaré tan débil —había una advertencia en su voz.

Ella rodeó a Shivawn, paseando de nuevo la mirada entre los dos hombres. Eran tan hermosos, casi hacía daño mirarlos. Y le estaban ofreciendo todo lo que una vez había deseado: amor, pasión, compañerismo.

*Ese sueño está muerto, ¿recuerdas? Es más seguro así.*

Pero le atravesó una ola de anhelo. Por un momento deseó que uno de los hombres la hubiera alcanzado. Tocado... Besado... introducido dentro de ella, hundido, deslizado eróticamente. No, no uno de los hombres. *Shivawn*, se dijo a sí misma. Pero no eran ojos verdes los que distinguió súbitamente en su mente, sobre ella, mirándola hacia abajo. Los ojos del hombre eran azules. Se frotó los ojos con la mano para bloquear la imagen.

¿Cómo podía alguien como Joachim excitarla así, cuando ningún hombre había sido capaz de hacerlo durante tantos años?

—No te haré daño —aseguró Shivawn. Sostenía las manos en alto, todo inocencia.

—Ven a mí, Brenna —dijo Joachim melódicamente.

—No —le contestó a Shivawn, y Joachim sonrió—. No —le contestó a Joachim rompiendo su presunción.

*Mejor estar sin ambos.*

—Quiero conocerte —dijo Shivawn con voz gentil—. Te mantendré a salvo. No permitiré que nadie más te haga daño.

—No permitas que la necesidad de seguridad destruya tu amor por la vida. Puedo enseñarte a conquistar tu miedo y, finalmente, a vivir de nuevo —afirmó Joachim.

Shivawn encaró a Joachim, y los dos se pusieron en guardia.

—También puedo enseñarle a conquistar su miedo.

—Tal vez, pero nunca la harás verdaderamente feliz —señaló Joachim con brusquedad.

Quizás ninguno pudiera, y el conocimiento la llenó de aguda decepción. El regreso de la furia de Joachim le había recordado exactamente por qué nunca se permitiría estar con él. Si alguna vez dirigía esa furia hacia ella, la mataría. *Control*, se recordó a sí misma.

Por un instante, durante el precioso momento en que la furia se había desvanecido, había creído que realmente vivía de nuevo. Ahora... sabiendo que tal cosa era imposible, huyó de la habitación antes de que hiciera algo estúpido. Como llorar.

**S**hivawn no la siguió, permaneció en la habitación. Por un largo momento él y Joachim no hablaron.

—La quiero —admitió Joachim suavemente.

Las manos de Shivawn se cerraron en puños. Ya lo sabía, pero escuchar las palabras...

—También la quiero, y ella es mi mujer. ¿Quién crees que la tendrá?

—Te desafiaré por ella —dijo Joachim entre dientes.

—No lo aceptaré. Ella me miró con deseo, y creo que necesito ver esa mirada de nuevo.

—Ese deseo fue por mí, chico. Por mí. Cualquier cosa que hayas visto era simplemente un reflejo de ello.

Shivawn frunció el ceño. Sí, ella había mirado a Joachim con deseo. Más deseo que con el que cualquier mujer le había mirado a él alguna vez, y ese conocimiento dolía. Pero también le había deseado a él. Lo hubiera jurado. Frustrado, alzó los brazos al aire.

—Entonces, ¿dónde nos deja esto?

—Dámela a mí.

—No.

Joachim se golpeó la mejilla con dos dedos.

—No me daré por vencido. La perseguiré.

—¿Es una amenaza?

—Simplemente una advertencia. La quiero, y haré todo lo que esté en mi poder para ganarla.

Shivawn casi desenfundó la espada por la magnitud de su furia. Se sentía el protector de Brenna, quería que fuera feliz, y no podía



soportar el pensar que tal delicada criatura terminara con este guerrero hambriento de poder.

—Si la asustas, te mataré. ¿Me entiendes? Te mataré.

Una oscura nube descendió sobre el rostro de Joachim.

—Nunca la asustaría.

—¡Ja! La asustaste con tu fiereza. Huyó por eso.

—No trates o intentes conocer sus razones, y no pretendas saber lo que necesita. La asustaste igual que yo, o ya se hubiera entregado a ti.

—Tal vez ella lo haga. Esta noche —se burló Shivawn.

La furia ardió en los ojos de Joachim.

—No. No se entregará a ti. Lo sé porque nunca la entenderás de la manera en que yo lo hago.

—¿Tú? ¿Cómo crees entenderla? —preguntó Shivawn rechinando los dientes.

—El que tengas que preguntarlo lo demuestra —Joachim cerró los ojos, trayendo el rostro inocente de Brenna a su mente. Alguien la había herido durante el sexo, alguien que sentiría la punta de la espada de Joachim algún día cercano. Si tenía que viajar a la superficie y capturar al bastardo, lo haría.

Apostaría su vida a que Brenna había sido en el pasado una mujer apasionada y vital. Había una chispa en sus ojos que no podía esconder. Profundamente enterrado, sin importar cuán poderosos fueran sus temores, tenía que ansiar ese tipo de vida de nuevo.

Podía ganar a Shivawn, sabía que podía. Le había mirado con pasión encendida, y sabía que no sería feliz con nadie más. Cuando ella miraba a Shivawn, no había pasión. Deseo sí, pero no había sido sexual. Había estado... asustada. Como cuando un niño mira de vez en cuando a su madre. Por protección.

Lo cual demostraba que Joachim realmente la asustaba. Lo que significaba que no la podía reclamar hasta que hubiera superado ese miedo. Para siempre.

Y él lo haría. Lo que fuera necesario.

Más de lo que quería su propia satisfacción, quería la de ella. *La fuerza yace en la compasión.* De nuevo sus palabras se reprodujeron mentalmente. *Compasión...* algo que ella valoraba.

Ella necesitaba algo especial para su primera vez. Oh, sabía que no era virgen. Lo había dicho. Después de su tortura, eso es lo que había sido, se había aislado de los hombres. Así que su próxima vez sería como su primera. Se había privado del deseo y de la más dulce de las intimidades. Necesitaba una avalancha de ambos para sacarla de esa triste existencia. *Compasión.*

Una vez que estuviera curado... nada le detendría.

—La tendré, Shivawn —aseguró—. Es a mí a quien siempre deseará en su cama.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Shivawn.

—Estás equivocado. Quiere seguridad. Y para ella, yo lo soy. Tú no. Y te lo probaré.

**P**oseidón vibró con la intensidad de su satisfacción. Olas se arremolinaban y chocaban contra él, celeste belleza, letal para los simples mortales. Saboreó la sal en la boca, la olió en la nariz, su familiaridad aumentó el placer.

Ningún Atlante tenía permitido entrar en la superficie. Bien, eso no era completamente verdad. Un Guardián del portal tuvo permiso a entrar para proteger los secretos de la ciudad bajo tierra. Pero ningún nymph era guardián, y parecía que habían entrado de todas formas. El mayor placer de Poseidón era castigarles.

—Entonces. ¿Me están diciendo que vieron a los nymphs raptar mujeres humanas de la superficie, y traerlas dentro de Atlantis? —preguntó, la voz tronando a través del suelo del océano. Arena saltó, flotando alto en el agua, corales rosados y blancos vibraron. Peces multicolores se dispersaron en todas direcciones, desesperados por escapar de su proximidad.

Las dos sirenas ante él inclinaron las cabezas. Ambas poseían cabello tan oscuro como la noche, las melenas entremezclándose, flotando alrededor de los delicados hombros.

—Sí —dijo Denae.

—Sí —convino Marie.

—Muy bien —los labios de Poseidón se elevaron lentamente mientras bajaba del estrado, la toga blanca danzaba alrededor de los

tobillos. Desde donde estaba, podía ver la inmensa cúpula de cristal abarcando la ciudad maldita. Irradiaba rayos dorados, chispeando como un montículo de destellos. Se movió rápidamente hacia ésta; en un momento muy lejos, al siguiente al lado. No necesitaba ningún portal o entrada para poder entrar dentro de un mundo que él mismo había ayudado a crear. Simplemente caminó a través del cristal como si no estuviera allí.

Sin embargo no quería que los ciudadanos supieran de su llegada, así que se mantenía escondido bajo un manto de invisibilidad. Respiró profundamente el puro y salado aire. Cerró los ojos disfrutando. Sí, le había dado la espalda a esta tierra y a su gente por demasiado tiempo. Un error.

Siglos habían transcurrido desde que había entrado por última vez, y todo parecía bastante tranquilo. Niños minotauros jugaban en charcos de barro, centauros retozaban por el espeso y fresco césped. Vampiros, dragones, grifos, cíclopes, gorgonas, arpías, estaban todos presentes.

Estas monstruosidades fueron el primer intento de los dioses en crear al Hombre. Pero habían crecido más poderosos de lo que habían deseado. Algunos de los dioses habían tenido miedo, y los habían maldecido a vivir bajo el mar. Para Poseidón habían sido abominaciones, feos, pero no una amenaza. Tal vez, Poseidón y sus hermanos y hermanas inmortales debieron haber destruido a todos un milenio atrás, pero habían pensado en usar a las criaturas para... ¿Qué? ¿Sexo? Algunas de las mujeres de Atlantis eran bellas. ¿Por qué no tenía noticia de ello? ¿Para la guerra? Los guerreros eran fuertes.

No podía recordar la respuesta correcta, aunque realmente ya no importaba.

*¿Cómo castigar a los nymphs? Cómo castigar a los nymphs...* Ondeando el tridente se trasladó manteniéndose invisible al palacio donde Valerian, Rey de los Nymphs, ahora residía. En segundos se encontró en una habitación ocupada por tres auténticas mujeres humanas. Estaban discutiendo las distintas posiciones en las que las habían tomado, las distintas posiciones en las que querían tomarlas, y lo tristes que estaban ahora que Valerian tenía una compañera y nos les prestaba ninguna atención.

Lentamente Poseidón permitió a su forma aparecer, aunque tomó la apariencia de un guerrero nymph. Cabello oscuro y vívidos

ojos azules. Musculoso. Bronceado. Cuando las mujeres le vieron sonrieron, poniéndose en pie y corriendo hacia él.

—¿Viniste a hacernos el amor?

—¡Eres el hombre más hermoso que haya visto jamás! Incluso más hermoso que Valerian.

—Silencio —dijo con voz tronadora. Ahora no había tiempo para el placer. Más tarde, sin embargo... —. Sentaos —hizo un ademán al montón de almohadas detrás de ellas.

Se sentaron sin preguntar, sin comentar, mirándole como si fuera una deliciosa fuente de chocolate. Él se sentó junto a ellas y les permitió apoyarse sobre sus piernas, acariciándole como si fuera una preciada mascota.

*Hmmm, agradable. Muy agradable.*

Los Nymphs necesitaban sexo para sobrevivir. Esa era probablemente la razón por la que habían raptado a las mujeres. Aún así la razón no importaba. La ley había sido creada, la ley debía ser obedecida. Para los Atlantes entrar al mundo de la superficie significaba destruirlo, o así afirmaba la profecía.

—Primero me diréis exactamente cómo vinisteis aquí —dijo, comenzando a devolverles los besos.

Su aventura en Atlantis estaba haciendo más por su aburrimiento, que mil tormentas tropicales.

## CAPÍTULO 18

—**S**e acabó la espera, Shaye.

Shaye saltó sobre sus pies y se alejó de Valerian como si fuera veneno. Él aún estaba sentado en las almohadas, observándola, una sonrisa curvó las comisuras de su boca. Él no quería hablar más de su primera vez, quería darle a ella una primera vez. *Lánguidamente*, la mente de ella agregó: *Delicioso. Rápido. Rudo. Suave.*

¿Pánico? *Sí.* ¿Anticipación? *Absolutamente.* El destello en sus ojos... la ronca potencia de su voz.

—Necesito volver a vendarte el brazo. La sangre está, uh, manando de éste.

—Después —dijo, una solicitud embriagadora. Se puso de pie pulgada a pulgada agonizante, desplegando su gran y fuerte cuerpo. Nunca apartó su mirada de ella. Sus pantalones estaban ceñidos a los músculos de sus piernas, pero incluso más ajustados sobre su larga erección.

Sus ojos se abrieron de par en par al tiempo que él se acercaba. Ella lo había deseado tantas veces desde que lo había conocido. Ahora, encontrándose con lo inevitable, ella estaba aterrada. Más de lo usual.

—Quédate dónde estás, bien. Necesito tiempo para pensar en esto.

—Pensar sobre esto no nos ha llevado a ninguna parte. — Caminando hacia adelante, ondeó una mano hacia la pared—. Notarás que he quitado todas las armas.

Su bien abierta mirada escudriñó la habitación. En efecto, todas las armas habían desaparecido.

—Valerian —dijo alarmadamente.

—Simplemente temas lo que no conoces, Shaye. Me percaté de eso ahora.

—¡Detente! —Ella cuadró los hombros, rehusándose aún a retirarse de nuevo.

—Eres mi mujer, aunque impartes órdenes y esperas que sean obedecidas. Quizás debería entrenarte y tratarte como a un guerrero, entonces.

Ella forzó una carcajada, pero el sonido estaba completamente carente de humor.

—No soy tu mujer. —Aún—. Y no soy uno de tus guerreros. ¿Qué? ¿Vas a pelear conmigo?

—Oh, no. Voy a darte una orden y tú vas a obedecer. Si fallas en cumplir la orden, te castigaré.

Sus fosas nasales se ampliaron.

—No te atrevas a amenazarme.

—¿Amenazar? No, simplemente prometo. —Sus párpados cayeron a media asta, dándole una tranquila apariencia de necesito-una-cama.

—¿No discutimos esto mismo el primer día? No aceptaré el castigo, y no te obedeceré.

—Sí, lo harás. Y lo disfrutarás, te lo aseguro.

Ella golpeteó con su pie porque sabía, era consciente, que estaba por perder esta batalla. Y una parte de ella estaba contenta.

—Si crees que me sentaré tranquilamente mientras me zurras o algo, estás equivocado.

—Qué pequeña mente sucia que tienes, luna. Quería decir sólo azotarte con mi lengua. Si prefieres que te zurre, lo haré. Sabes cómo me gusta complacerte.

Malvado, hombre malvado. Ella se estremeció.

—¿Es así como castigas a tus guerreros? ¿Lamiéndolos?

—Has visto cómo castigo a mis guerreros. Como me niego a lastimarte, debo tomar consideraciones especiales. —Otro paso.

Su estomago se revolvió. Ella quería correr hacia él, tomar lo que le ofrecía. Verdad. Pero temía demasiado lo que ocurriría después. ¿La abandonaría? ¿Cambiaría sus atenciones a otra? ¿Ansiaría ella más de él? ¿Enamorarse, perderse? ¿Ponerse en ridículo por él? ¿La lastimaría finalmente, como todos los demás en su vida habían hecho?

—Necesito tiempo, Valerian.

Las palabras se mantuvieron entre ellos junto con todo su miedo, todo su deseo. Él hizo una pausa, viéndose torturado. Luego dio un rígido asentimiento. Él no quería hacerlo, lo vio en sus ojos, pero cedió. De nuevo. Ella deseaba que él concediera.

—Si tiempo es lo que deseas, tiempo tendrás. —Con apenas un respiro, él agregó—: Necesito un baño. Puedes unirme, si lo deseas, u observarme. La elección es tuya.

—Yo... yo no elijo ninguna. —No iba a bañarse con él y no iba a observarlo. Gotitas de agua caerían por su cuello, quizás fueran atrapadas por sus pezones antes de caer sobre los montículos de los músculos de su estomago. Sus manos enjabonadas se deslizarían sobre su fortaleza.

—Quiero irme a mi habitación.

—Mirarás o te unirás. Este es un dar y recibir entre nosotros, Shaye. Te di tiempo, y ahora debes darme algo a cambio. Elige.

Sus pestañas casi se fusionaban entre sí, dejando sólo una pequeña línea de visión. Él ocupó cada pulgada de ésta.

—¿Qué ocurrió con eso de darme todo lo que quisiera?

—No sabes lo que quieres. —Él acortó el resto del espacio entre ellos, tan cerca que su pecho rozaba el de ella. Detrás de él, dejó un rastro de arena y sangre. Sus heridas se habían abierto. Él no mostraba ni una pizca de dolor, demostrando sólo cuán capaz era realmente. Absolutamente, un guerrero.

Su aroma llenó su nariz, sexual y fiereza. El calor emanaba de él, envolviéndola en tórridas espirales, estrujándola tan fuertemente que tenía problemas en inhalar su siguiente aliento. Un torrente de pasión la inundó.

Él era el tipo de hombre por el que las mujeres se sentían fascinadas pero nunca realmente encontraban. Y él continuamente se ofrecía a ella, un buffet todo-lo-que-puedas-comer de eróticos

deleites. Lo que fuera que ella pudiera consumir era suyo para tomarlo.

Cuán tentador era tomar...

Él se lamió los labios y se inclinó hacia ella. Su latido tamborileaba en sus oídos, una eternidad pasaba entre cada uno. *Acéptalo o recházalo, ¡pero hazlo ahora!*

Reuniendo fuerza, ella se alejó de él, casi tropezando con sus propios pies al tiempo que se deslizaba hacia atrás.

—No —dijo ella—. No.

Un músculo palpitó debajo de sus ojos.

—Nunca una palabra ha sonado más atroz —dijo entre los dientes apretados.

Ella elevó su barbilla.

—Es todo lo que vas a oír de mí.

—Puedo presionarte por más, Shaye. Ambos lo sabemos. Ambos sabemos que lo querrías.

—No —dijo ella de nuevo. Esta vez fue una temblorosa y ligera suplica.

Luchando con la fuerza de su necesidad, Valerian hizo una pausa y estudió a Shaye. ¡Maldición! No quería forzarla a admitir sus deseos. Quería que ella los aceptara —y a él— voluntariamente.

Cuando ella le dijo que era virgen, él simplemente reaccionó. Sangre y necesidad habían viajado a través de él a la velocidad de la luz. Su polla se había endurecido dolorosamente. La necesidad de marcarla como su mujer había cantado en sus oídos. Había sabido, en lo profundo, que ella había estado esperando por él. Sólo deseaba haber esperado por ella.

Se sentía como un virgen con ella, de todas formas. Inseguro, ansioso. Excitado por las posibilidades. En un corto tiempo, ella se había convertido en todo para él.

*Deséame. Ven a mí.*

Ella no lo hacía. Y al transcurrir los minutos, su resolución a resistírsele parecía intensificarse. Finalmente él dijo:

—Sin embargo, de nuevo, encuentro que soy incapaz de forzarte a aceptar lo que es inevitable.

—Valerian —dijo con una temblorosa voz.



—Ni una palabra más, luna.

—No eres tú, ¿vale? Bueno, tal vez lo seas. Un poco. Sólo... no puedo, ¿está bien? No puedo permitirme desearte. No todavía. —Él, de nuevo, se veía torturado, pensó ella, triste, nostálgico y duro como una piedra—. Desearía que pudiera. Lo hago. Pero... —Había demasiadas cosas en medio. El pensamiento de dejar a alguien acercarse tanto a ella era aterrador.

Él caminó desde la habitación principal hasta dentro del área de baño sin pronunciar una palabra, dejándola sola. Sola con sólo su vibrante cuerpo y sus peligrosos pensamientos.

¿Por qué se fue? Había dicho que tenía intención de hacerla elegir.

*No importa*, decidió ella al instante siguiente. *No es el hombre para ti. A él le gusta el sexo, le gusta con múltiples mujeres.* Shaye no era su madre y no aceptaría los pequeños restos de afecto que algún hombre decidiera dejar caer en su camino. Ella no se enamoraría, usando la inconstante emoción como una excusa para tener lo bueno mientras se tolera demasiado de lo malo.

Le gustaba estar sola, estaba contenta de esa manera. Y sus más profundos instintos femeninos percibían que al hacer el amor con Valerian se enamoraría tan profundamente que renunciaría a todo por él. Incluso a sí misma.

La cortina que bloqueaba su vista de la bañera continuaba moviéndose. El sonido de ropa cayendo hizo eco, luego el chapoteo de agua. Ella tragó en seco. ¿Estaba desnudo? Muy probable. El vapor estaba probablemente flotando a su alrededor. Su piel probablemente resplandeciendo con humedad. Probablemente se pareciera a un ángel zambulléndose a través de los cielos.

En ese instante todas las razones por las que ella lo había rechazado se desvanecieron de sus pensamientos. Deseo. Tanto deseo. Ella había dicho que no lo observaría bañarse, pero una ojeada repentinamente no parecía tan malo. Una ojeada... Realmente, no había ningún daño en ello.

Sin intención, encontró sus pies moviéndose hacia la entrada. Él posiblemente no podía ser tan exquisito como se había imaginado. ¿Podía? Silenciosamente, apartó la cortina hacia un lado, pero sólo un poco. La espalda desnuda de Valerian apareció a la vista. Músculos se

contraieron debajo de la parda piel al tiempo que él ahuecaba y se vertía agua por encima.

De hecho el vapor flotaba a su alrededor, haciéndolo parecer nada más que un sueño, una fantasía, la visita del genio de una lámpara que venía a concederle cada deseo. Su cabello estaba empapado y goteando a su espalda. Ella se mordió el labio. Quizás no le hiciera daño estar con él una vez y finalmente sacar a su cuerpo de su miseria. Si se protegía el corazón, podía usarlo y acabar con él. ¿Cierto?

Él giró a un lado y su mano se aferró alrededor de una botella de vidrio color zafiro. Él vertió lo que fuera que hubiera dentro -¿más de ese aceite de orquídea?- en su otra mano. *Oh, ser ese aceite*, pensó ella, observando, su garganta se contrajo al tiempo que él frotaba el aceite sobre su pecho. La fragancia se unió al vapor que flotaba hacia ella.

—Todavía puedes unirte, sabes —dijo, su voz ronca.

Ella gimió y soltó la cortina. Ésta volvió a su lugar, bloqueándolo completamente de su vista. Sus mejillas estallaron en llamas.

Fue salvada de tener que analizar sus pensamientos y acciones cuando Brenna irrumpió en la habitación. La chica estaba jadeando; su mirada era salvaje. Rizos negros rebotaban sobre su rostro. Ella se detuvo cuando notó a Shaye y exhaló un gran suspiro de alivio.

—¿Qué está mal? —Alarmada, Shaye corrió hacia ella—. ¿Qué ha ocurrido?

Detrás de ella, escuchó un chapoteo de agua, el golpeteo de pasos, luego Valerian estaba allí, parado a la entrada. Estaba desnudo. Una desnudez que hacía la boca agua. No parecía sorprendido de ver a Brenna con ella, incluso aunque la chica no había hecho ningún sonido.

—¿Ocurrió algo? —dijo él en eco.

La boca de Shaye cayó abierta ante esta primera vista completa del frente de él. Era alto y bien musculoso, pero ella ya había visto eso. Lo que no había visto era su erección. Hasta ahora. Era tan larga y dura como se la había imaginado, elevándose orgullosamente entre sus piernas. No era modesto y no agarró ningún tipo de cobertor. Las gotas de agua caían de su cabello, bajando por su estomago, y sobre su...

*Querido Dios.*

La boca de Brenna también cayó abierta, y Shaye tuvo que reprimir la urgencia de cubrir los ojos de la chica.

—Estamos bien. —Shaye dio una ligera excusa—. Vuelve a tu baño, Valerian. ¡Por favor! Por el amor de Dios, sólo vamos a tener una pequeña charla de chicas.

Con un asentimiento, él se retiró. Maldito el hombre, se veía tan bien por detrás como lo hacía por el frente.

Sólo cuando la cortina lo bloqueó, Shaye fue capaz de respirar de nuevo.

—Grande —dijo Brenna con esa quebrada voz, sus ojos aun abiertos de par en par.

*Mío*, casi dijo Shaye bruscamente. Frunció el ceño. No tenía ningún derecho sobre él. Lo había rechazado. De nuevo. *Concéntrate*.

—¿Te hizo daño alguien, Brenna? ¿O te amenazó?

Brenna negó con la cabeza.

—Problema.

—¿De qué tipo? ¿Con quién?

—Joachim.

Su fruncimiento se profundizó.

—¿Está herido?

—No.

—¿Te lastimó?

—No.

*Estaaá bien*. Shaye apretó la mano de su amiga, *¿era Brenna su amiga?* se preguntaba. La verdad es que nunca antes había tenido una. Asistentes, sí. Empleados, sí. ¿Pero había realmente alguna vez pasado parte de su tiempo con alguien más? Bien, fuera lo que fuera Brenna, Shaye la dirigió hacia el sofá.

—¿Qué está mal?

—Shivawn —dijo Brenna.

Sus cejas se arrugaron juntándose.

—¿Está herido?

—No.

—¿Él te hirió?

—No.

¿Había tenido alguna vez una conversación más confusa? Shaye soltó una frustrada exhalación. No estaba llegando a ningún lado de esta manera.

—Tienes que ayudarme a comprender qué es lo que está sucediendo.

Un rubor rosado tiñó las mejillas de Brenna. Ella se mordió su labio inferior.

—Quiero. Ellos.

—¿Tú... los quieres? —Shaye parpadeó—. ¿Cómo en, sexualmente?

El rubor de la chica se intensificó, y apartó la mirada.

—Tal vez. Pero... creo que realmente quiero a uno cuando debería querer al otro. Asustada. Confusa.

—Eso me asustaría a mí también. —Apenas podía manejar su deseo por Valerian. No sabía qué haría si ella, en cambio, quisiera estar con uno de sus guerreros—. Es esa cosa de pleno deber versus deseo, ¿huh? ¿Cómo las que vemos en las películas?

Brenna aferró sus manos, quizás esperando que ella comprendiera.

—Más o menos. Quizás. ¡No lo sé!

—Desearía tener una respuesta para ti, y si estuviéramos en la superficie, la tendría. Pero estos hombres, estos... nymphs. Ellos arrojan un hechizo sobre cada mujer y arruinan nuestro sentido común. —La amargura de Shaye resonó a través de su tono—. No me gusta.

—Una vez mencionaste *escapar*. —Brenna hizo mímica de lo último así Valerian no escucharía.

El cuerpo de Shaye se congeló; incluso su latido se detuvo por varios segundos. *Escapar*. Lo que ella quería desde el principio. Pero no estaba segura de quererlo ahora, pero sabía que era para mejor. *Tienes una casa. Un trabajo. Empleados que cuentan con tu sueldo.*

—No he encontrado la forma de salir —admitió suavemente. No era como si hubiera buscado tanto—. Pero hay una forma segura. ¿Recuerdas el portal?

Brenna asintió.

—Valerian dijo que no podría sobrevivir sola. Juntas, tú y yo podemos nadar a la superficie. Sólo tenemos que encontrarlo.

Ellas se pararon al unísono y miraron hacia la cortina de baño.

—No hay mejor momento que ahora —dijo Shaye, pasando el repentino nudo de su garganta para hablar. Deseaba que hubiera tenido tiempo de decirle adiós a Valerian, deseaba poder besarlo una vez más—. ¿Estás lista?

De nuevo Brenna asintió.

Como si hubiera escuchado su conversación entera, Valerian llamó.

—¡Shaye!

Sus ojos se abrieron de par en par, y Brenna jadeó. Si ella no se iba ahora, perdería su oportunidad.

—Vamos. —Ellas corrieron pasando la puerta de entrada adentrándose en el corredor.

—¡Shaye! —Una orden ahora. Chapoteo de agua.

Ella se precipitó contra una pareja retorciéndose en el piso y cayó de bruces. Frenética, Brenna la ayudó a levantarse. La pareja gruñó, pero no detuvo su desnuda danza. Los pulmones de Shaye casi estallaban por el esfuerzo al tiempo que se atrevía a echar un vistazo hacia atrás. Un desnudo Valerian se estaba acercando a ella. ¿Cómo podía querer correr hacia él?

—¡Muévete! —dijo ella jadeando—. Más rápido. ¿Conoces el camino? —Todo lo que recordaba era que cuanto más cerca estuvieran del portal, más vacías se volverían las paredes. Menos joyas. Menos candelabros.

—Sí.

Encontraron una bifurcación, y Brenna se desvió a la derecha. Shaye la siguió. Dios, esperaba que fuera la dirección correcta. Si Valerian la atrapaba... Las paredes se veían todas iguales para ella. Las entradas se extendían en todas direcciones. Corrieron pasando otras mujeres, otros guerreros. Los hombres las observaron con curiosidad, pero no trataron de detenerlas.

Luego, de pronto, unas abrazaderas de hierro se aferraron a su muñeca y fue lanzada por el aire. Sus brazos se agitaban. Gritó. Brenna tropezó y se precipitó al tiempo que las piernas de Shaye pateaban buscando una base sólida. Al caer, ella gritó de nuevo.

Unos fuertes brazos la agarraron, envolviéndose alrededor de ella, manteniéndola en el lugar. Ella estaba jadeando y no se permitía encontrar la enfadada mirada de Valerian. O bajar su mirada a su mojado y excitado cuerpo.

—Cuando un guerrero huye de su comandante —dijo despreciablemente—, es castigado. ¿Estás lista para tu castigo, Shaye?

## CAPÍTULO 19

**V**alerian escoltó a Brenna hacia Shivawn sin decir una palabra. El guerrero la aceptó con el ceño fruncido y murmuró:

—Gracias, gran rey —y luego se fueron.

Shaye nunca había estado tan nerviosa. Esta era la primera vez que Valerian había proyectado tal fría furia en su dirección.

Y, sin embargo, estaba extrañamente aliviada de haber fallado al escapar.

—Volved a vuestras obligaciones — gruñó Valerian hacia los soldados que los observaban en el pasillo.

Sus hombres saltaron poniéndose en movimiento y mirando a cualquier lado salvo a su cuerpo desnudo. Mirando a cualquier lado excepto a Shaye, quien estaba siendo acarreada sin ceremonias sobre su hombro.

—Valer...

—No hables —le dijo bruscamente.

—Valerian -insistió—. Te dije que trataría de escapar. No puedes decir que no te lo advertí. Al menos no te mentí. Siempre seremos honestos el uno con el otro, ¿recuerdas?

—Te di lo que querías, Shaye. No te presioné para hacer el amor y aún así huiste de mí —Valerian aún no podía creer su atrevimiento.

Entró en su habitación y la arrojó sobre la cama. Ella jadeó. Se quedó quieto en el sitio, mirándola fijamente. Ella no trató de escapar de nuevo, sólo lo observó preocupadamente.

Ligera como era, cargarla no debería haberlo afectado. Pero estaba jadeando. Sus brazos cayeron a ambos lados, y se percató de lo rápido que estaba perdiendo su fuerza.

Necesitaba sexo.

Necesitaba a Shaye.

La sintió observándolo durante su baño. Había olido su deseo por él. Había pensado que la victoria estaba a su alcance. Y luego ella había huido. ¡Huido! ¿Era el pensamiento de darle la bienvenida dentro de su cuerpo lo que aborrecía?

—El momento ha llegado —dijo él lúgubrementemente.

**E**lla gateó hasta el borde de la cama, como si el hechizo de no movimiento se hubiera desvanecido con sus palabras. Él continuaba mirándola. La camisa extra grande de ella se abrió, revelando la succulenta insinuación de sus pechos.

—Hablemos sobre esto —dijo ella nerviosamente.

—Trataste de escapar de mí. El tiempo para conversar ha terminado.

—Las parejas deberían siempre tener tiempo para charlar.

Una ceja se alzó.

—¿Ahora somos una pareja?

Ella mantuvo la mirada sobre el pecho de él, no atreviéndose a mirar hacia abajo, donde estaba grueso y preparado. Él observó que un temblor la recorrió. ¿De temor? ¿De deseo? Algo dentro de él se tambaleó. Suspiró sonoramente. ¿Ella siempre lo enredaría? Intentó una aproximación diferente.

—Te ves tan hermosa en mi cama, luna, con tu cabello cayendo sobre tus hombros, tus piernas desplegadas frente a ti. Pero...

—¿Pero? —ella apuntó, frunciendo el ceño.

—Te verías incluso mejor sobre mí.

Él dejó que sus rodillas cayeran sobre el colchón, seguidas de sus manos. Lentamente gateó hacia adelante.

Con los ojos muy abiertos, ella trató de retroceder rápidamente incluso más lejos. La pared bloqueó su escape.

—Detente —dijo. Sonaba sin aliento. Deseosa—. Sólo detente.

—Sientes la conexión entre nosotros, sé que lo haces.

Sus dientes rechinaron y un destello de algo oscuro se estableció en su expresión.

—¿Qué pasa si lo hago? —dijo ella bruscamente—. Eso no quiere decir que quiera dormir contigo.

—Inocente Rayo de Luna, ninguno de nosotros estaríamos durmiendo —su mirada se deslizó sobre ella, y de repente, él deseó poseer el fuego de los dragones, así podría reducir a cenizas sus ropas—. Sé que nunca has estado con un hombre, pero ¿alguna vez te has envuelto en juegos amorosos?

Testaruda como siempre, ella apretó sus labios.

—Eso no es de tu incumbencia.

—No huelo ningún hombre sobre ti, ni siquiera el más ligero rastro.

—Y... yo te mentí antes, vale —estudió sus uñas, bostezando exageradamente—. He estado con muchos hombres. Miles.

Él se detuvo, sus manos a cada lado de las rodillas de ella. Que no estuviera tratando de patearlo era más revelador de lo que probablemente creía. Alguna parte de ella lo deseaba.

*No había sido tocada*, hizo eco en su mente. Su compañera no había sido tocada por ningún hombre. Él sería el primero. El único. Sería cuidadoso con ella.

—Me gusta que seas virgen, Luna.

Ella sacó una pelusa de su camisa.

—No me agrada el hecho de que seas un prostituto masculino, Valerian.

—Siento no haber llegado a ti puro —los nymphs nunca se había reservado para sus compañeras; eran demasiado sexuales, sus necesidades demasiado grandes. Pero ahora, por los dioses, deseaba haber esperado por ella—. Tal vez, con cada otra mujer, fue simplemente práctica para el momento en que me encontrara contigo.

Ella tragó y se mordió el labio. Sus pezones se endurecieron debajo de la camisa y no pudo seguir pretendiendo estar aburrida.

—Esa es la frase más cursi que haya escuchado alguna vez.



—Sin embargo, es verdad —la sangre se calentó hasta hervir dentro de sus venas. Posesividad y orgullo lo atacaron, tan seguro como que su ejército atacaba castillos. Ningún hombre había pasado furtivamente bajo la fachada fría de su mujer como para descubrir la pasión debajo, pero él estaba cerca. Tan cerca de la victoria. *Le daré tanto placer que gritará.*

Él gateó el resto del camino hacia su cuerpo, posando nariz con nariz.

—¿Estaba en lo cierto? ¿Es eso por lo que me has rechazado? —preguntó, dejando el más suave de los besos en su exuberante boca —.¿Por qué no has conocido a un hombre?

Su boca se abrió en un jadeo, quizás un suspiro.

—No... no te engañes a ti mismo —ella deslizó su lengua por sus labios—. No quiero ninguna parte de ti. Eso es por lo que te rechacé —de nuevo sonaba sin aliento. Necesitada.

—Creo que quieres cada parte de mí.

—Estás delirando.

—O quizás soy más perceptivo de lo que crees.

Sus ojos se entrecerraron, escondiendo las emociones depositadas en sus profundidades.

—¿Vas a hablar todo el día o vas a terminar con esta rutina de seducción?

Al tiempo que ella pronunciaba esas palabras, él alzó una mano y tomó un seno en su mano. Sus ojos cerrados, sus labios ligeramente arqueados. Una mirada de divino placer cubrió su expresión.

—Podemos terminarla —dijo él—, pero, ¿lo quieres rápido?

—Yo... yo no lo sé —contestó.

—Pídeme que te deje ahora mismo y lo haré. Pídemelo.

Ella abrió su boca pero no dijo nada.

—Pídeme que me vaya, Shaye. No te forzaré. Me alejaré de ti.

De nuevo, ni una palabra. La satisfacción lo atravesó. Él tironeó de sus pezones con la punta de sus dedos.

—¿Me odias cuando hago esto?

Un gemido escapó por sus labios.

—Se siente... se siente terrible.

Dioses, adoraba ver sus mejillas sonrojarse con excitación.

—Sólo piensa lo peor que se sentirá cuando succione este duro pequeño manjar con mi boca.

Ella gimió, un sonido tan abrumado de necesidad que él respondió a un nivel primario, sus músculos tensionándose, sus huesos vibrando. Cuando quitó sus manos —sólo por unos escasos segundos— su gemido se convirtió en un gruñido. Él deslizó sus dedos bajo su camisa, arrastrándolos sobre la suave piel de su estomago, seguramente la más suave y dulce piel que había alguna vez conocido.

Sus facciones se nublaron con éxtasis, y ella tembló.

—¿Hace esto que te estremizas de repulsión? —le preguntó, tirante.

Las yemas de sus dedos rozaron la parte inferior de su pecho.

—Completamente —jadeó.

—A mi también. Oh, a mí también. Ves, estoy temblando con la fuerza de mi disgusto.

—Es la... peor cosa... que nunca —dijo ella jadeando. *Debería hacer que se detuviera, pensó. Debería hacer que se detuviera... en sólo... un pequeño momento.* Los dedos de él estaban candentes, quemando, y dondequiera que tocaran un fuego se encendía por debajo de su piel. Él se hundió más profundamente en ella, haciéndola jadear.

El cuerpo de él era como un cable vivo, se percató, y luego su mente se volvió en blanco; consumida sólo por la pasión al tiempo que sus manos se cerraron sobre sus pechos desnudos. Instintivamente, ella apartó sus piernas, una invitación silenciosa para que él la penetrara completamente.

Él no acepto. De hecho, se levantó escasamente.

Ella casi lo maldijo.

Con su otra mano, él elevó el dobladillo de su camisa.

—Si te cubro, te tomaré —él le explicó—. Necesito verte antes.

—Sí —dijo ella, preguntándose quién era esta criatura pasional.

No Shaye, seguramente. Ella no estaba preocupada por el pasado de cada uno, no estaba preocupada con qué pasaría una vez que el acto amoroso terminara al tiempo que ella elevaba sus cadera

para hacérselo más fácil a él. Su desnuda erección se frotó contra ella. Placer absoluto. Sensación total.

Él siseó en un respiro y ella hizo lo mismo. A pesar de la ropa que aún vestía, sintió como si él tocara el centro de ella.

—Mmm, sí —dijo—. Me gusta. No, lo odio. Lo odio.

Su estomago se tensó, se estremeció. Incapaz de detenerse a sí misma, lo hizo de nuevo, a propósito esta vez, y se frotó a sí misma contra su pene. Valerian inhaló en otro respiro. Él le sacó el top por encima de su cabeza, liberando sus pechos a su vista.

—Debo saborearlos. Tengo que tener esas dulces pequeñas gotas en mi boca.

Shaye no debería permitirle ir más lejos, pero la curiosidad estaba sacando lo mejor de ella. Al menos, estaba convocando al inapagable deseo de sentirlo deslizarse, bombeando y triturando dentro de su curiosidad. De conocer y entender cómo la gente se convierte en esclavos de sus emociones por este simple acto.

Valerian cerró sus dedos alrededor de su muñeca.

—¿En qué estás pensando?

—Pasión —admitió—. Sexo.

—Mírame.

No pensaba desobedecerlo. Su mirada cayó sobre él, y se quedó quieta, asombrada por lo que vio. Él estaba bebiéndose con la visión de sus pechos como si fueran las cosas más hermosas que jamás hubiera contemplado. Como si su piel demasiado pálida y sus pechos tamaño medio encabezaran su lista de Navidad.

—Estoy pensando que nunca he visto una visión más maravillosa. Tu hermosura me cautiva —dijo él con tono de reverencia.

—Pero has estado con miles de mujeres —le recordó suavemente—. Miles de veces más hermosas que yo.

—Ninguna es más hermosa que tú, amor.

—Soy nada —insistió—. Soy...

—Todo —una de sus manos ahuecó su mandíbula, su pulgar acarició un lado de su rostro. Él la forzó a mirarlo, a verlo—. Te lo dije. Eres todo para mí.

Era demasiado asombroso para creerlo y sin embargo, era todo lo que ella siempre había querido oír. La gente no le decía cosas como esas. Las lágrimas le escocieron los ojos y se las restregó. Siempre había estado orgullosa de sí misma por su independencia, por su falta de necesidad de la aprobación de otro. Pero hasta este momento, no se había dado cuenta de lo increíble que la aprobación podía ser. Lo poderosa que la podía hacer sentir.

*Debo ser fría*, se recordó a sí misma. ¿Cuántas veces se forzaría a recordarlo? *Debo ser cruel*. Pero en cuanto su mirada se deslizó sobre Valerian, no se pudo forzar a regañarlo.

Él estaba colocado sobre ella, su grande y duro cuerpo iluminado por un dorado resplandor de luz. Músculos agrupados, fuerza y excitación exudaba de él en olas que hacían agua la boca. Su estomago estaba seccionado y duro. Su pene estirado hacia su centro, tan grueso, tan duro, buscando por ella. El pesado peso de sus testículos estaba rodeado por una llovizna de vello dorado.

La visión de él, este dios de la belleza y el sexo, le sacó el aliento.

—Tú... —se aclaró la garganta —no eres mal parecido, tampoco —dijo.

Nunca antes le había hecho un cumplido a un hombre; siempre los empujaba fuera de su vida tan rápido como entraban.

Sus labios se curvaron.

—Me alegra que no me encuentres feo; tú eres todo lo que siempre he necesitado.

Poco a poco, él bajó su cabeza. Un jadeo de anticipación se atascó en la tráquea de ella. Su boca se cerró sobre su pezón, rodeándolo con cálida humedad. Cuando su lengua se arrastró atrás y adelante por el perlado capullo, la mano de ella se enredó en su cabello, sosteniendo su cabeza en el lugar. Él amasaba el otro pecho con su mano y la doble sensación tenía a sus caderas se retorciéndose.

—¿No te prometí que se sentiría terrible?

—Horrible, simplemente horrible. No te detengas —espera. Ella había pretendido decirle que se detuviera. Las cosas se le estaban yendo de las manos.

—Me haces sentir febril, como si mi vida entera dependiera de ti —succionó fuerte y ella gimió ante el placer/dolor, luego la lamió haciendo desaparecer el dolor y gimió ante la embriagadora felicidad —. Cuando un nymph hace el amor, se encuentra completamente absorto en el acto, feroz y bestial. Nada más importa excepto su mujer.

*Lo necesitas de la manera que parece necesitarte él*, pensó ella añorando, y algo se quebró en su interior. Algo se desmoronó. ¿Los últimos vestigios de su resistencia? ¿Miedo? ¿Duda? De repente, habían desaparecido, remplazados por una necesidad de conocerlo, saber todo de él. En ese momento él se volvió más importante para ella que el respirar.

Gruñendo, envolvió sus piernas alrededor de su cintura, enganchó sus tobillos y tiró de él encima de ella. Todo su dichoso peso. Ella saboreó, gozó de la exquisita urgencia de él. Se deleitó de su primera experiencia de la capitulación. Nunca más negando sus necesidades, nunca más ignorando sus deseos secretos.

—¿Shaye? —dijo, su voz ronca. Él cerró sus ojos en dulce rendición, su expresión encantada, en shock, admirada.

—Valerian.

Él mordisqueó su clavícula, lamió arriba y abajo su cuello. Su mano trabajaba en la cintura de sus pantalones. Sus dedos se deslizaron pasándolos, bajo sus bragas, y a través su fino vello púbico.

Ella casi gritó al tiempo que arqueaba sus caderas urgiéndolo a ir más lejos.

—La mayoría de las mujeres creen que este es el lugar más receptivo de placer de sus cuerpos —sus dedos pellizcaban su clítoris ligeramente. Él estaba sudando, tratando de ir despacio cuando ella quería que se apresurara.

Con ese único toque, ella casi alcanzó las puertas del paraíso. Tan cerca del clímax... tan cerca...

—Están en lo cierto —se las arregló para decir con un jadeo.

—No, están equivocadas —deslizó un dedo a través de sus húmedos pliegues dentro del verdadero calor de ella—. Pequeño —dijo forzado—. Apretado. Maravilloso.

¿Había pensado que antes estaba cerca del paraíso? Ni siquiera un poco. Sus paredes femeninas se apretaron alrededor de él, manteniéndolo cautivo. Él se movía dentro y fuera. Lentamente. Pura tortura. Ella jadeó, jadeó y jadeó.

—Algunas mujeres creen que el ritmo es la causa de su deseo.

—¿Están ... equivocadas, también? —santo infierno, estaba ardiendo.

Sus células estaban viajando a través de su corriente sanguínea a máxima velocidad, derribando todo a su paso.

—Oh, sí. Están equivocadas.

Continuó deslizando sus dedos dentro de ella, y su estomago se estremeció, se tensó; los músculos de sus piernas temblaron alrededor de él. El orgasmo vacilaba en el dulce punto de llegada.

—Valerian —suplicó.

—Oh, como me gusta mi nombre en tus labios —su pulgar rozó su clítoris.

Su cabeza giraba de un lado a otro. Ardía, tan caliente, cerca de la explosión.

—Muéstrame el lugar más receptivo de placer del cuerpo de una mujer —tenía que correrse. O si no... moriría... pronto...

—Por un beso —le dijo él, queriendo intercambiar inclusive ahora —. Te daré el mundo por un simple beso.

Sin vacilación, encajó sus labios con los de él. En el momento en que su lengua chocó con la de ella, su sabor llenó su boca. Las exquisitas sensaciones entre sus piernas se intensificaron. Ella desenredó sus tobillos, dejando que sus rodillas cayeran apartadas sobre la cama, dejándola bien abierta para lo que fuera que él hiciera.

Perdida en la pasión, así estaba Shaye. Era exactamente lo que había temido: una esclava de ésta, desesperada por ella. Pero no le importaba. El beso fue duro, caliente y sólo se volvió más duro y más caliente. Las lenguas batallaron, los dientes chocaron. Los dedos de Valerian continuaron bombeándola, tan frenéticos e insaciables como el beso.

Pero entonces, repentinamente, se detuvo. Interrumpió el beso, parando el movimiento de sus dedos. El cuerpo de ella vibraba y un sollozo casi brotó de sus labios.

—¿Qué estás haciendo? —gimió.

Enredó sus manos en su cabello y trató de forzar a su boca a volver a la suya. Finalmente, se había permitido disfrutar del hombre, ¿y él se detenía?

—Ahora te mostraré donde eres más sensible, donde estarás al borde del clímax cada vez que te toque.

*Hmmm. Sí.*

—Apresúrate.

El sudor continuó goteando de las sienes de él. Las líneas de tensión alrededor de sus ojos se habían profundizado, encuadrando sus facciones. También necesitaba el alivio, se percató. ¿Lo ansiaba él con una casi inapagable ferocidad como ella lo hacía? ¿Estaba desesperado, ávido? ¿Se sentía como si volara pasando más allá de las estrellas si no volviera a tocarla de nuevo?

Sus labios la rozaron suavemente, una vez, dos veces.

—Tu sabor... es como ningún otro. Como nada que haya tenido alguna vez. Es adictivo. Creo que moriría sin él.

*Tócame. Hazme el amor.*

—Valerian, me alegra que te guste mi sabor y todo, pero tienes un punto que probar aquí y estoy un poco decepcionada que tenga que recordarte ese hecho.

Él expresó una risa forzada.

—Tienes razón. Sólo necesito mirarte durante un momento más, sólo preciso apreciar tu imagen. Muy pronto te desnudaré completamente. Muy pronto deslizaré tus pantalones por tus piernas.

Al tiempo que hablaba, esa imagen llenó la mente de ella. Podía ver muy claramente que la estaba desnudando. *Estaba envolviendo sus manos alrededor de sus...*

—Tobillos —dijo él—. Y traeré tu pie hasta mi boca. Lameré...

*...el arco, deslizando su lengua lentamente.* Ella lo veía, veía las imágenes, más vividas con cada segundo que pasaba. *Su boca se movía por su pantorrilla, dibujando pequeños corazones sobre su piel antes de...*

—... morder la parte interior de tu muslo. Tú jadeas y te retuerces, justo como estás haciendo ahora y te volverás inclusive más mojada para mí. Tan mojada. Traigo tu propia mano entre tus piernas y te veo tocarte a ti misma. Tú...

*...encorvando su propio dedo sobre su clítoris, observándolo todo el tiempo. Dentro de la mente de ella, él bajo sus ojos a media asta y sus manos se curvaron alrededor de su polla, moviéndose arriba y abajo. Él le decía cuanto quería que su boca reemplazara su mano, cuanto quería que la boca de él reemplazara la mano de ella. Luego la besó pero...*

—...no es suficiente. Ansío saborearte de nuevo, un paladeo más íntimo, y hablando de ello, no será suficiente, tampoco. Bajo mi cabeza entre tus piernas. Tus manos aferran mi cabello, empujando duramente porque ya estás tan perdida en tu necesidad que no eres capaz de controlar tus reacciones.

Ella no podía controlar sus reacciones ahora. Para ese momento, Shaye estaba retorciéndose insaciablemente. Ella aún vestía sus pantalones, pero se sentía como si manos fantasmales estuvieran trabajando sobre ella, como si una lengua fantasmal estuviera lamiéndola. Estaba jadeando, su aliento caliente en su garganta.

—Valerian, Valerian —cantó ella—. Valerian, por favor.

—Por favor, ¿qué? —su voz era áspera, tan áspera. Ronca, tan ronca.

—Por favor termíneme.

—Pero me gusta saborearte.

—Muéstrame el lugar más erótico de mi cuerpo, maldición. No vivirás para saborearme si no te apresuras.

—Moriré de placer de cualquier forma —su voz estaba quebrada por la excitación. Él pellizcó su clítoris de nuevo, y ella casi saltó de la cama. Las decadentes sensaciones eran agudas, casi dolorosas—. Voy a saborearte aquí antes de amarte —le dijo—. Y cuando te ame, vas a conocer el lugar más receptivo de placer sobre mi cuerpo.

—¿Tu pene? —dijo ella en un jadeo. Estaba casi más allá del habla. Él era demasiado. Sus palabras, sus acciones. Su misma esencia.

—No, mi...

—Mi rey —dijo una voz urgentemente.

Valerian se detuvo. Gruñó bajo en su garganta y era un sonido animal. Un sonido de aniquilación.

Pasó un momento antes de que Shaye se percatara de lo que estaba ocurriendo. Había un guerrero de pie, al final de la cama, sus



ojos sobre Valerian, con expresión preocupada. Perdiendo su ofuscamiento de la pasión, ella gritó y luchó con los cobertores. La mortificación la bombardeó al tiempo que se cubría sus pechos desnudos. Aún así todavía ansiaba a Valerian.

—Gírate, Broderick —gruñó. Sus dientes al descubierto en un feroz y letal gesto—. Estoy cerca de matarte ya.

Broderick se giró instantáneamente.

—Déjanos o te mataré.

—Dragones — dijo Broderick. No se retiró como le había sido ordenado—. Se están acercando en un intento de guerra.

## CAPÍTULO 20

**V**alerian no podía creer que alguien hubiera entrado su cuarto sin su conocimiento. Aún cuando estaba atrapado en el más bestial de sus deseos, sus instintos guerreros no disminuían.

No era así con Shaye. Con ella, él se concentraba sólo en amar. Tal cosa nunca había ocurrido antes.

Por el momento él luchaba contra un torrente feroz de furia y deseo. Tenía a Shaye donde la había querido y necesitado por tanto tiempo, y ahora debía dejarla. Pero su seguridad estaba antes que su seducción. Siempre.

Su seguridad estaba antes que su propio placer.

Quizá estaba atrapado en una pesadilla, pues era lo peor que le podía pasar.

—Advierte a los demás —le dijo a Broderick con palabras desgarradas de su garganta. —Quiero a todos con la armadura completa y en la arena. Estaré allí en poco tiempo.

—Considéralo hecho —fue la respuesta antes de que su segundo al mando se fuera corriendo.

Se pasó una mano por la cara. Dios, sabía que este día podría llegar. ¿Por qué no podría haber sido por la mañana?

—Broderick —llamó, y el guerrero rápidamente regresó—. ¿Se han llevado a las mujeres?

—Están siendo escondidas en este momento.

—Excelente. Vete, entonces. Tienes tus órdenes.

Broderick salió rápidamente de la habitación una segunda vez, sus apresuradas pisadas haciendo eco de las paredes.

—Lo siento, luna —dijo Valerian, mirando hacia abajo a Shaye. El color encendió sus mejillas, su pelo pálido extendido sobre la cama como cintas de seda blanca. Sus pechos, cubiertos por las sabanas violeta, estaban delineados, sus pezones perlados—. Debo irme.

Ella no respondió.

Él no supo qué más decir. Retirarse de la cama, de su abrazo, fue la cosa más difícil que alguna vez había hecho. Deseó que hubiera tiempo, al menos, para saciar su deseo y darle a uno de ellos alivio.

Mientras se vestía apresuradamente, metiéndose en sus pantalones y recuperando su armadura del pecho –todavía manchada de sangre por la práctica de hoy– comprendió que no estaba todavía a pleno rendimiento. Su control no era tan fuerte, sus extremidades no tan estables. No podía evitar eso ahora. Amarró sus botas.

—¿Vas a la guerra? —Finalmente su mujer habló, pero la voz no dio indicio de sus emociones. Era tan vacía y fría como si él nunca la hubiera acariciado. Nunca hubiera movido sus dedos dentro de ella.

Eso lo enoja tanto como la interrupción de Broderick.

—Si eso es lo que se requiere para mantener este palacio, entonces sí, iré a la guerra.

—Pero... estas herido.

—Sí.

—No deberías estar peleando. Empeorarás tus heridas.

Se mantuvo de espaldas a ella mientras recogía su casco y su escudo. La Skull descansaba adentro.

—No comiences a dudar de mí otra vez, Luna. Soy bien capaz de proteger y defender.

—¿Por qué sólo no le devuelves a los dragones su palacio?

Él no haría a su ejército convertirse en vagabundos otra vez, sin un hogar real, sin refugio auténtico.

—Es mío ahora, y conservo lo que es mío. Siempre —le pronunció las palabras como una advertencia a ella. Era suya ahora, y él nunca la dejaría ir—. Vístete.

Ella recorrió con la mirada la sabana que abrazaba, sus pantalones abiertos. Jadeó como si sólo entonces se diera cuenta que no estaba cubierta completamente. Con movimientos rígidos, cogió la camisa negra del suelo y la pasó por su cabeza.

Valerian lamentó la pérdida de su semi desnudez. Tendió su mano libre y le indicó que se le uniera. Sorprendentemente ella hizo eso sin protestar, ajustándose el cinturón en su lugar mientras caminaba. Sin embargo, Shaye no tomó la mano que se le ofrecía.

—¿A dónde me llevas? —preguntó. Una profunda preocupación nadaba en las piscinas oscuras de sus ojos. ¿Por él?, se preguntó esperanzadamente. Dudaba que fuera por sí misma.

—Te quiero a salvo, lo que quiere decir que voy a ponerte con las otras mujeres.

—¿Dónde?—insistió—. ¿La habitación en la que estábamos más temprano hoy?

—No. Te lo mostraré—. Él sabía que se plantaría si le dijera donde sería colocada. Si simplemente la llevaba allí, caminando voluntariamente, les ahorrarían a ambos tiempo y esfuerzo.

La urgencia lo golpeó. Debía llevar a Shaye a la seguridad.

Él agarró su mano y tiró de ella a través de tres vestíbulos separados. Varios de sus hombres se apresuraban detrás de él, asintiendo con la cabeza en aceptación mientras se dirigían hacia la arena. Ese no era su destino. Mientras él seguía adelante, el aire se volvió frío, espeso con humedad. La niebla formaba espirales hacia el techo.

—¿Estás llevándome al portal? —Shaye le dio una palmada en el hombro—. Pensé que dijiste que me ahogaría si regresara a través de él.

—No lo hago, no te enviaré jamás al portal. Por ninguna razón. — Las paredes de la caverna llegaron a la vista. Rocosas. Dentadas. Murales sensuales pintados en todas partes. Él bordeó el portal remolinante, cuidadoso de no tocar el líquido moteado que le separaba a él y Shaye del mar.

—No entiendo —dijo Shaye.

El sonido de voces femeninas llenó sus oídos. Ramas y huesos - dejados cuando los dragones poseyeron el palacio y mataron a cada humano que incursionaba en la Atlántida- crujían debajo de sus botas. Más de una vez Valerian se había preguntado por qué los Atlantes no podían sobrevivir en la superficie pero los humanos podrían llegar e irse como quisieran. Una vez los ejércitos habían pasado por ahí y los dragones los habían matado sin piedad, por lo que esa caverna era un lugar de muerte y destrucción.

Sin embargo Valerian pensaba que estaba mejor en sus manos. Los inocentes no merecían morir. ¿Qué hubiera pasado si Shaye hubiese venido antes de su llegada? Habría sido asesinada.

—¿Esos son huesos? —Shaye cubrió su boca con una mano temblorosa—. No los noté antes.

Él explicó acerca de los dragones, sobre el portal.

—Los seres humanos han tratado de destruir a las criaturas de la Atlántida en un intento de robar sus riquezas. Los dragones hicieron lo que pensaron correcto para proteger a los Atlantes.

Valerian descendió un tramo de escalera, este escondido en la hendidura estrecha entre dos rocas grandes redondas manchadas de sangre. El portal era exactamente por lo que los dragones querían el control de este palacio otra vez. Lucharían a muerte para tenerlo. Darius, Rey de los Dragones, era Guardián, un asesino de intrusos.

—Nunca me dijiste el lugar más erótico en el cuerpo de una mujer —Shaye dijo. El miedo cubrió su voz, como si estuviera desesperada pensando cualquier cosa excepto en guerra y muerte.

—Ni lo haré —él contestó. El misterio ocuparía su mente, manteniéndola distraída—. No hasta que te tenga en la cama otra vez.

—Tonto.

—Bella.

Una pausa. Una brusca inspiración. Shaye se afirmó para detenerse abruptamente.

—¿Que es este lugar? —Su voz hizo eco alrededor de ellos.

Habían alcanzaron el fondo de las escaleras, entrando en una nueva habitación. Valerian sostuvo su escudo contra la pared y deslizó una mano alrededor de la cintura de Shaye, urgiéndola a su lado -aunque sólo para impedirle correr cuando ella espicara el calabozo.

—Bienvenida a la mazmorra, Luna.

La cháchara de voces disminuyó al silencio un segundo antes de que arrullos felices brotaran.

—¡Valerian, tú, cosa hermosa! Estoy tan feliz de verte.

—¡Valerian!

—Hola, Valerian.

Resplandecientes barrotes azules llegaron a la vista, barrotes que contenían a todas las demás mujeres.

—Diablos, no —dijo Shaye, y él supo que ella había visto la prisión -una prisión que podría sujetar a un inmortal si era necesario.

Ella se sacudió de él, cortando todo contacto.

—No te dejare encerrarme así. ¡No estaré indefensa!

Decidido, él la enfrentó. Ella, también, tenía una expresión de determinación. Sus ojos oscuros emitieron fuego mientras él la recargaba en la pared.

—Haz la prueba e intimídame todo lo que quieras. —Ella cuadró sus hombros y levantó su barbilla, el cuadro de desafío total—. No me quedaré aquí abajo mientras guerreas, allá arriba.

—Éste es el lugar más seguro para ti.

—¿Qué pasará si eres asesinado? ¿Nos quedaremos atrapadas aquí abajo para siempre?

—Eso no ocurrirá —insistió él.

—¿Lo puedes garantizar con un cien por ciento de certeza?

—Sí. —Él no permitiría que nada malo ocurriera porque la vida de Shaye dependía de él. Eso era un hecho.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Cómo puedes garantizar semejante cosa? ¿Eres psíquico?

Sus ojos se crisparon mientras él a sacudidas señalaba el grupo de guerreros parados en frente de los barrotes de la prisión.

—Si cualquier cosa me ocurre, estos hombres te soltarán. ¿Satisfecha?

—No soy un pequeño pastelito que haga cosas estúpidas mientras los grandes, fuertes hombres guerreros cuidan de mí. Tú no tienes que preocuparte por mí precipitándote a la batalla. Permaneceré en esta habitación, está bien. No tienes que encerrarme.

—Los barrotes no son para ti. Son para los dragones. Si te atrapan, te quemarán o te raptarán. Quizá ambas cosas. ¿Es ese el destino que deseas para ti misma?

El poco color que su cara tenía se drenó.

Él suavizó su tono.

—Intenta calmar a las otras mientras me no estoy. ¿Harás esto por mí?

Ella miró perdidamente hacia sus ojos, y por un breve momento él captó un vislumbre de puro terror. Por él. Por su seguridad. Pero ella frunció el ceño y asintió con la cabeza.

—Bien. Lo haré. Pero ellas no están molestas —masculló—. Están extrañamente encantadas de verte.

—Lo estamos, Valerian —dijo una morena, dando un paso adelante. Ella agarró los barrotes. Una túnica amarillo botón de oro envolvía su cuerpo exuberante—. Estamos encantadas de verte.

Shaye pellizcó el puente de su nariz.

—Si no regresas, le juro a Dios que te mataré.

Valerian asintió hacia Terran, quien montaba guardia en la celda. Terran extendió su brazo y rozó sus dedos contra los barrotes, haciéndolos nada más que niebla. Valerian no pudo evitarlo. Aplastó los labios de Shaye con los suyos, su lengua zambulléndose dentro para una rápida catada, trayendo todo sus deseos más agudos a la superficie. Ella respondió violentamente, brutalmente, tomando todo lo que él podía darle.

Mientras la besaba, la metió en la celda. Cuando ella estuvo a salvo adentro, él se apartó de ella y los barrotes se solidificaron delante de su cara.

Sus ojos se encontraron. El silencio flotó entre ellos por un latido. Su mirada se amplió entendiendo, y ella agarró los barrotes. Les dio una buena sacudida, pero ni siquiera cascabelearon.

—iTú, bastardo! Dije que voluntariamente me quedaría aquí. No tenías que engañarme para entrar.

—Lo siento. —odiaba dejarla. Deseaba besarla otra vez. Deseaba demorarse. No podía. Levantó su escudo y caminó a grandes pasos del recinto, sus maldiciones sonando en sus oídos. Se dirigió hacia el comedor. Broderick lo encontró a medio camino.

—Los hombres están listos.

Él empujó a Shaye de su mente, determinado a actuar como un guerrero debería. Frío, desapasionado. Letal.

—Excelente. ¿Que tan lejos están los dragones de llegar a nosotros?

—Están todavía en Ciudad Exterior.

—¿Tienen algunos aliados con ellos?

—No. Vienen solos.

—¿Darius los guía?

—Sí.

Valerian asintió. Él y Darius habían peleado una vez antes, y aunque Valerian había herido a la bestia gigantesca, al final había

sido un empate, con ningún hombre capaz de conquistar completamente al otro.

—Quiero a nuestros mejores hombres en el parapeto y a un grupo de soldados estratégicamente colocado en el bosque circundante. Quiero que cada maniobra de los dragones sea rastreada. Quiero saber si envían voladores encima del techo.

—¿Y si lo hacen?

—Reducidlos.

Todos los dragones tenían alas que les permitían remontarse a través del aire. Ellos también exhalaban fuego y si no eran detenidos rápidamente, podrían diezmar todo en su camino.

La más grande fuerza de los nymphs yacía en su poder para seducir. Aun los hombres no eran inmunes y podían quedar atrapados en su hechizo, esclavos de su voluntad. Más que eso, la pasión de los nymphs se derramaba en cada área de sus vidas. No sólo pasión sexual, sino furia.

Los dragones podrían no caer presas de sus encantos, lo cual quería decir que tendrían que confiar en su ingenio, su habilidad con la espada y su furia potente. Al menos el palacio, que había sido hecho por dragones, era resistente al fuego.

—¿Quieres las trampas colocadas? —preguntó Broderick.

Consideró la idea.

—No. Deja que los dragones nos alcancen sin incidentes. Tendrán menos posibilidad de entrar rápidamente para atacar, y podemos lanzar un ataque sorpresa de nuestra parte en la oscuridad que viene.

Broderick corrió a transmitir todo lo que a él le había sido ordenado.

En el comedor, Valerian caminó a grandes pasos hacia la pared de las ventanas y contempló fuera. Las calles vacías lo saludaron. Los ciudadanos que vivían en Ciudad Exterior debían haber espiado a los dragones y huido a casa, habiendo temido por sus vidas.

La guerra finalmente había llegado.

Valerian giró sobre sus talones y caminó a grandes pasos hacia la arena. Broderick estaba ocupado instruyendo a los hombres.

A medida que recibían las órdenes, se apresuraban a obedecer.



—El poder de los dioses vaya contigo —le dijo a esos que lo pasaron.

—Y con vos, mi rey —oyó él pronunciar repetidas veces.

Aquellos sin asignaciones formaron una línea y lo miraron impacientemente. Él paseó adelante de ellos, diciendo:

—Quiero que deis una vuelta por Ciudad Exterior sin que os detecten y permanezcáis detrás de los dragones. Os quiero flanqueados por nymphs a cada lado.

Asintieron al unísono.

—Cuando recibáis mi señal, acercaos a ellos y dejadlos saber que estáis allí. Ahora iros.

Las pisadas apresuradas se hicieron eco de que los hombres corrían a obedecer. Valerian se encontró solo. Agarrando la empuñadura de su espada, permaneció allí un momento, sus pensamientos yendo a la deriva inexorablemente hacia Shaye. Si no estuviera ella aquí, él más probablemente hubiera conducido una sección de su ejército a las afueras de la ciudad y hubiera atacado a los dragones allí. Así las cosas, quería todas sus fuerzas rodeando el palacio. Al alcance de la mano. Un círculo de protección.

Todo lo que él tenía que hacer ahora era esperar la llegada de los dragones. Y matar, por supuesto. Matar a todos y cada uno de sus enemigos.

## CAPÍTULO 21

**S**haye estudió a las otras mujeres encerradas en la celda. Por supuesto, eran las mismas que habían estado confinadas en la sala de ocio con ella. No parecía importarles su situación actual, y estaban, de hecho, charlando animadamente con las demás.

¿Cómo podían ser del mismo planeta que ella? Dios, que pesadilla. ¿Estaría Brenna aquí? Shaye realmente necesitaba un aliado. Alguien con quien compartir sus preocupaciones, que la mantuviera calmada.

—Brenna —gritó.

La chica se abrió paso hacia ella entre la espesa multitud.

—Aquí.

—Gracias a Dios.

Shaye tiró de ella hacia la esquina más cercana.

—¿Cómo estás? ¿Te castigó Shivawn por tratar de escapar?

—Escapar —la de nombre Tuffani gimió. Ella se apoyó en una de las barras laterales—. Por favor, decidme que no vais a tratar de

escapar nuevamente. Por lo menos, no en este momento. ¿No sabéis que, supuestamente, hay que esperar hasta que todo el mundo esté durmiendo y luego huir? Así es como lo hacen en las películas.

—Todavía no entiendo por qué quieres escapar de Valerian —la muchacha de pelo negro que había visto dejando la habitación de Valerian la primera noche, se dirigió hacia ellas. Sin pudor al unirse a la conversación—. Él es increíble.

Sí, lo era, pensó Shaye, sus manos tensándose en los costados cuando los celos la golpearon.

—Todavía sueño con él —agregó la mujer, con un soñador suspiro—. ¿Te ha hablado sobre mí? Soy Kathleen, por cierto.

Los dientes de Shaye rechinaron ante la imagen de Valerian y Kathleen —desnudos y entrelazados— consumiendo su mente. Esto de los celos era nuevo para ella y no sabía exactamente qué hacer con ellos.

—No. Él no te ha mencionado.

—Oh —los hombros de Kathleen se encorvaron con la decepción—. Con suerte, se cansará pronto de ti. Yo realmente, de verdad, lo quiero de vuelta.

—¿Qué te hace pensar que se cansará de mí alguna vez? —replicó.

Odiaba tener ella misma ese miedo. ¿Cuánto tiempo seguiría Valerian interesado en ella? ¿Cuánto tiempo hasta que sus ojos comenzaran a buscar a alguien más? ¿Alguien dulce y más dócil?

Kathleen encogió sus hombros.

—Intentaste escapar de él. No puedo creer que tal comportamiento sea de interés para él durante mucho tiempo. Te doy una semana, dos como máximo.

Shaye dio un paso hacia adelante, los puños apretados, lista para atacar. Brenna agarró su mano, una orden silenciosa para detenerse.

—No hay suministros para curar a Kathleen —su amiga le dijo con voz ronca.

Expulsando una respiración profunda, Shaye se alejó de la perra en cuestión. Quería salir de la celda, estar lejos de estas mujeres. Quería ir a casa, estar sola —salvo que el pensamiento la dejó un vacío de dolor en el pecho.

El grupo comenzó a charlar sobre la llegada de un nuevo nymph, uno más hermoso que los otros, incluso que Valerian. Aparentemente, a este nymph le gustaba hacer preguntas y podía llevar a las mujeres a un orgasmo con sólo una mirada. Después de un rato, Shaye dejó

de prestarle atención al parloteo. La furia hervía como una bomba de tiempo en su sangre, la detonación asegurada.

Si se quedaba aquí, esta era la vida que tendría. Estaría atrapada en una celda cada vez que una guerra los amenazara. Un día, iba a ser olvidada por Valerian, siendo sólo otra de sus conquistas. Y todo el tiempo lo anhelaría porque él había despertado los deseos que ella había enterrado.

¿Qué haría cuando se cansara de ella? Él le había dicho que no, pero no podía predecir el futuro. Otra mujer podría, algún día, llamar su atención. Era un nymph, después de todo, y eso era parte de su naturaleza.

*No puedo permitir que me deje.*

Todos a los que alguna vez había llegado a amar, la habían abandonado o decepcionado. Nadie se quedó. Nadie quería trabajar en la relación. Sabía eso. Pero también sabía que si ella no le amara, no le dolería cuando todo se derrumbara.

Sin embargo, aquí estaba, enamorada de Valerian y dándole más de ella de lo que alguna vez le dio a nadie.

Su primer instinto había sido correcto. Tenía que dejarlo.

Decidida, enfrentó a Brenna.

—Esta es nuestra mejor oportunidad de escapar —susurró. El dolor que le había brotado en el pecho justo hace un momento, se intensificó drásticamente. Haciendo caso omiso de ello, se inclinó hacia adelante y apretó los dedos alrededor de las barras—. ¿Estás conmigo?

La indecisión pasó por la cara de Brenna. Se mordía el labio inferior y se retorció las manos. Finalmente, asintió con la cabeza, en una acción vacilante.

Las barras eran gruesas, azules, brillantes, con la anchura de un bate de béisbol y calientes al tacto. No lo suficiente para ampollar, pero sí para quemar. Las sacudió o, al menos, lo intentó. No se movieron.

—¿Sabes cómo convierte Valerian las barras en niebla? —mientras hablaba intentó sacudirlas otra vez.

Brenna sacudió la cabeza

Shaye recordó en su mente el beso de buenas noches que Valerian le había dado. Sus labios se encontraron con los suyos y la había apoyado en las barras. Salvo que las barras no habían estado allí. Ellas habían... ¿Qué? ¿Desaparecido? Sus ojos se abrieron. Quizás sí habían desaparecido. Quizás era necesario un toque del exterior.

Valerian no había tocado ningún botón o usado ninguna llave. Sus guardias simplemente habían tocado las barras brillantes y estas se desvanecieron.

Tenía que conseguir que uno de los guardias llegara a la celda.

—Ya lo tengo —le dijo a Brenna y a continuación se acercó a Kathleen—. Si quieres deshacerte de mí, entonces tienes que ayudarme.

Le explicó lo que quería que hiciera.

Kathleen entornó los ojos.

—Así que ¿planeas dejar Atlantis? ¿Para siempre?

Nuevamente, el pecho de Shaye latía con punzadas de dolor.

—Sí.

—En ese caso, será un placer ayudarte —Kathleen caminó hacia el frente de la multitud. Se agarró de las barras, sonrió dulcemente y dijo—: Terran, te ves muy guapo hoy. Podría, simplemente, comerte entero.

El la miró de reojo, el anhelo hambriento recorriendo sus ojos.

—Tú te ves muy guapo también, Dylan —añadió Kathleen, jugando su papel a la perfección—. Tus músculos son tan grandes. ¿Podría tocarlos?

Ambos hombres caminaron hacia ella como si fueran tirados por cuerdas invisibles, pero no llegaron a alcanzarla.

Shaye mantuvo su atención dividida entre los hombres y las barras, lista para salir en cualquier momento.

Kathleen susurró roncamente.

—¿Puedo lamerte el cuello, Dylan? Por favor. Tengo que probarte.

Él ni siquiera pensó en negárselo.

—Por supuesto —se apoyó en las barras y se inclinó ante los labios de Kathleen que esperaban.

En un instante, la celda completa se convirtió en neblina.

—Yo quiero lamerte también —escuchó Shaye decir a otra mujer.

Las mujeres comenzaron a avanzar, más allá de la niebla. De repente, estaban aglomeradas sobre los dos guardias, captando su atención completamente. Shaye, fácilmente y en silencio, salió de la prisión con Brenna a su lado.

—Mujeres, volved a la celda. ¡Volved a la celda!

Oyendo las suplicas, ahora desesperadas, de los guardias, Brenna y ella dieron la vuelta a la esquina. *iSí! iLo hicimos!* Siguiendo la espiral de neblina pronto llegaron al portal y se aproximaron tentativamente. Su atrayente centro gelatinoso giraba y se revolvía. Shaye se estremeció por el frío, —no de pesar, se aseguró a sí misma — y envolvió sus manos alrededor de su cintura.

—No puedo creer lo fácil que ha sido —dijo.

Pero no dio otro paso más allá.

Brenna no respondió.

Shaye desvió su atención del portal y miró a su compañera de rebelión, la cual estaba retorciendo sus manos, con una expresión torturada.

—¿Qué pasa?

—Joachim me necesita.

Genial. Simplemente genial.

—Bien. Quédate —Shaye frunció el ceño y se movió hacia el portal.

Antes, había tenido miedo de entrar en él por su cuenta. Se hubiera ahogado, le había dicho Valerian. El pensamiento de entrar con Brenna le había dado valor. Habrían luchado contra las olas del océano juntas. Ahora que tenía que entrar sola...

Extendió la mano, pero se detuvo antes de tocarlo. *Sobreviví una vez. Sobreviviré nuevamente. Soy buena nadadora. Puedo abrirme paso hasta la superficie.* Asintió con la cabeza, trabajando en su coraje. Pelear por volver en el océano era mejor que quedarse aquí. ¿Verdad? Dios, su pecho dolía.

Poco a poco se acercó. Casi...allí...se detuvo antes de ponerse en contacto otra vez. Le lanzó a Brenna una mirada irritada. La muchacha la miraba con atención.

—No sé por qué estoy dudando. He querido marcharme desde que llegué aquí. Valerian lo sabe.

Brenna asintió en comprensión.

¡Maldita sea! Valerian podría resultar herido o muerto en la batalla contra los dragones y ella nunca lo sabría. Tal vez nunca lo viera de nuevo.

—¿Si resulta herido —dijo—, cuidarás de él?

Brenna asintió nuevamente.

Debería sentirse contenta por eso, pero no lo estaba. No quería a Brenna tocándolo, ni siquiera para curarlo. ¿Qué está mal en mí?

Quedarse aquí sería estúpido. Tendría a Valerian durante un tiempo, cierto, pero pronto la daría a uno de sus hombres, como había hecho con las otras.

—Irse es lo mejor —cuadró los hombros y levantó el mentón, una acción nerviosa que hacía a menudo, se dio cuenta. Reunió valor y se acercó nuevamente. Su mano comenzó a temblar, y la vibración pasó a través de todo su cuerpo. *Ay, ay, ay.* Su pecho punzó tan fuerte, que casi la dobló por la mitad.

¿Y si la mantenía? ¿Y si la quería para siempre como le había dicho? Se quedó inmóvil. ¿Y si la amaba?

Su corazón se agitó con el pensamiento. Yo no creo en el amor, se recordó a sí misma. El amor era para personas como sus padres que necesitaban una excusa para hacer cosas tontas y egoístas. El amor no tenía lugar en su vida. El amor apestaba. El amor...

Sería tan agradable si viniera de Valerian.

Shaye elevó sus manos y dejó caer la cabeza entre sus palmas.

—No estoy lista para dejarlo —admitió entrecortadamente.

Brenna palmeó su hombro.

Pasó sus manos sobre sus ojos y dejó salir un suspiro de frustración.

—Ya escuchaste a Kathleen. Sólo soy el plato de la semana. Soy tan estúpida por quedarme.

—¿Asustada?

¿De perderlo?

—Sí.

—Es el momento de vencer tus miedos. Es hora de que yo haga lo mismo.

—Sí.

Pero se consoló a sí misma con el pensamiento de que no se tenía que quedar para siempre. Podría permitirse a sí misma unos días más con Valerian. Podría llegar a conocerlo un poco mejor, tal vez, terminar lo que había empezado en su habitación. Y si él la trataba mal, bueno, ahora sabía cómo encontrar el portal.

*De prisionera a huésped dispuesto,* pensó. Resopló con disgusto y se alejó del portal neblinoso. De repente, el dolor en su pecho murió.

—No quiero volver a la celda —dijo—. ¿Y tú?

—No.

—Sin embargo, no podemos entrar al palacio.

Valerian le había pedido que se quedara aquí, así que ella permanecería aquí. No quería distraerlo, poniéndolo en un peligro innecesario. Tampoco quería ponerse accidentalmente en manos del enemigo, lo que les daría ventaja.

Pero su deseo de ayudarlo, incluso de protegerlo, era fuerte. Ignorando que estaba malditamente cerca de lo imposible.

Suspirando, guió a Brenna a través de la cueva a la caverna junto a la celda.

—Podemos quedarnos aquí.

Los guardias no las escucharían, ya que el goteo del agua era muy fuerte, y no podían dejar las mujeres para ir a buscarlas -si es que notaban que ella y Brenna se habían ido. ¿No tendría Valerian una agradable sorpresa cuando viniera a buscarla y no estuviese en la celda? Frustrarlo, aunque ligeramente, trajo una sonrisa a sus labios.

Si él sobrevivía.

Perdió su sonrisa.

Con el tiempo pasando con agonizante lentitud, estudió las paredes de la cueva para distraerse. Trazó sus dedos sobre las imágenes.

—Bonito, ¿no? —algo captó su atención y lo estudio más de cerca. Cuando se dio cuenta que las imágenes contaban una historia, hizo señas a su amiga para que se acercara—. Brenna, ven a ver esto.

La primera imagen mostraba un grupo de... ¿dioses? Estaban sentados encima de un mundo vacío, mirando hacia abajo. La segunda imagen mostraba un mundo lleno de monstruos terribles que se formaban de un derramamiento de sangre y una mezcla de otros cuatro elementos. En la tercera, las criaturas eran lanzadas a una prisión oculta. Vio un portal —el portal. Dos de ellos en realidad.

Las imágenes pasaron a mostrar a las criaturas adaptándose a su nueva tierra. Sin embargo, la siguiente imagen mostraba un ejército pasando a través del portal y asesinando a todos a su paso.

¿Humanos? Ellos llevaban espadas y armas, una extraña combinación de pasado y presente. Tal vez dos ejércitos diferentes habían marchado sobre la tierra. Varias de las razas de monstruos se levantaron en represalia y destruyeron el ejército enemigo.

—Aterrador —dijo Brenna.

—Sí.



Atlantis era un lugar violento. ¿De verdad quería quedarse, aunque fuera por poco tiempo? La cara de Valerian pasó por su mente, recordando exactamente como la había mirado, a punto de entrar en ella. Su pelo había caído en desorden sobre sus fuertes hombros. Sus ojos habían brillado con deseo.

Sí, pensó, quería quedarse. A pesar de la violencia, a pesar de las circunstancias, quería quedarse con Valerian.

Por poco tiempo, se recordó a sí misma. Sólo por un rato. Además, le gustaba Ciudad Exterior.

Con el rabillo del ojo captó un grupo particular de rocas en la pared del fondo.

—¿Qué es eso? —pregunto, apuntando.

Brenna arrugó la frente y se movió acercándose.

Shaye siguió el movimiento a su lado. Cuanto más se acercaban, más frío estaba el aire. Un temblor atravesó su columna vertebral. Cuando llegaron, se dieron cuenta de que era una apertura, una puerta. Miró a Brenna.

—¿Deberíamos?

—No estoy segura.

Con el corazón acelerado, Shaye dio un paso adelante y se encontró de pie en el precipicio de otra prisión. Escuchó el arrastrar de pies y sus oídos se afinaron. ¿A quién tenía Valerian aquí adentro?

El primer día que ella había entrado en esta cueva, recordó como él había discutido sobre los “prisioneros” con uno de sus hombres. La curiosidad la empujó a ir más lejos y avanzó lentamente por la esquina. Sus ojos se abrieron. Varios guerreros descomunales estaban dentro de la celda. No parecían nymphs, ya que carecían de ese aire de pura sexualidad. Estos guerreros eran oscuros y fuertes, obviamente jóvenes, y todos tenían ojos dorados y brillantes.

Uno de ellos la descubrió y ella saltó hacia atrás con un jadeo.

—Tú —dijo el hombre—. Déjanos salir de aquí. Por favor.

## CAPÍTULO 22

**V**alerian se paseaba en el parapeto. El golpeteo rítmico de los pasos del ejército resonaba en sus oídos. Podía ver al ejército dragón, de al menos cientos de ellos, coronando el horizonte violeta. Que hubieran elegido caminar hacia el palacio en vez de volar en su forma de dragón significaba que no estaban superados por la rabia—todavía — y no tenían intención de atacar—aún.

La espera ante su llegada era exasperante. Él era un hombre de acción. Más que eso, era un hombre ansioso de terminar la lucha y volver con su mujer.

Se tambaleó hacia delante, enganchándose una bota en una rama. Se sostuvo a sí mismo con las manos, apoyándolas en la pared. Soltó un suspiro tembloroso. La espera había drenado más su fuerza. Lo que necesitaba era sexo. Con Shaye. Su poder no estaba en su nivel óptimo, y ahora estaba sintiendo su ausencia.

—Mi Rey —dijo Broderick preocupado, de repente a su lado—. ¿Está bien?

—Estoy bien.

Se enderezó. No estaba bien y lo sabía. Había estado dos días sin sexo, sin auto-complacerse, y la debilidad desplegaba sus dedos insidiosos a través de él. Estaba lo suficientemente bien para pelear,

o eso esperaba; lo suficientemente bien para dirigir, lo sabía, pero ¿por cuánto tiempo?

Su lesión en el brazo había aumentado la velocidad y la intensidad de su debilidad. Si hubiese conseguido entrar en Shaye antes, hubiera estado completamente curado.

—Si los dragones se acercan a unos cien metros del palacio, derribadlos —dijo.

Broderick asintió.

—Arqueros —llamó—. Preparaos.

Los hombres se arrodillaron y sacaron sus arcos tensos. Esperando. Esperando. El tiempo pasaba lentamente. Sorprendentemente, Joachim se subió al parapeto y se acercó a Valerian. El hombre cojeaba y sus rasgos estaban contraídos por el dolor, pero se las arregló para mantenerse en pie.

—¿Qué estás haciendo? —exigió Valerian.

—Luchando —respondió con fuerza—. Es una guerra, ¿no?

—Todavía tienes que recuperarte.

—Eso no significa que deba permanecer en cama mientras mis hermanos pelean.

Valerian observó la cara de su primo, viendo determinación y necesidad de hacer las cosas bien. Asintió en señal de aprobación.

—Muy bien. Ocupa tu lugar en la línea de abajo.

Joachim se volvió, dispuesto a hacer lo que le había mandado. Luego se detuvo.

—No me disculparé por retarte —dijo secamente—, pero te diré que respeto tu habilidad y liderazgo.

Las palabras eran inesperadas y sorprendentes. Pero, más que eso, fue el tono de su primo lo más inesperado y sorprendente. Había hablado con cariño, como si ellos fueran los niños inseparables que habían sido una vez.

—Gracias —dijo Valerian y le dio una ligera palmada en el hombro.

Asumió su posición de batalla frente a la pared, con la vista hacia campo claro que llevaba al palacio. Los dragones se acercaban más. Sus armaduras brillaban a la luz del día. Los árboles se sacudían

detrás de ellos y el suelo se alteraba visiblemente. Los coloridos pétalos flotaban desde las flores.

Sus manos se curvaron alrededor de la empuñadura de Skull en el momento en el que Darius, el rey de los dragones, asumió la posición de liderazgo. Él también sostenía una espada, una larga y amenazadora arma manchada de carmesí por sus muchas matanzas. Sí, Darius era un asesino letal, un guerrero sin sentimientos ni conciencia, por lo que Valerian sabía. Un adversario digno, estaba seguro.

Los soldados dragones hicieron una parada abrupta.

—Esperad —les dijo Valerian a sus hombres—. Esperad hasta que dé la señal —y a los dragones, les dijo—. Bienvenidos a mi casa, respiradores de fuego. Entenderéis si no os invito a entrar.

Darius frunció el ceño.

—Sabes muy bien que el palacio me pertenece.

Valerian chasqueó la lengua.

—Si querías quedártelo, deberías haber enviado un batallón más fuerte para protegerlo.

—¿Qué hiciste con los dragones que había dentro?

—Los encerré lejos, por supuesto. Serán una poderosa herramienta de negociación.

—Entonces ¿tengo tu palabra de honor de que no los mataste?

—Tienes mi palabra de honor de que no los maté a todos.

Darius asintió, su acción corta.

—Mi esposa me ha pedido que no masacre toda vuestra raza por atreveros a robar lo que es mío. Voy a prestar atención a sus deseos —por ahora— si haces dos cosas que requiero de ti.

—Y ¿cuáles son esas dos cosas?

—Libera a mis hombres y deja el palacio.

Valerian rió.

—Me he encariñado de él. Creo que me quedaré.

—Estás invitando a una guerra, nymph.

Sus ojos se entrecerraron y olvidó toda pretensión de humor.

—Como tú, dragón.

—Sí, pero atrajiste la ira de los dioses, porque no sabes qué hacer con los viajeros de la superficie. Ya has permitido que un macho humano entrara en Atlantis, un humano que capturó nuestra joya de Dunamis.

Valerian encogió los hombros indiferente. La joya estaba mejor en manos humanas. Cuando un Atlante la poseía se convertía en todopoderoso e invencible.

—¿Sabes lo que pasa cuando los humanos descubren Atlantis, Valerian? Ellos se lo cuentan a otros de su especie y pronto los ejércitos humanos marchan por nuestra tierra, tratando de matarnos a todos.

—Debo estar en desacuerdo. A ninguno de mis humanos se les ha permitido volver a la superficie, por lo que son incapaces de guiar a alguien hasta aquí. Están demasiado ocupados en nuestras camas —varios de sus hombres rieron.

—Así que ¿otros humanos han pasado? —Darius gruñó.

—¿No es lo que acabo de decir?

Los ojos del rey dragón brillaron notablemente.

—Dime que los has matado. O dime que al menos les borraste la memoria.

—No hice tal cosa. Ya te lo he dicho, nosotros los metimos en nuestras camas.

—Realmente no te preocupas por la ira de los Dioses, Valerian.

—Los Dioses se han olvidado de nosotros. Seguramente sabes eso. Ahora, terminemos con esta conversación. Me estoy aburriendo.

**E**l humo salió de las fosas nasales de Darius, la primera señal de que pronto se transformaría en dragón.

—Deseas enfrentar a tu ejército contra el mío, entonces, porque reclamaré el palacio y me haré cargo de los humanos que, de manera imprudente, retienes.

—Inténtalo —dijo Valerian con la mandíbula apretada— y te mataré yo mismo. El portal y todos que han llegado a través de él me pertenecen. Son míos.

Darius hizo una pausa, como si no hubiera esperado una respuesta tan contundente.

—¿Por qué quieres estar a cargo del portal tan desesperadamente? No puedes sobrevivir en la superficie.

Abrió la boca para dar una respuesta impertinente, pero se detuvo. ¿Por qué no decir la verdad?

—No me importa la superficie. Me preocupo por mi pueblo, mi casa —su voz se alzó con la ferocidad de su convicción—. Los nymphs nunca han poseído una casa propia. Desde los albores de nuestros tiempos hemos viajado de un lugar a otro, viviendo con una raza o con la otra, durmiendo en sus camas, comiendo su comida. Éramos buenos sólo para el placer y la guerra. Nuestras mujeres merecen un hogar propio.

—En cuento a eso... —Darius frunció sus labios en una gradual y arrogante sonrisa—. Tengo a tus mujeres.

La furia crepitaba prendiendo en su interior.

—¿Qué has dicho?

—Venían de camino hacia el palacio y nosotros las capturamos.

—¿Las has lastimado?

—No. Están a salvo.

—Gracias por eso —admitió.

Pero lo que Valerian quería en realidad era golpear al rey dragón hasta que su sangre corriera en un río de dolor. Esas mujeres eran su responsabilidad.

—Sé que tus hombres están débiles sin sexo. Y como tengo a las nymphs hembras, puedo adivinar que muchos de vosotros seréis fáciles de destruir. ¿Estás seguro de que quieres la guerra?

—Estamos bastante fuertes, Darius. Te lo dije, los habitantes de la superficie han ocupado nuestras camas.

Darius lanzó otro gruñido, ya no tan satisfecho.

—¿Cómo vamos a hacer esto entonces, para que sea justo?

¿Una lucha justa viniendo de un dragón? Inconcebible. Y sin embargo, si Darius quería jugar sucio lo habría hecho ya, a escondidas por la noche en un ataque sorpresa. No obstante, Valerian no dudó de que Darius tuviera un plan de acción alternativo.

—Sugiero una batalla de habilidades con la espada.

—Muy bien. ¿Nos vemos en el campo de batalla por la mañana?

—¿Por qué esperar? —Valerian no quería a Shaye encerrada más tiempo de lo necesario. Quería esto terminado con la mayor rapidez posible.

—Acepto —Darius sonrió como si hubiera sido su deseo desde el principio, enseñando sus dientes afilados y relucientes. No llevaba armadura, pero no podía llevarla. No, si quería transformarse en un dragón de verdad—. El ganador se lleva el palacio y todo lo del interior.

—Acepto.

—Pero, mi Rey —dijo Broderick a su lado, hablando en voz baja, susurrando—. No ha...

—No te preocupes, amigo mío. Voy a sobrevivir.

Broderick no estaba convencido.

—Al menos ve con Shaye. Permítele chuparte o que te dé la bienvenida en su cuerpo, pero no vayais sin...

—Silencio —levantó su mano. No tendría su primera vez con Shaye para nada más que un revolcón rápido con la intención de fortalecerse. No, su primera vez sería lenta y lo haría tiernamente. Ella estaría loca de deseo por él. Le mostraría el lugar más agradable de su cuerpo y luego se introduciría en ella—. Bajaré en poco tiempo, Darius —le comunicó.

El rey dragón asintió.

Valerian se volvió hacia Broderick y hacia los hombres que ahora lo rodeaban.

—Podría ser una trampa —Joachim apretó la empuñadura de su espada—. Una vez que bajes, podrían cercarte y matarte. Eso es lo que yo haría.

—Mantén a los arqueros en su lugar —indicó Valerian—. Si el guerrero dragón intentase algo así, matadlo.

Broderick asintió.

—Hay algo que debo hacer antes de reunirme con los dragones.

Ninguno de sus hombres dijo una palabra mientras los pasaba. Sabían qué era lo que iba a hacer, al menos lo sospechaban. Y tenían parte de razón.

Salió del parapeto y entró en una habitación de una esquina vacía. Aunque no visitara a Shaye, tampoco iba a pelear contra el rey dragón sin hacer algo antes. Evocó el rostro pálido de su compañera en su mente, vio sus labios entreabiertos, el deseo en sus aterciopelados ojos marrones. Cuando se imaginaba hundiéndose en su cuerpo, metió la mano dentro del pantalón y se envolvió su polla. Arriba y abajo, se acarició la gruesa y dura longitud.

Casi podía sentir su caliente y mojada estrechez. Casi podía oír sus jadeantes gemidos y ansiosos ronroneos. El aumentaría la velocidad porque ella estaría loca de necesidad y anhelaría un golpeo fuerte. Sus testículos la golpearían e incluso eso sería excitante. Tan salvaje.

Cuando la escuchara gritar su nombre en el clímax, el rugiría el suyo. Su semilla saldría de él. Y con esa salida vino una ola de fuerza. No era tan intensa como si hubiera estado con Shaye, pero era suficiente.

Se limpió y volvió de nuevo con sus hombres.

—Aquí está tu escudo —dijo Joachim. El cambio en su actitud era notable y más de lo que Valerian jamás podría esperar—. Skull está dentro.

—¿Necesitais vuestra lanza? —preguntó Shivawn.

Valerian agarró su escudo y echó un vistazo a Darius, que ahora estaba parado en el centro de un semicírculo, con los dragones franqueándolo. Darius sólo poseía una espada. Como ya habían peleado antes, Valerian sabía que no era la única arma del hombre. Darius usaría sus dientes, sus garras y su fuego, por lo que Valerian necesitaría todas las armas disponibles.

—Sí —dijo—. La lanza. Y necesitare un medallón de dragón también.

Shivawn reunió todos los elementos y se los entregó.

—Que los dioses estén con usted, mi Rey.

Valerian se colocó el collar alrededor del cuello y golpeó a Shivawn en el hombro.

—Finalmente tengo algo por lo que vale la pena luchar. No dejaré que el dragón me aparte de ella.

Broderick arqueó una ceja.

—¿Ella? ¿No estás peleando por el palacio?



—Yo lucho por Shaye. Lucho por todas nuestras mujeres, nymph y humanas, que podrán tener un hogar.

—La mitad de los hombres deberían bajar contigo —dijo Joachim—. Nosotros podemos cerrar el círculo con sus alados.

Asintió.

—Excelente.

Con un grupo de nymphs marchando detrás de él, bajó por la escalera del borde del muro y pronto estuvo en la puerta.

—Abre —dijo, levantando el collar.

Las puertas instantáneamente obedecieron; el espacio entre las piedras blancas se hizo cada vez mayor.

Él y sus hombres salieron, sin bajar la guardia. Los dragones se mantuvieron en su lugar, gruñendo. Los nymphs gruñeron en respuesta. Los ojos de Valerian se fijaron en los de Darius, el único dragón de ojos azules que existía.

El rey dragón tenía un rostro severo, áspero y salvaje. De cerca, Valerian podía ver la cicatriz que se reducía en la cara de Darius, cicatriz que él mismo había causado.

—Esto es divertido, en realidad —le dijo Valerian.

Darius arqueó las cejas en un saludo amenazante.

—¿Y eso por qué?

—Tú tomaste una mujer humana como compañera y ahora nos regañas por hacer lo mismo.

—¿Tú has tomado una compañera? —Darius se echo a reír—. Tus conquistas son legendarias.

—Como lo son mis victorias —dijo con una inclinación de orgullo de su barbilla—. Lucharé hasta la muerte —tu muerte—para mantener a mi mujer a salvo.

Gradualmente, la diversión del dragón se desvaneció y comenzó a mirar a Valerian con algo parecido a la comprensión.

—A pesar de que han estado ausentes durante muchos años, a los dioses no les puede gustar tales desafíos continuamente. Se me ordenó, hace tiempo, que nunca entrara en la superficie y nunca trajera un humano aquí —arrojó un chorro de fuego—. Me temo que atraerás su ira sobre todos nosotros.

—¿Yo? ¿Y tú?

Valerian saltó hacia delante, la lucha había comenzado. Apuntó con su lanza al centro de Darius y apuñaló.

Darius salió fuera del camino, soltando más fuego en la acción. Valerian rodó lejos del fuego, esquivando apenas las llamas. El olor a pelo quemado llenaba su nariz. Utilizó el impulso de su movimiento para apuñalar nuevamente a Darius.

La lanza calló, golpeando aire solamente. Las alas de Darius se expandieron, la longitud del espesor de la membrana opalescente deslizándose hacia arriba y hacia abajo. Valerian se puso en pie. Se movió hacia la derecha, eludiendo otra explosión de fuego, entonces giró sobre sus talones y fingió atacar. En cambio, giró la espada detrás de él y la lanzó hacia adelante desde el lado opuesto. La punta rozó el muslo de Darius cuando todavía flotaba en el aire.

Los otros dragones sisearon pero Darius no mostró ninguna reacción. Simplemente abrió su boca, desatando un terrible infierno. Valerian levantó su escudo justo a tiempo, bloqueándolo. Pero el metal comenzó a quemar su mano. Dio un salto y giró.

*Clang.* La vibración del metal contra el metal picaba la herida de su brazo. Se movía con el ímpetu, sin embargo, y retorciéndose, cortó el aire con su lanza forzando a Darius a retroceder. Sin pausa, Darius cargó. Valerian lo bloqueó y se lanzó. Bloqueaba. Apuñalaba.

—Podemos hacer esto todo el día, pero estoy seguro que demostraremos nuevamente estar empatados —gruñó Darius.

Valerian movió su lanza en un ángulo hacia abajo con la esperanza de cortar el otro muslo de Darius. Si pudiese atraparlo, haciéndolo depender únicamente de sus alas, Valerian tendría ventaja. Pero Darius se movió arriba y abajo rápidamente, colocando la longitud de la lanza debajo de sus pies y partiendo el arma en dos.

Inmediatamente Valerian deslizó Skull de la vaina en el interior de su escudo. Avanzó dos pasos corriendo, saltó y cortó hacia abajo. Esta vez, Darius no se movió lo suficientemente rápido y la hoja lo cortó en el brazo.

Una vez más los dragones sisearon, y de nuevo Darius no mostró ninguna reacción. Era como si fuera insensible al dolor. Desafortunadamente, Valerian no lo era. El brazo herido le palpitaba y sus piernas estaban cada vez más inestables. Si la lucha no terminaba pronto...

A lo lejos escuchó a sus hombres dándole ánimos.

—Por Shaye —gritó Broderick—. Shaye. Shaye. Shaye.

Su hermoso rostro apareció en su mente y reunió fuerzas. Fortaleciéndose a sí mismo. Había sido empujado al borde antes. Había habido veces en las que había estado tendido sin comida y sin agua, su gente sin un hogar. Podía ganar. Tal vez debería cambiar su estrategia de batalla. En lugar de obligar a Darius a volar, tal vez debería cortar las alas de Darius, tirándolo...

El rey dragón de repente se estrelló contra él, derribándolo y cortando la armadura de su pecho. Probó la tierra en la boca, sentía rezumar la sangre caliente y pateó hacia atrás. Darius salió por encima de él, llevándose el escudo de Valerian con él. Valerian no se molestó en ponerse de pie esta vez. Divisó a Darius desde el rabillo del ojo y simplemente lanzó su espada.

Apuñaló un costado de Darius, entre su brazo y la costilla.

Hubo un grito colectivo de los dragones, como si no pudiesen creer lo que había ocurrido. Hubo una ovación de los nymphs. Entonces Darius golpeó la espada con la suya, demostrando que se había deslizado por el aire, no en la carne. Valerian ancló sus pies y se levantó de un salto. Él saltó a su espalda. Clang. Rápidamente se giró, balanceándose de nuevo. Clang.

—¿Vamos a hacer esto todo el día o vas a dejar por fin el palacio?  
—dijo Darius, su tono un poco hueco. Habló entre golpes.

*Clang.*

—Realmente preferiría matarte ahora mismo —contestó Valerian—, si a ti te da lo mismo.

—Te permitiría quedarte con la mujer —*clang.*

—¿Y cómo nos protegeremos sin el palacio? —respiró profundamente y notó el olor a sangre y muerte que de repente cargó el aire.

—Vampiros —dijo un dragón entre dientes.

La palabra resonó entre la multitud. Una maldición para los dragones, una bendición para los nymphs. Nadie peleaba más ferozmente contra los vampiros que los dragones.

Darius se paralizó. Valerian hizo lo mismo. Pudo ver que los vampiros se entremezclaron con el contingente de hombres que había enviado a cerrar la parte trasera.

—Me engañaste —gruñó Darius—. Esta no iba a ser una lucha justa, después de todo. Te atreviste a traer a los vampiros aquí para ayudarte.

—Yo no les pedí que vinieran, pero ciertamente no los enviaré de regreso. Son mis aliados. Podemos terminar esta pelea aquí y ahora, tú y yo.

—Como si fuese a confiar en que los vampiros no me van a atacar cuando este distraído. Nos iremos ahora, Valerian, pero no hemos terminado contigo y los tuyos.

Mientras hablaba, los Vampiros vestidos de negro se acercaban. Flotaban en lugar de caminar y estaban lanzando maldiciones a los dragones. Los dragones, a su vez se transformaban en su forma bestial. Alas brotaron de sus espaldas, rasgando cada pieza de sus ropas. Las escamas consumían su piel, de verde y negro amenazante. Colmillos crecieron en lugar de sus dientes. Colas brotaban de su espalda baja.

No se encontraron con los vampiros o los nymphs sin embargo. No, se perdieron en el cielo moviéndose más y más alto, antes de desaparecer de la línea de visión de Valerian.

Ellos regresarían, Valerian lo sabía, y la lucha no sería tan suave como lo había sido hoy. No sería una batalla entre dos hombres, sería un baño de sangre entre las dos razas.

Layel, el rey de los vampiros, y su ejército hicieron una parada abrupta en el campo. Viendo que los dragones habían desaparecido, estallaron en vítores.

—Es bueno verte otra vez, amigo mío —dijo Valerian cuando las ovaciones se calmaron.

—Escuché que los dragones estaban marchando hacia ti y decidí ayudar.

Valerian le estrechó el hombro.

—La última vez que te vi, estabas con la reina demonio —no había perdonado a esas criaturas horribles por lo que habían hecho a su pueblo—. ¿Todavía estás aliado con ella?

Layel sonrió lentamente. Tenía el pelo blanco, aunque no tan pálido como el de Shaye. Los ojos de azul hielo, fuertes y de aspecto místico.

—Nunca me he aliado con ella. La use y después la maté.

Valerian devolvió la sonrisa.

—Entonces tú y los tuyos son bienvenidos adentro.

—Mi rey —dijo una mujer vampiro acercándose al lado de Layel.

Su pelo tenía el mismo tono pálido que Layel, los mismos ojos azules, excepto que sus rasgos eran más suaves, extrañamente bella.

Normalmente Layel no permitía a sus hembras estar cerca de los nymphs.

—Alyssa —reconoció el rey.

—¿Tenemos su permiso para...juguetear? Su mirada estaba clavada en Shivawn, y había lujuria en sus ojos.

Ah, Valerian pronto comprendió por qué le habían permitido venir. Quería a Shivawn y probablemente había solicitado unirse al ejército sólo para verlo.

Layel miró a Valerian. Valerian, por supuesto, asintió dando su permiso. La mujer, Alyssa, sonrió seductoramente y flotó hacia Shivawn.

—Ven —dijo Valerian.

Dio media vuelta y se dirigió al palacio, tomo el medallón del dragón debajo de su camisa y la mantuvo en alto así el sensor de la puerta permitiría la entrada.

Layel le siguió el paso, dejando a los otros detrás de ellos.

—¿Alguna vez encontraste la Joya de Dunamis? — le preguntó Valerian. Entraron en la sala principal—. Sé que estás en una cruzada para encontrarla, aunque Darius me dijo que es posesión de un humano ahora.

—Lástima, se escapó de mí. Se escapó de todos nosotros en realidad.

—¿En la superficie, como dijo Darius?

—Sí.

—¿Hay alguna forma de recuperarla?

—Me temo que no.

Tal vez él podría viajar a la superficie y buscarla, pensó Valerian de pronto. Podría ser la mejor manera de proteger a Shaye. Lo pensaría luego. Por el momento, había un aplazamiento de la batalla. Estaba débil, cansado y necesitaba a su compañera.

❖❖  
❖ GUARDIAN SECRETS ❖  
❖❖

—Broderick —llamó—, comprueba que los guardias estén apostados alrededor de todo el castillo, arriba y abajo, adentro y afuera.

—Mis hombres pueden ayudar —ofreció Layel

—Son invitados. Vosotros disfrutaréis. Dorian, vela por la comodidad de nuestros invitados.

Layel arqueó sus cejas.

—¿No te quedas con nosotros?

—No, hay una mujer a la que debo ver.

Su amigo sonrió, aunque la tristeza se aferró a los bordes. Había perdido su amor años atrás.

—Entiendo. Ve. Sigue tu camino. Vamos a estar bien sin ti.

Valerian no necesitaba más urgencia. Bajó el resto de la sala. Sus manos le picaban por Shaye. Finalmente la haría suya. Completamente.

## CAPÍTULO 23

**S**haye mantuvo su espalda presionada contra la pared lejana de la celda, tan alejada como pudo lograr estar de los prisioneros. No quería liberarlos accidentalmente. Ellos suplicaron e imploraron incesantemente, y ella trató de distraerse componiendo anti-tarjetas. Bien, no realmente anti. Todas sus ideas eran para una nueva, no-tan-anti colección. Cosas como, “Me gustaría pasar más tiempo contigo”. Y, “Estar contigo no es tan malo”.

—¡Déjanos salir! — dijo uno de los prisioneros, cortando sus pensamientos.

Bestias, los había llamado una vez Valerian. Asesinos.

No parecían asesinos. Se veían como hombres atractivos que estaban teñidos de azul por el frío. Bien, no tan hombres. Se veían un poco más como muchachos.

—Ten cuidado —le dijo a Brenna.

—¿Quiénes son? — preguntó su amiga, un rastro de miedo en su voz.

—No lo sé exactamente.

—Por favor — suplicó el más joven. —Mi nombre es Kendrick. Déjanos ir. No te lastimaremos. Nunca lastimaríamos a una mujer. Quizás podamos ayudarnos mutuamente —se apresuró a decir—. Te ayudaré a liberarte del hechizo de los nymphs, y puedes dejarme ir. Sólo toca los barrotes.

Si ella le creía o no era debatible. Estos muchachos despreciaban a los nymphs. Cuando Kendrick había dicho la palabra, había hecho un gesto de desprecio con absoluto aborrecimiento. Por eso, se quedarían aquí. La seguridad de Valerian estaba primero.

—¿Por qué estáis encarcelados? —preguntó ella.

—Porque somos dragones. Porque este es nuestro palacio y los nymphs lo codiciaban para ellos.

Como sospechaba. Aún así.

—Lo siento, muchachos —dijo ella. Sí lo sentía por ellos—. No puedo. De todas formas, hablaré con Valerian acerca de dejarlos libres en la selva o algo.

Ellos miraron hacia Brenna.

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza.

—¿No lo veis? —El más atractivo del grupo aferró los barrotes, mirándolas con penetrantes ojos dorados—. Estáis bajo el hechizo de Valerian. Combatirlo o permaneceréis como sus esclavas por toda la eternidad.

Bajo el hechizo de Valerian... cuán verdaderas eran aquellas palabras. No había sido ella misma desde que posó sus ojos en él. ¿Sin embargo, era la fascinación general del nymph o Valerian, el hombre, quien la encantó? Ella sospechaba que lo último, porque ninguno de los otros hombres la atraía.

—Incluso así. —Ella cuadró sus hombros, determinada—. Os dejaré aquí. Y me siento fatal mal por eso, pero...

—Ya veo lo mal que te sientes —dijo Kendrick secamente—. Tus ojos están centelleando.

El pensar en ver a Valerian de nuevo le hacía eso.

—Hey. —Ella parpadeó al tiempo que se le ocurría una idea—. Estás hablando en inglés. Mi idioma.

Él se encogió de hombros, como si la observación no tuviera importancia.

—Nuestro rey desposó a una humana.

Ella parpadeó con sorpresa.

—¿Así que hay más humanos en la ciudad? ¿Cómo...?

—¿Dónde está ella? —escuchó gritar a un hombre. Había terror y furia en su voz.

*Valerian.*

Su corazón golpeó aceleradamente, golpeando como un tonto tambor. El calor inundó sus células.

—Debo irme —les dijo ella a los chicos—. No me olvidaré de vosotros, lo prometo, e incluso hablaré con Valerian sobre ello. Vamos, Brenna.

—¡Shaye! —Valerian gritó, su voz frenética—. ¡Shaye!



—No nos dejes — suplicó Kendrick. —Pelead contra su encanto.

Ella le hizo un gesto con el meñique y salió corriendo de la celda, Brenna justo detrás suyo. Cuando emergieron entre las rocas, rodearon la esquina y caminaron directamente detrás del portal. Ella escuchó otro *Shaye*, este con más pánico que antes.

—Volveré tan pronto como pueda —le dijo él a alguien.

Él estaba a punto de adentrarse en el portal, se percató ella.

—Estoy aquí, Valerian. Estoy aquí.

Él se giro rápidamente para enfrentarla, alzando una mano automáticamente para aferrar su brazo. Tiró de ella hacia él y se encontraron sus miradas. Sombras de alivio se expresaron en sus facciones... seguidas rápidamente de la furia. La liberó y cruzó los brazos sobre el pecho, y entonces fue que vio lo que él estaba sosteniendo. Ella casi gritó. Él estaba sosteniendo una naranja.

Un nudo llenó su garganta. La había encontrado para ella. Ella había mencionado que quería una, y en medio de la guerra le había encontrado una.

Sus rodillas se estremecieron. Sus terminaciones nerviosas hervían al tiempo que lala tomaba de él.

—Gracias —dijo suavemente. Ella se embebió de él.

Su cabello estaba empapado de sudor y los rizos en sus sienas cubiertos de arena. Líneas de sangre cubrían su rostro y brazos, y sus ojos turquesas le disparaban chispas a ella. De furia, sí, pero también de lujuria.

Casi dejó caer la naranja al notar el resto de él. Una profunda cuchillada marcaba su pecho.

—Estás herido —dijo ella estúpidamente.

—Estoy bien. ¿Cómo escapaste de la celda? —La pregunta fue pronunciada en una tranquila voz, mucho más ominosa que si hubiera gritado—. Y veo que te llevaste a Brenna contigo.

Shaye, también, asumió una postura de batalla. Si él no estaba preocupado por la herida, ella tampoco lo estaría.

—Déjala fuera de esto. Salí con una pequeña cosa llamada ingenio.

Él deslizó su lengua sobre los dientes.

—¿Cuánto tiempo hace que estás libre?

—Lo suficiente para ir a través del portal.

Su expresión se relajó en varios grados.

—Pero no lo hiciste.

—Pero no lo hice. —¿Por qué estaban hablando? Quería su lengua sobre ella. Quería, finalmente, conocer el lugar más erótico de su cuerpo, y quería que él la llevara a un estremecedor clímax. Dos veces. Ella quería verter naranja sobre su piel y lamerla.

Detrás de ella, Dylan y Terran acompañaron al resto de las mujeres de la celda.

—Coged a ésta, también. — dijo Valerian gesticulando hacia Brenna.

—No — dijo Brenna—. Sin tocar.

—Lleváosla, pero no la toqueis — concedió Valerian.

Brenna caminó voluntariamente hacia el grupo.

Kathleen miró a Shaye y frunció el ceño.

—Creí que ibas a escapar.

—No funcionó —dijo ella, luchando contra la urgencia de colgar un cartel alrededor del cuello de Valerian que dijera *Mío*. Ella lo encaró—. Escucha. Estuve charlando con los dragones... —Presionó sus labios juntos. Quizás eso no fuera buena idea admitir eso.

Las fosas nasales de Valerian se abrieron.

—Te puse en esa celda para protegerte. No sólo escapaste, también visitaste a mis enemigos.

Shaye se estiró en toda su altura.

—Es cierto. ¿Y? No voy a tolerar ser encerrada. Te lo he dicho. ¿Dónde están mis gracias por quedarme aquí abajo cuando podía haber ido a la superficie?

—¿Tus gracias? ¿Tus gracias? —golpeó con un puño su mano abierta—. ¿Te hicieron daño los dragones? ¿Te tocaron de algún modo?

—No. Y ya que estamos en el tema, creo que deberías dejarlos ir. Sólo son muchachos, Valerian.

Él deslizó una mano por su cara.

—Son dragones, Shaye.

—Entonces devuélvelos al resto de los dragones.

—Ese es mi plan — dijo él, arrojando sus brazos al aire—. Serán excelentes herramientas de intercambio.

—Bien.

—Bien —él sacudió su cabeza. —Aunque me gusta que estés entrando en el papel de reina, aconsejándome e impartiendo órdenes, necesitas urgentemente ser castigada, mujer.

Sus palabras provocaban una erótica respuesta de ella. Eso no era la intención de él, pero eso fue lo que obtuvo. Los ojos de ella se cerraron a media asta.

—Castígame, entonces. Vamos, por el amor de Dios. Sabes cuánto lo odio.

Fuego instantáneo consumió su furia, dejando solo lujuria candente.

—¿Lo odias? ¿De verdad?

—Más de lo que puedo decir — susurró ella. Su estómago se contrajo deliciosamente, agitándose y revoloteando con necesidad. Era como si él nunca se hubiera detenido de hacerle el amor. Todos sus deseos regresaron con toda su fuerza.

Ella, la mujer que se enorgullecía de permanecer a distancia de cada situación, no podía luchar contra la fascinación de Valerian. Ella, quien encontró comodidad en una actitud congelada y totalmente fría, se estremeció por la sensación. Estaba desesperada. Necesitada. Abierta y expuesta. Había una vulnerabilidad dentro de ella que no sabía que estaba allí, una que gritaba por el amor y el afecto que nunca había recibido. De nadie.

Excepto por este hombre.

Lentamente, sin romper nunca el contacto visual, él acortó el espacio entre ellos. Cuanto más se acercaba, más caliente se volvía el aire, ahuyentando cualquier rastro de frialdad. Sus pezones se endurecieron dolorosamente, extendiéndose hacia él, añorando algún tipo de contacto.

—No me detendré, esta vez —él le advirtió—. Por ninguna razón.

—Bien. Estamos de acuerdo en algo más. —*Tócame*. No le importaba que la gente estuviera justo más allá de la roca. Sólo le importaba Valerian.

—Corre —él dijo suavemente.

Ella parpadeó, segura de que lo había escuchado mal.

—¿Qué? —¿La estaba rechazando?

—Corre. Hacia mi habitación. Ahora.

No había humor en su tono, ni sensación de que él hubiera terminado con ella. En cambio, proyectó una fiera lujuria que fue más allá de cualquier cosa que le hubiera mostrado antes. El aliento en su garganta se estancó. Se alejó de él, su corazón saltándose un latido. La expresión de él era intensa y salvaje. Totalmente primitiva.

—Corre —repitió—. Ahora.

Aferrando la naranja, saltó hacia adelante, corriendo alrededor de él, teniendo cuidado de no tocarlo. Sus brazos balanceándose a su lado al tiempo que ella corría escaleras arriba. Los pasos hacían eco detrás de ella. Recordó el camino a la habitación y se precipitó doblando en las esquinas. Guerreros vagaban por los corredores, reuniendo a sus compañeras de cama. Algunos no habían llegado a una habitación y estaban teniendo sexo justo allí en el corredor.

Jadeando, ella los pasaba a gran velocidad. Gracias a Dios, ninguno trató de detenerla. La intensidad de Valerian era aterradorante. Y excitante. Y estremecedora. Y maravillosa.

Cuando alcanzó el área de baño externa, aumentó la velocidad. ¿Qué era lo que le iba a hacer una vez que él la capturara? Se lanzó a través de la blanca cortina que separaba las dos secciones de la habitación, que silbó detrás de ella. Medio segundo después, silbó de nuevo.

Valerian. Cerca, tan cerca.

Ella tragó en seco, estaba justo por darse la vuelta y demandarle una explicación de por qué no la había agarrado y arrastrado aquí, por qué no le había permitido envolver sus piernas alrededor de su cintura y sentir cada paso que él diera entre sus piernas, cuando él la golpeó desde atrás. Juntos se elevaron por el aire. Ella gritó, tiró su fruta. Justo antes de que ella golpeará la cama, Valerian los giró, absorbiendo el impacto con su propio cuerpo.

Uno de sus brazos le dio la vuelta y se envolvió alrededor de su cintura. El otro levantó su camisa, desnudándola.

—¿Por... qué? — jadeó ella, incapaz de pronunciar otra palabra.

—No podía esperar. —Sus pechos repentinamente estaban desnudos. La sostuvo sobre él y atrajo uno de sus pezones hacia su boca. Puro calor. Ella aspiró en un esfuerzo para respirar. En algún

lugar a lo largo del camino, él había perdido su armadura de pecho. Las manos de ella lo acariciaron, consciente de sus heridas. Sus tetillas estaban endurecidas y frotaban sus palmas eróticamente; el aro de su pezón estaba frío al tacto, sin embargo la quemaba con su masculinidad.

Ella se sentó a horcajadas sobre su cintura, soportando su peso sobre las rodillas. Aquí era exactamente donde pertenecía, meditó. Su cabello caía alrededor de sus hombros. La adrenalina de la persecución apresuró su sangre, mezclándose con deseo, haciéndolo todo más potente. Todo más apasionado. Su piel se sentía viva con pulsaciones de electricidad.

Él desato el cinturón que sostenía sus pantalones en su lugar y lo desechó, causando que los pantalones se abrieran. Hizo una pausa por un momento, mirándola fijamente con intención.

—Voy a besarte aquí — murmuró él roncamente. Las puntas de sus dedos trazaron un camino a lo largo del centro de sus bragas. — Luego voy a darle placer a tu cuerpo de la manera en que he querido desde el momento en que te vi.

—Sí. —Ella amaba su lenguaje primitivo, estaba excitada por éste—. Placer. Hazlo.

—Nada me detendrá.

—Nada. —Arqueó sus caderas levemente hacia adelante, deslizándose por la dura longitud de su erección. Sensaciones de total felicidad la travesaron y ella gimió.

—Amarás todo lo que haga. —Las manos de él apretaron su cintura. Sus ojos se cerraron, y él se mordió el labio inferior—. Rogarás por más.

Ella se deslizó sobre él de nuevo. Ambos gimieron.

—Amar. —ella prometió—. Rogar.

La giró, tirando de sus pantalones mientras tanto. Sus pies patearon la tela el resto del camino hacia abajo. Sus bragas rápidamente los siguieron, sin embargo, él no tenía la paciencia de sacárselas así que desgarró las costuras y desechó los andrajosos restos.

Completamente desnuda, ella alzó una mano entre ellos y trabajo en los pantalones de él. Sus movimientos estaban limitados, ansiosos, desesperados, pero no logró ningún progreso.

—No puedo lograr quitarlos. —gruñó ella—. Ayúdame a quitarlos.

En segundos él se los quitó y ella estaba en el cielo. Hmmm. Piel con piel.

—Suave — la alabó. Él trazó un camino a lo largo de su clavícula, luego mordisqueó su cuello, rozando su demasiada sensible carne con sus dientes.

Ella podía sentir su pene sobre su vientre, tan caliente como una faja de acero. Se arqueó contra éste, necesítándolo dentro de ella.

—Ahora —dijo ella.

Su vara presionaba contra ella. Sus dientes mordían con más fuerza.

—Besar —dijo él roncamente. Lamió hacia abajo su cuerpo, explorando sus pechos de nuevo, insistiendo en su estómago, dando golpecitos en su ombligo.

—Aférrate a la cabecera de la cama —exigió.

Ella había estado inclinándose, intentando enredar sus dedos a través de su cabello.

—Pero...

—Hazlo. Aférrate a la cama.

Ella obedeció. En el momento en que sus dedos se curvaron alrededor de la base de marfil, su lengua se deslizó sobre su clítoris. Sus caderas dispararon para arriba, y ella jadeó su nombre.

Con una de sus manos, él la abrió completamente. Con la otra deslizó un dedo dentro de ella, sondeando, estirando. Su lengua nunca paró de trabajar en ella. La combinación de sensaciones era demoledora. Otro deslizamiento de su lengua. Un bombeo de sus dedos. Luego la chupó, incrementando el ritmo. Ella gritó. Sollozó. Oh, el éxtasis. Sus piernas se encerraron alrededor de él. Sus manos asieron la cabecera tan fuertemente que sus nudillos podrían haberse quebrado.

Sus pestañas se estrujaron cerrándose. En su mente lo vio entre sus piernas, su cabello dorado cayendo sobre sus muslos. Su musculosa espalda tensionándose fuertemente, al tiempo que él refrenaba su propia necesidad.

—¡Valerian! No soporto más.

—Para el final de la noche, habrás soportado todo lo que tengo para darte.

—Presióname... dame... déjame correrme.

Ella se retorció. En el límite. Tan cerca, aunque no lo suficientemente cerca. Él deslizó otro dedo dentro de ella, y era un apretado ajuste. Estirándola. Llenándola. Tan. Bueno. Rápidamente su lengua se deslizó sobre su clítoris, sin mostrar clemencia. No era que quisiera alguna. Esto era todo lo que había soñado, todo lo que había alguna vez necesitado sin saber que lo hacía.

—Voy a hundir mi polla dentro tuyo, Shaye. Vas a separar tus piernas y darme la bienvenida, cada extendida pulgada.

—Sí —*Oh, Dios, sí.* La idea de su pene dentro de ella la empujó hacia dulce límite. Se estremeció alrededor de sus dedos, apretándolos fuertemente. Un grito, un sollozo. Luces blancas destellando parpadeaban detrás de sus ojos.

Él repentinamente apareció sobre ella, sus piernas acunadas en la curva de sus brazos, abriéndola completamente. Exponiéndola completamente. Él estaba posicionado a punto de la penetración.

—Una vez que este dentro de tí, serás mía. Dilo.

—Tuya. Seré tuya. —No tenía sentido en negarlo. Ella era de él. Ahora, en este momento, ella era de él. Ella alzó una mano y envolvió sus dedos alrededor de su cuello, enredándolos en su cabello. Su pecho estaba presionado contra el de ella y ella pudo sentir la fina granulada arena que aún se aferraba a él desde la pelea, añadiendo fricción, otra intensidad de placer.

—Bésame -suplicó ella.

Su cabeza bajó y reclamó su boca. En el momento en que sus lenguas se tocaron, él se hundió dentro de ella. Sin espera. Sin dejar que ella se fuera acostumbrando gradualmente. Él estaba simplemente dentro de ella hasta el fondo. Como si no pudiera estar otro minuto sin estar allí.

Ella gritó en su boca; él se tragó el sonido. Estaba tan excitada, tan resbaladiza por el deseo, tan preparada para él, hubo solo un ligero dolor, luego completo placer. Él la estiró eróticamente, llenándola inexorablemente.

El beso continuó sin parar. Ella se saboreó a sí misma en sus labios. Lo saboreó a él, su calor, la pasión. Adentro y afuera su lengua

sondeó en sincronización con su fuerte cuerpo. Adentro y afuera. Moviéndose rápidamente, arrojándolos a ambos a las estrellas.

—No puedo... ir más... despacio —él jadeó.

—Fantástico.

Sus testículos la golpeaban. La punta de él golpeó el final de su matriz, el lugar exacto en que lo necesitaba. Ella estaba cerca ya, lista para explotar por segunda vez. La tensión se enroscó en su estomago, en su sangre.

—¡Shaye! — rugió él. Él bombeó dentro de ella, duro, delicioso—. Mía.

*Mío*, ella silenciosamente repitió. El clímax la agarró, más intenso que el primero, haciéndola sacudirse contra él. Sus rodillas se apretaron a él, y ella se remontó a los cielos. Alto, tan alto.

Él se le unió allí. Se sacudió contra ella. Dio una final y violenta embestida. Sus ojos se cerraron con fuerza. La felicidad consumía sus facciones.

—Mía —gruñó él —. Mía.

**V**alorian nunca se había sentido más poderoso. La fuerza irradiaba de él, lo llenaba, palpitaba y hervía. Siempre se sintió vigorizado después del sexo, pero esto... Nunca como esto. Y con Shaye no había sido sexo, pensó. Había sido hacer el amor. Una unión. Total y completa. Especialmente esa última vez en que lamieron su fruta favorita sobre ambos.

*Mía*, él pensó de nuevo.

La palabra no lo abandonaba. Nunca se había sentido tan posesivo sobre otra persona. En realidad, nunca se había sentido tan posesivo sobre nada, incluyendo su querida espada. Incluyendo el palacio. Ella sabía como ninguna otra mujer. Estalló como ninguna otra mujer. Lo complació como ninguna otra mujer. Él era el nymph, sin embargo era ella la que lo envolvió en su sensual hechizo. Era ella quien lo esclavizó.

Ella se acomodó a su lado, sus curvas se acurrucaron contra él. Podía sentir las suaves exhalaciones de su respiración. Moriría sin



esta mujer. Simplemente perecería. Cesaría de existir. Quería darle el mundo, ofrecerle todo lo que su corazón deseara.

Nunca más que ahora había estado más decidido a conservar el palacio. Él no tendría a su mujer sin hogar, quedándose en cualquier pocilga que pudiera conseguir para ellos. Sí, conservaría este castillo de los dragones.

Él mantendría a Shaye. Por la eternidad.

Cuando regresó a la mazmorra, y ella no había estado dentro de la celda, su corazón dejó de latir. Pánico, terror, furia lo habían consumido. Él casi cortó a Dylan y Terran en pedazos. Luego, cuando había visto a Shaye tan relajada y cómoda como si no tuviera ni una preocupación, mientras se estaba al lado del portal, por el amor de los dioses, había entrado en pánico de nuevo.

Cuán cerca había estado de perderla.

Luego ella comenzó a impartir órdenes con valentía y sabiduría, actuando cada vez como la reina que tenía que ser, y se había sentido sobrecogido de nuevo con amor por ella.

De algún modo, de alguna manera, él había obtenido el juramento de ella de quedarse para siempre. Nunca la dejaría irse.

## CAPÍTULO 24

Después de haberse saciado de las mujeres y haber escuchado historias, Poseidón se había movido rápidamente hacia el cercano río, una corriente de cristal de tranquilidad. Los lirios flotaban en la superficie. Él ahora se mezcló dentro del agua, fluyendo con ella, absorbiendo su frescor.

Los nymphs ciertamente habían infringido la ley. Él tenía que castigarlos rápidamente, antes de que a los otros se les ocurriese hacer lo mismo. Y él sabía justamente qué hacer...

Cuando alcanzó una bifurcación en el río, se detuvo. El mismo agua se quietó, sin ondas, sin líquido en movimiento. Sólo el viento silencioso arriba, el chapotear de animales cercanos. Entonces... la orilla de su izquierda repentinamente se inundó de guerreros dragón, sus alas batiéndose mientras aterrizaban. De todos modos, el agua no ondeó.

Poseidón los observó. Pasó un buen rato antes de que sus formas de dragón se desvanecieran a las humanas. Lisa, aunque con cicatrices, piel en lugar de escamas. Pelo sedoso. Dientes en lugar de colmillos. Sin cola. Por supuesto, ahora estaban desnudos, usando sólo medallones de dragón y sosteniendo sus espadas.

Comenzaron a beber de la corriente, su fiera charla haciendo eco entre los árboles. Su mirada encontró a Darius. El líder de los dragones hablaba con varios de sus hombres, impartiendo órdenes, su expresión fiera.

A él no le había gustado abandonar el palacio, Poseidón lo sabía. Sus instintos habían sido quedarse y combatir a los nymphs; A Valerian en particular. Pero Darius, si recordaba correctamente, era un guerrero que sopesaba las posibilidades, estudiaba la situación y calculaba porcentajes. Él había sido excedido gravemente en número y no había querido a sus hombres heridos cuando un ataque sorpresa podía trabajar a su favor, emparejando las posibilidades.

Era un hombre listo y exactamente lo que necesitaba Poseidón.

*Ven a mí*, ordenó a Darius, su voz transportada por el viento.

Darius hizo una pausa y se puso rígido. Sus ojos buscaron en el área arbolada y circundante, sobre el acristalado río, no vieron nada y regresaron a sus hombres. Sus hombros permanecieron firmes, su

postura erecta y sus manos agarrando apretadamente la empuñadura de su espada.

*Ven*, dijo Poseidón otra vez.

La atención de Darius pasó rápidamente hacia el río por segunda vez. Sus ojos se estrecharon. Poseidón sabía que el agua proveía sólo un reflejo de su imagen de dios, un destello de luz en la penumbra de la tarde. Aún así, Darius obedeció esta vez, caminando a grandes pasos hacia la orilla del río. Los hombres a los que él había estado hablando tenían miradas confusas.

—¿Ocurre algo? —preguntó un voluminoso rubio gigantesco.

—Descansa un rato, Brand —respondió el rey dragón sin mirar atrás. Cuándo estuvo sólo, dijo—: Llamaste, ¿dios del agua?

La completa irreverencia en su tono molestó al dios.

—Me conoces, entonces.

—Sé de ti.

La mandíbula de Poseidón se apretó con fuerza, causando una onda en el agua.

—Entonces sabes las consecuencias de hablarme así. Conoces los sufrimientos que puedo causar.

Darius le otorgo una corta inclinación de cabeza.

No la reverencia de homenaje que Poseidón prefería, pero servía.

—He aprendido algunas cosas desde mi regreso, Darius, cosas que no me complacen. Por esto, tengo varias tareas que pedirte.

Un músculo latió debajo de sus ojos.

—Entonces estoy a tus órdenes, por supuesto.

—Bien. Te deseo de regreso en el palacio.

Hubo una pausa.

—Ese no es mi plan.

—No, tú deseas congrega a más hombres. Eso llevará su tiempo, y quiero que mi voluntad sea obedecida ahora. En este momento.

Darius permaneció firme.

—Eso pondrá las vidas de los dragones en un peligro innecesario, y no puedo permitirlo.

—No habrá peligro para ti y los tuyos si tú te mueves subrepticamente adentro.

—Realmente planifico introducirme sigilosamente. Pero habrá peligro si no tengo a suficientes hombres para tomar el palacio una vez que estemos en el interior.

Poseidón sonrió lentamente.

—No si eres capaz de destruir a la mitad de las fuerzas nymphs y vampiro antes de que tú siquiera alcances los vestíbulos del palacio.

Las cejas de Darius se arquearon, y el interés chispeó en sus ojos azules.

—Dime cómo es posible eso.

—Hay un vestíbulo, una entrada secreta debajo del portal.

—¿Dónde exactamente? —sonó distante, como si él ya lo estuviera traspasando en su mente.

—No te preocupes. Te lo mostraré una vez que logres llegar. Te moverás furtivamente en el interior y devolverás a las mujeres humanas a la superficie, sus recuerdos borrados por completo.

—Hecho.

—Una vez que sean devueltas, destruirás a los nymphs. Serán débiles sin sus mujeres y más fácil de vencer. Cada uno de ellos debe morir por atreverse a entrar en el mundo de la superficie. No son guardianes, lo cual quiere decir que han desobedecido la ley.

Un músculo se apretó con fuerza en la mandíbula de Darius.

—Sin duda alguna no quieres decir a todos ellos.

—A todos.

—¿Varón y hembra?

—Todos. Tú has hecho acciones semejantes antes. No debería ser un apuro para ti, Guardián. Si se te ocurre rehusarte, devolveré a tu esposa a la superficie. Tú la conseguiste desde allí, ¿o no?

Una flama de furia iluminó la cara de Darius, revelando el aniquilador despiadado que él una vez había sido.

—No permitiré que Grace sea tomada. Ella es mía, una hija de la Atlántida ahora, embarazada con mi hijo.

—Sí, lo sé —dijo Poseidón secamente—. El niño es la única razón por la que te permito conservarla. Tú, Guardián, nunca deberías haberla traído de vuelta aquí en primer lugar.

—Estoy agradecido que finalmente hayas decidido interesarte por tu gente, gran Dios —dijo Darius, su tono igual de seco.

—¿Es este sarcasmo es algo que adquiriste de tu novia? —A Poseidón no le gustó eso—. Cuidado con lo que dices, o alimentaré a los vampiros. Si tuviera el deseo de divertirme en otro sitio durante un ratito, ese sería mi derecho. Vete ahora —dijo—. Regresa al palacio. Estaré allí esperando, y te indicaré el camino hacia el interior.

—Antes de que te vayas —dijo Darius, la irreverencia todavía centelleando en sus ojos—, quizá podrías regalarnos ropas.

—Será un placer. —Como un castigo leve por la impertinencia de Darius hoy, Poseidón sopló su aliento en el ejército del dragón, rociándolos con una niebla fina de mar y dejándolos vestidos con chales de mujer.

Los siseos de asombro sonaron en sus oídos largo tiempo después de que él los dejó.

**B**rena se retorció las manos. Estaba al borde del comedor, observando a Shivawn, en espera de que él la notara. Había sido escoltada por él después de dejar la caverna. Él estaba hablando acaloradamente con una hembra que Brenna no había visto antes, una belleza de cabellera blanca que acariciaba con la punta del dedo hacia abajo por su pecho.

Brenna observó la interacción con sólo el más ligero indicio de... ¿celos? No estaba segura. Esa era una emoción que no había sentido en años. Lo que fuera la emoción, ella sospechaba que provenía de no saber lo qué le ocurriría a ella si Shivawn encontrara a otra mujer. ¿Sería entregada a alguien más? Joachim, ¿quizá?

Otra pregunta reptó a través de su mente. ¿Estaría celosa si hubiera sido Joachim el que estuviera hablando tan calurosamente con otra mujer? Temía la respuesta.

Sólo pensar sobre el hombre la hacía temblar. No. No, no, no. Podría ser Shivawn haciéndola temblar, racionalizó ella. Él era seguridad, mientras Joachim era todo lo que ella temía: Controlador, dominante y violento. ¿Así que por qué tenía que desearlo para nada? ¿Por qué no podía simplemente querer a Shivawn?

Ella suspiró. Mientras se había quedado con la mirada perdida en el portal, a punto de regresar a casa, se había visto herida por una compresión asombrosamente atemorizante. Quería dejar el pasado en el pasado y abrazar su nuevo futuro. Abrazándolo, finalmente podría conocer la alegría y la satisfacción verdadera. Abrazándolo, finalmente podría vivir.

Había sido en ese momento que había decidido acostarse con Shivawn. Pero entonces la imagen de Joachim se abrió camino dentro de su mente, y bueno, ahora solo estaba indecisa. Ella iba a tener una relación: Sexual, emocional, íntima. ¿Pero a qué hombre escogería? La vida con Shivawn sería dulce y sensible. La vida con Joachim sería turbulenta y excitante.

Mientras estaba allí debatiendo consigo misma, la cabeza de Shivawn se movió de un tirón hacia un lado. Él le gruñó algo a la mujer ahora frunciendo el ceño, y sus ojos encontraron los de Brenna. Se detuvo a media frase y caminó a grandes pasos hacia ella. No habló una palabra, sólo le agarró la mano y tiró de ella sacándola del cuarto.

Su sangre se calentó con pensamientos de estar con él, de ir a su cuarto y arrastrar las manos por todo su cuerpo, de sentir sus manos en ella. Sus pezones incluso se endurecieron... hasta que comprendió que todavía no era la cara de Shivawn la que ella vio en su mente.

Un momento más tarde se fijó que no iban con rumbo hacia su cuarto.

—¿Dónde? —le preguntó a Shivawn. Las paredes que rodeaban su cuarto estaban en un estado diferente de reparación que las de aquí. Estas eran... la comprensión la golpeó antes de que él dijera una sola palabra, y sus ojos se ampliaron. El cuarto de Joachim. Iban al cuarto de Joachim. Ella lo supo porque por curiosidad lo había buscado y encontrado más temprano. Las amenazadoras armas colgaban de las paredes, un recordatorio patente del porqué no

podría querer a un hombre como él. Su estómago se retorció con una mezcla de aprensión y anticipación.

—¿Joachim está bien?

—Él está bien.

Eso quería decir... ¿qué? Llegaron a la cortina un momento más tarde. Shivawn no hizo una pausa, ni se anunció a sí mismo, sólo caminó a grandes pasos más allá de la barrera del telón. Le soltó la mano y caminó hacia una mesa auxiliar. Se mantuvo de espaldas a ella y sirvió una bebida para sí mismo. Se la bebió.

La primera cosa que ella notó acerca del cuarto fue que las armas se habían ido. Ningún espada colgaba en la pared. ¿Por qué habrían sido removidas?

Su mirada detectó a Joachim. Estaba sentado sobre la cama, sus piernas sobre un lado, sus codos descansando sobre sus rodillas. Su mirada la devoró.

—Brenna —dijo, su nombre una caricia sensual.

Instantáneamente su sangre se calentó otro grado. Sus pezones se endurecieron aún más. La necesidad se acumuló entre sus piernas. Con sólo una palabra, él la tuvo bien dispuesta. Iban a hacerla elegir, comprendió. La última vez había escapado de esto, de sus sentimientos. Enderezó los hombros. No esta vez. Las otras mujeres en el palacio estaban bien satisfechas. Nunca dejaban de sonreír, nunca experimentaban un solo temor. Miserablemente quería ser una de ellas. Era una de ellas.

No, no huiría más. ¿Pero podría arriesgar la seguridad que estaba segura de encontrar con Shivawn por la pasión que estaba segura de encontrar con Joachim? No había viaje de regreso una vez que hubiera hecho su elección. Eran demasiado posesivos, cada uno estaba demasiado decidido a ser “el único”.

Shivawn no desperdició más tiempo.

—Ya me has hecho esperar tiempo suficiente. Has estado esperando más de lo necesario. Termina la agonía y dame una oportunidad, Brenna —dijo, otra vez a su lado. Él le agarró gentilmente los hombros y le dio la vuelta para enfrentarla—. Nunca dejaré que otro hombre te lastime. Cuidaré de ti, te daré placer, te haré tan feliz que olvidarás que alguna vez estuviste triste.

Ella se mordió los labios.

Él agregó:

—El hombre en esa cama nunca será amable o gentil o cualquiera cosa que tengo la sospecha que tú necesitas —le dio vuelta otra vez, esta vez poniéndola de cara a Joachim.

Sus ojos se encontraron con los de Joachim otra vez, y su estómago se estremeció.

—Míralo a él —dijo Shivawn—. Aun ahora, hay una fiereza sobre él que tú no puedes negar. Nunca podrá controlar su temperamento. Nunca podrá destruir a los demonios que te mortifican.

Las palabras de Shivawn eran —se suponía— para confortarla, para asegurarle que el escoger la seguridad sobre la pasión era la decisión correcta. Pero no lo hicieron. Porque no había más fuerte guerrero que Joachim. Tenía temperamento, y tenía apariencia salvaje. Con todo y eso, si alguien podía pelear y destruir los demonios del pasado, era él. Él era sólo tan vital.

Joachim no pronunció un sonido. Él simplemente tiró de cuatro tiras de tela de debajo de la almohada. Las dobló sobre sus rodillas.

—¿Para qué son? —demandó Shivawn.

—Amárrame a la cama, Brenna —dijo Joachim.

Ella bajó la mirada hacia el material con perplejidad... y deseo.

—¿Qué?

—Amárrame a la cama.

Su mirada regresó velozmente a la cara de Joachim. Su expresión era dura, resuelta y despierta. Tan excitada. El calor resplandeció en sus ojos azules, quemándola por dentro y por fuera.

—¿Por qué? No entiendo.

—No voy a decirte que te odiarás más tarde si escoges a Shivawn. Probablemente podrías ser feliz con él, y siempre te sentirás segura. Pero él no puede llenar el vacío dentro de ti y darte la vida que sé tú has soñado con tener. Yo puedo. Todo lo que tienes que hacer es confiar que nunca te lastimaré. Nunca. Moriría primero. Haré lo que sea necesario para probarlo.

—Joachim —gruñó Shivawn.



—Amárrame a la cama, y estarás al mando de todo lo que ocurra —explicó Joachim. Un músculo palpitó debajo de su ojo—. Te doy completo... poder sobre mí. Tú necesitas recobrar tu sentido de control, así que voy a ayudarte.

Él hablaba de esclavitud. Sobre sexo. Su mirada salvaje se disparó entre los dos hombres.

—¿Shi...Shivawn? —¿Qué tenía que decir él sobre esto?

Él fue el que permaneció en silencio esta vez. Estaba rígido e irradiaba furia. Se había admitido eso a sí misma ya. Nadie podría darle más pasión que Joachim. Había admitido eso, también, pero ella había temido eso. Le había temido a él. Y así que se había esmerado en inclinarse por Shivawn. Incluso podría haberse convencido de eso. Por algún tiempo. Eventualmente, se habría dado cuenta de la verdad.

Todo el tiempo, había sido Joachim al que había deseado. Ella simplemente no había querido quererlo. Él estaba arriesgándose con ella con su iniciativa para ser atado. No podría hacer menos por él. *Ya no voy a temer más.*

Con los ojos llenos de lágrimas, miró a Shivawn. Él era tan dulce, tan amable y tan generoso. Pero mientras ella lo miraba, comprendió que él era exactamente lo que ella ya no necesitaba. Un guardaespaldas. Ahora podía cuidarse sola. Había estado en este palacio por días enteros y no había sido lastimada. Se había enfrentado a los guerreros y no había sido atacada.

—Puedes alejarte de nosotros, de ambos —dijo Joachim, su voz ronca—. No te detendremos.

*Corre, y permanece encerrada a salvo en tu pequeño mundo. Sin sentimientos. Sin dolor. Sin placer. Nunca huiré otra vez.*

—Lo siento, Shivawn —dijo, la barbilla temblando—. Quería que fueras tú. Lo hice. Pero...

—Detente. Por favor. Sólo detente. —La estudió por mucho tiempo, la mandíbula apretada. Entonces él lentamente se giró a Joachim—. Es tuya. Renuncio a toda reclamación por ella.

—Gracias —dijo Joachim rígidamente.

Shivawn lanzó una última mirada, asintió, y salió a grandes pasos del cuarto, dejándola sola con Joachim. Brenna tragó saliva. Reuniendo su coraje, ella le afrontó.

Su hombre.

El miedo nunca regiría su vida otra vez.

Ella le había escogido, y sólo lamentaba que había necesitado mucho para darse cuenta de la profundidad del honor de este hombre. Él confiaba en ella para encadenarlo. Ella confiaba en que él no la lastimara.

Lista para finalmente seguir adelante con su vida, se adelantó. Su corazón se apresuró erráticamente, pero no se detuvo hasta que estuvo enfrente de él. Joachim permanecía, agarrando las tiras en puños.

Su fija mirada era dura, implacable.

—¿Tu asaltante usó las manos o un arma? Si usó un arma, quiero que uses lo mismo en mí.

Al principio, ella no contestó, no dejó al recuerdo entrometerse en este momento precioso.

—Sólo las manos —ella se las arregló con un aliento tembloroso.

Él asintió y le dio las ataduras. Lentamente, muy lentamente, Joachim se desabrochó los pantalones y los empujó por sus caderas. Cayó en un charco en el suelo y ella recibió un vislumbre de un grande, excitado varón.

—Ven aquí —ordenó él, acostándose sobre la cama—. Átame.

Le temblaban las manos mientras le ataba las muñecas a los postes, y luego los tobillos. Entonces se paró al lado de la cama, bajando la mirada hacia él. Semejante magnificencia, suya para controlarla.

Joachim no pronunció una palabra, pero la observó fijamente. Sus rodillas casi se doblaron porque ella sabía lo que él esperaba, lo que él quería. Era su turno para desnudarse.

Después del ataque, ella había dejado de trabajar fuera y había intentado volverse tan poco atractiva como le fue posible. ¿Encontraría Joachim su cuerpo indeseable?

Ella estiró hacia arriba los temblorosos dedos y desató los tirantes del hombro de su túnica, revelando sus pechos. Continuó observando a Joachim, midiendo su reacción. No había decepción en sus ojos. Sólo deseo. Ella perdió un poco de su incertidumbre. Deliciosos impactos estallaron sobre su piel mientras su mirada acariciaba sobre ella, las ventanas de su nariz dando una llamarada de excitación.

—Eres bella, Brenna.

Cuando su túnica fue completamente soltada, cayó de su cuerpo y se unió a los pantalones de Joachim en el suelo. Finalmente ella estaba desnuda, como él. Sus mejillas se calentaron mientras los ojos de Joachim se arrastraron sobre ella otra vez. En algún tiempo, el pensamiento de unirse a un hombre en una cama la habría paralizado. Esta vez, sus hormonas estaban demasiado ocupadas regocijándose.

—Cierra los ojos —dijo él.

A ella no se le ocurrió discutir.

—Imagíneme detrás de ti. Imagina mis manos acariciando tus hombros y ahuecando tus pechos. Imagíneme rodando tus pezones entre mis dedos.

Sí. ¡Sí! Ella lo vio en su mente, justo como antes, únicamente que esta vez la imagen era más clara. Su cabeza caía de nuevo sobre su hombro, su pelo cosquilleándoles a ambos. Sus dedos podían tocar cada pulgada de ella.

La fantasía era casi tan buena como la cosa real. Casi. Pero pensar en ello la puso insoportablemente mojada.

—Quiero lamerte —dijo Joachim.

—Sí —dijo ella jadeantemente.

Se subió a la cama sin titubear. Pronto montó a horcajadas sobre Joachim, sus rodillas en su cintura, su erección entre sus piernas, tocándola íntimamente pero sin entrar en ella. Ella gimió en decadencia absoluta.

—Inclínate hacia adelante —urgió Joachim toscamente.

Podría estar atado, pero era todavía un guerrero. Por primera vez, una semilla pequeña de miedo germinó. *Estás a salvo. Estás protegida.* Ella gateó hacia arriba de él hasta que sus pechos estaban

posados sobre su boca en espera. Sus negros rizos los rodearon como una cortina mientras él ansiosamente la chupaba, disolviéndole su miedo, llenándola de placer. Conectarse con su caliente, cálida boca no fue como nada que alguna vez hubiese experimentado. Su boca poseía voltios de electricidad, y esos voltios alancearon dentro de su cuerpo.

Ella gimió, el sonido roto y áspero.

Mientras Joachim la chupaba, ella continuó imaginando. Si sus manos hubieran estado libres, él las habría arrastrado sobre su espalda, sobre las cordilleras de su columna vertebral. Sobre la curva de su trasero. ¡Sí, sí! Ella vio como sucedía, de alguna manera lo sintió. En todas partes sus fantasmales manos tocaban, su boca las siguió, su fantasmal lengua lavando su piel. Ella no podía evitarlo. Se retorció contra el pene de Joachim sin penetración real. Estaba tan mojada, se deslizó de arriba a abajo con facilidad.

—Sabes como el cielo —dijo Joachim.

En su mente, las manos de Joachim la rodearon y la instaron a enderezarse, entonces sus dedos estaban hundiéndose más allá de su vello púbico y en su húmedo centro, caliente. Ella le dio otro gemido de placer absoluto.

¿Por qué lo había atado? Meditó ella.

Él chupó su pezón con deliciosa fuerza.

—Sí —jadeó ella, incapaz de decir algo más—. Sí.

Su cabeza otra vez cayó hacia atrás.

—¿Quieres que lama entre tus piernas?

—Sí —no intentó negarlo o jugar a la tímida. Quería la boca de Joachim allí. La quería ferozmente. Habría matado por eso.

—Ven aquí —dijo Joachim. El sudor perlaba sobre su piel. Su mandíbula estaba tensa.

Ella se movió hacia adelante hasta que se equilibró sobre el cuerpo de Joachim, la cumbre de sus muslos a meras pulgadas de su cara.

—Más abajo —la ordenó, un rudo gruñido.

—Joachim —dijo, hundiéndose en él y en el siguiente instante la amaba con su rostro. Su lengua, sus labios, sus dientes. Él los utilizó.

Ella gritó ante la sensación intensa, el intoxicante placer. Sus caderas se retorcieron de atrás a adelante.

—Córrete, Brenna. Córrete para mí —dijo Joachim, y ella obedeció. Su placer estalló. Hizo erupción. Todo su cuerpo tembló y tembló por su clímax, propulsándola hasta las Puertas del Paraíso. Joachim la bebió hasta que ella pensó que no podría tomar más.

—Tómame —dijo él—. Méteme dentro de ti.

Con las piernas temblándole, ella cabalgó la cintura de Joachim sin titubear. Se levantó, colocó el eje de Joachim en su entrada y se hundió bajando sobre él, tomándolo hasta la empuñadura. Era grande, y había pasado tanto tiempo. Él la estiró, pero fue un estirón maravilloso. La hizo sentir viva.

Joachim rugió.

Ella jadeó su nombre repetidas veces.

—Joachim. —No lo podía decir bastante. Estaba en su cabeza, marcado en cada célula de su cuerpo—. Joachim.

Ella estaba a salvo. Estaba saciada y pronto encontraría otra vez la liberación. Sus terminaciones nerviosas ya chispeaban con renovada vida.

Ella ancló las manos en el pecho de Joachim. Sus rostros estaban a pulgadas, su aliento una parte de ella y una parte de él.

—Bésame —dijo él.

Su boca encajó contra la de Joachim. Ella jadeó de placer y él se tragó el sonido. Duro, caliente, suave, rápido, despacio, su lengua disputó con la suya mientras ella lo montaba. Era pura dicha. Total arrobamiento. El beso se volvió salvaje, y a su vez, las caricias se volvieron salvajes. Sus dientes chocaron con los suyos; Su cuerpo golpeando ruidosamente de arriba a abajo. Ella ronroneó, gimió, jadeo algo más.

—Eso es —alabó Joachim—. Tómallo todo.

—Sí.

—Sin más miedo —dijo Joachim.

—No más —jadeó ella.

—Ven por mí, dulce. —Joachim mordió su clavícula. Él se esforzó contra sus ataduras—. Muéstrame cuánto te gusta tenerme dentro de ti.

No hubo freno en ese momento, ni prolongar el placer. Ella hizo erupción por segunda vez. El orgasmo fue tan intenso que una telaraña negra nubló su visión. Se estaba muriendo lentamente, rápidamente, incapaz de respirar, aún tan viva que pudiera haberse quedado exactamente donde estaba por siempre.

—Joachim —gritó, y por una vez no le importó lo quebrada que sonaba su voz.

—Brenna. —Joachim rugió fuerte y largo y se levantó, hundiéndose profundo, más profundo de lo que ella alguna vez hubiese pensado posible.

Ella colapsó encima de su pecho.

—Gracias —jadeó ella—. Gracias.

—Desátame —ordenó ásperamente.

A ella no se le ocurrió negárselo. Ciegamente se estiró y quitó las ataduras. Sus brazos instantáneamente se envolvieron alrededor de ella, atrayéndola cerca y abrazándola fuerte. Acariciándola mucho.

—No más miedo —dijo él otra vez.

—Ya no más —estuvo de acuerdo ella. Habría estado de acuerdo con cualquier cosa que él dijera justo entonces. *Cásate con él* —sí. *Sé su esclava*—por supuesto. Su calor la rodeó, la envolvió, la llamó.

—Mía. —dijo él.

—Tuya. —respiró ella—. De Joachim. —Sus ojos se cerraron, sus párpados volviéndose más pesados y más pesados con cada segundo que pasaba. El sueño la llamó, un sueño tranquilo que ella había necesitado por tanto tiempo pero que la había dado demasiado miedo tomar—. No me dejes ir.

—Nunca.

El olvido la reclamó entonces. Ella estaba sonriendo.

**S**hivawn permaneció en el vestíbulo por mucho tiempo. Él deseó que Brenna le hubiera escogido, pero había sido Joachim por el que

sus ojos se habían entibiado. Joachim el que ella probablemente había querido todo el tiempo. Estaba enfadado, tan pero tan enojado. Era bella, era apasionada, tenía buen corazón. Pero no era suya. Ahora lo sabía. No importaba cuanto placer pudiera haberle dado Shivawn, no importaba qué tan segura él la pudo haber hecho sentir, ella siempre habría querido a Joachim.

Los dos eran compañeros, ahora estaba claro.

Y así él terminó solo.

Quizá un día él encontraría a una mujer que lo amara así. Quien lo quisiera por encima de todos los demás.

Parpadeó cuando se percató de que Alyssa había entrado en el vestíbulo y ahora estaba a una distancia de algunos metros de él. La miró ceñudo.

Ella le frunció el ceño.

—Hueles a humana —dijo ella rotundamente—. ¿Has estado con una? ¿Es ella tu compañera?

—¿Acaso es asunto tuyo? —Él se puso en marcha rápidamente.

Ella lo siguió adaptándose, llevando el paso al lado de él.

—¿Lo es?

—No —contestó bruscamente.

—Te dije que me ocuparía de tus necesidades —contestó ella bruscamente de regreso—. Deberías haber venido a mí.

—Y yo te dije no. —Alyssa era bella, y Shivawn aún sentía por sí mismo agitación por una probada suya, pero no la tocaría. Él no tenía el amor de Valerian por los vampiros.

Los vampiros sobrevivían con sangre y algunas veces tomaban más de la que deberían. Él había caído en el error de acostarse con una vampiro solo una vez y casi se había muerto por ello. Nunca más, había jurado. Alyssa lo sabía, pero siempre lo buscaba cuando venía a hacer una visita.

—Adiós, Alyssa —dijo, y se alejó a grandes zancadas de ella.

No estaba contenta por quedarse atrás esta vez. Se apresuró detrás de él, incluso saltó enfrente de él. Sus ojos resplandecieron.

—Siempre he sabido que te tendría un día, Shivawn, y he decidido que hoy es ese día.

Sus labios se chocaron contra los de él, su lengua forzándose dentro de su boca. El sabor suyo llenándolo. No con sabor a sangre y muerte, sino a mujer. Shivawn se encontró respondiendo. Él estaba indignado consigo mismo pero tal vez, sólo tal vez, podría ayudarlo a olvidar su soledad.

—Una noche —gruñó él—. Eso es todo lo que te daré.

El triunfo resplandeció en sus ojos, y sus rojos, rojos labios se curvaron en una sonrisa sensual.

—Eso es todo lo que pido.

## CAPÍTULO 25

**S**haye se acomodó en el borde de la bañera. Agua caliente y vaporosa le bañaba la sensibilizada piel. La esencia de orquídeas llenó la habitación, perfumando dulcemente el aire con un ardiente ambiente. Ella inhaló profundamente. Tenía el cuerpo dolorido, pero fortalecido el espíritu.

Valerian estaba sentado detrás de ella, masajeándole los hombros. Los mágicos dedos trabajaban expertamente los músculos.



Sabía exactamente dónde frotar, ajustando la presión aplicada para aumentar el placer. Su cabeza se inclinó hacia atrás, descansando en sus hombros. El vapor cubría la piel de ambos, mientras el aliento de él enfriaba el brillante líquido.

—Gracias por regalarme tu virginidad —comentó.

—De nada.

Sinceramente. Nunca había disfrutado tanto. Nunca había pensado ser tan feliz al perder completamente el control y el sentido de su fría fachada.

En esas placenteras horas que habían pasado juntos, se había percatado de unas cuantas cosas. Le había dado a Valerian más que su cuerpo; le había dado partes de ella misma, justo como temía. No había tenido intención, había tratado de protegerse contra ello, sin embargo había sido incapaz de hacerlo de otro modo. Pero estaba saliendo bien.

Él era un nymph, y a los nymphs les gustaba el sexo, y mucho, pero sería la única a la que buscaría. Iba a confiar en él. *No a amarlo*, se aseguró a sí misma, rehusándose aún a experimentar la emoción. Pero sí confiar.

Sería duro, sin duda, pero mantenerle en su vida era algo para lo que se sentía preparada a intentar.

—Tus heridas sanaron —dijo sin girarse hacia él. Lo había notado cuando habían entrado al baño.

—Sí.

—Me alegro.

—Yo también.

—Ahora tienes la fuerza para decirme el lugar secreto del cuerpo de una mujer —apuntó—. El lugar que lleva al máximo placer.

—Mmm, bien. Te lo diré por un beso —hoció el lateral de su mejilla.

Ah, ella amaba su negociación.

—Te besaré si me dices lo que quiero saber —contestó roncamente, frotándose contra la erección que le presionaba la baja espalda.

Él siseó en un respiro.

—Amo cuando te mueves de esa manera. Sigue haciéndolo, y te diré todos mis profundos y oscuros secretos.

Ella se movió hacia arriba y abajo. Las manos se tensaron sobre su cintura.

—Cierra los ojos —la ordenó suavemente.

Habían hecho el amor tan solo una hora antes, pero se sentía como una eternidad. Le necesitaba dentro de ella de nuevo. Adictivo... eso es lo que era.

—Shaye —pidió—. Cierra. Tus. Ojos.

Sus párpados se agitaron cerrándose. La oscuridad le cubrió la mente. Las manos se deslizaron por sus hombros, acariciaron el cuello, y luego cayeron sobre los pechos, amasando.

—Imagínate lo que te estoy haciendo.

—Creí...

—Hazlo.

Ella hizo lo que le pidió, imaginárselo. En su mente podía ver la amplitud de esas manos cubriendo los pálidos montículos de los pechos. Los pezones, rosados y perlados, poniéndose erectos a través de la abertura de los dedos. El placer se enroscó atravesándola, caliente y necesitada. Aparentemente inextinguible.

Sin proponérselo abrió las piernas, rogando silenciosamente atención. Un solo toque, un pellizco, algo. Cualquier cosa. Lo deseaba, oh, deseaba.

Una de las manos de Valerian bajó por su estomago. La sintió, sí, justo como había deseado, pero más de lo que había visto en su mente. Otra imagen de ellos. Valerian detrás de ella, esta vez con las manos entre sus piernas, apartando los mojados pliegues. Pero no la tocó donde más lo necesitaba. No aún. Permaneció quieto, a pulgadas de su entrada.

—¿Qué ves? —la voz sonaba tensa, como si requiriera toda su voluntad permanecer inmóvil.

—A ti. A mí.

—¿Me ves lamiéndote aquí, o deslizando los dedos en tu interior?

—Dedos —se las arregló para contestar.

—¿Se están moviendo lentamente, saboreando, o bombeando dentro y fuera?

Al tiempo que hablaba, ella se lo imaginaba. De nuevo le vio, incapaz de detener el aluvión de imágenes. Sin embargo no se movía, no hacía lo que ella necesitaba. Sus caderas se movieron hacia delante, buscando. Atrás, buscando. Vuelta hacia delante. Retorciéndose y arqueándose.

—Tócame, Valerian. Por favor.

—Dime, ¿Qué ves?, ¿Lento o rápido?

—Rápido. Duro —el agua salpicó por el borde de la bañera—. Tan duro.

Le pellizcó los pezones, y una lanza de deseo la golpeó directamente entre las piernas. Gritó ante el asombroso tormento.

—Shaye. Luna. Tu mente te muestra las cosas que tu cuerpo necesita antes de que realmente sepas que las necesitas.

*No hables más, quería que se callara. Hazme el amor.*

—No comprendo.

—El lugar más erótico del cuerpo de una mujer es su mente. Dándole las imágenes correctas, un hombre puede incrementar el placer cien veces —le mordió la oreja—. Inclínate hacia adelante para mí, luna.

Lo hizo, e incluso eso sirvió como estimulante. El agua le acarició el clítoris, haciéndola estremecer.

—Agárrate al borde —suplicó Valerian.

Inclinándose hacia delante unas pulgadas más, curvó las manos sobre el borde. Los pechos y caderas estaban ahora fuera del agua, y Valerian consiguió una visión completa de ella por detrás.

Un largo momento pasó en silencio. Permaneció donde estaba, anticipando el primer toque. El cabello húmedo se derramó por la espalda y hombros. Algunos de los mechones tocaban la superficie del agua. ¿Cuándo la tocaría? Necesitaba que la tocara.

—¿Valerian?

—Eres magnífica —dijo con la voz cargada de admiración. Trazó el tatuaje sobre su baja espalda.

Un escalofrío la atravesó.

—Me gusta esto —siguió—. Una calavera con un lindo lazo encima. Es una marca que dice que eres ambos, guerrero y mujer — rozó con los labios el tatuaje, recorriéndolo con la cálida humedad de la lengua. Subió besando la columna y la rozó detrás del cuello, apartando el cabello hacia un lado para llegar a ella.

—La primera vez que te vi —le confesó—, creí que eras un dios elevándose del mar.

—Y yo creí que eras la cosa que más necesitaba en mi vida.

Esas palabras actuaron con la embriagadora intoxicación de una caricia. Se lamió los labios, luego los mordió por dentro para acallar un alto y largo grito de placer cuando su polla presionó sobre ella, abriendo.

—Tan estrecho —él alabó.

—Más.

Le introdujo una pulgada.

—¿Es todo lo que quieres?

—Más.

Otra pulgada. No era suficiente.

—¿Y ahora?

—Más, más, más.

La penetró completamente. Ella jadeó. Él gimió. Pero no se movió, sólo les dejó a ambos en el límite.

—¿Conoces el lugar más erótico del cuerpo de un hombre, luna?

En ese momento ella era incapaz de hablar. Le necesitaba con demasiada ferocidad. El dolor lo estaba consumiendo todo. Quemando. Sí, se quemó de manera abrasadora y caliente. Eléctricos calambres se difundieron por sus venas, demandando la culminación.

—Su corazón —dijo Valerian finalmente—. Su corazón.

Su corazón... Ella alcanzó el clímax, vibrando. Gritando, sollozando. La fuerza del orgasmo la rasgó, estremeciéndola y modulándola. Valerian se deslizó fuera y golpeó hacia adelante. Una y otra vez, impulsándose duro y profundo.

—Shaye —rugió, estremeciéndose en su interior una última vez—  
Te. Amo —hundió las manos en sus caderas. Aferrando. Magullando  
deliciosamente—. Te amo —repitió.

—**E**stoy siendo descortés con mis invitados —comentó Valerian  
largo tiempo después.

Yacía sobre la cama sosteniendo a Shaye en sus brazos.  
Renuente a soltarla. Ambos estaban desnudos, y estaba tentado a  
permanecer de esa manera por toda la eternidad. Amaba la manera  
en que las curvas de Shaye encajaban contra él. Como la última  
pieza de un rompecabezas, casaban perfectamente.

Ella bostezó.

—¿Qué invitados? —Preguntó, acariciando con el aliento su  
pecho.

—Vampiros. Nos ayudaron con los dragones y nos trajeron un  
poco de alivio.

—Debería salir corriendo y gritando de esta habitación, pero  
estoy demasiado cansada para estar asustada de los vampiros.  
Incluso de vampiros que están en la misma casa que yo —se rió entre  
dientes—. ¿Te preocupa el que los estés ignorando? —Deslizó la  
punta del dedo por la cordillera de su estomago.

—Es un gran placer para mí ignorarlos —contestó roncamente,  
excitado por el toque y las palabras.

Ella se estaba adaptando a la vida aquí. Tal vez, incluso  
empezando a amarla como él ansiaba.

Su dedo se enredó a través del anillo de su pezón, y ella se rió de  
nuevo. A él le gustaba el sonido de esa risa, se dio cuenta de que  
realmente nunca la había escuchado antes.

—¿Cuántos años tienes? —Preguntó, queriendo conocer todo  
acerca de ella.

—Veinticinco. ¿Cuántos tienes tú?

—Mucho mayor —contestó secamente—. Cientos de años mayor.

La boca de ella cayó abierta.

—Imposible.

—Es verdad.

—Así que vas a, ¿Qué, vivir para siempre? ¿Nunca envejecer?

—Envejezco, sólo que más lento que los humanos.

Su cuerpo entero se tensó.

—¿Me estás diciendo que si permanezco aquí envejeceré, mientras continúas viéndote así?

—Ahora estás en Atlantis, amor. Tu proceso de envejecimiento también se ralentizará.

—Oh —poco a poco se relajó—. Entonces está bien.

—¿Echas de menos tu vida en la superficie como hacías antes? —  
Se encontró a sí mismo preguntando.

Una intensa tranquilidad la invadió.

—Esa es una pregunta difícil de responder.

—Todo lo que te pido es sí o no.

No quería que extrañara su antigua vida. Quería que fuera feliz, completamente, con él. Si ella la extrañaba... ¿Qué haría? Sus dos deseos más grandes estarían en guerra uno con otro; el deseo de mantenerla con él, y el deseo de velar por su felicidad. Siempre. Sin que importara el costo para sí mismo.

Un gemido escapó de ella.

—No estoy segura de si la echo de menos o no. Quiero decir, no estoy muy unida a mi familia. Nunca lo he estado, realmente, pero hubiera sido agradable una despedida.

—Exactamente, ¿Por qué no estabas muy unida? —No podía imaginarse tal cosa con su hermano, si Verryn estuviera vivo.

—Querían que fuera algo que no era —contestó.

—¿Qué?

—Dulce.

Él bufó.

—Eres dulce. Te gusta aparentar lo contrario, pero definitivamente eres el más dulce bocado que alguna vez he probado.

Shaye le golpeó en el hombro y le lamió haciendo desaparecer el dolor. Este hombre veía dentro de su alma, veía la mujer que siempre, secretamente, había querido ser. Algo que su propia madre no había sido capaz de hacer.

—¿Cómo puede tu familia no ver lo dulce que eres? Lo siento por ellos.

Ella elevó la cabeza, cubriendo las mejillas con sus palmas.

—Gracias por eso.

Él pecho de Valerian se tensó. Esta mujer poseía su corazón, de ello no tenía duda. Ahora él quería el de ella.

—¿Has sido capaz de hacer tus antitarjetas aquí?

—Sí.

—Si fueras a hacer una mía, ¿Qué diría?

—Bien... déjame ver —descansó la cabeza sobre su hombro. Pasó un minuto, luego otro—. ¿Estás seguro de que lo quieres saber?

—Sí.

—Si fuera a escribirte y mandarte una tarjeta, pondría... —Hizo una pausa frunciendo el ceño— Diría, estoy confiando en que no romperás mi corazón. Si recibe un sólo rasguño, te romperé la cara.

Sus labios se curvaron.

—¿Romperme la cara?

—Me oíste.

Romperle la cara si le rompía el corazón... su corazón. Valerian se quedó quieto, registrando finalmente el significado de lo que había dicho. Incluso su sangre dejó de bombear. El aliento se le congeló en los pulmones. Una oleada de mareo le golpeó, al tiempo que se sacudían en su interior emoción tras emoción.

—¿Me estás confiando tu corazón? —Casi tenía miedo a preguntar, temeroso de haberla malentendido.

Él, un guerrero que se había reído del peligro toda su vida, estaba asustado de que esta pequeña y pálida mujer no le quisiera.

—Más o menos —contestó—. No estoy diciendo que te quiero, o algo parecido —un manto de pánico cubrió las palabras—, pero voy a

confiar en que no estarás con nadie más mientras estés conmigo. Eso significa ninguna otra mujer.

—Luna, no deseo a ninguna otra salvo a ti.

—Ahora no lo haces. Pero, ¿Qué pasará después, cuando la novedad sobre mí desaparezca?

Mientras hablaba él escuchó su vulnerabilidad. La giró sobre la espalda, y mirándola hacia abajo.

—Eres mi compañera. Te lo he dicho, pero no creo que entiendas lo que eso significa. Ninguna me excita salvo tú. Ninguna me tienta. Ninguna me atrae. Solo tú. Cuando un nymph toma una compañera, así es como funciona. Ahora y siempre.

La mirada de ella se suavizó, y supo que quería creerle.

—Yep, bien —contestó—. Veremos lo que pasa en los siguientes días.

—Entonces, ¿Quieres quedarte conmigo?

Irradiando vulnerabilidad, susurró.

—Sí.

La alegría estalló a través de él, lleno pero no completo. No aún.

—¿Quieres quedarte conmigo, pero no me amas?

—Correcto. El amor es complicado y desordenado.

—Amo la manera en que tus pezones presionan mi pecho. Eso no es complicado.

Sus labios se apretaron.

—Eso no es a lo que me refería, y lo sabes. Amar a alguien le da permiso a hacerte cosas malas, porque sabe que le perdonarás.

—¿Qué clases de cosas malas te han hecho aquellos a quienes amaste? —Formuló la pregunta de manera tranquila, letal. Mataría a cualquiera, hombre o mujer, que se atreviera a lastimar a su mujer.

—He sido abandonada, rechazada, desechada y olvidada —contestó, haciendo que él se tensase—. Además, vi la forma en que apartabas a las mujeres anteriores a mí.

—No te esperaba, luna. Fuiste una sorpresa. No puedo deshacer lo que hice en el pasado. Pero tienes mi palabra de honor de que nunca me cansaré de ti. Con el tiempo, te darás cuenta por ti misma



—intencionadamente hizo una pausa—. Sé que dijiste que te quedarías, pero me gustaría tu palabra. Prométeme que me darás tiempo para probarme a mí, y mis intenciones.

Los ojos de ella buscaron su cara, sondeando. Lo que fuera que viera en su expresión debió de confortarla, porque le dio una lenta sonrisa y asintió.

—Tienes mi palabra.

Él exhaló un suspiro de alivio y renovada alegría. Inclinandose hacia abajo, rozó los labios con los suyos. Las manos buscaron y encontraron las de ella, y entrelazó los dedos antes de sujetarlos sobre su cabeza. Eso elevó el torso de ella, estrujando los pechos más profundamente en él. Le lamió los labios y sus párpados descendieron.

—Mientras sólo has visto el lado malo del amor, yo he visto el mejor. Mi madre y mi padre eran compañeros, completamente fieles el uno al otro.

—¿Dónde están tus padres?

—Murieron hace muchos años. Mi padre murió en batalla, y la tristeza de mi madre se la llevó no mucho tiempo después.

*Mi Dios*, pensó Shaye. Ser tan fiel a alguien que realmente morirías sin él. Simplemente perder las ganas de vivir. Era algo salido de una película. Sin embargo, la parte de ella que no quería conocer comprendió tal devoción. Estaba asustada, pero por primera vez, totalmente excitada por la perspectiva.

—Siento que los hayas perdido —contestó suavemente.

—Uh-oh. Estás mostrando tu lado dulce de nuevo.

Ella sonrió.

—¿Cómo te atreves a decir tal cosa? Soy una perra de corazón duro.

—Y odias las cosas que te hago.

—Las odio —acordó con una carcajada.

Su aliento se adentró en su oído, seguido por la lengua. Las manos de ella se enredaron en su cabello al tiempo que temblaba.

—Igual que me odias a mí —dijo.

Ella no podía darle las palabras que quería, así que le dio otras en su lugar.

—Sí —susurró—. Te odio muchísimo.

—Bien. Porque voy a odiarte hasta que no puedas imaginar la vida sin mí.

*Demasiado tarde*, le susurró su mente al tiempo que él se deslizaba dentro de ella.

## CAPÍTULO 26

**D**ejar a Shaye dormida en su cama —La cama de los dos, se corrigió Valerian— fue la cosa más dura que alguna vez había hecho. Sus trenzas suaves, pálidas disminuyendo sobre las sábanas violetas, tan etéreas como un sueño. Sus facciones estaban relajadas, la longitud arenosa de sus pestañas lanzaban sombras sobre sus pómulos. Sus labios estaban llenos y rosados por sus besos.

Él ya se había vestido, precipitadamente se había metido en una camisa negra y pantalones antes de perder la determinación de irse. Como líder de este palacio, era su deber atender a sus invitados. Pero más que eso, quería ocuparse de las defensas del palacio y asegurar que estaban bien fortificadas, lo suficiente fuertes como para resistir el más violento de los ataques.

Esta tregua temporal que los vampiros les habían dado no duraría mucho, lo sabía. Darius estaba de regreso. Valerian sólo esperaba que fuera más tarde que temprano. Mientras más tiempo tuviera para afianzar su unión con Shaye, mejor.

Él no pudo resistirse a colocar un beso casto sobre la punta de su nariz -lo que resultó un error. Ella masculló en voz baja, un aéreo gorjeo de palabras ininteligibles. Una de ellas podría haber sido su nombre. Estuvo repentinamente duro como una piedra por ella, tan

excitado como si nunca la hubiera tomado. *Sal. Ahora. Antes de que no puedas.*

Forzar un pie delante del otro requirió toda su concentración. Pero lo hizo, su zancada rápida ensanchando la distancia. Ahora que Shaye había decidido quedarse, él sabía que ella comenzaría a hacer el hogar suyo, dotándolo con pequeños toques de su personalidad.

Probablemente las flores llenarían los cuartos, y él se deleitaría procurándolas para ella. Pinturas, piedras coloridas, almohadas adornadas con cuentas. La llevaría a la ciudad y compraría todo lo que ella quisiera, todo lo que necesitara. Todas las cosas que las mujeres usaban para hacer de una casa, bueno, un hogar. Ella podía quererlo todo, que él le concedería cada deseo.

Él sonreía abiertamente mientras entraba en el comedor. Los vampiros rodeaban la mesa. La mayoría de las copas agarradas estaban llenas de algún tipo de sangre, estaba seguro. Varios nymphs estaban aquí, aunque más estaban de servicio y si no en servicio, amando a una mujer. No había hembras presentes.

Layel, quien había reclamado la cabecera de la mesa, le divisó y le hizo una seña.

—Actuando como el rey del lugar, ¿ya? —dijo Valerian con una sonrisa abierta. Él se dejó caer de golpe en el lugar vacío al lado de su amigo.

—Por supuesto. —Layel sorbió de su copa—. No creo que tú alguna vez te hayas visto tan satisfecho, Valerian.

—Mi compañera de vida ha llegado a un acuerdo conmigo.

Una cortina de tristeza revoloteó sobre la expresión de Layel.

—Recuerdo eso bien, la compañera de vida.

Layel había perdido a su compañera años atrás. Había sido una humana, provenía de aquellos que los dioses habían desterrado a la superficie y dejado caer en la ciudad por castigo. Un desvergonzado grupo de dragones la había violado y quemado. No Darius, sino un contingente de los hombres de su tutor. No importaba para Layel que Darius fuera inocente. El rey vampiro despreciaba a todos los dragones y los quería destruidos.

Valerian recordaba bien la devastación que Layel había soportado cuando había descubierto los restos chamuscados de su amante. Su pena había sido severa y le había retorcido las entrañas.

—Los dragones han capturado un grupo de hembras nymphs —dijo Valerian—, y eso es algo que no puedo permitir.

—Sería un placer para mí recuperarlas para ti —dijo el rey vampiro con deleite.

—No. No haré a tus vampiros ir tras de ellos. Me gustaría enviar a mis hombres, pero si hago eso, necesitaré compensar la pérdida aquí.

—¿Deseas que nos quedemos?

Él asintió.

—Si eres capaz.

Layel no vaciló.

—Tú nos necesitas, nos quedamos. No hay nada más que discutir.

Layel siempre había sido de esa manera. Leal. Dando de sí mismo y su tiempo. Eso era por lo que Valerian apreciaba su amistad como lo hacía. No había muchos hombres tan dispuestos a ayudar a una raza aparte de la de ellos.

Esos que ganaban la furia del rey vampiro, sin embargo, eran enemigos de por vida. Layel vivía para su sufrimiento. Él nunca olvidaba un agravio.

—Gracias, amigo. —Valerian le golpeó la espalda—. Si alguna vez me necesitas, aquí estoy.

La cara de Layel era tan pálida como la de Shaye, pero una corriente de color impregnó sus mejillas.

—Eres un amigo estimado, Valerian.

—Como lo eres tú —se paró—. Toma los animales que necesites. Si tienes necesidad de mujeres, lo cual estoy seguro que ocurrirá, tendrás que conseguirlas de Outer City por ti mismo, me temo. Han estado escondiéndose de nosotros.

Layel le dirigió una risa floreciente.

—Eso quiere decir que son listas.

Valerian bufó. Él no le ofreció el uso de las mujeres humanas, y Layel no pidió por el honor. Un nymph podía compartir a su amante con otros nymphs, pero no con otras razas. Las mujeres entonces llevarían el olor de la criatura y a ningún varón le gustaba el olor de otro ser en su amante. Bien, eso no era enteramente cierto. Él podía recordar a varios de sus hombres que se excitaban por eso.

—Hablaemos otra vez pronto —dijo—. Ahora debo ocuparme del palacio.

—Te conozco, Valerian. Podrás ocuparte del palacio, pero tu meta verdadera es regresar a tu cama.

Sonrió maliciosamente.

—Sí, me conoces muy bien.

**U**na dura, encallecida mano, se aplastó sobre la boca de Shaye. Ella se despertó instantáneamente, un grito se alojó en su garganta. Emergió nada más que un murmullo callado. Sabía que la mano no pertenecía a Valerian. Olía diferente, no tan erótico, sino una tormenta a punto de caer. No encendió la conciencia dentro de ella.

Vampiro, ¿quizá? Valerian había mencionado que los vampiros estaban dentro del palacio. Asustada, meció su puño y se conectó con algo sólido. Su captor gruñó.

—No te muevas otra vez, mujer. No te lastimaremos.

Sin inmutarse, ella se agitó y pateó.

—No te lastimaremos —esa voz profunda, acentuada dijo—: Por favor, quédate quieta.

¿Nosotros? Su mirada se lanzó hacia todas las partes de la oscuridad. Lo que ella no habría dado por una linterna en este mismo momento.

*Improvisa eso.* Una pistola de descarga eléctrica o un cuchillo era lo que ella necesitaba. Envolvió los dedos alrededor de la muñeca del hombre y dio un tirón.

—Si debo, te dejaré inconsciente y a ninguno de nosotros nos gustará la manera en que lo haga.

Ella se calmó, sabiendo que estar inconsciente era perder completamente esta batalla. Si podía liberarse, podría correr, gritar y encontrar a Valerian.

—Bueno —dijo ¿el hombre vampiro?—. Ahora, voy a quitar mi mano. Si atraes a tu amante aquí, lo mataremos sin titubear. ¿Comprendes?

Un asentimiento afirmativo. Por dentro, ella gritó y gritó y gritó. *No. ¡No!* Valerian era fuerte, pero era también carne y sangre. No sabía cuántos hombres estaban dentro del cuarto. No sabía qué armas poseían.

Tenía que advertirle sin atraerlo a una emboscada. ¿Qué podría hacer? *Piensa, Shaye, piensa.*

Como prometió el hombre, eliminó el agarre en su boca.

Ella inspiró un tembloroso aliento.

—¿Quienes sois? ¿Qué quereis?

—Somos dragones, y vamos a llevarte a casa.

Dragones. El enemigo. Querido Dios. *Te raptarán y te quemarán,* había dicho Valerian. Ella sacudió la cabeza, guedejas de pelo abofeteando sus mejillas.

—Estoy en casa.

—Eso fue lo que dijeron las demás, pero no nos disuadieron de nuestro propósito.

—No puedes llevarme. No os dejaré. —*Le prometí a Valerian que me quedaría. ¡Valerian!* Gritó su mente. Lentamente sus ojos se ajustaron a la oscuridad. Contó cuatro siluetas, cada una mayor que la otra. Armas de todas las formas y tamaños estaban amarradas a sus cuerpos.

—Podemos hacer cualquier cosa que queramos —dijo uno de los hombres con diversión—. Enderézate. Lentamente.

Ella hizo lo que se le instruyó, y la sábana cayó a su cintura. El aire fresco besó su piel desnuda. Jadeante, sacudió la sábana hacia arriba.

—Estoy desnuda.

No había tenido la intención de soltar las palabras en voz alta, pero la comprensión la había conmocionado. *Estúpida. ¡Idiota! Por qué simplemente no les pides que te violen.*

—Aquí —dijo otro de ellos. Él estaba a su izquierda—. Ponte esto.

Un puñado de tela fue empujado sobre su cabeza, asombrándola.

—¿Por qué estás haciendo esto? —demandó ella, rápidamente tirando hacia abajo. Era una túnica, suave y transparente pero una cobertura no obstante.

—Es la voluntad de los dioses —fue la respuesta calmada—. Levántate. Mantén los brazos a los lados.

Ella avanzó lentamente desde la cama tan lentamente cómo fue posible, esperando que no sintieran su posición exacta. La puerta estaba a la izquierda, y avanzó poco a poco un paso, entonces dos. Entonces irrumpió en una carrera completa. Brazos firmes se anclaron alrededor de ella antes de que alcanzara la cortina, haciéndola parar en seco.

—Maldito seas —masculló, golpeando—. Déjame ir.

—Mujer, te advertí.

Sabiendo que él tenía la intención de ponerla fuera de combate, Shaye incrementó su lucha. Ella lo acuchilló con sus uñas, tiró del pelo de su captor, y le dio puñetazos en el estómago.

—¡Voy a pedirle a los dioses que te maldigan!

—Ya lo hicieron. —Un suspiro pesado—. Siento mucho hacer esto, pero no me has dado elección.

Alguien masculló una serie de palabras ininteligibles y una oleada de letargo barrió a través de ella. Sus párpados fueron a la deriva hasta cerrarlos, tan pesados que ella no los podía mantener abiertos. El sueño la llamó, tan atrayente como cualquier nymph. *Ayuda*, intentó gritar, sabiendo que caer dormida debía ser para alejarla de Valerian. Ella necesitaba más tiempo con él.

*Duerme... duerme... no.* Ella sacudió la cabeza. *Grita.* Abrió la boca, pero ningún sonido emergió. Y todavía el sueño llamándola, haciéndole señas. Arrullando.

—Es una luchadora —dijo alguien pasmado.

—Nunca he visto algo similar.

—Debería haber caído a estas alturas.

—Duerme, mujer. Al día siguiente, no recordarás nada de esto.

La fuerza abandonó sus extremidades, lentamente, rápidamente. No estaba segura. El tiempo dejó de existir. Absoluta oscuridad arrastró dedos nudosos dentro de su mente. *Pelea... pelea... pe...*

Ella no supo nada más.

## CAPÍTULO 27

**C**on las actividades de la noche completas, la mañana aproximándose rápidamente, el palacio fortalecido y sus invitados atendidos, Valerian corrió de vuelta a su habitación. La urgencia lo llenaba. Deseaba a Shaye de nuevo. Estaba hambriento de ella. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más la necesitaba. Cuanto más tiempo pasaba sin ella, más la necesitaba.

Simplemente la necesitaba.

Y sentía que ella lo necesitaba a él. Un momento antes, había escuchado su voz en su mente, llamándolo. Apresuró el paso, acelerando a través del corredor, a través de la cortina que lo separaba de su habitación. Se desvestiría, luego gatearía sobre la cama hacia el lado de Shaye y la despertaría con la boca entre sus piernas. Ella gritaría su nombre, los sonidos haciendo eco entre ellos...

Se detuvo abruptamente. Se paró al borde de la cama, los dorados rayos de luz ondeaban sobre su vacuidad. Sólo quedaban las sábanas arrugadas.

—Shaye —llamó.

Cuando el silencio lo recibió, se giró, buscando. No estaba en la bañera; La habría visto cuando pasó.

—¿Shaye?

De nuevo, sólo silencio. Espeso y aterrador silencio. ¿A dónde había ido? No la quería vagando por los corredores sola. No quería dar nada por sentado en cuanto a la seguridad de Shaye concernía. No se permitiría aterrarse -aún. Su esencia cubría las paredes, penetrando



en sus sentidos. Pero allí había otra esencia... su nariz se arrugó y frunció el ceño, esperando que simplemente oliera a los que habían vivido aquí antes que él.

Entró en la habitación del baño, luego en el corredor. Durante veinte minutos buscó en las áreas principales: el salón comedor — recibiendo curiosas miradas— el salón de entrenamiento, la sala de armas en caso de que se hubiera perdido. Había sido descuidado en su deber hacia ella. Debería haberle enseñado la distribución del palacio.

A todos los que se encontró, les preguntó si la habían visto. Nadie lo había hecho. De hecho, varios guerreros estaban buscando también a sus mujeres.

—No puedo encontrar a Brenna —dijo Joachim, la preocupación apareció en su voz.

Entonces, Joachim le había quitado a Brenna de Shivawn —o tal vez Shivawn se la había dado al hombre. Valerian no lo sabía y en ese momento no le preocupaba. Todo lo que importaba era Shaye.

—No puedo encontrar a mi compañera de cama — dijo otro.

—No puedo encontrar a la mía —dijo otro más.

Escuchando esto, Valerian finalmente se permitió dar rienda suelta a su miedo. Se dirigió hacia la cueva. Seguramente Shaye no lo había dejado, no había dirigido a todas las mujeres hacia el portal. Había prometido quedarse. Le había dicho que deseaba tiempo con él. Había estado tan cerca de darle su amor. ¿Había cambiado de parecer?

¿Había mentido?

El sudor goteaba de su piel. La tensión golpeaba y pulsaba. ¿Lo había engañado? Se había ganado su confianza para que así la dejara sola, sin custodia, de modo que pudiera reunir a las otras humanas y...

*No*, se dijo a sí mismo. *No*. No lo hubiera dejado voluntariamente. Ella no había mentido. La última vez que la había visto, tenía una suave y saciada expresión. La vulnerabilidad había destellado en sus ojos al tiempo que ella había jurado confiar en él. Había dicho que ansiaba fidelidad por parte de él y aquellas no eran las palabras de una mujer que tenía intención de irse.

Golpeó su puño contra la pared. Cuando la sostuvo en sus brazos, había habido sinceridad entre ellos.

Eso significaba sólo una cosa. Se la habían llevado. Pero ¿a dónde? ¿Y por quién? Había olido a dragón en su habitación. ¿Sus enemigos habían regresado más rápidamente de lo que él había anticipado? Si así era, ¿por qué se habían llevado a las mujeres y no matado a un solo nymph?

¡Maldición! Por Hades ¿qué había sucedido? Se giró en redondo y volvió al piso superior, dejando la frialdad de la cueva detrás. Se topó con Broderick.

—¿Dónde están las mujeres? —preguntó Broderick—. Estoy necesitado de una amante.

—Han sido raptadas. Ocurrió durante las últimas horas, así que hay una buena posibilidad de que aún estén aquí. Sigue buscando —sin embargo, no había más donde buscar y él lo sabía. Él había recorrido el palacio de arriba a abajo.

Caminó hacia el salón comedor. Layel aún estaba sentado a la mesa, mirando hacia el vacío, la tristeza consumía sus facciones. Los dientes de Valerian rechinaban entre sí. Si las mujeres habían sido llevadas fuera del palacio y llevadas hacia Ciudad Exterior... No era un lugar para mujeres desarmadas. Los demonios las comerían fácilmente, ya que subsistían del miedo y de la carnicería. Verían a las mujeres como una succulenta invitación.

—Layel —dijo. No pensaba que el vampiro o su gente fueran responsables. La sangre hubiera teñido el suelo, las camas, algo—. Necesito tu ayuda.

Su amigo se sobresaltó.

—Es tuya.

—¿Podéis tú y tu gente resistir la luz?

—La mayoría de nosotros.

—Puedes olfatear a los humanos como nadie más. Lleva a tus vampiros a través del bosque y dentro de la ciudad y buscad a nuestras mujeres. Alguien se las ha llevado.

En un movimiento tan fluido que fue casi indetectable, Layel se levantó.

—Haré como has pedido. ¿Te quedarás o irás?

Valerian no sabía qué hacer. Si se quedaba y Shaye estaba en la ciudad, ella no reconocería a Layel y pelearía contra él, tal vez resultando herida en el proceso. Pero si Valerian iba, y ella estaba aún dentro del palacio, tal vez escondida y retenida contra su voluntad, él nunca se perdonaría por dejarla.

La indecisión y la frustración lo consumían. El miedo y la esperanza se resbalaban por él. *¿Ir? ¿Quedarse?*

—Iré — dijo finalmente—. Prepara a tus hombres.

Layel asintió y se marchó precipitadamente.

Valerian corrió a su habitación y recogió el medallón de dragón que había tirado a un lado cuando estaba haciendo el amor con Shaye. Lo guardó en su bolsillo antes de buscar a Broderick, quien tenía un pequeño contingente de guerreros armados paseándose por cada habitación, preguntando a otros nymphs y vampiros.

—Voy a ir a la ciudad. Envía un mensajero si las encontráis... lo que sea que encontreis —añadió desoladamente.

Broderick asintió.

Solo, Valerian se dejó caer sobre sus rodillas y rezó. Por primera vez en su vida, rezó. Le suplicó a los dioses, rogándoles que rodearan a Shaye en un cerco de protección, que la trajeran de vuelta a él, sana y entera.

—Intercambiaría mi propia vida por la de ella. Gustosamente —le dijo a los cielos.

El silencio irrumpió dentro, crudo y frenético. Se levantó y corrió fuera. Los vampiros poseían una velocidad antinatural. Ellos se moverían mucho más rápido sin él, y aunque quería encontrar a Shaye el primero, no los obstaculizaría.

En las puertas externas, los vampiros se reunieron, preparándose para la búsqueda.

—No me permitas retrasarte —le dijo a Layel—. Muévete tan rápido como puedas, y yo lo haré a mi manera. Junta a cualquier mujer humana que encuentres.

Los ojos de Layel resplandecieron brillantes, con un vívido azul.

—La encontraremos, Valerian.

Valerian se alejó antes de quebrarse, sólo cayó de rodillas y sollozó. Las pérdidas no eran nuevas para él, pero esta pérdida lo mataría.

—Ve —la simple palabra fue ronca, arañando su ardiente garganta—. Ve.

Los vampiros saltaron a la acción; un momento estaban allí, al siguiente ya no estaban. Valerian entró al establo y montó el mismo centauro que los había llevado a Shaye y a él a la ciudad sólo un día atrás. Corrieron alrededor de árboles y arenas movedizas, al tiempo que gritaba el nombre de Shaye. Deteniéndose, intentando escuchar cualquier señal de ella.

No estaba en el bosque.

Tampoco estaba en la Ciudad Exterior. Ninguna de las humanas estaba. Se pasó todo el día buscando, hasta que el cayó nuevamente el crepúsculo. Ardientes emociones pulsaban a través de él. Miedo. Tanto miedo. ¿Dónde estaba ella? No estaba... muerta. Apenas podía pensar siquiera en la odiosa palabra. Lo sentiría. Como su compañera, lo sabría. Tal y como lo había sabido cuando su gemelo había muerto, todos aquellos años atrás. ¿No es así?

Dejo a Layel y a su ejército en la ciudad con instrucciones de continuar la búsqueda, luego regresó al palacio. Cuando alcanzó las puertas, desmontó y corrió dentro sin decir una palabra. Al tiempo que corría, sacó el medallón de dragón de su bolsillo. La puerta de cristal se abrió y cerró detrás de él.

El palacio estaba espeluznantemente silencioso, a ninguno de sus hombres se los veía por ningún lado.

—Broderick —llamó—. Joachim. Shivawn —hizo un alto.

Los finos cabellos de detrás de su cuello se erizaron en atención, y encontró la misma ligera esencia que había olido en su habitación. Rápidamente sacó su espada de la funda de su costado.

—Tus hombres están ocupados —dijo una voz sobre él.

Una voz de dragón. La voz de Darius.

Con los labios afinándose en una fiera mueca, Valerian miró hacia arriba. Allí, rodeándolo desde el segundo piso, estaba el ejército dragón al completo.

—¿Qué hiciste con mi mujer?

—La enviamos a casa, nymph. La enviamos a casa.

## CAPÍTULO 28

—**L**evántate, Shaye —la sacudieron—. Levántate.

Shaye oyó la voz desde un túnel largo y oscuro. *Sí*, pensó. *Debería. Levántate. Arriba*. Los problemas estaban cerca. Problemas para ella y para Valerian. Gradualmente la conciencia penetró a través de su mente, dejando fuera a la oscuridad.

—Despiértate.

Lentamente abrió los párpados. La luz del sol brillaba intensamente sobre ella y unos puntos dorado anaranjados bailaban ante su vista. Su boca estaba como el seco algodón. La arena y la sal cubrían todo su cuerpo. Sus ropas estaban rígidas, como si hubieran sido mojadas y secadas con ella dentro. El sonido de las tranquilas olas llegó a sus oídos, reconfortante, familiar. Aun así... erróneo. Los olores tampoco eran los correctos. Sí, ella olía la sal, pero sin orquídeas. Sin Valerian.

—Valerian —dijo. Su garganta se sentía en carne viva, rasposa—. Valerian.

—No. Soy yo.

Su atención giró hacia el orador. Ella...

—¿Mamá? —se frotó los ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He estado rondando por la playa desde que fuiste secuestrada. ¿Estás bien...? —su madre tragó saliva—. ¿Te hicieron daño?

—Estoy bien.

Por la esquina de su ojo, vio a Kathleen pasarla, con el pelo oscuro colgando en enredos alrededor de su arenosa cara.

—¿Qué pasa? —le preguntó Shaye.

—Hemos sido traídas de vuelta a la superficie —dijo, sin desacelerar.

Traídas de vuelta... La comprensión se abrió paso. Sí. Los dragones habían invadido la habitación de Valerian, habían amenazado con llevarla a la superficie y, entonces, la habían dejado inconsciente. Se levantó sobre sus pies. No podía mantener el equilibrio y se tambaleó. Su madre envolvió un brazo alrededor de su cintura.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí. Estaré bien —dijo Shaye, masajeando sus sienes para detener el mareo.

Cuando el mundo se enderezó, comprobó los alrededores. La arena como oro blanco se extendía hasta donde los ojos podían ver. Las olas formaban crestas hasta la playa, dejando espuma de mar en su despertar. El sol resplandecía brillantemente, sin indicio de cristal.

Había un grupo de hombres con equipos de buceo sentados cerca, un recordatorio del tiempo en el que Valerian salió a la superficie. Contemplaban la playa confundidos.

—No estaba aquí cuando llegaron —explicó su madre, dándose cuenta de la dirección de su mirada—. Pero los interrogué cuando se despertaron. No pueden recordar sus nombres, por qué están aquí ni cómo vinieron.

¿Habían borrado los dragones sus recuerdos, también? *Duerme, mujer*, le habían dicho. *Mañana, no recordarás nada de esto*. Pero lo recordaba. Todo. Kathleen también parecía recordar.

—Hay todavía un bote escondido por allí —su madre señaló a la derecha—. Los hombres de dentro tampoco saben nada, pero vi las siglas de OBI en algunos papeles, lo que sea que eso quiera decir.

—Todavía no sé por qué estás aquí —dijo Shaye, inmovilizándola con una ceñuda mirada.

La expresión de Tamara se volvió torturada.

—Después de que desapareciste, la policía llegó a la carpa. No nos creyeron cuando les dijimos lo que sucedió. Se rieron de nosotros, dijeron que vosotras probablemente os habíais aburrido y os habíais ido. Todo en lo que podía pensar era en que te habías ido, nunca te vería otra vez, y las últimas palabras entre nosotras habían sido duras.

—Yo... —no sabía qué decir, comprendió Shaye.

Su madre nunca le había mostrado un lado tan vulnerable, arrepentido.

—No he sido la mejor madre. Lo sé —se apresuró angustiada—. Y sé que las cosas probablemente nunca serán muy cómodas entre nosotras. Sólo me alegro de que estés bien.

Las lágrimas ardieron en los ojos de Shaye mientras envolvía los brazos alrededor de su madre.

—Gracias por eso —había querido el acercamiento y, ahora, lo había conseguido.

Tamara le devolvió el abrazo dejando salir un aliento tembloroso.

—Así que, ¿Eres feliz? —le preguntó Shaye.

—Sí —su madre se echó hacia atrás y se enjugó las lágrimas con el dorso de la muñeca—. Creo que Conner verdaderamente es el amor de mi vida y a Preston parece gustarle. Estaban en los extremos de la playa, distribuyendo carteles con tu foto y preguntando si a la gente si te han visto.

Guau. Por primera vez en su vida, Shaye tuvo la impresión de que tenía una familia verdadera. Una familia honesta, por Dios. Pero...

—Tengo que regresar, mamá —quería..., no, necesitaba a Valerian.

Él probablemente pensaría que lo había dejado a propósito. ¡Si no lo hiciera... No! No pensaría en él como si hubiera muerto. Era fuerte, el hombre más fuerte que alguna vez hubiera conocido. Habría reunido a su ejército y habría derrotado a los dragones.

—Tengo que regresar —repitió.

—¿Regresar a dónde, exactamente?

No tenía tiempo para explicaciones.

—Sólo... encuentra a Conner y Preston y diles que estoy bien. Dile a Preston que lamento la forma en la que actué en la boda. Regresaré si puedo. Si no, sabrás que soy feliz y que también he encontrado al hombre de mis sueños.

—Pero...

—Confía en mí. Por favor.

Shaye le dio a su madre un último abrazo y se giró hacia el agua. Rodeándola por completo, las mujeres en túnicas atlantes estaban

despertando. Cualquier bañista, probablemente, asumiría que habían venido de una fiesta de disfraces, habían bebido y nadado después.

—¿Vas a regresar? —preguntó Kathleen, repentinamente a su lado.

—Sí.

—Quiero ir contigo.

Todo el mundo podría ir si quería. A ella no le importaba, con tal de poder regresar ella misma. Amaba a Valerian. Allí estaba, lo había admitido. Lo hacía. Lo amaba con todo su corazón, un corazón que una vez había pensado que era demasiado frío para que le importara nadie. Pero no podía negar sus sentimientos nunca más.

El miedo le había hecho hacer eso, comprendió ahora. Pero enfrentada con la elección a vivir sin Valerian... no había mayor temor que ese. Él la amaba, también. No dudaría más del él. La amaba exactamente por quién era. No quería que cambiara.

El agua lamió sus tobillos, escurriendo arena entre sus dedos. Elevándose, más y más, el líquido frío pronto golpeó sus pantorrillas y sus muslos. Si esos dragones lastimaban a su hombre de alguna manera, les seguiría la pista y los destruiría.

Nadó hasta donde pudo, todas las mujeres con ella, entonces buceó bajo el agua. Como no vio el portal, regresó arriba por aire. Las horas pasaron, pero no dejaron su búsqueda. El cuerpo de Shaye estaba cansado, sus pulmones ardían.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —jadeó Kathleen mientras golpeaba el agua al lado de ella—. Yo... no puedo recordarlo.

—La Atlántida —Shaye tragó un bocado de líquido salado—. Los Nymphs.

—¿Los quién? —la cara de Kathleen se arrugó por la confusión.

Lo mismo hicieron todas las demás, excepto Brenna. Ella poseía un aura de determinación, justo como Shaye.

—Odio nadar —dijo una de las mujeres—. Me voy a casa.

—Yo, también.

—Esto es estúpido.

—Ni siquiera sé cómo llegue hasta aquí. ¿No estaba en una boda? —sin parar mascullaron mientras nadaban de regreso a la playa.



Ellas lo habían olvidado, justo como los dragones habían prometido, y a Shaye le dio miedo que repentinamente le ocurriera lo mismo. Ya la cara de Valerian estaba borrosa en su mente.

—No se me olvidará —dijo en medio de alientos penosos.

—Tenemos que regresar —Brenna respiró con dificultad.

Nadaron abajo y arriba durante una hora más. Para entonces, Shaye temblaba de fatiga. Las lágrimas fluyeron por sus mejillas, lágrimas de frustración y furia. Si no volvía a la costa, se ahogaría aquí. Brenna, también. La necesidad de regresar a... ¿cuál era su nombre?

*No se me olvidará. Valerian. ¡Sí! Eso es.* Su nombre era Valerian y ella lo amaba.

—Una zambullida más —le dijo a Brenna.

Brenna jadeaba, pero asintió con la cabeza.

—Lo necesito. Joachim.

Si fracasaban en encontrar el portal esta vez, nadarían de regreso a la playa y harían otro intento mañana. Lo intentarían todos los días hasta que tuvieran éxito. Cuando Shaye se sumergió, la sal picó en sus ojos. Pero se empujó más lejos que alguna vez antes con Brenna a su lado.

El fondo del océano permaneció fuera de la vista.

Los brazos y piernas de Shaye temblaban violentamente.

Los peces se rozaron contra ella. Maldita sea, mentalmente lloró. Brenna dejó de moverse, sus manos y sus pies aquietándose, y Shaye se agarró a ella. Cambió de dirección, en ángulo ascendente. Pero era muy tarde. Se había empujado demasiado lejos y no tuvo fuerzas para cruzar a nado el resto del camino de vuelta.

Al principio entró en pánico, agitándose violentamente y abriendo la boca, desesperada por llenar sus ardientes pulmones de oxígeno. En lugar de eso tragó más agua. Aún así, mantuvo el agarre sobre su amiga, intentando llevarlas a ambas a la superficie.

Una extraña negrura, más espesa que alguna otra oscuridad que alguna vez hubiera encontrado, comenzó a ondear a través de su mente. Entonces, un destello de luz chispeó en su línea de visión. Una burbuja flotó enfrente de ella, creciendo, creciendo, hasta que las rodeó completamente a ella y a Brenna.

Escupió agua y jadeó. Milagrosamente, aspiró aire real. El pelo mojado se aferró a su rostro, pero no lo peinó a un lado. No podía. ¿Estaba soñando? ¿Muerta? Se dejó caer sobre sus rodillas ante Brenna, quien yacía inconsciente. Ella nunca había hecho el RCP, pero había visto hacerlo e imitó los movimientos.

—Vamos —jadeó—. Vamos.

Después de un largo tiempo de bombear y respirar por su amiga, Brenna tosió. Sus ojos permanecieron cerrados, pero hizo una inhalación de aire. Agotada, Shaye se derrumbó al lado de ella.

—Humana tonta —una voz profunda y atronadora gruñó—. ¿Por qué estás haciendo esto? Casi habéis muerto. ¿Y para qué?

Su mirada exhausta rodeó la burbuja. El agua se agitaba alrededor de ella, pero no podía ver a una persona, dentro o fuera.

—¿Dónde estás? ¿Quién eres?

—Soy Poseidón, Dios del mar.

Un dios. Un alucinante dios.

—Llévame a Valerian —demandó.

Él se rió.

—Una orden de una humana. Tu sentido del humor me complace. Desafortunadamente, tu amante está ya muerto.

—No —la fiera desesperación intentó hundir garras afiladas dentro de ella—. No. No puede ser.

Chispas de colores aparecieron justo enfrente de ella, solidificándose en una forma masculina. Era hermoso, un grado mayor aun que Valerian. El cabello blanco enmarcaba una cara completamente masculina. Sus ojos eran tan azules como el océano, como cristal líquido, completamente hipnóticos. Eran casi de neón, resplandecientes, pulsando con energía y poder.

—Valerian desobedeció las leyes de la Atlántida. Trajo humanas dentro de la ciudad.

—Él no merece morir por eso —le gruñó, intentando reunir la fuerza para levantarse. Pero sólo podía yacer allí.

Poseidón le sonrió, un crispamiento divertido de sus sensuales labios.

—Se me había olvidado lo feroces que pueden ser los humanos cuando alguien a quien aman es amenazado. Es realmente entretenido.

—Llévame a Valerian. ¡Ahora mismo!

Él perdió rápidamente su sonrisa.

—¿Tienes el deseo de morir? Con cada palabra tuya, me suplicas que te mate violentamente.

—Por favor —casi se enroscó en un montón sollozante—. Sólo quiero a Valerian.

Poseidón estudió su cara durante un largo momento, entonces estudió a Brenna. Su expresión nunca se suavizó.

—Te lo dije, él ya está muerto.

—No. No te creeré hasta que me lo muestres. Sabría si estuviese muerto. Lo sentiría.

Silencio. Incluso el agua se rehusaba a hacer ruido.

—Entonces, ¿qué me darías si te dejara verlo? ¿Ir con él?

—Lo que sea. Todo.

Una enorme ballena blanca y negra nadó cerca de ella, con su cuerpo majestuoso consumiendo el área. Observó asombrada como bajaba su cabeza ante Poseidón.

—¿Tu vida? —preguntó el dios.

—Sí.

Él parpadeó sorprendido.

—¿Nunca has estado enamorado? —preguntó Shaye—. ¿Nunca has deseado tan ardientemente a otra persona que preferirías morir sin ella?

—No —admitió él—. El concepto es ridículo, en el mejor de los casos.

Lentamente él la rodeó, su pelo como una cortina, encintado en el aire. Su cuerpo era fluido, ondulante como las olas.

Ella mantuvo el contacto visual.

—No soy un mal dios, pero llevarte de vuelta a la Atlántida y dejar a los nymphs vivir me haría parecer ser suave. Mi gente continuaría infringiendo la ley.

La alegría tamborileó a través de ella porque, con sus palabras, había confirmado que los nymphs no estaban aún muertos, que había todavía tiempo.

—O —respondió ella—, te creerán compasivo, cantarán tus alabanzas y serán felices obedeciendo cada uno de tus antojos.

Sus ojos se estrecharon, pero no antes de que viera chispas de placer brillando en sus profundidades.

—Te crees muy lista, ¿verdad?

—Sólo quiero estar con mi hombre.

Hubo una larga pausa.

—Observar a alguien como tú luchar con el rey nymph podría ser divertido —dijo distraídamente.

Él quería divertirse, ¿verdad?

—No te daré ningún problema —prometió ella—. Pondré su vida patas arriba. Crearé un absoluto caos.

Mientras hablaba, la expresión del dios se volvió cada vez más excitada. Las visiones de problemas venideros rondaban a través de su mente. Ella lo podía ver en sus ojos.

—Muy bien —le dijo, y hubo deleite en su tono—. Te dejaré regresar a la Atlántida.

Su alegría era triple, una avalancha de fuerza incomparable.

—Gracias, muchas gracias. Brenna, también, ¿verdad?

—Supongo —él suspiró.

—No lo lamentarás, te lo prometo.

—Sin embargo —continuó como si ella no hubiera hablado—, no detendré el curso que he establecido. Dejaré a los Destinos que decidan lo que les ocurrirá a los nymphs. Los dragones todavía los tienen a su merced, una misericordia que no poseen.

La burbuja explotó en el siguiente instante y las lágrimas repentinamente la abrumaron. Trató de alcanzar a Brenna pero no la podía encontrar. El agua se disparó dentro de sus fosas nasales, su boca y sus pulmones. Un vacío oscuro fue envolviéndola, haciéndola girar en todas direcciones. Las estrellas parpadearon dentro y fuera. Entonces el agua fue absorbida afuera, dejando sólo un túnel.

Ella tosió y chapoteó mientras caía, derrumbándose de cabeza en un abismo. No tenía miedo, sin embargo. Sabía que Valerian la esperaba en el otro extremo.

Valerian. Su amor, su vida.

Repentinamente sus pies chocaron con el suelo sólido, sacudiéndola hasta los huesos. Se tambaleó, enderezándose. Abrió ligeramente sus ojos. Nunca había visto un panorama más bienvenido. Las paredes sombrías de la caverna se fueron acercando a ella, teñidas de carmín y decoradas con esos hermosos murales. El aire fresco serpenteaba desde cada esquina.

Casa. Ella estaba en casa.

Oyó a una mujer gemir y movió la mirada hacia abajo. Brenna estaba tumbada desgarbadamente en el suelo y apenas abriendo los ojos.

—Lo hicimos —le dijo Shaye. No podía dejar de sonreír—. Lo hicimos.

Con los ojos iluminándose, Brenna se puso en pie.

El sonido de voces furiosas, familiares y masculinas bombardeó sus oídos, y ella miró alrededor. Los nimphs debían estar encerrados en las celdas. Le hizo señales a Brenna para guardar silencio y su amiga asintió con la cabeza.

Por si acaso los dragones protegían el área, se movió subrepticamente a lo largo de las paredes. Brenna anduvo de puntillas detrás de ella. Se quedaron en las sombras. Inclínándose hacia adelante, entrevió la celda. Estaba superpoblada, rebosante de nimphs. Buscó a Valerian, pero no le vio. Aun así, no se permitió alterarse. Él estaba aquí y estaba vivo. Lo sabía.

Había sólo un guardián dragón, probablemente porque cuantos menos hombres estuvieran fuera de la celda, menos habría que la pudieran abrir. Recogió la roca más grande que pudo encontrar y gesticuló a Brenna que corriera hacia la celda y liberara a los hombres. La ansiedad bailó a través de ella mientras, silenciosamente, iba levantando sus dedos. Uno. Dos. Tres. Irrumpieron dentro. Shaye sorprendió al guardia y le estrelló la roca contra la sien.

Él rugió, pero no cayó. Al mismo tiempo, Brenna tocó los barrotes. Se desvanecieron y los nimphs se dispersaron fuera, derribando al guardia.

—¡Brenna! —gritó una voz masculina.

Brenna aulló felizmente y se arrojó hacia adelante. Joachim envolvió sus grandes brazos alrededor de ella. Shaye fue en busca de Valerian. *Él está aquí, él está aquí, él está aquí.* La aglomeración de nimphs se separaba, pero no lo vio.

—¿Valerian? ¡Valerian!

¿Dónde estaba él?

## CAPÍTULO 29

—i**V**alerian!

Él escuchó gritar su nombre y su estómago se tensó. La voz de Shaye. Levantó rápidamente la cabeza, con la boca abierta.

—¿Shaye? ¿Dónde estás? —Antes de que la última palabra lo dejara, la divisó al frente de la celda. Él se detuvo y sus miradas se encontraron.

Una sonrisa dividía todo su rostro, jubilosa. Radiante.

—Regresaste.

Él empujó hacia adelante, pasando sus hombros. Sintió que las lágrimas escocían en sus ojos (cosa que no admitiría nunca en voz alta). Pensó que quizás Broderick había ido a liberar a los nymphs de la otra celda, pero no estaba seguro. Sólo le preocupaba alcanzar a Shaye.

Se encontraron a mitad del camino.

La agarró, besándola y mordisqueando su rostro.

—Pensé que te había perdido —dijo, y su voz tembló.

Sus brazos se cerraron alrededor de ella, levantándola del suelo. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, besándolo con la misma intensidad que él revelaba en su reencuentro.

—Prometí quedarme, ¿no? —dijo ella.

Valerian respiró profundamente su esencia, dejando que lo llenara, lo fortaleciera.

—Había planeado ir por ti. Iba a ayudar a mis hombres a recuperar el palacio y luego ir a buscarte. Vivir contigo allí arriba. Un día contigo es mejor que una vida sin ti.

—Te amo tanto.

—Gracias a los dioses —Sus brazos se tensaron alrededor de ella—. Te amo tanto, mi Dulce Rayo de Luna. No puedo creer que regresaras a mí.

—Siempre.

—¿Qué hay de las otras? —preguntó Broderick.

Valerian se apartó hacia un lado.

—¿Volvieron ellas, también?

—No. Solo Brenna y yo —le dijo Shaye, viéndose apenada—. Lo siento.

Broderick se encogió de hombros.

—Oh, bien. Su presencia habría sido agradable ya que estamos a punto de ir a luchar.

Valerian se giró hacia sus hombres, pero no soltó a Shaye. No estaba listo para dejarla ir, no podía evitar tocarla.

—Es la hora de que reclamemos el palacio —dijo Shaye antes de que él pudiera hablar. Varios de los guerreros le sonrieron a ella.

Valerian le dirigió una sonrisa por su parte.

—Así es. Los dragones tienen a las mujeres nymphs, así que no estarás sin una mujer por mucho tiempo, Broderick —Posó un beso en los suaves labios de Shaye, deteniéndose mucho más de lo que debería, paladeando su sabor, luego suspiró.

—Vas a patear culos de dragón, ¿verdad? —preguntó ella.

—Absolutamente —sonrió. A pesar de su humor, una implacable determinación se agitaba dentro de él.

—¿Dónde están los vampiros? Ellos podrían ayudarnos.

—Los envié a la ciudad. Para cuando regresaron, los dragones ya habían recuperado el control y les habían prohibido la entrada. —Su mirada se volvió dura, penetrante—. Quiero dejarte aquí abajo.

—No —dijo ella.

—Shaye.

—Valerian.

—Es la reina —dijo Broderick, claramente entretenido—. No serás capaz de gobernarla.

Valerian suspiró.

—Prométeme que te agacharás y esconderás cuando la pelea comience.

—Prometido —dijo ella.

Su mano se cerró en la de ella. Dioses, amaba sentirla.

—Hombres, vamos con fuerza y rapidez.

—Como Broderick hace con sus mujeres —bromeó alguien.

Abundaron las risas masculinas.



—¿Dónde está Shivawn? —preguntó Brenna.

—Nadie lo ha visto — replicó Joachim, abrazando a Brenna—. Probablemente dejó el palacio antes de que los dragones llegaran y está durmiendo los excesos de la noche.

—Bastardo suertudo —murmuró Broderick, pero estaba sonriendo. Todos estaban felices de estar fuera de las celdas.

—Tratad de no matar a los dragones —dijo Shaye—. Podrían habernos matado —y a vosotros— pero nos dejaron en la superficie sin hacernos daño y sólo os encerraron. Les debéis la misma consideración.

—Mi compañera es muy inteligente —dijo Valerian—. Escuchadla

Después de confinarlos en las celdas, Darius lo había mirado a los ojos y le había dicho:

—Los dioses me han ordenado ejecutar a todo nymph alguna vez creado. Tal vez atraiga la ira de los dioses sobre mi propia cabeza, pero no creo que tu raza merezca la aniquilación. Tú permanecerás aquí hasta que decida qué hacer contigo.

Un hombre honorable como ese no merecía morir.

Tan rápido como fue posible, subió las escaleras, Shaye detrás de él, el ejército detrás de ella. Estaban desarmados, pero eran decididos. Este era su hogar, y no iban a renunciar a él.

—Separaos —susurró Valerian cuando alcanzó la cima.

Los hombres se dispersaron en todas direcciones. Joachim también había mantenido a Brenna con él, notó Valerian. La sorpresa era su más grande ventaja ahora mismo. Sus pasos sonaban ligeramente, apenas haciendo eco por las paredes. Las antorchas se encendieron, calentando el aire, iluminando su camino.

—Por aquí —Valerian dirigió a su contingente dentro del salón comedor. Un grupo de dragones apareció a la vista. Estaban a la mesa, discutiendo el mejor curso de acción.

—Matémoslos y habremos terminado con ello —gruñó uno de ellos—. No deseo la ira de Poseidón sobre mi familia.

—Si dejamos que las amenazas de Poseidón nos afecten, le daremos completo control de nuestras vidas —dijo Darius—. ¿Qué hacemos si mañana desea que matemos a nuestras propias mujeres?

—Si lo desobedecemos, podríamos no vivir lo suficiente para saberlo.

—Hay una razón por la que los dioses nunca nos han matado, una razón por la que nos han enviado de vuelta al palacio en lugar de destruir a los nymphs ellos mismos —habló Darius de nuevo.

—¿Qué razón?

—No lo sé, sin embargo el saber que hay una razón nos da un poco de poder. Todo lo que estoy diciendo es que si lo hacemos, nos convertimos en sirvientes y ponemos a nuestra propia raza en peligro. ¿Si los dioses destruyen una, qué les impediría destruir a otra?

—Nada —contestó Valerian. Su señal.

Desarmados, los nymphs avanzaron hacia adelante. Valerian hubiera deseado a los dioses tener a Skull, pero no podía posponer esta pelea. Oleadas de fuego salieron desde los dragones en el momento que se percataron que estaban siendo atacados. Valerian empujó a Shaye detrás del costado de una pequeña mesa y saltó hacia adelante. Él y Darius se encontraron en la mitad del aire. El que el rey dragón mantuviera su forma humana quería decir que no estaba enfurecido. Aún.

Lucharon cuerpo a cuerpo hasta el suelo. Valerian asestó un duro puñetazo en el rostro de su oponente. La sangre goteaba de la boca de Darius, aunque el corte sanaba rápidamente. Los dragones poseían una acelerada curación, lo que les dificultaba el ir más despacio. Le dio otro puñetazo y giró, luego le dirigió una patada, golpeando el estomago de Darius.

Darius fue arrojado hacia atrás, pero inmediatamente se enderezó. Giró. Su cola brotó y esa misma cola tajó el rostro de Valerian, cortando profundamente. Él sintió el dolor de ello, pero no dejó que lo afectara.

Alrededor de ellos, nymphs y dragones guerreaban. Sus gruñidos penetraban el aire.

—Estoy de acuerdo con lo que dijiste acerca de los dioses — Valerian arremetió y golpeó. Haciendo contacto.

—Entonces no eres tan tonto como creí —Darius pateó de nuevo, y su pie golpeó el costado de Valerian.

Girando continuamente, él arremetió contra Darius. Le dirigió cuatro sucesivos golpes.

—No renunciaré a este palacio. Nos pertenece. Tú ya tienes un hogar.

—Por la seguridad de Atlantis, el portal debe ser custodiado. ¿Cómo puedo confiar en que lo hagas? ¿Qué no lo usarás para tu propio beneficio?

Valerian se detuvo.

Darius hizo lo mismo.

Se miraron el uno al otro, ambos jadeando.

—Cuando recuperemos a las mujeres nymphs que vosotros tenéis, no tendremos más necesidad del mundo de la superficie.

Darius contestó:

—Poseidón dijo que de acuerdo con las leyes, solo los Guardianes pueden usar los portales para viajar a la superficie, cualquier otro merece ser castigado. Si tú fueras un Guardián...

—Cumpliría con mi deber —Valerian estudió el rostro de Darius. Esa cicatriz dibujada de su ceja a su barbilla. Sus ojos de un confuso azul, determinados para matar si debía, pero esperando encontrar otro modo.

—El portal que custodio dirige a la jungla en la superficie. El portal de aquí dirige a un océano en la superficie, como estoy seguro de ya que lo sabes. Si te quedas aquí —continuó Darius—, los viajeros humanos lo atravesarán. La mayoría de las veces, simplemente nadan demasiado profundo y son inocentes, pero deberás destruirlos. La Ciudad Exterior será tuya para ser custodiada. Estoy listo para renunciar a este deber ya que nunca iba a ser mío. Tengo bastante dirigiendo la Ciudad Interior.

—La protegeré con mi vida —juró Valerian—. Este es el único hogar que hemos conocido alguna vez.

—Entonces arrodíllate.

Valerian se arrodilló sin vacilar. Miró hacia arriba a Darius, quien produjo un fino corte hacia abajo en el centro de su pecho, y ofreció un juramento de sangre de siempre custodiar el portal, de mantener la ciudad a salvo.

Alrededor de ellos, los hombres finalmente detuvieron la pelea para escuchar y observar. Shaye se aproximó al lado de Valerian, y él se levantó. Debería haberla regañado por abandonar la seguridad de la mesa, pero le gustaba demasiado la manera en que era.

La mirada de Darius se posó en ella, y abrió sus ojos de par en par con sorpresa.

—Te dije que no lo dejaría —dijo ella con una orgullosa inclinación de su barbilla.

Los labios de Darius se curvaron.

—Mi Grace hubiera hecho lo mismo.

—¿Podemos confiar uno en el otro, dragón? —Valerian aguardó impaciente la respuesta. Todo lo que alguna vez había querido estaba a su alcance.

La mirada de Darius se volvió penetrante.

—Sí —dijo finalmente—. Podemos confiar uno en el otro. Y lucharemos contra los dioses juntos, si debemos hacerlo.

Valerian alargó su mano. Darius la miró por varios segundos antes de estrecharla con la suya. La tregua estaba sellada, y Valerian no sabía cómo se lo explicaría a Layel.

—Permitámonos esperar que vivamos lo suficiente para arrepentirnos de esto. —Se giró hacia Shaye y la cogió en sus brazos, donde pertenecía. Donde planeaba mantenerla por toda la eternidad.

—Esto es lo más infeliz que alguna vez estuve —dijo ella, sonriendo—. Simplemente te odio demasiado.

Suavemente, él besó sus labios.

—Ni cerca de lo tanto que te odio yo.

Oh, pero iban a tener una feliz y larga vida juntos.

## EPÍLOGO

—¿Cuánto cuesta este?

—Ese te costará un beso. Uno grande y húmedo. Probablemente un beso francés de diez segundos.

Valerian apartó la cesta de naranjas que siempre mantenía en su habitación y estudió la tarjeta que Shaye había hecho. *“Sin ti, soy nada”* se leía. Con cada día que pasaba, sus tarjetas se volvían más poéticas. Lo que era una cosa buena, desde que sus hombres necesitaban sus tarjetas para apartar a las mujeres nymphs de su vanidad herida. Parecía que ellas no estaban muy felices de haber sido dejadas con los dragones por tanto tiempo.

Pero las dulces tarjetas también significaban que Shaye estaba dejando atrás sus heridas del pasado. Se estaba adaptando a vivir aquí admirablemente, divirtiéndose ella misma creando y vendiéndole tarjetas a él, a sus hombres y a los residentes de la Ciudad Exterior, donde había montado un negocio. Siempre protegida de los demonios y otras fuerzas, por supuesto. Incluso los dragones las compraban

cuando venían de visita. Darius había necesitado una para su embarazada esposa. Los vampiros, también las compraban, aunque no venían de visita a menudo. Layel estaba enfadado por la alianza entre los nymphs y los dragones. Valerian estaba determinado a unir las dos razas.

Hasta ahora Poseidón y los otros dioses no habían regresado. O más bien, no se había dejado ver. Tal vez lo harían pronto, tal vez no. Valerian tenía a Shaye y eso era todo lo que importaba. Él podría manejar todo lo demás que ocurriera. Incluso había prometido a Shaye que encontraría una manera de llevarla a ver a su madre. Y lo haría. Lo que Shaye quisiera, Shaye obtendría.

La vida, al momento, era todo lo que alguna vez había soñado. Joachim estaba emparejado con Brenna y la pequeña mujer se había convertido en la mejor sanadora del ejército. Ella emparchaba a los hombres después de cada sesión de entrenamiento y batalla, y lo hacía con una sonrisa, seguida de un sermón acerca de “actuar como bebés” cuando los audaces guerreros lloriqueaban ante la visión de una aguja.

Shivawn era su única razón de preocupación. El humor del hombre se volvió más y más negro, y estaba pasando más tiempo en el campo vampiro, muy probablemente durmiendo con Alyssa (a pesar de que tenía tantas mujeres nymphs entre las cuales elegir) y si no lo estaba haciendo, hacia allí se dirigía. Oh, bien. El guerrero encontraría su camino. De eso Valerian estaba seguro.

—Bien, ¿te gusta? —preguntó Shaye, apuntando a la tarjeta en la mano de Valerian.

—Me encanta. Pero un beso es un precio muy bajo, Luna —Ella estaba sentada detrás de una mesa y él se inclinó sobre ésta, posando nariz con nariz—. Deberías demandar sexo y nada menos.

Ella rió.

—Tus hombres comprarían más si lo hiciera, estoy dispuesta a apostar.

—Yo pagaré las deudas de mis hombres —gruñó él con una simulación de ferocidad—. De hecho, te lo debo por varias que compró Joachim y es tiempo de que pague.

Sus brazos se envolvieron alrededor del cuello de él.

—Llévame a la cama, Valerian.

◻◆◻  
◆GUARDIAN SECRETS◆  
◆◻◻◆

—Ese será mi placer.

—Y el mío, amor. Y el mío.